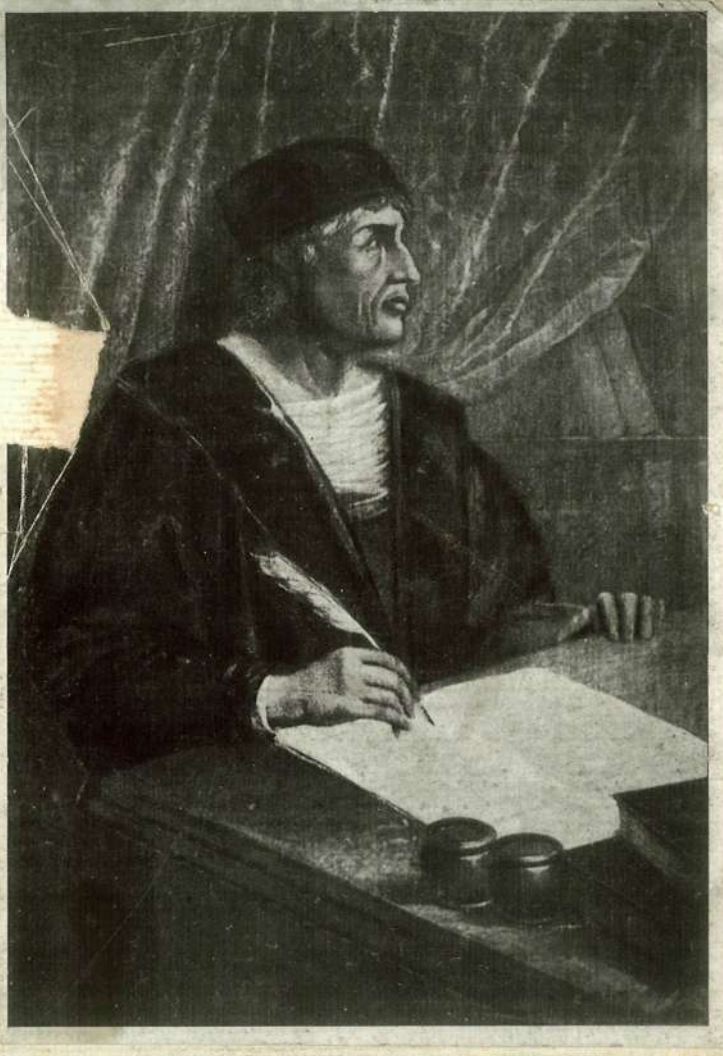
Homenaje de Lebrija

A SU EXCELSO HIJO



Elio Antonio de Nebrija

en el IV Centenario de su muerte.

1922.

HOMENAJE DE LEBRIJA

A SU EXCELSO HIJO

ELIO ANTONIO DE NEBRIJA

EN EL IV CENTENARIO

DE SU MUERTE

1922

SEVILLA

TIP. Y ENC. DE GIMÉNEZ Y VACAS.—FEDERICO DE CASTRO, 16

1926

Kaulak
MADRID

Homenaje a la memoria de
Antonio de Nebrija gloria de las
letras patrias y honra de la ciudad
de Nebrija

Alfonso

1922.

PRÓLOGO

Et famam nobis sæcula multa dabunt.

(Oda de Nebrija a Lebrija)

«IV CENTENARIO

DE LA MUERTE DE

ANTONIO DE NEBRIJA

Con gran solemnidad se ha conmemorado en esta Villa de Lebrija el IV Centenario de la muerte del esclarecido humanista, hijo de esta localidad, Elio Antonio de Nebrija

En la mañana del día 17 se celebró solemne función religiosa en la hermosa iglesia parroquial de Nuestra Señora de la Oliva, con asistencia del Ayuntamiento y demás autoridades civiles y militares, pronunciando una elocuentísima oración sagrada el presbítero don Diego Morales Ruíz.

A las cinco de la tarde se descubrió una preciosa lápida, colocada en la fachada de las Casas Consistoriales, dibujo original de don Jorge Valls, pronunciando unas sencillas y muy sentidas frases el Alcalde presidente de aquel Ayuntamiento.

En las noches del 17 y 18 se celebraron veladas literario-musicales en el teatro, que estaba admirablemente exornado, presentando un deslumbrador aspecto.

Las bellas y distinguidas señoritas Dolores, Antonia y Ana Calderón; Ana María Alva, Manuela y Teresa Mendaro; las incomparables artistas de Ecija Margarita y Sierra González Arroyo; Rosario Pacheco, Rosario Reyna; Castillo López, María Salud Torres Gutiérrez, Ca-

talina Gutiérrez, Antonia y Josefa Silva, Dolores Gavala, Milagros Enríquez; Dolores González Cordero y de González, tuvieron a su cargo la parte musical y la lectura de las poesías remitidas por los señores Blanco Belmonte, Villar Sánchez, Cortínes Murube y Gil de Cala.

Pronunciaron discursos los señores Dominguez de Cepeda, vocal de la Comisión organizadora; don José Monge Bernal; el reverendo padre Jerónimo de Córdoba, que leyó un muy documentado y erudito trabajo en Latín; el reverendo padre Antonio Garay, superior de los franciscanos de esta villa; don Carlos Moya y Soto, propietario por oposición de la Cátedra de Latinidad, fundada en Lebrija en memoria de Elio Antonio; don Cristóbal Vidal, notario de Arcos; don Francisco Laborde, Inspector provincial de Sanidad, don Cristóbal Rodríguez Hinojosa; don Francisco Merry, coronel del regimiento de Lanceros de Villaviciosa; y se leyeron los trabajos remitidos por los señores Peyró, deán de Cádiz; Ortega Morejón, magistrado del Tribunal Supremo; don Luis María Jiménez, S. J. en Málaga; don Miguel Herrero García, catedrático del Instituto Escuela en Madrid; don Pedro Riaño, archivero en el Ministerio de Fomento; del señor Mesa, oficial del Cuerpo de Penales; de don José Tanguis, catedrático del Instituto de Barcelona; de don José Monge Otero, de Cambados; de don José Ignacio Valentí, de Palma (Baleares); del señor Muñoz de Zaro; del registrador de la Propiedad de Medina Sidonia, señor Gavala y de don Rodolfo Gil, publicado en «Blanco y Negro»; actuando de mantenedor el rector de la Universidad Literaria de Sevilla, don Joaquín Hazañas, que leyó un documentado discurso, en el que trató, como él sabe hacerlo, de la estancia de Nebrija en Sevilla.

En dichas veladas se interpretó un hermosísimo himno a Lebrija, compuesto a esos efectos por el reverendo padre Eusebio Quejo, O. F. M., con letra de don Antonio Calderón Tejero, y se interpretó con gran verdad histórica una preciosa loa, de la que es autor don Francisco Montero Díaz.

El Ayuntamiento de esta Villa repartió una abundante limosna de pan a los pobres, teniendo acordado fundar a perpetuidad cuatro premios anuales para los alumnos de Facultad, grado de bachiller y niño y niña que más se distingan en los exámenes ordenados de cada curso.

Concurrieron a dichos actos, en representación de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, don Carlos Cañal; el digno juez de primera instancia del distrito de Utrera, don Mariano Gallo Alcántara, quien ostentaba la representación del Ayuntamiento de Alcalá de Henares.

Se adhirieron a tan solemnes actos la Universidad de Salamanca, por conducto de su rector; don Mario Méndez Bejarano, hijo adoptivo y predilecto de esta Villa; don Antonio Maura; don Manuel Siurot, abogado y maestro de Huelva; el señor Valladar, en nombre de la Comisión de Monumentos de Granada; los prestigiosos hermanos Alvarez Quintero; don Lucio Bascuñana, farmacéutico en Cádiz; el Colegio de padres jesuítas de Chamartín de la Rosa; don Manuel Díaz Martín; don Francisco Navas, del Cuerpo de estudios americanistas de Sevilla; el

conde de Halcón, alcalde de Sevilla; don Antonio Collantes de Terán, catedrático de la Universidad sevillana; el Colegio de reverendos padres Agustinos de El Escorial; don Luis Calderón, presbítero en Huelva; don Antonio Gavala, coronel de Estado Mayor; don Felipe Robles Degano, profesor de Filosofía en el Seminario de Avila; don Gabriel Maura y Gamazo, y otras personalidades.

Existe el propósito de imprimir un folleto en el que, a más de los trabajos ya referidos, se incluirá el que resulte premiado en el concurso abierto por la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, para cuyo concurso concedió oportunamente el Ayuntamiento de esta villa un premio de 500 pésetas.»

«Liberal de Sevilla», 24 de Septiembre de 1922.

En esta reseña de los festejos, escrita a raíz de los hechos con laudable concisión, claridad y verdad, sólo hay que rebajar el mérito atribuído a mi modesto trabajo, añadiéndoselo a los demás discursos pronunciados y leídos durante las dos veladas literario-musicales.

Este folleto anunciado en la prensa sevillana no ha podido imprimirse hasta hoy por motivo de escaso interés para el público. Y, si como eco del Centenario viene algo tardío, no resta ese inconveniente toda su oportunidad a la presente publicación por razones de diversa índole.

Es la primera que las promesas deben cumplirse cuando se puede, y, pudiéndose hoy, bajo los auspicios del Alcalde Presidente, don Federico López Ortíz, decidido y práctico amante de toda cultura, hoy deben ver la luz pública esos trabajos, conforme lo ofrecido a sus autores por este Ilustre Ayuntamiento.

Siendo además Antonio de Nebrija la enciclopedia viva de su siglo, el padre y fundador del idioma patrio, el hombre de todos los tiempos; el homenaje tributado a su memoria, que fulge esplendoroso en cada página de este folleto, nunca puede tildarse de anacrónico por nadie que siente amor, admiración, o por lo menos, respeto a todo lo que signifique ciencia, grandeza y patriotismo, a esos «heraldos de Cervantes», que son

«El léxico y el arte de Nebrija»;

nunca podrá tildarse de inoportuna por nadie, que sienta la gratitud debida al forjador sublime de esta lengua, en que nuestra patria y las demás naciones de la América latina, revisten con sus ideas las floraciones más exquisitas de su alma; de esta lengua heroica «fabla de gigantes», de esta lengua musical, orquesta del pensamiento, caja sonora, donde vibran acordes las armonías de la tierra con las del cielo.

«Que tiene exaltaciones de divino
Con el latir potente de lo humano».

LEBRIJA, Enero 16-1926.

DIEGO MORALES.

PROGRAMA

IV CENTENARIO

DE

ELIO ANTONIO DE NEBRIJA

PROGRAMA de los actos que, con asistencia del Director de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, Excmo. Sr. D. Carlos Cañal, han de celebrarse en la Villa de Lebrija, en honra y gloria de **ELIO ANTONIO DE NEBRIJA,** los días 17 y 18 de Septiembre de 1922, con motivo del IV centenario de su muerte.

DÍA 17

A las nueve y media de la mañana **Solemne función religiosa** en la Iglesia parroquial de **Nuestra Señora de la Oliva.** El sermón estará a cargo del Presbítero **Don Diego Morales Ruiz.**

A las cinco de la tarde:

Descubrimiento de la lápida conmemorativa, colocada en la fachada de las Casas Consistoriales, croquis del dibujo, original de don Jorge Valls, ejecutado en loseta por don Enrique Orce, en la Fábrica de Cerámica del señor Ramos Rejano, de Sevilla.

Interpretación, por la **Banda Municipal,** del pasodoble «**El Lebrijano**», del Maestro Farfán.

A las ocho de la noche (en el Teatro):

VELADA LITERARIO--MUSICAL

PRIMERA PARTE

1.° **HIMNO A LEBRIJA,** a cuatro voces mixtas, dos pianos a cuatro manos y un armoniun, ejecutado por las señoritas **Ana Calderón, Ana María Alva** y **Manuela** y **Teresa Mendaro,** y el armoniun, por **don Joaquín Zambrano,** música del **R. Padre Eusebio Quejo, O. F. M.,** y letra de **don Antonio Calderón y Tejero.**

2.° **TRABAJOS DE LA COMISION ORGANIZADORA,** por el vocal de la misma **don Fernando Domínguez de Cepeda.**

3.° **ODA A ANTONIO DE NEBRIJA,** por **don Juan María Coronil Gómez,** Pbro.

4.° **CANCION ANDALUZA (L. Mariani),** interpretada al piano por la **Srta. Rosario Pacheco.**

5.° **EN ALABANZA DE LA VILLA DE LEBRIJA,** Sonetos de **don F. Cortines y Murube,** leídos por la **Srta. Rosario Reina Méndez.**

6.° **DISCURSO,** por **don José Monge Bernal.**

7.° **VALS BRILLANTE (Etinceles),** interpretado al piano, a cuatro manos, por las señoritas **Dolores** y **Antonia Calderón.**

SEGUNDA PARTE

1.° **DISCURSO,** por el **Rvdo. P. Jerónimo de Córdoba, S. E.**

2.° **FANTASIA IM PRONTU (Chopín),** interpretada al piano, por la **Srta. Castillo López Brenes.**

3.° **ELOGIO DEL NEBRISENSE,** Soneto original de **don M. Villar Sánchez,** leído por la señorita **María Salud Torres Gutiérrez.**

4.° **RUMORES DE LA CALETA, (Albéniz),** interpretado al piano por la señorita **Ana María Alva.**

5.° **DISCURSO,** del **Rvdo. P. Antonio Garay,** Superior del Convento de Franciscanos de la Villa de Lebrija.

6.° **MARCHA HEROICA** (C. **Saint Saens**), interpretada, a cuatro manos, al piano, por las señoritas **Manuela** y **Teresa Mendaro.**

TERCERA PARTE

1.° **ET NIHIT TETIGIT QUOD NON ORNAVIT,** Poesía en loor de **ELIO ANTONIO,** original de **don M. Villar Sánchez,** leída por la señorita **Catalina Gutiérrez Varela.**

2.° **RAPSODIA HUNGARA NUM. 2 (Liszt),** interpretada al piano, a cuatro manos, por las señoritas **Antonia** y **Josefa Silva.**

3.° **CONFERENCIA,** por **don Carlos Moya y Soto,** propietario por oposición de la Cátedra de Latinidad instituída en Lebrija en memoria de **ELIO ANTONIO.**

4.° **GALOP-MARCHA (Lavignac),** interpretado al piano, a ocho manos, por las señoritas **Manuela** y **Teresa Mendaro, Ana María Alva** y **Antonia Calderón.**

5.° **DISCURSO,** del Mantenedor, **don Joaquín Hazañas y la Rúa,** Rector de la Universidad Literaria de Sevilla.

6.° **LOA,** de la que es autor **don Francisco Montero Díaz,** interpretada por las señoritas **Teresa Mendaro, Dolores Gavala, Milagros Enríquez, Antonia Calderón** y **Dolores González Gavala,** y los señores **don Valentín Gavala** y **don Ramón Mendaro.**

7.° Repetición del **HIMNO,** expresado en el número primero.

DÍA 18

A las ocho de la noche (en el Teatro):

LECTURA de los trabajos remitidos por los señores:

Don Cristóbal Rodríguez Hinojosa, Licenciado en Derecho.

Excmo. Sr. D. José María Ortega Morejón, Magistrado del Tribunal Supremo.

Don Andrés Gavala y Sánchez de Alva, Registrador de la Propiedad en Medina Sidonia.

Don Miguel Herrero García, Catedrático del Instituto Escuela en Madrid.

Rvdo. P. Luis Jiménez Font, S. J., en Málaga.

Don Francisco Peiró, Deán del Cabildo Catedral de Cádiz.

Y los demás que se reciban hasta el expresado día.

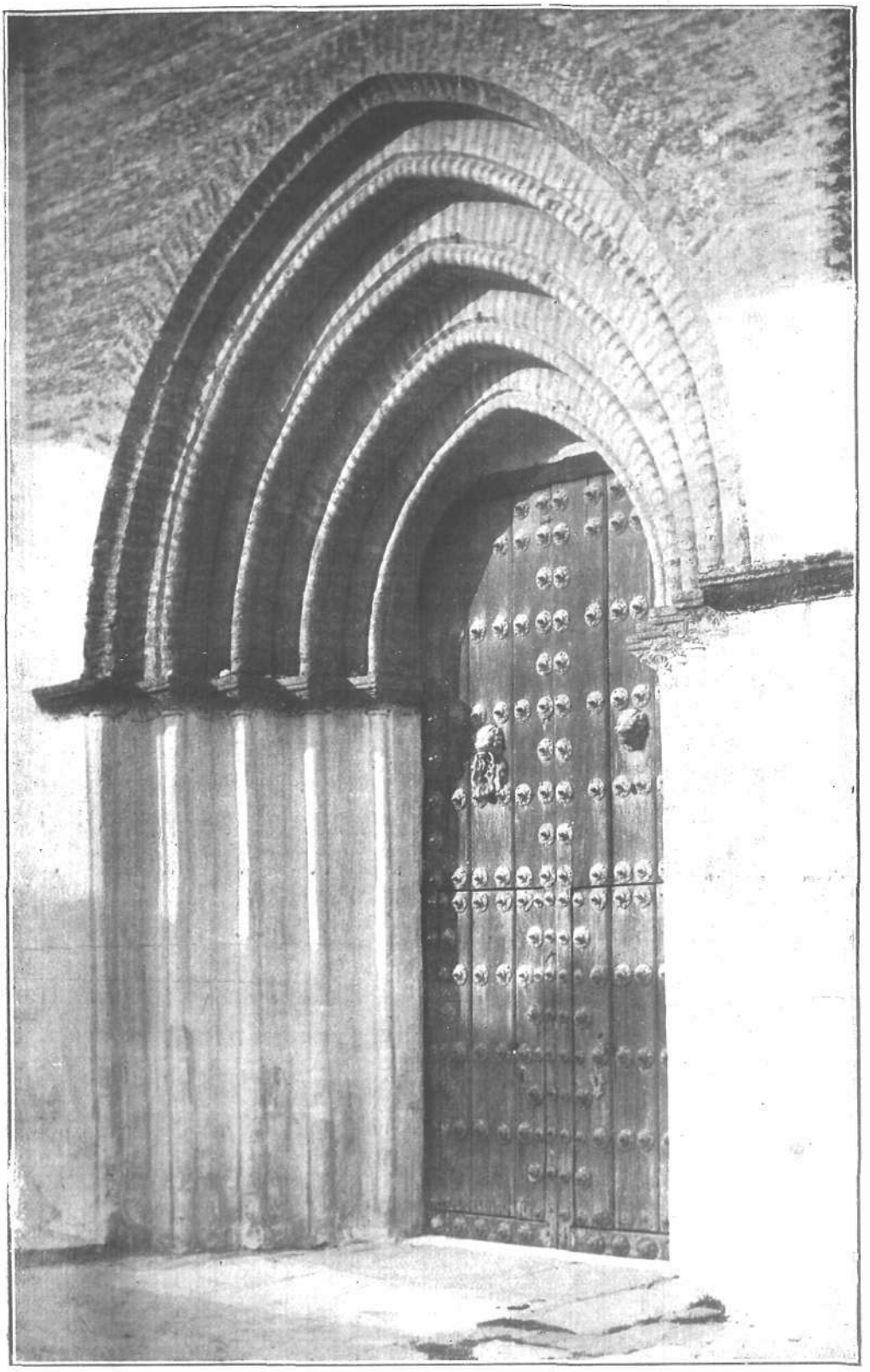
Todos los indicados trabajos y los que se reciban hasta el día 30 de Abril de 1923, se incluirán en un folleto que, a más de los dichos, contendrá el que resulte premiado en el Concurso abierto por la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, cuyo folleto se repartirá profusa y gratuitamente.

LEBRIJA, 1.º de Septiembre de 1922.

La Comisión.

SOLEMNIDADES RELIGIOSAS DE LA MAÑANA

A.—CARTA.
B.—SINOPSIS.
C.—EXORDIO.



Puerta de la Iglesia Parroquial de gran mérito arquitectónico.

A

JHS

Sr. Dn. Fernando Domínguez de Cepeda.

Mi distinguido amigo: Recibo su carta, pidiéndome el sermón predicado por mí en la función religiosa del Centenario.

Siento no poder complacerle sino en parte, pues no conservo más que la sinopsis detallada, escrita antes de la fiesta. El mismo día o el siguiente, y a ruego de algunos amigos, me decidí a escribirlo entero con la sinopsis ante la vista y procurando acomodarme en su desarrollo a lo que recordase del sermón predicado; pero, después de escrito el exordio, quedó interrumpida la tarea y así, dejándola de un día para otro, llega el de hoy, en que ya no recuerdo una palabra.

De todos modos, como no había permiso para un elogio fúnebre, sólo pude hablar de Antonio de Nebrija en el exordio, que tomé de las circunstancias. Por tanto, sólo el exordio ha de interesar a los que lean el libro del Centenario, que ya gana bastante conque mi modesto trabajo sólo figure en estado de larva sinóptica, y ganaría mucho más, si tuviese V. el feliz acuerdo de suprimirlo en absoluto.

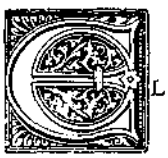
Quien da todo lo que tiene a nada más está obligado. Yo, sin embargo, lo sigo estando a sus muchas atenciones y soy siempre de V. affmo., amigo,

DIEGO MORALES.

LEBRIJA, Julio 1922.

SINOPSIS

DEL SERMÓN PREDICADO EN LA FUNCIÓN RELIGIOSA DEL CENTENARIO



L argumento a mi sermón apologético me lo dan algunas inexactitudes lanzadas ineptamente a los vientos contra la Iglesia con ocasión de este Centenario.

En el exordio alabo el acuerdo tomado por la Junta organizadora de dar principio a los festejos del Centenario con una solemnidad religiosa. Pruebo lo plausible de este acuerdo por estar en armonía con respetables tradiciones y con el carácter religioso del mismo festejado. Refuto las objeciones contrarias y, dejando el tema histórico de elogio fúnebre, presento un tema doctrinal de oración sagrada, con la siguiente transición:

«Pero si Antonio de Nebrija no fué cristiano de corazón, no es porque la Iglesia sea enemiga del arte; y para probarlo desarrollo algunos puntos de doctrina católica sobre este asunto. De donde se desprende que (1.ª Parte) la Iglesia con su Moral purifica el arte, y (2.ª Parte) con su Dogma le abre nuevos y luminosos horizontes.

1.ª Parte. Encargada por Dios de perfeccionar al hombre completo para dirigirle a su último fin, la Iglesia no puede por menos de proscribir el error, que extravía la inteligencia y lo inhonesto, que estraga la voluntad. Pero esas deformidades intelectuales y morales, lejos de ser elementos artísticos, son tan contrarios al arte como a la naturaleza racional. Luego la acción de la Iglesia al proscribirlos es más bien *purificadora que persecutoria*.

Es más. La corrupción de costumbres corrompe al arte mismo; y la de éste aumenta la corrupción de las costumbres Luego, si la Iglesia no viniese a romper ese círculo con la pureza de su Moral, el *hombre* y *el artista* llegarían a la disolución; límite lógico de esas dos causas recíprocas.

2.ª Parte. *a)*. La Iglesia nos descubre en nosotros mismos un comprincipio físico de nuestro ser, espiritual por su esencia, bellísimo en sí mismo y capaz de una belleza superior de orden moral y sobrenatural.

b). La Iglesia propone a nuestra adoración un Dios que es la belleza infinita y nos lo señala como último fin de nuestros inmortales destinos. Dogmas que irradian sobre el arte resplandores del cielo.

C

EXORDIO

Beatus homo quem tu ereduieris, Domine.

Ps. XCIII, 12.

ISPUSO la Universidad complutense a la muerte del gran Maestro Elio Antonio de Nebrija, que todos los años se pronunciara en su elogio un discurso fúnebre y se celebrasen solemnes y públicas exequias para honrar su memoria; honores que nunca ha tributado la Universidad a ningún otro profesor y que parecían reservados exclusivamente para su fundador, D. Fray Francisco de Cisneros.

No carece, pues, de precedente histórico el acuerdo tomado por la digna Junta organizadora de dar principio a los festejos del Centenario por la presente solemnidad religiosa. Acuerdo de todo punto plausible por estar en armonía con tan respetables tradiciones y por tocar un punto de extraordinario interés en un sabio del Renacimiento: su religiosidad.

Pero ¿fué en realidad el célebre Maestro, hombre de profundas y arraigadas convicciones católicas?

Señores, si el ambiente que rodeó siempre a esta egregia figura es la corte de los Reyes Católicos, son los palacios de D. Alfonso de Fonseca, Arzobispo de Sevilla y de D. Juan de Zúñiga, gran Maestre de la Orden de Alcántara y después Cardenal y Arzobispo de Sevilla, son los Claustros Universitarios de Salamanca y Alcalá y el reducido número de personas, a quienes el austero y virtuosísimo Cardenal Cisneros honraba con su amistad más íntima, ¿no os parece que para brillar en la luz se necesitaban resplandores...? Y en una atmósfera, como esa, tan saturada y sobresaturada de religiosidad, para adquirir relieve y relieve insigne por la piedad y temor de Dios, como de Nebrija lo afirma su contemporáneo D. Raimundo Palasino «*adjunxisse cum litteris insignem pietatem et timorem Dei*», ¿no os parece que se necesita religiosidad?

Y, si obras son amores, él detesta con palabras enérgicas el principio fundamental de la Reforma, quitándole el antifaz simpático y sonoro de *libertad* y clavándole en la frente su verdadero nombre de libertinaje.

El consagra durante muchos años gran parte de su tiempo a la Sagrada Escritura, como a uno de sus estudios más favorito. El imprime con eruditísimas notas las preces que se recitan en los Oficios divinos y otras obras piadosas, que tuvieron tan buena aceptación en toda España, como sus mejores escritos profanos. Y, si escribe comentarios sobre Virgilio y Pérsico, con igual entusiasmo comenta a los poetas cristianos Sedulio y Prudencio. Y, si fueron sus hijos vivos retratos de su padre, fué, como lo afirma el académico Muñoz, porque Nebrija, cumpliendo fielmente sus obligaciones de padre cristiano, supo infundirles, bajo la base de una educación esmeradísima, su ciencia y virtud. Y, si tomó el nombre de Elio, como él dice en el prólogo de su Gramática «*quod Nebrissæ abque in agro nebrissensi complura sunt antiquitatis monumenta in quibus Aeliorum abque Aelianorum familiæ marmoribus incissæ leguntur*» contra la costumbre de muchos sabios del Renacimiento, que se borraban el nombre de pila y escogían, como distintivo literario, un nombre pagano, el insigne Maestro dió siempre preferencia, aun en el mundo de las Letras, a su nombre cristiano, al hermoso nombre de Antonio, cambiando sus ilustres apellidos por el adjetivo Nebrissensis=el lebrijano, como si su familia fuese todo el pueblo de Lebrija, y sintetizando en esas dos palabras dos grandes amores suyos: el de la Religión y el de la Patria chica!

Con razón, pues, ha determinado la Junta organizadora empiecen en la Iglesia las fiestas del Centenario. Con razón se engalana el templo y con el alegre volteo de sus campanas invita a los fieles a que tomen parte en su alegría, alegría y júbilo que consagra el Sacerdote elevando en ese altar majestuosamente la Hostia sacrosanta. Con razón se abre hoy, como grandioso pórtico a las solemnidades del día, el templo donde Antonio de Nebrija recibió con el bautismo la fe de cristiano; y, mientras el dedo de los siglos nos señala la memoria del gran Humanista, que se eleva, como un sol, en el cielo del pensamiento humano, esa esbelta torre, como dedo colosal, nos señala el cielo, donde el ilustre polígrafo recibe el premio de sus magníficos servicios prestados a la Fe.

Y no me refiero sólo a sus conocidísimos y colosales trabajos, en los que puso al servicio de la Políglota su portentosa erudición. No me voy a detener tampoco para considerar el papel importantísimo, que ocupa Nebrija en los eternos planes de Dios sobre la dilatación de la santa fe en el mundo. Pues si «*fides ex auditu, auditus autem per verbum fidei*», el insigne gramático con su labor filológica dió fijeza a la lengua castellana que, con la espada de nuestros guerreros, voló triunfante por toda la redondez de la Tierra y en la boca de nuestros heroicos misioneros fué el vehículo, el divino puente tendido por la Providencia, para que avasalladora pasase la Religión católica desde el viejo al nuevo mundo, que aparecía entonces entre mares desconocidos, como evocación gloriosa del insigne navegante, protegido por la magnánima Isabel.

No voy a describir tampoco su titánica labor pedagógica, a la que consagró su vida entera y por la que mereció bien de la Religión y de

la Patria Y, si dice la Escritura «*Danti mihi sapientiam debo gloriam*» ¿qué corona de gloria no pondrán en la frente del Maestro tantos Príncipes de la Iglesia, esforzados Capitanes, hábiles Estadistas y sapientísimos Profesores, tantas lumbreras de su tiempo, que ocuparon los primeros puestos de la sociedad, salidos de sus aulas y forjados por él en el yunque de una Pedagogía hoy lastimosamente olvidada y de la que fué sin duda uno de los más genuinos representantes.

Tema de un interesantísimo discurso fúnebre sería ese sistema de enseñanza que atendía a la evolución armónica de todas las facultades del hombre, dando la preferencia como a principales, a la inteligencia y a la voluntad, depositando sólo de ciencia positiva en la memoria lo suficiente para orientarla con solidez y claridad en todos los ramos del saber humano. Tema de un interesantísimo discurso fúnebre sobre Antonio de Nebrija sería comparar ese sistema con el que hoy rompe esa armonía de evolución, desarrollando desmesuradamente la memoria con datos positivos, que no hay tiempo de coordinar y asimilar y acusa la indigestión mental de que adolecen tantos pensadores modernos. Y, mientras las facultades rememorativas sucumben a la hipertrofia, la inteligencia y la voluntad languidecen anémicas. La inteligencia no tiene alas para volar con tino, seguridad y gallardía por las regiones de la especulación; y la voluntad, sin la firme solidez del ideal religioso, sin más sostén racional que el imperativo categórico, naufraga sin remedio, como navecilla sin lastre, en medio del oleaje tumultuoso de la vida.

Pero, no habiendo permiso para un elogio fúnebre, bástenos saber que fué Antonio de Nebrija una hermosa flor nacida al sol de la belleza clásica en los jardines de la Iglesia, no el ruiseñor del Olimpo extraviado en las selvas insonoras del Cristianismo que se empeña en llenar con la armonía de sus cánticos. Inseparablemente unido al Cardenal Cisneros, Primado de las Españas y Gran Inquisidor del Reino, con tan sincera y afectuosa amistad que ni la muerte pudo romper, y que los contemporáneos supieron respetar, dándoles sepultura juntos, fué Nebrija como esos rosales trepadores, que admiramos en el Parque de Sevilla, donde adheridos al recio tronco de airosa palmera, suben como a buscar en el cielo la lluvia de rosas, que dejan caer sobre la tierra y de que aparecen brillantemente salpicados. Eso fué Antonio de Nebrija. No, como quieren algunos, que interpretando malévolamente sus pasajeros disgustos con la Inquisición, nos lo describen como golondrina que, asustada por la borrasca inquisitorial, revolotea en torno de los brazos abiertos de la Cruz.

Los juicios de esos hombres, rectos cuando tienen por objeto asuntos de la tierra, se tuercen al rozarse con la Religión, como la luz de las estrellas, en el sol, según la hipótesis de Einstein cuya comprobación en el próximo eclipse promete ser un acontecimiento.

(Aquí miré el reloj y quedé consternado ante las disparatadas dimensiones del Exordio.)

La Iglesia cotólica se ufana de reconocerlo por hijo y le agradece los eminentes servicios prestados a la causa católica, cuya enumeración

tengo que suprimir, por no alargar este Exordio, ya excesivamente largo.

Pero, si en nuestros oídos han sonado como blasfemias de cierta crítica moderna, que el arte cristiano es una negación del arte, que el verdadero arte murió con el Paganismo, no se nos culpe de habernos detenido un poco para contemplar *la insigne piedad y temor de Dios* de un artista indiscutible y apóstol infatigable de las bellas Letras, que, en medio de esas pretendidas negación del arte, en medio de esa pretendida sombra que se extiende desde el pie de la Cruz hasta nosotros, resplandece a nuestros ojos como un hacha de oro levantada para cortar la cabeza de la Barbarie.

Si en nuestros oídos ha sonado como una blasfemia que los funerales del Olimpo fueron los funerales del arte, la proposición contradictoria será una alabanza a Dios y tal vez la más hermosa y oportuna para un día como éste.

MEMORIA

DE

DON FERNANDO DOMÍNGUEZ DE CEPEDA

SECRETARIO DE LA COMISIÓN ORGANIZADORA

SEÑORAS, SEÑORES:

N nombre y representación de la Comisión organizadora, del justo homenaje que rinde esta villa, a la memoria de su preclaro hijo Elio Antonio, con motivo del IV Centenario de su muerte, tengo el alto e inmerecido honor de dirigiros la palabra.

Sean mis primeras frases de verdadero y rendido agradecimiento para vosotras, bellas nebrisenses, que con vuestra asistencia a este acto, y lo que más vale aún, con vuestro entusiasta concurso, dais la nota de color, la más bella pincelada a este hermosísimo cuadro, que tiene todas las bellezas plásticas, que con vuestros lindos rostros le dais, y todas las bellezas incorpóreas, toda la belleza espiritual y sutil, que produce la visión o conocimiento de una acción noble, de una acción justa, cual es, la que hoy realiza este noble pueblo, pagando, o intentando pagar la deuda de gratitud, contraída con Elio Antonio, desde que éste, antepuso el nombre de su patria chica (Nebrija), al apellido ilustre que por razón de sangre le correspondía.

Cumplido este elemental deber, que no es de cortesía, sino de seca y estricta justicia, permitidme que cumpla, el que me ha sido señalado, por mis dignos compañeros de Comisión, de daros cuenta de los trabajos realizados por la Junta Organizadora.

Alboreaba el presente año de 1922, cuando el entonces digno Alcalde del Ilustre Ayuntamiento de esta villa, don Antonio Caro Tejero, tuvo por fidedigno conducto, noticias, de que en el ánimo de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, existía el propósito de conmemorar el IV Centenario de la muerte de Elio Antonio; e interpretando dicho señor fiel y exactamente el sentimiento de todo el vecindario, propuso, y el Ayuntamiento acordó, en 1.° de Febrero último, ofrecerse incondicionalmente la Corporación Municipal, a la Docta Academia Sevillana, para todo lo que pudiera redundar en honra y gloria, del esclarecido humanista, Elio Antonio de Nebrija.

El acta de la sesión municipal celebrada dicho día 1.° de Febrero, que pongo a vuestra incondicional disposición, evidencia la verdad de mi aserto. Aceptó complacidísima la Real Academia Sevillana, dicho incondicional ofrecimiento, por conducto de su muy digno Director, el Excmo. Sr. don Carlos Cañal, que con su presencia nos honra, dirigiendo a esos efectos, con fecha 10 del citado Febrero, atento oficio al Alcalde Presidente del Ilustre Ayuntamiento de esta localidad, expresando la gratitud de la Academia hacia la Corporación Municipal, *«representante de un pueblo de tan noble ejecutoria como Lebrija, que tiene la honra, de contar a Nebrija, entre sus más preclaros hijos»*; son palabras del señor Cañal.

Concretó la Real Academia su plan y pensamiento al Ayuntamiento de esta localidad, en 21 de Junio último, por conducto de su muy digno Secretario 2.°, don Antonio Muñoz Torrado, interesando, la concesión de un premio en metálico, para el público certamen convocado después por dicha docta Corporación.

Y en la primera sesión que después del 20, celebró el Ayuntamiento de esta villa con carácter de ordinaria, o sea en la del día 28 del citado Junio, el actual Alcalde Presidente, don Miguel Gutiérrez Varela, propuso, y el Ayuntamiento por aclamación acordó, «poner a disposición de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, la cantidad de quinientas pesetas, con destino al premio interesado; lamentando muy de veras que la difícil situación económica del Ayuntamiento, impidiera dedicar a tan honroso fin mayor cantidad, dejando en absoluta y completa libertad a dicha Academia Sevillana, para asignarlo al tema que creyera más oportuno, rogando sólo, si así era factible, que se concediera a este Ayuntamiento el derecho a imprimir por su cargo, el trabajo que resulte premiado para repartirlo después profusa y gratuítamente

Aceptado dicho premio por la Academia y concedido el derecho de impresión interesado, fué entregada ya hace algún tiempo, la expresada suma de quinientas pesetas, por conducto del que habla, al señor Tesorero de la mencionada Academia, don Gabriel Lupiáñez.

El Ilustre Ayuntamiento de esta villa, quedó pues al incondicional mandar de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, desde el primero de Febrero del corriente año, y con fecha 28 de Junio último, fué cancelada la hipoteca voluntaria constituída en aquel entonces.

Libre ya de esa obligación, la Corporación municipal empieza con verdadero amor y entusiasmo, los trabajos preparatorios de esta velada, por medio de la Comisión organizadora, en cuyo nombre os molesto.

Y dicha Comisión proponiendo, y el Ayuntamiento aceptando y otorgando, con verdadero desprendimiento, dado el alto fin que a unos y a otros nos guiaba, se acordó, de común acuerdo siempre, entre la Comisión organizadora y la Comisión municipal, la celebración de la función religiosa, a que hoy hemos asistido, el reparto de una abundante limosna de pan (quinientos kilos), que se han de distribuir mañana, como debe hacerse, sin alarde ni publicidad alguna, para no herir los sentimientos de los socorridos; la celebración de esta Velada y otros actos, que después diré, pues antes de pasar adelante, me voy a permi-

tir recordar a todos, que tenemos una deuda que cumplir y que es nuestro acreedor, el Presbítero don Diego Morales Ruiz. Habéis aplaudido, como merece esta tarde, en el acto hermoso y ejemplar del descubrimiento de la lápida conmemorativa, al autor de su dibujo, nuestro querido paisano, pues con nosotros convive, don Jorge Valls Coronilla; habéis aplaudido a nuestro Alcalde, por las sinceras palabras que pronunció en dicho acto; habéis ovacionado como merece al Rvdo. Padre Eusebio Quejo, honra y gloria, entre otras muchas, de la venerable orden franciscana, autor de la música del himno cuya sonoridad y grandeza hemos todos apreciado; habéis aplaudido al digno Juez Municipal de esta localidad, don Antonio Calderón Tejero, autor de la letra de aquella hermosa partitura; habéis ovacionado a las lindas y gentiles señoritas que lo han interpretado y a los cantores que lo han cantado; aplaudiréis después la bella loa de que es autor el señor Montero; pero la santidad del lugar, nos impidió esta mañana, aplaudir la elocuente oración sagrada de nuestro querido paisano, el Presbítero don Diego Morales, honra del sacerdocio español, y para él os pido un aplauso.

Y si yo fuera egoísta, con el rumor agradable de estos aplausos, terminaría la lectura de estas cuartillas, pero el deber es ante todo, y él os obliga a aguantarme, y a mi, a seguir molestándoos, si bien os ofrezco ser muy breve.

No contenta la Comisión organizadora, ni satisfecho el Ayuntamiento con los acuerdos relativos a la colocación de la lápida conmemorativa, al otorgamiento del premio ya indicado, a la precitada limosna de pan, y a la celebración de la función religiosa, pues todo nos parecía poco a unos y a otros para honrar, como merece, la excelsa memoria de Elio Antonio, la Comisión propuso y el Ayuntamiento acordó, solicitar de todos los publicistas y escritores de España, el envío de unas cuartillas, referentes a Antonio de Nebrija, para leerlas en este acto, e incluírlas después en un folleto, en el que se insertará también el trabajo que premie la Academia Sevillana de Buenas Letras, y repartir después profusa y gratuítamente dicho folleto.

A esos efectos, se dirigieron numerosas cartas, más de cien, y se hizo un llamamiento a todos los intelectuales, por medio de la prensa, habiéndose recibido los trabajos que se leerán mañana, para no hacer interminable esta Velada.

A más de los trabajos recibidos, han ofrecido enviarlos otros varios señores; pero la impopular e ilegal huelga de correos, ha sido sin duda la causa de su extravío, por lo que la Comisión está dispuesta, y así lo hará, a solicitarlos de nuevo, toda vez que el folleto no se ha de imprimir hasta que se resuelva el anunciado concurso abierto por la Real Academia Sevillana de Buenas Letras.

Quédame sólo, Señoras y Señores, hablaros de la más bella flor del jardín de este Centenario, y permitidme calificarlo así, pues al contemplar bellas hijas de Lebrija, vuestros lindos ojos, no digo jardín, sino paraíso me parece este teatro.

Y para que veais lo que son las paradojas: esa bella flor de la que os hablaba, está en el árido libro de actas capitulares del Ayuntamiento de esta villa.

Allí, entre el poco poético fárrago de asuntos administrativos, está el acuerdo adoptado por la Ilustre Corporación Municipal, en sesión ordinaria del día 12 de Julio último, de crear a perpetuidad, cuatro premios anuales de 125 pesetas cada uno, en honra y gloria de Antonio de Nebrija.

Podrán optar, respectivamente, a cada uno de dichos premios, los estudiantes de facultad, del grado bachiller, o carrera especial, y niño y niña que, siendo vecino de Lebrija, haya obtenido mejor resultado en los exámenes ordinarios de fin de curso.

No ha de tenerse en cuenta para otorgarlo, la edad, el sexo, ni la situación económica de los concursantes, pues dichos premios no son para costear, ni aun siquiera para ayudar a los gastos, que los estudios causan, sino verdaderas menciones honoríficas, que sirvan de estímulo a la juventud Nebrisense.

Pobres, muy pobres, son esos premios; pero las cargas que sobre el Ayuntamiento pesan de Contingente Provincial y Carcelario, Brigada Sanitaria, y otros que jamás ni nunca, debieron ni deben gravar al Municipio, son causas de que el Ayuntamiento no pueda dedicar a tan alto fin mayor cantidad.

Pero apesar de su pobreza, dichos premios han de servir y seguramente servirán para algo muy alto, para algo muy noble y muy hermoso.

Pues quiere la Comisión, y así será, que de generación en generación, de Universidad en Universidad, de Instituto en Instituto, de Escuela en Escuela, los estudiantes de Lebrija, hablen de dichos premios, y unas veces aplaudiendo y otras censurando a la Junta local de 1.ª enseñanza, que es la que anualmente ha de adjudicarlos, se hable a la vez, que de dichas menciones honoríficas, de Elio Antonio de Nebrija, y al hablar del *Restaurador* del habla castellana, del autor de la primera gramática y del famoso Diccionario, se hable del bello Renacimiento, en todos sus múltiples aspectos, pues no se puede olvidar, que Elio Antonio fué el verdadero importador de aquel, título bastante, si no tuviera otros, para hacer célebre su nombre.

Y al hablar de Elio Antonio, Rey de la Gramática, se hablará de la Reina, de la imponderable Doña Isabel la Católica, que es para mí mucho más grande, cuando asistía como discípula a la Escuela de Doña Beatriz Galindo, que cuando alentaba a los Nobles en las puertas de Granada; pues si bien es grande su excelsa figura en el fulgor de la batalla, para mí es más grande, porque es más mujer, en el aula de la cátedra, pues ese debe ser el prototipo de la mujer española noble y esforzada, pero modesta y estudiosa, para ser madre culta e ilustrada; porque, lo que la madre enseña, jamás se olvida. Yo he olvidado mucho de lo que creí saber, pero jamás ni nunca, olvidaré «El Bendito» que mi santa madre me enseñó cuando yo apenas balbuceaba su nombre.

Y al hablar de Nebrija, se hablará de Colón, de Magallanes, de Elcano, del Gran Cisneros, y de otros cien y cien caballeros de aquella época, que tuvieron la virilidad moral de imponerse por la fuerza de su saber, e hicieron esa España grande, que yo quiero que vuelva a ser mi patria, y que lo será sin duda, cuando la virilidad moral se imponga al egoísmo que hoy predomina en todos los órdenes y que existe por esa falta de virilidad, que yo lamento.

Y sólo me restan dos palabras: presentaros a los oradores que han de tomar parte en esta velada, cosa sencillísima, pues casi todos ellos nos son de sobra conocidos.

Al Doctor Monge Bernal, lo conocéis y tratais todos los presentes; es para nosotros nuestro amigo Pepe, que nos ha encantado otras veces con su fogosa elocuencia en la fiesta del Arbol, en la de la Mutualidad Escolares, y en las conferencias preparatorias del Sindicato Católico, que no pasó de ser un bello sueño.

Nuestro don Carlos Moya, que como Nebrija, traduce y domina el Latín, el Griego y el Hebreo, y como el titular de la cátedra que en reñida oposición ganó, es la enseñanza su ocupación favorita, pues siendo su obligación sólo la de explicar Latín, explica y enseña además del castellano, todas las asignaturas del grado, siendo muchos los que gracias a él saben leer, y muchos, los que gracias a sus desvelos, son Bachilleres.

Al Rvdo. Padre Jerónimo de Córdoba, ejemplar Escolapio, que por amor a Elio Antonio, viene de Sevilla para deleitarnos con su elocuencia.

Muy de veras lamento que razones poderosísimas hayan impedido asistir a este acto al Rvdo. Padre Antonio Garay, Superior de Franciscanos de esta villa, al que todos los Lebrijanos amamos, cual sus talentos y virtudes merecen, pero habiendo tenido absoluta precisión de ausentarse de esta localidad, se leerá su trabajo por otro Religioso.

¿Quién es mi querido maestro don Joaquín Hazañas y la Rúa, Rector de la Universidad Literaria de Sevilla? Lo vais a saber bien y pronto, cuando tengais el gusto de escuchar su elocuente verbo

El respeto y cariño que le tengo, veda mi torpe palabra, pero no quiero, ni debo dejar de deciros, que cuando el nombramiento de Rector dejó de ser un cargo político, de libre nombramiento del ministro, cuando la Universidad de Sevilla tuvo autonomía para nombrarse así misma su Rector, los sabios catedráticos de la Sevillana, donde existe un Checa, un Andrade, un Moris, y otros sabios de reconocidos nombres, eligieron entre ellos al señor Hazañas.

Y cuando en el año 1895 asistía yo, como alumno, a las Cátedras de Filosofía elemental, y de Literatura, que explicaba don Joaquín, los ciento diez alumnos, que el que menos contaba quince años y el que más diecisiete, oíamos con religioso silencio el poderoso verbo de su elocuencia, y a nosotros, fierecillas con más sangre que cuerpo, nos enfrenaba con el poderoso don de su palabra, explicándonos aquello de «en tanto, en cuanto la moral se identifica con el derecho».

Sólo porque no se crea descortesía, os recordaré que está entre nosotros el Excmo. Sr. D. Carlos Cañal, que nos honra con su asistencia, no como Ex ministro de la Corona, ni como político, sino primero como Lebrijano, pues es hijo adoptivo de esta villa, donde se le quiere y respeta como merece, y segundo como Director de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, que de este modo quiere honrar al eximio Elio Antonio.

Después de redactadas estas cuartillas, ha recibido la Comisión Organizadora, las dos mayores alegrías que experimentar pudiera, pues la noble Ciudad de Alcalá de Henares, segunda patria chica de Elio Antonio, pues en su célebre Universidad adquirió renombre, está dignamente representada, por acuerdo de aquel ilustre Ayuntamiento, en la persona del dignísimo Juez de 1.ª Instancia, don Mariano Gallo Alcántara.

Ya ha sabido lo que ha hecho la ciudad complutense; se trata de hacer justicia a Elio Antonio, y se hace representar por el hombre recto e inflexible, que al aplicar la Ley, ejecuta la acción divina, de dar a cada uno lo que merece.

La otra satisfacción nos la ha proporcianado la docta Universidad de Salamanca, que en telegrama de hoy se lamenta de no haber podido enviar una nutrida representación a estos actos, cuya realización aplaude y da gracias, remitiendo sus saludos más expresivos y cariñosos para el Ayuntamiento, para la Comisión que represento, para la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, y para el mantenedor, señor Hazañas.

En medio de estas alegrías, alguna pena habiamos de tener, pues escrito está que no hay placer sin quebranto. Este nos lo causa la ausencia del que en cuerpo y alma es ante todo lebrijano, Excmo. Sr. Don Antonio Halcón y Vinent, actual Alcalde de Sevilla, que estaba dispuesto a acompañarnos, apesar de sus muchos quehaceres a que por el elevado cargo que ejerce está sujeto, y que no ha podido darnos, ni darse a sí mismo ese gusto, por reciente desgracia de familia.

Además de las representaciones y adhesiones ya indicadas, ha enviado sus más entusiastas enhorabuenas, el señor Valladar, Presidente de la Comisión de Monumentos de Granada, y el Presbítero, hijo de esta villa, señor Calderón Tejero.

Por último (y ahora va de veras), a más de la modificación ya dicha relativa al discurso del Padre Garay, he de anunciar otras: ayer mismo se recibieron unos sonetos inapreciables del eximio poeta señor Blanco Belmonte; y el Vocal de la Comisión Organizadora, señor Villar Sánchez, dando una prueba elocuentísima de modestia, que es cualidad de sabio, y el señor Villar lo es, ha cedido el sitio reservado para su segunda poesía a la del señor Blanco Belmonte, que será leída por la misma señorita de Gutiérrez Varela.

La otra modificación del programa, es que no ha llegado a poder de la Comisión Organizadora la obra ofrecida por el Presbítero don Juan M.ª Coronil, si bien solemnemente ha ofrecido dicho señor enviarla,

para que en su día se incluya en el folleto, y en su lugar hablará el señor Vidal, del que sólo diré que es... Vidal y Lebrijano.

Y perdón, señoras y señores, en nombre de la Comisión, por las numerosas deficiencias, que seguramente habréis notado, siendo de disculpa nuestra buena fe y de lenitivo vuestra exquisita corrección; y en nombre del señor Alcalde de la Ilustre Corporación Municipal y de la Comisión Organizadora, mil gracias a todos.

HE DICHO.

FERNANDO DOMÍNGUEZ DE CEPEDA.

ESTUDIO DE

ANTONIO DE NEBRIJA

HECHO POR

DON JUAN CABELLO Y CASTILLA

PRESBÍTERO

BENEFICIADO DE LA CATEDRAL DE SEVILLA

1922 Y 1923

ANTONIO DE NEBRIJA

PRÓLOGO

PREDICABA yo en Lebrija en el año de 1906 la Santa Cuaresma: de ella aún viven indelebles en mi memoria los obsequios que recibí, no sólo del Clero, sino también del pueblo y sus Autoridades. ¡Tal fué la hospitalidad conque se me brindó!... En su plaza mayor contemplé el monumento que a Antonio de Lebrija le habían dedicado en su pueblo natal sus paisanos.

El año anterior y en el mes de Septiembre, el Ilustre Ayuntamiento de Lebrija, fiel a sus tradiciones, celebró en dicha villa un homenaje en honor del sabio e inmortal bibliófilo, conmemorando así el IV Centenario de su muerte. ¡Siempre ha sido obra grande conmemorar a aquellos hombres que dieron lustre y gloria a su patria!...

Grandes eran los nombres de los filósofos que menciona el ilustre naturalista latino Cayo Plinio, *magna nomina;* ilustres eran los nombres que menciona también el historiador latino Tito Livio, *nomina illustria;* los nombres ilustres quiere Quintiliano, sabio retórico español, que SIEMPRE se recuerden; y así como los pueblos de Grecia, Atenas y Roma, decían de sus sabios *Nosco,* los conozco; nosotros podemos decir de Antonio de Nebrija: lo conocemos y nos asombra por su humildad, y porque *es un filósofo que supo callar!...* Recordar su nom-

bre, es seguir el ejemplo de Marco Julio Cicerón, príncipe de la elocuencia romana, quien al recordar sus claros oradores, decía: *Quorum memoria et recordatio in maximis nostris gravissimisque curis jucunda sana fuit.* (Brutus II).

Escribir o hacer un estudio completo *crítico-biográfico* de un personaje célebre, es obra muy difícil, si no es casi imposible; y más, cuando se trata de un varón como el que encabeza estas líneas. Antonio de Lebrija, o *Nebrija,* no fué fundador de una escuela o secta filosófica, propiamente dicho, pero él solo personifica, por lo menos, una de las fases de la vida intelectual de España, y aparece en nuestro cielo como astro de primera magnitud, iniciando trascendentales movimientos en la esfera de las ideas, *descollando,* como dice el sabio crítico Menéndez y Pelayo, *por la originalidad y universalidad de sus ideas.* («Ciencia Española». Tom. 1 , pág. 191). Para hacer cumplidamente su retrato sería necesario dar a conocer el cuadro de su época y así completar y admirar el puesto que ocupó en él, ya que tan bien se ayunta con los del Rey Sabio, el Arzobispo Jiménez de Rada, Antonio Agustín, Caramuel y otros.

Con razón hubo de decir Martín Fernández de Navarrete, que Nebrija: *recorrió todo el círculo de la erudición y volvió a ser el restaurador de la lengua latina, de las humanidades y de la ciencia.* («Disertación sobre la Historia de la Náutica», parte 2.ª, pág. 105); Don Juan Bautista Muñoz, que era: *erudito universal, restaurador del gusto y solidez de toda buena literatura y maestro por excelencia de la nación española.* («Elogio a Lebrija.» Memorias de la Academia de la Historia, Tom. 3.°, pág. 1.ª); Moreri, que Nebrija es: *uno de aquellos a quienes España debe más con respecto a Letras.* («Diccionario Histórico»); y el Padre Fray Diego de Guadix, Franciscano, que: *los españoles debemos a Nebrija tanto, cuanto sabemos de la lengua latina.* («Diccionario arábigo», inédito, que posee nuestra rica Biblioteca Colombina, y que de él hace mención el famoso bibliógrafo sevillano Nicolás Antonio, en su «Bibliot. Hisp.», Tom. I, pág. 329; y el Capellán de Felipe III, Sebastián Covarrubia, en su «Tesor. de la Leng. Castell.»), aunque ignorando ambos su nombre.

Dividiremos, pues, este estudio en tres partes, considerando en Antonio de Nebrija: 1.° Su época y su nacimiento; 2.° Su instrucción y sus trabajos; y 3.° Sus obras incomparables.

I

SU ÉPOCA Y SU NACIMIENTO

Dos acontecimientos, muy notables, cuenta la historia de a mediados del siglo XV, que variaron la política toda de las Naciones del Occidente, y el aspecto de la literatura; son a saber: la pérdida de Constantinopla, que cayó en poder de Mahomet II, y la invención de la Imprenta. Corriendo los últimos días del siglo XIV eran ya vejados y oprimidos los Griegos por los Turcos, *Osmanlís*, dinastía fundada por Otman I, en 1304, que amenazaban la ruina total del Imperio, siendo esto causa de que muchos de sus sabios y maestros se refugiasen en Italia. Celebrado el Concilio de Florencia en 1439, fué asolada la Grecia, sin duda porque Dios castigaba a aquella tierra que desde Focio cansaba al Cielo con sus rebeldías; y aun después de firmado el decreto de unión entre aquellas Iglesias y las de Occidente, repetía lo que había repetido durante quinientos años, imitando el grito deicida de los Judíos: *No queremos que reines sobre nosotros.*

La Capital del Bajo Imperio quedó en poder de los Otomanos; sus sabios acabaron de emigrar, y en Italia principalmente, abrieron escuelas que fueron los manantiales en que bebió la Europa en los siglos que corrieron después. Mucho aprovechó e hizo, sin perder tiempo, Alonso V de Aragón, y de Sicilia, intitulado por sus excelentes cualidades el *Magnánimo:* éste rey formó una Biblioteca de códices y libros inéditos; mandó trasladar al latín los libros mayores de la antigüedad y de otros autores desconocidos, que aquellos sabios desterrados trajeran con sus obras manuscritas para libertarlos de la barbarie de los conquistadores; después con la enseñanza de la lengua griega y el estudio de la latina, echaron los cimientos del grandioso templo que levantaron a la ciencia, donde se sentaron tantos sabios!...

La Imprenta nacía con Juan Guttemberg, hijo de Maguncia, ciudad en el gran Ducado de Hesse Darmstadt, provincia del Rhin, hoy fortaleza de la Confederación Germánica, quien hizo sus primeros ensayos en Estrasburgo, hermosa ciudad de la Francia, según se cree, en 1438; (César Cantú. «Hist. Univer.», Tom. 6, pág. 217). Por este medio hizo familiares los *Elementos de Euclides* y la *Geografía de Tolomeo*; en Valencia se imprimía en 1482 el Tratado de *Cosmografía de Pomponio Mela;* así como en Barcelona las obras de Raimundo Lulio, en 1482 y 89; («P. Méndez». Typograf. española, páginas 63, 99 y 100).

Los Españoles que residían en Italia, especialmente los del Colegio de San Clemente de Bolonia, fundado por el Cardenal de Toledo, Gil Alvarez y Carrillo de Albornoz, contemporáneo del sabio Petrarca, restaurador de las letras en Italia, muy floreciente entonces, se aprovecharon de esta aurora de ilustración en beneficio de su patria, para mejorar y adelantar los conocimientos que habían cultivado.

Las agitaciones religiosas de los siglos XV y XVI, no fueron obstáculo para entorpecer la marcha progresiva de la ciencia española; buena prueba de ello es Arias Montano, Pedro de Valencina y Fray Luis de León, escudados y protegidos por el Rey Prudente contra las iras de Andrés León y León de Castro. Este era el cuadro que ofrecía el mundo y nuestra nación a fines del siglo XV, en el que si Arias Barbosa abría nuevos cauces al idioma clásico-griego, Antonio de Nebrija, hacía otro tanto con el idioma latino.

Fué este hijo de Lebrija, villa muy antigua de la provincia de Sevilla; los antiguos atribuyen su fundación a Dionisio o Baco, hijo de Júpiter y de la desgraciada Semele. Baco III, vino a España de Zazvutho, isla puesta en el mar Jónico, como 150 años antes de la guerra de Troya y trece siglos antes de Jesucristo; llegó a las *albuferas* del Guadalquivir, lago que se forma o nace de las crecientes del mar; o *esteros*, brazo que sale de un río, y que participa de las crecientes y menguantes del mar; y entre las dos bocas por donde en aquel tiempo se metía a la mar, fundó a *Nebrija*, sin duda dicho así por las Nebridas, que en griego significa *piel de ciervo*, con la que Baco y sus compañeros vestían, en especial cuando ofrecían sacrificios. (Mariana. «Hist. de España», lib. I., cap. 12).

Garibay asienta en 1325 años antes de Jesucristo, reinando Romo XXII en España, un Capitán griego, *Dionisio*, cognominado *Jaco*; de otra manera *Baco*, hijo de Júpiter, aportando por el mar grandes compañías, discurrió primeramente por Andalucía y *fundó una Ciudad llamada* NEBRISSA. («Comp. Histor. de España.», lib. 4, cap. 42). No es, pues, de extrañar su antigüedad, ya que la mencionaron también hombres como el astrónomo griego Tolomeo, y el historiador romano *Plinio*.

El ya citado Padre Guadix, descompone la palabra Lebrija y dice que consta: de *le*, que en árabe significa *no;* de *bi*, que significa *con*; y de *racha*, que expresa *esperanza* o *confianza;* y todo expresa: *no con esperanza* o *desesperada*.

Y el flamenco Abraham Ortelio, asegura que los árabes encontraron este nombre medio hecho, llamándose muy de antiguo *Nebrisa* y aún *Venesia*, cuyo extremo afirma también el susodicho Garibay.

Los ruedos y campos de Lebrija son muy hermosos; sus prados son bellos y fértiles en granos, viñas y olivares; y los vinos y sus aceites son muy gustosos. El brazo oriental del río Guadalquivir sobre el que estaba la villa, según autores muy competentes, se secó con el tiempo. Tuvo la población un castillo con torres, dos conventos de religiosos; uno muy bien dotado de Monjas, siete Ermitas, dos hospitales, y, aún hoy, un hermoso templo parroquial. Las armas en su escudo son: un Castillo en Marisma, un pato sobre las aguas, dos *Nebrides* medio *empenados* sobre el Castillo y corona ducal por timbre. Los moros la ocuparon largo tiempo hasta que la conquistó el Infante Don Enrique, hijo de San Fernando, en 1254, y vuelta a perder, fué restaurada en 1264, por el Rey Sabio, a quien se la donó una Mora, Señora de ella. Así lo aseguran historiadores y cronistas como Mariano Bleda, Garibay y Suárez de Salazar.

Nació el sabio Maestro en Lebrija, según él lo dejó escrito, el año anterior a la batalla de Olmedo, en la provincia de Valladolid, entre Don Juan II, rey de Castilla y León, con Don Juan II, rey de Navarra y el Príncipe Don Pedro de Aragón, hermano de Alfonso V, el Magnánimo, o sea, a principios del año de 1444. Muñoz. («Memor. de la Academ.», pág. 42), dice: que Nebrija dejó consignado que fué a principios de 1442, y que la fecha de 1445 que se señala a la batalla de Olmedo por Mariana, es 1443, por la confusión y parecido en las escrituras antiguas entre las cifras *tres* y *cinco*. Me limito a consignar estos testimonios por no tener noticia de la partida de su bautismo, única que salvaría estas diferencias, sin embargo de haber hecho gestiones inútiles por conseguirlo.

Tuvo Nebrija por padres a Juan Martínez de Cala y a Catalina de Harana o Jarana, personas de mediana condición, pero muy nobles y cristianas, circunstancias que hicieron el milagro de hermanar el trabajo y la constancia en el futuro Maestro. Adoptó su nombre de esta manera: *Ælius Antonius Nebrissensis*. No es de extrañar que a su nombre antepusiera el de *Ælius*, puesto que era tal en aquellos tiempos el amor que se profesaba a la antigüedad que del mismo modo lo hicieron el poeta e historiador Pontano, adoptando el de *Joviniano*, el poeta Valeriano el de *Piesco*, y así otros. Y quiso además apellidarse Nebrija, para ILUSTRAR A SU PUEBLO y acrecentar con su nuevo apellido el antiguo de su familia.

Desde muy temprano manifestó su ardiente amor a la literatura y en su mismo pueblo recibió lecciones de *latinidad* y *dialéctica*, y en él echó los primeros cimientos aquel joven, de quien dice Mejía, había de ser: *doctísimo y muy diligentísimo varón*. (Silva, de var., lecc., part. 3.ª, cap. 19, pág. 343), y cuya autoridad, en fin, sería siempre grave *para todos, en toda cosa que sea de buenas letras*. (Ambrosio de Morales. «Discurso general de las antigüedades de España», tomo 9, página 32).

II

SU INSTRUCCIÓN Y SUS TRABAJOS

NTONIO de Nebrija, corriendo los años de su edad primera, estudió latinidad y dialéctica en su mismo pueblo: llevá-ronlo después sus padres a Salamanca, Universidad única en Castilla, y muy célebre en toda Europa, donde cursó cinco años. Fué su maestro de Ciencias, Apolonio, hombre muy sabio; de Física, Parmas de Aranda; de Ética, Pedro de Osma, trasunto del Tortado, y Lorenzo de Vala, traído por Alfonso V de Aragón y Nápoles, que fué el que hizo gustar al joven Nebrija, la ciencia que los orientales implantaron en Italia, después de perdidas hacía diez siglos en Grecia y Roma.

Contando ya la de 19 años, pasó al Colegio San Clemente de Bolonia (Italia), y allí dedicó diez años al perfeccionamiento del estudio de las Humanidades, al de los clásicos griegos y latinos, ciencias, hebreo, jurisprudencia y medicina, y recorrió el camino que sólo puede recorrer una inteligencia superior, tocándole la suerte de tener como maestro de Retórica a Galeoto Marcio, hombre de erudición universal, y hasta dedicando los cinco últimos años al estudio de Sagrada Teología, en cuya Facultad fué colegial muy distinguido, según consta de las memorias que en aquel célebre centro existen.

Después de haber bebido en aquellas fuentes de la sabiduría y de la ciencia, regresó a España, donde muy pronto se dió a conocer como el hombre más sabio de su tiempo, tanto, que el entonces Arzobispo de Sevilla lo nombró preceptor y ayo de su sobrino Don Juan Rodríguez de Fonseca, cargos que desempeñó tres años, decorosamente asistido, hasta la muerte del Prelado, ocurrida en 1473. Cuéntase que este tiempo lo recordaba el Maestro con fruición especial, no sólo por la boudad del

venerable Arzobispo, sino por el aprovechamiento de su discípulo. Tuvo otro en el joven Diego de Lora, después singular Maestro de Gramática al finalizar el siglo XV.

Sevilla, entregada entonces al comercio y a la navegación, era más visitada por mercaderes que por hombres de estudios; y pasó a Salamanca, centro de cultura y de sabios afamados, en el mismo tiempo en que eran jurados los Reyes Católicos. Allí enseñó unos veintiocho años, aunque otros sostienen que solo fueron doce.

Explicaba Letras Humanas, empleando cinco o seis horas al día; leía además otras dos cátedras, por privilegio a él sólo concedido, en cuyos trabajos solo contaba con la ayuda del joven Maestro de Alcántara, Don Juan de Zúñiga, hijo de los Duques de Béjar, después Cardenal de Sevilla. Sus triunfos sólo eran comparables a los que Fillefos, Vala, Sipo y Mario lograban en Italia. Razón tuvo Pedro Mártir, para aplicarle estas palabras de César: *Veni, vidi, vinci.*

Casó el repetido Maestro con Isabel Solís, hija de Sancho Montesinos, caballero de Salamanca, de la que tuvo seis hijos, todos muy eruditos, mereciendo mención especial su hija Francisca, casada con Juan Romero, quien estaba tan versada en las bellas letras, que en la Universidad de Alcalá de Henares desempeñaba la Cátedra en ausencia de su padre. (Nicolás Antonio. «Bibliot. Hisp.»).

Vacante en Salamanca la cátedra primaria de Humanidades, donde esperaba jubilarse en 1513, fué otro preferido, y entonces pasó a Sevilla, y en el Colegio de San Miguel y en la Capilla de Ntra. Señora de la Granada explicaba cátedra de Gramática, hasta que a los pocos meses el Cardenal Jiménez de Cisneros, admirador, como toda Europa, de sus méritos, lo llamó a la Universidad de Alcalá de Henares, le dió la cátedra de Retórica, con crecidos emolumentos y con libertad de asistir a ella cuando pudiera, cosa que no vió con buenos ojos la de la ciudad Salmantina.

Allí conquistó nuevos y merecidos laureles, y tan alta puso su reputación de sabio en todas las materias, que lo apellidaban *Hércules, Cicerón, Aristarco el griego, Proteo* y otros. García Matamoros, llamaba a su ingenio *celeste;* Juan Maldonado, *sobrehumano;* las familias más nobles de España lo distinguían, como las de Fonseca, Zúñiga, Toledo y Mendoza, siendo de ésta última digno miembro el caballero cristiano Don Diego de Mendoza, pariente del clarísimo Marqués de Santillana y del Cardenal Don Pedro González de Mendoza; como también esclarecidos varones, tales eran: Fr. Hernando de Talavera, Arzobispo de Granada, Pedro Ciruelo, el Secretario Almazán y mil otras más.

Aquel hombre con tantos motivos de enorgullecimiento solo se apellidaba *El Gramático,* nombre que solo a él correspondía, porque el oficio del Gramático, dice Luis Vives, es penetrar, como lo hizo Nebrija, en el caos de la erudición antigua.

Y su celo por la enseñanza lo hizo extensivo al mismo pueblo que lo vió nacer, fundando en Lebrija una Cátedra de Humanidades, bien dotada, que subsistió en su honor por mucho tiempo.

Vió establecidas sus Introducciones a la lengua latina y explicada por Lora, en Utrera; por Cristóbal Escobar, en Valencia; por Badia, en Aragón; por Sobrarias, en Cataluña; por Busa e Ibarra, en Burgos; por Oriola y Riolano, y en Salamanca y en Alcalá por los Pinciano y Vergara, Y no fué esto solo, sino que también la extendieron a Portugal el sevillano Juan Fernández; a Sicilia, Escobar, y en Francia, Palasín y Vasentín, elogiadas además por el célebre Despauterio.

Y ¿cómo pasar en silencio su tratado de Cosmografía que dedicó al Arzobispo de Sevilla don Juan de Zúñiga?: en este tratado se da por *primera vez* noticia de la extensión del grado terrestre. Oroncio Finco intentó fijarlo, caminando desde París a Tolosa, pero sin resultado práctico alguno. Nuestro Maestro hizo observaciones y experiencias muy atinadas y fijó con exactitud matemática, que tenía *62 millas y media* o sean *62 500 pasos geométricos*. Para conseguir esto, dicen el Maestro Esquivel, el Dr. Sepúlveda, Mejías, Muñoz y Ambrosio de Morales, en su *Discur. Antes. de Esp., fol. 90;* midió la distancia que había entre los Mármoles colocados por los Romanos en el camino de la Plata, que va de Mérida a Salamanca y dedujo la medida exacta de la milla antigua: para fijar también con acierto el valor del pie español, midió el circo de la *naumaquia* de Mérida, (estanque donde se verifican simulacros de combates navales, y que sólo había otra en Toledo), y logró hallar que el pie español tenía una tercia de nuestra vara castellana, poco menos que el pie romano. A él se debe una tabla curiosísima de la diversidad de los días, de las horas y minutos en distintos pueblos de España y de Europa con sus paralelos y latitudes respectivas; dió su verdadero color a vocablos cosmográficos, y sabias reglas, con ejemplos y explicaciones prácticas, para el uso de las tablas al arreglo de los relojes.

Compuso además, en 1511, un tratado muy erudito, sobre pesos, medidas y números de los antiguos, que explicó durante dos años en Salamanca; y habiendo sido nombrado historiógrafo o cronista real, escribió *dos décadas*, de Fernando e Isabel, las que publicó en 1509 y forman parte del primer volumen de la Colección de la Historia de España, que conocemos con el nombre de *Hispania Ilustrata*, haciendo antes un trabajo maravilloso, producto de admirable estudio, que dividió en cinco libros, a modo de diccionario histórico, con los orígenes y noticias de la nación propia; que tanto elogió y aprovechó después Florián de Ocampo, Canónigo de Zamora y cronista de Carlos V.

Partidario de que al niño tanto la educación cristiana como la instrucción deben darse en la lengua nativa, compuso un libro admirable de *educación*, y se lo dedicó a los hijos del Secretario Almazán, primer Ministro de los Reyes Católicos; ¡lástima, dice un reputado autor, que se suprimiera este libro, que él solo bastaba para formar un plan completo de enseñanza, capaz de haber dado *tanto* lustre a nuestra nación!...

El Cardenal Cisneros, gran gobernador y mejor jurisconsulto, que conocía la piedad, el celo religioso y los estudios teológicos de Antonio de Nebrija, al concebir su alto designio de servir a la Iglesia con la *Políglota Complutense*, para la que dedicó gruesa suma, llamó a sabios de primer orden *del humanismo y de la tradición rabínica*, y que intitu-

laremos con propiedad los *Artífices del Renacimiento*, y en ella trabajaban Alfonso de Zamora, Juan de Vergara, Diego López Estúñiga, Alcalá, Pablo Coronel, el Comendador griego, Demetrio, el Cretense, y otros, entre los que descuella Nebrija, para llevar al cabo la POLÍGLOTA, monumento de singular gloria para la Iglesia, para la Nación, para el Cardenal y para los Artífices. El texto griego de la Políglota parece ser que fué el primero del Nuevo Testamento impreso en el mundo!! (1514).

Antonio de Nebrija todo lo especuló en el vasto campo de la Enciclopedia, con una prolijidad tal, que cuando publicó sus obras de las facultades mayores y de la historia patria, pudo escribir su mismo hijo, Fabián de Lebrija: «*Nil intentatum est, nil jam linquet inausum...*»

III

SUS OBRAS INCOMPARABLES

Lo que se ha dicho anteriormente acerca de Antonio de Nebrija, no nos da una idea acabada de su vastísimo saber, como nos la da enumerando las obras que salieron de su fecunda pluma.

Las ciencias, que estaban ya formadas en el siglo XVI, tuvieron cultivadores que fueron la mejor y más preciada gala de esta tierra española; aquí fueron Luis Vives, Melchor Cano, Domingo de Soto, Suárez, el Brocense, Vallés, Laguna, Antonio Agustín, Fr. Luis de León y de Granada, Núñez, Sepúlveda, Vicente Mariner y muchos más, sobresaliendo en primera línea Antonio de Nebrija, cultivador también de la antigüedad, a la que, como los ya citados, rendía verdadero culto.

Este siglo ¡con tanta propiedad! llamado de oro, no interrumpe aquella serie de sabios que empieza en Nebrija y llega hasta García Matamoros. Los escriturarios, capitaneados por Arias Montano, es capaz él solo de llenar su siglo, y aunque su nombre parece puede eclipsar todo nombre, con él, sin embargo, se unen muy bien los de los colaboradores de la *Políglota Complutense*, y el de López Estúñiga, y hasta terminar en el siglo XVII con Pedro de Valencia y Andrés León.

Pero entre los cultivadores de la *Exégesis bíblica* ocupa preeminente lugar Antonio de Nebrija, quien tanto trabajó por purificar las versiones de la Sagrada Escritura, que tuvo paciencia para cotejar los libros corrientes con los antiguos, consultando a la vez los originales hebreo y griego; formó además un Diccionario de nombres hebráicos de la Biblia, así de personas como geográficos, juntamente con sus trabajos para la *Políglota*, que no se llegaron a publicar. Sobre todos figuran sus *Quinquágenas*, exposición sobre lugares de la Sagrada Escritura, que se ignora si fueron publicadas en el año 1514.

Y para llevar conveniente orden en el estudio o narración que vamos haciendo, diremos ahora algo de los trabajos que se relacionan con la *Jurisprudencia*. En la época del Renacimiento contaban los extranjeros con el Milanés Alciato y con el Francés Cayacio, célebres jurisconsultos, pero España ceñía en su corona a hombres como Gouvea y Antonio Agustín; y entre los *Romanistas*, expositores e intérpretes del Derecho Romano descollaba el Maestro Nebrija, quien publicó en 1511 su *Lexicon juris civilis contra quosdam insignes Acursii errores*. En 1506: *Aenigmata Juris Civilis... Ciceronis Topica ad Jus Civile acommodata*; y *Observationes Juris*. Estos trabajos, dice el eminente crítico Menéndez y Pelayo («Ciencia Española», Tom. III, pág. 224), forman «una especie de Aparato a la Jurisprudencia, conforme al sentido de los humanistas». Es decir, que este Aparato le dió el título de primer restaurador del Derecho Civil, el que ni siquiera se ha reimpreso, así como su prólogo. Juan Vicente Gravina, jurisconsulto italiano, le da lugar preferente a el alemán, Budeo y a Alicato, reproducidos sólo de estos trabajos una partecilla de sus observaciones a las *Pandectas*, y el Diccionario del Derecho Civil.

Y ahora, al tratar de la *Filología* y de las *Humanidades*, tócanos admirar al Maestro en la *Lingüística:* en el *Hebreo* y sus lenguas afines, como son: *el caldeo, el ciriaco,* etc., no se manifiesta como hebraizante, sino como genio de *Disciplina gramatical* Tal es su obra que intituló: *De litteris hebraicis cum quibusdam Annotationes in Scripturam Sacram* Meditó Nebrija publicar además una Gramática hebrea, pero solo han quedado unos principios entre los apéndices de las Instrucciones Latinas.

De lengua griega publicó una en 1510: *De Litteris et Declinatione Graeca quibus opus et Latinis;* y en el mismo año sus *Institutiones Graecae Linguae.* Conviene advertir que el Maestro Nebrija escribió una gramática griega además, y que refiere su docto discípulo Andrés Resende, pero esta la suprimió porque consideraba al portugués Arias Barbosa, como *única fuente* de la lengua griega.

De sus trabajos *admirables* en la *Lengua Latina,* responden las obras siguientes: Se duda si sus *Introductiones in Latinam Grammaticam seu de sermone latino,* se publicaron en 1481, pero sí que fueron refundidas en las ediciones de 1486, 1496, etc. En el año de 1492 publicó las siguientes: *Repetitiones.*—I. *De vi et potestate litterarum.*—II. *De corruptis litterarum vocibus.*—IX. *De accentu latino aut latinitate donato.*—X. *De peregrinarum dictionum accentu.*—*De falsa pronuntiatione.*—*Ortographia Latina.*—*Barbarismus Donati cum expositioni*—*De Punctis, quibus orationis clausulae distinguuntur, etc.*—*Lexicum sive Parvum Vocabularium.*—*Diccionarium Latinum, Hispanium et Hispano Latinum.* En el año de 1529, estas: *Introductiones Latinas,* pero en esta obra contrapuso el romano al latín. *Elegancias romanzadas.*—*De Mesuris*—*De Ponderibus.*—*De Numeris.*—*De Asse.*—*Artis Rethoricae compendiosa coaptatio ex Aristotele, Cicerone et Quintiliano.* En el año de 1517, dos; tales son: *Ecphrases, in Virgilii opera admodum familiares.*—*Auli Persii Flacci cum interpretatione.* En 1515:

Coelii, Sedulii Paschale opus cum paraphrasi. En 1512: *Aurelii Prudentii Clementis Libelli cum commento.* En 1526: *In Aratorem Paraphrasis.— Dicta Philosophorum carminibus latinis reddita.— Anotaciones a Plinio*, a *Juvenal*, etc.— *Libri minores de novo correcti.* En 1535: *Apologia arum rerum que illi objiciuntur*, y en el año de 1523: *P. Terentii Aphri Comoediae... recognitae.* Aquí una palabra más: cuando en Enero de 1481 publicó Antonio de Nebrija la primera edición de sus Introducciones latinas, que constó de *mil ejemplares*, y que hemos mencionado más arriba, concluyó con los gramáticos Alejandro de Villa-Dei y Pastranas.

La segunda edición la dió a luz en 1486; notablemente mejorada, en 1496 la tercera; y en el último año del siglo XV, la última con notas y comentarios copiosos En 1503 añadió nuevas ilustraciones en el texto y en los comentarios; escribió después su excelente tratado de *Retórica*, reduciendo a sistema lo más valioso de Aristóteles, Cicerón y Quintiliano, uniéndolos a este efecto con maravillosa trama. Este es el Maestro en lo que podemos llamar la parte preceptiva.

En la interpretativa y exegética, testigo es bien claro su hermosísima exposición de Virgilio, que dedicó a la juventud española, y que publicó su hijo Sancho. También se propuso la publicación comentada de otros dos poetas latinos, con las de Terencio y Persio, siendo la exposición de este último la publicada por él.

Sus trabajos se extendieron también a ilustrar a los antiguos poetas cristianos, y de ellos tenemos solo a Sedulio, sacerdote y poeta latino del siglo V, y a Prudencio, también del siglo V, y a quien podemos apellidar Píndaro de los Cristianos; y hasta ilustrar una historia natural de Plinio.

Redujo, para decirlo de una vez, toda la riqueza de la lengua latina escribiendo un *Diccionario*, obra admirable que, después de cuatro siglos, está su plan por desempeñar, y en cuya obra trabajó *¡diez y ocho años!* con tal constancia, que ya en 1504 la anunció con *setecientos pliegos* en disposición de darla a la imprenta.

Tampoco se olvidó de la suerte de nuestro maravilloso *Romance*, publicando en 1492 una *Gramática de la Lengua Castellana;* y en 1517 unas *Reglas de Ortografía en la Lengua Castellana.* Y ¡tanto! hizo su espíritu observador por *asegurar y afianzar* nuestra lengua que le dió una *construcción permanente* en las dos obras antes enumeradas, y en la formación de un Diccionario, que no pudo ser publicado, sin embargo de que treinta años antes de morir lo tenía en tres volúmenes manuscritos, de a folio.

Como *preceptista literario* ya lo hemos admirado al mencionar su obra de *Retórica*, que publicó en 1529. Y al encomiar ahora sus trabajos en las *Ciencias Históricas*, en la parte que toca a la *Numismática*, testigo son sus obras ya apuntadas: *De Mensuris, De Ponderibus et nummis, etc.*, dadas a luz en 1510.

También laboró en las *Ciencias Matemáticas, puras y aplicadas* (astronomía, cosmografía, geodesía, etc.), como lo dice su *Tabla de la diversidad de los días y horas y partes de hora en las ciudades, villas y*

lugares de España, y otras de Europa que les responden por sus paralelos. También tiene otra que intituló: *Introductorium Cosmographiae*. El fué el primero en España que midió un grado del meridiano terrestre.

Al estudiar al Maestro como *Ilustrador de los Botánicos antiguos*, hay que hacer mención de su *Dioscórides*, que publicó en 1518, traducido al latín por Ruellio, añadiéndole un *Lexicón* de nombres de plantas en griego, latín y castellano.

Quedábale penetrar en el campo de la Medicina y también lo estudió, porque advirtiendo Nebrija el estado en que aquélla había quedado en la Edad Media, pretendió publicar, además de su estudio de Plinio, un Diccionario crítico y facultativo; y sus preceptos acerca de la salud de los niños y otros estudios de varios lugares de la Medicina, demuestran su pericia en esta Facultad, y aun sus esfuerzos por restaurarla. Y tuvo la gloria de contar como hijos de su escuela a los célebres Pinciano, Estévez, Ledesma, Monarde, Laguna y otros más.

Y nunca regateó la gloria que a Dios se debe y a su Santa Iglesia, porque las *Epistolas*, *profecías* y *oraciones*, todo lo ilustró por modo maravilloso con correcciones, exposiciones y notas.

El día 11 de Julio de 1522, a los 77 años de edad, bajaba al sepulcro, víctima de una apoplegía, Antonio de Nebrija; su cadáver, por disposición de la Universidad de Alcalá de Henares, fué enterrado junto al del Cardenal Jiménez de Cisneros, amigos inseparables mientras vivieron.

Hora es ya de terminar esta mal *urdida* relación.

Hermosa sobre toda ponderación fué la laboriosísima vida del cristiano y sabio Antonio de Nebrija, consagrada toda a la gloria de Dios, de su Iglesia y engrandecimiento de su patria. Su gloria no ha pasado; es de ayer, es de hoy y será de mañana. De él podemos escribir: *Barbarie pulsa, locat hic Antonius arma.*

Sirva este estudio de Antonio de Lebrija para honra de su nombre, para ejemplo nuestro y para gloria y enorgullecimiento del pueblo que lo vió nacer. Quizá movidos y enseñados por su ejemplo, cuente además la villa de Lebrija al Venerable Fray Antonio de Lebrija, al Consejero de Castilla, Cala de Vargas, al descubridor del Río de la Plata, Juan Díaz de Solís, al Ingeniero de Felipe II, Luis Collado, al Visitador general de este Arzobispado, Bartolomé García, y Fray Juan de Lebrija, compañero de Pedro de Vera en la conquista de las Canarias, muerto a manos de sus habitantes y otros hombres ilustres.

Yo al pechar voluntariamente con este pobre trabajo no he querido otra cosa que demostrar que la mucha ciencia conduce a la fe y que la ciencia soberbia nos aleja de ella, y hace de los hombres enemigos declarados e irreconciliables de su Dios, de su Santa Iglesia y de su Patria.

SEA PARA HONRA Y GLORIA DE LA VIRGEN

DEL CASTILLO, DE LEBRIJA.

DISCURSO

DEL REVERENDO PADRE

LUIS M.ª JIMÉNEZ FONT, S. J.

JHS

EL CENTENARIO DE NEBRIJA

Dedicado al Ilustre
Ayuntamiento de Lebrija

I

SEÑORAS, SEÑORES:

LEBRIJA, la antigua y generosa villa de Andalucía que ceñida de bosques de olivares, y arrullada por el suave rumor de las áureas mieses de sus campos, en un ambiente de fuego y de aromas de Edén, reclínase perezosa al abrigo de su esbeltísima Giralda, cual fatigado viajero a quien brazo gigante señalara aún en momentos de reposo el purísimo cielo azul, fin deseado de áspero camino; Lebrija, la ilustre, la opulenta, noble solar de esclarecidos varones que dejaron recuerdo inmortal en nuestra Historia; levanta hoy orgullosa la coronada frente, y olvidando amarguras que acibaran todos los corazones en estos tiempos miserables, apréstase a celebrar con desbordamientos de entusiasmo las glorias del más querido de sus hijos.

Sí, señores, del hijo predilecto de esta nobilísima ciudad; que por tal debe ser tenido quien trocó su nombre por el de su patria, y con él quiso que le conociesen y aclamasen en todo el orbe literario.

El Insigne Elio Antonio de Nebrija.

Pero, vergüenza es confesarlo. Toda España debiera unir sus voces jubilosas a las vuestras y saludar con acentos de admiración y gratitud al que por espacio de seis siglos fué maestro universal de quince generaciones de españoles que, guiados por su mano, entraron en los serenos templos de la antigua sabiduría. Mas ¡ay!, sólo vosotros con amor de hermanos, hijos de una misma noble Madre intentáis hoy alzar el velo que el desdén y la incuria dejó caer sobre la excelsa figura del humanista Lebrijano.

II

Y ¡cuán grande, señores, se descubre a nuestras miradas!, será tal vez engañosa ilusión de nuestra mente, que a vista de las miserias que nos acosan hoy, se complace en pintar con halagüeños colores los tiempos que ya fueron; será que la verdad se abre paso por entre los errores y preocupaciones que amontonaron los siglos, y llega hasta nosotros y nos fuerza a rendirle vasallaje; pero es lo cierto, que comparando a aquellos insignes varones de pasadas edades con los hombres de hoy, estos pierden siempre en el cotejo.

El valor absoluto de los primeros es muy grande: no recibían ellos nada de la Sociedad, sino al contrario, la formaban; era aquel un glorioso individualismo que honraba a la raza; eran los *plasmadores*, como ahora dicen, de su gente y nación, mientras que en estos tiempos de *comunismo*, es probado que en una sola cosa nos igualamos todos: en lo poco que cada cual vale de por sí, aunque procuramos arrearnos con las preseas de una cultura *general*, tesoro a todos abierto para disimular nuestra pobreza.

Hoy no es preciso el estudio para adquirir una mediana ilustración que deslumbraría a nuestros laboriosos abuelos. Los problemas de la mecánica, las maravillas de la electricidad y el vapor en era de las grandes fábricas, invasión de autos y no disputada hegeomonía del cine, son familiares aún al bajo pueblo; la lectura incesante y cada vez más difundida de periódicos, revistas y novelas, cierto es que lleva aún a los cerebros más estrechos, ideas de política y sociología, y aún de literatura y bellas artes; y habrá quien ponga en duda que la facilidad y gusto de los viajes dan mayor conocimiento del planeta y de los hombres que lo habitan, de las sublimes obras del Creador que lo embellecen y las maravillas de arte que lo adornan, que cuanto podían enseñar los antiguos tratados de Geografía.

Parecemos una sociedad de sabios; pero nos engañamos: la ciencia no es nuestra, forma un ambiente que nos rodea y del que algo siempre nos penetra. Sustraed a esa atmósfera a uno de nuestros flamantes *omniscientes* y os hallaréis con un ser casi inútil, sin educación intelectual, aun con poca conciencia de sí mismo. ¿Qué digo? ¿La especialización, que es la bandera bajo que militan nuestros sabios, no es cierto que a

muchos de ellos los atrofia, inhabilita y embrutece, no solo para otras ciencias distinta de la suya, pero aun para el uso ordinario de la vida? Semejantes en esto son a los aficionados a ciertos deportes que desarrollan algunos de sus músculos excesivamente, sin que una *oportuna correlación en el crecimiento*, haga igual beneficio a los demás.

De aquí que si gana la ciencia, es a expensas de los sabios, que aumentando el tesoro común, no se enriquecen verdaderamente a sí mismos.

Volvamos la vista a nuestros mayores. ¡Oh, aquellos hombres sí que alcanzaron idea de lo que es educación y formación! No sin causa llamaron al haber de sus conocimientos *humanidades*. Ciencia, valga la paradoja, tan propia de la mente, como del corazón. Ciencia que no tiene por objeto arrancar secretos a la naturaleza muerta (fin nobilísimo), sino anudar lazos de entendimiento y amor con la humanidad siempre viva; ciencia que constituye inalienable tesoro para quien felizmente la posee, porque es perfección íntima del individuo, y no de lo exterior que sale de fuera, que no presentá el carácter de ruín utilitarismo y venalidad de la ciencia moderna; porque de los pueblos que de ella carecen, podrán sí, hacer suyos los inventos de otros pueblos más adelantados; pero nunca apropiarse la cultura del espíritu, la dulce sonrisa de las musas, el genio del arte de que no fueron hallados merecedores.

Antonio Martínez de Jarava, fué un gramático: hasta en los nombres eran modestos aquellos sabios; más ¿sabéis cuántas cosas se encerraban en ese dictado? Fué peritísimo en cinco lenguas: el latín, el romance y el toscano, el hebreo y el griego. Encarnizose sabrosamente en aquellas literaturas y en el alma de los pueblos que las forjaron. Porque, señores, en el lenguaje encierra el hombre todo un mundo de grandezas y de hermosuras, sacadas, como dice el Evangelio, del tesoro inagotable de su alma.

Pues, ¿cuál estaría el espíritu de Nebrija, donde confluyeron las riquezas de tantas generaciones. El que *bebió sin tasa y sin estorbo* de las puras corrientes que descienden de las cumbres reflejando en sus cristales todas las hermosuras del cielo y de la tierra. Que templó su brío en la fragua donde forjaba Cicerón sus frases de acero conque fustigaba a los enemigos de la República y expresaba la voluntad del pueblo rey a las naciones subyugadas? ¿Quién contará las galas y primores que dejaron en el alma del Nebrisense los maravillosos tercentistas italianos? ¿Y quién podrá extrañar que el patrio idioma de Castilla, rudo aún y glorioso como el choque homérico de las armas en aquella cruzada de ocho siglos, palpitando entre las manos del Cronista de los Reyes Católicos, alcanzase los acentos de la epopeya para cantar el triunfo de la Cruz sobre la media luna, en los albores de la Edad de Oro, si había él saboreado las hazañas del pueblo de Dios en la propia sagrada lengua hebrea, que trae en sus entrañas la inspiración divina, como el carro de Dios ligero y reluciente?

Verdaderamente fué Nebrija hombre universal, hombre para quien no tuvo secretos el pensamiento humano desde Moisés hasta Don Enrique de Villena. Hombre cuyo corazón se había modelado en los eternos

troqueles de la filosofía, suavizado con las caricias de las Musas, afervorizado con el fuego de la palabra de Dios.

¿Qué habria de envidiar en él de los sabios modernos? ¿El amor al estudio? La vida de Nebrija fué un continuo estudiar y hacer estudiosos, hasta el punto de que su hija llegó a valer casi tanto como él ¿Acaso las ansias de perfeccionarse? pues si los modernos pedagogos creen que es invento de hoy el desterrarse de la patria para hacerse sublime peregrino de la ciencia en las regiones donde más florece, sepan que Nebrija vivió diez años en la bella Italia, cuna del Renacimiento, para alcanzar la casticidad del lenguaje, que después de él nadie ha superado. ¿Por ventura nos ufanaremos nosotros de haber aclimatado las ciencias en España? ¡Cuántas veces, por desgracia, en vez de hacerlo así, extranjerizamos nuestra ciencia, la hacemos exótica en nuestro país, y *desespañolizamos* a los ingenios con su comercio! Pues sabed que Martínez de Jarava, si no trajo a Castilla la briosa planta del Renacimiento, que años atrás habia arraigado en nuestro suelo, pero fué quizás el primero de aquellos generosos ingenios que le hizo español, con caracteres propios que le ennoblecieron, distinguiéndole de los demás, haciéndole casto, sobrio, religioso, el único tal vez de quien no tiene que avergonzarse la Historia

Cuanto más considero a Nebrija, tanto mayores proporciones adquiere en mi fantasía. Sí, señores, fué un sabio universal. Su ciencia humanística fué tronco de arbol generoso que dió de sí sabrosos frutos de saber en casi todas las disciplinas del espíritu. El fué el primero que trató de engalanar la antigua crónica, con el ropaje de la Historia clásica, que después llevó Mariana a deslumbradora perfección. El, antes que la lengua castellana ascendiese al regio trono de su gloria, no igualada por lengua alguna moderna, conoció y coleccionó sus innúmeras bellezas, y asentó para siempre las leyes de la casticidad y fundamentos filológicos del patrio idioma. El fué divulgador incansable con sus gramáticas y diccionarios, que aún hoy roban la admiración de los doctos. El disertó de cosas curiosisímas de la antigüedad con la misma perfección y mayor amenidad que los investigadores modernos El llevó a Erasmo la palma en publicar ediciones críticas y comentadas de grandes autores; fué moralista ameno en versos de corte horaciano; matemático y cosmógrafo insigne, el primero que midió un grado terrestre en España, a fines del siglo XV, y murió cuando pensaba publicar su tratado de Cosmología o parte de la filosofía que trata de las cuestiones naturales.

En todo dejó impresa su huella de león, todo lo grande aquel siglo recibió para dicha suya, la influencia del Maestro Lebrijano

Su nombre anda unido a la obra más grande de su tiempo, la Biblia políglota; su ocupación, la más honrada y provechosa que pudo caberle en suerte, regentar una de aquellas cátedras gloriosísimas, tan envidiadas en Europa, de las Universidades de Salamanca y Alcalá.

III

Non omnis moriar, dijo el poeta latino, y bien pudo aplicarlo a sí el insigne Elio Antonio de Nebrija Pues no dejó de sí una fama estéril como tantos otros hombres grandes, sino una herencia que pareció modesta semilla, pero llena de virtualidad. La Gramática Latina, la más perfecta, la más pedagógica que ha visto la luz en tierras españolas, la que, como os dije al principio, abrió a nuestros padres los tesoros de la clásica sabiduría. Y permitidme, señores, que me ufane yo, como hijo de la Compañía de Jesús, de lo que considero como una gloria pedagógica de mi Madre. Ella recogió con amor aquel grano de semilla, y lo hizo germinar, y de sus frutos comieron todas las generaciones españolas hasta el siglo XIX.

Hoy hemos arrinconado ese tesoro. Hay quien mira como hijo de bárbara edad al cultísimo humanista del Renacimiento; como profano en achaques de educación al Néstor de nuestros pedagogos, como atrasado preceptista al autor de los más lógicos y científicos tratados de lengua latina y castellana. Bien se nos conoce el fruto. Nada más vergonzoso y anárquico que nuestros planes de enseñanza, nada más estéril que la labor de nuestros maestros, nada más cierto que la ignorancia de nuestra juventud. Y entre tanto, la gran figura de Nebrija desvaneciéndose en el horizonte de nuestra historia, tras fría y espesa niebla de desconocimiento y desamor.

Pues, señores, el IV Centenario de la muerte del grande hombre no lo celebramos para dejarle dormir en el polvo de su sepulcro, sino para resucitarle a nueva vida. Si la voz de los pensadores alemanes hastidos de desvaríos filosóficos, fué «volvamos a Kant». ¿por qué nosotros dolidos de la mala formación de la juventud, que es una de las grandes llagas sociales de la patria, no volvemos los ojos y la atención, hacia aquel gran maestro que, tomando en sus manos la juventud revuelta e indisciplinada de las postrimerías del siglo XV, formó la excelsa generación del áureo siglo XVI?

Mis últimas palabras son para tí, noble e ilustre villa de Lebrija.

Grande y envidiable destino te concedió el que tiene en sus manos las suertes de los hombres y de los pueblos.

En tí encendió una antorcha de sabiduría que, puesta sobre el rico candelabro de su fama y nombre, iluminó con brillantes resplandores, no una época bárbara de la historia donde cualquier punto de luz es sol de bienhechores rayos, sino a la culta y refinada edad del Renacimiento.

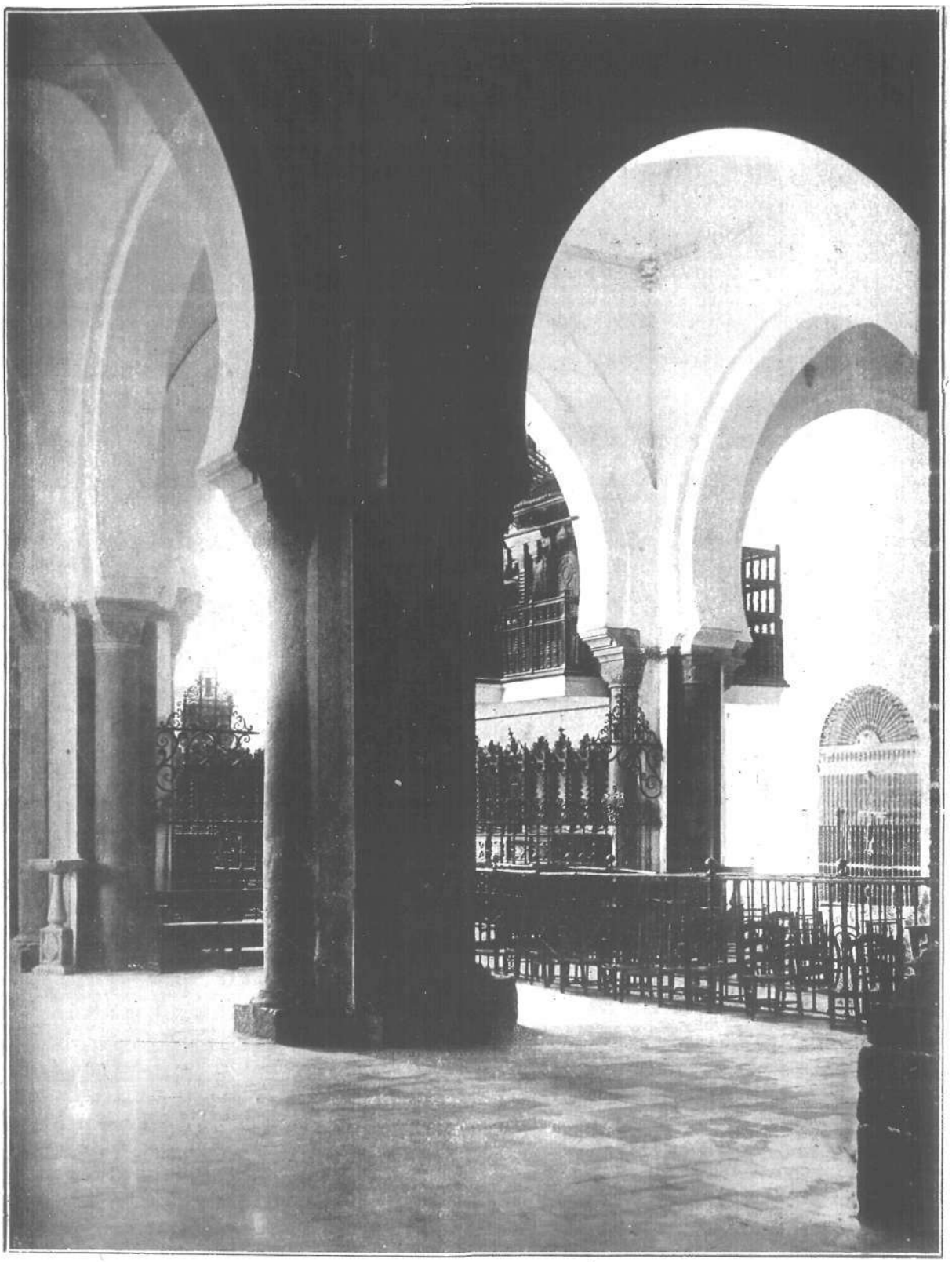
HE DICHO.

LUIS M.ª JIMÉNEZ FONT.

S. J.

Málaga, 25 de Agosto de 1922.

A. M. D. G.



Vista interior de la Iglesia Parroquial

ARTÍCULO SOBRE

ANTONIO DE NEBRIJA

PUBLICADO POR LA REVISTA "LA ALHAMBRA"

DE 31 DE OCTUBRE DE 1922

TRABAJO SOBRE

ANTONIO DE NEBRIJA

PUBLICADO POR LA REVISTA "LA ALHAMBRA"

DE 31 DE OCTUBRE DE 1922

NEBRIJA, que «latinista, filólogo, astrónomo, poeta, jurista, médico, historiador, puede considerarse al cronista de los Reyes Católicos como el fundador de la Lengua española, por ser quien primero publicó una Gramática exponiendo las reglas para hablar y escribir en romance o en lengua neolatina, habiendo sido respetado su método de estudio del habla castellana durante tres siglos», como ha dicho uno de sus modernos biógrafos—, agregando que de su matrimonio con doña Isabel de Solís, hubo siete hijos; seis varones y una hembra. Esta fué poetisa y notable latinista, como su padre; por eso el adagio es más largo que el que sirve de titular a estas líneas, pues es frecuente decir: «Sabe más que Lebrija y que su hija».

Pues, bien: en el *Programa* de trabajos académicos de la Comisión de Monumentos para el año 1866, léese lo que sigue al tratar de las *Moradas de hombres célebres:* «El laborioso Antonio de Nebrija, que tanto influyó en la restauración de las letras... fué casi habitualmente vecino de Granada, donde dejó descendencia que se enterraba en el convento de la Victoria, hoy demolido. En tiempo del P. La Chica, laborioso compilador de las antigüedades eclesiásticas de Granada, aún se

mostraban, no lejos de Cartuja, las ruínas de su modesto albergue, y hoy mismo subsiste por aquellas cercanías un callejón que se llama de *Nebrija*. (1)

En la *Memoria* de la Comisión citada (1868), se agrega entre otros datos que «el terreno se apellida todavía entre los labradores de aquella posesión, el *Llano de Nebrija*. Por defuera subsiste el callejón público que lleva desde el siglo XVI el nombre del ilustre gramático. El señor don Ramón Ponce de León, actual poseedor de aquella finca, en vista de la excitación general que se hizo en el programa, puso galantemente a las órdenes de la Comisión el terreno donde se conservan las venerandas ruinas»...

Después, en 1870 el inolvidable arqueólogo señor Gómez Moreno, en sus *Breves noticias* sobre las moradas de algunos hombres célebres «completó las noticias diciendo que a mediados del siglo XVI había en la feligresía de San Ildefonso un carmen llamado de Lebrija, en el que sin duda alguna tuvo su imprenta Antonio de Nebrija o Lebrija, hijo del ilustre gramático; pues en este tiempo era feligrés de la citada parroquia»... y copia entre los documentos justificativos la partida de bautismo de «Juan, hijo de Antonio, imprimidor» (30 de Octubre de 1553); la de «Sancho, hijo de Antonio de Lebrija» (27 de Abril 1558) y la de «Francisca, hija de Antonio»... (27 Septiembre 1559).

Nuestro inédito analista Jorquera, cita entre los cármenes y casas de recreo, el de «don Sancho de Nebrixa... de grande fama, obra de Antonio de Nebrixa, a quien debe la gramática sus mayores lauros.» («Anales de Granada», t. I).

El insigne Gallardo, en su *Ensayo de una Biblioteca de libros raros y curiosos*, dice que en un ejemplar de la Gramática de Nebrija (1588), impreso en Granada, hay un privilegio real, fecha en Valladolid a 5 de Diciembre de 1554, facultando a Don Sancho Lebrija, Alcalde del Crimen de la Audiencia y Chancillería de Granada y al Dr. Sebastián Lebrija, su hermano, para que impriman y vendan las obras de su padre Antonio de Lebrija, teniendo en cuenta que vos el Dr. Sebastián, «estais viejo, y no teneis que dejar a vuestros hijos»...

Resulta, según Gallardo, que se vendían las obras de Nebrija impresas en Francia, de lo cual se quejaban Sancho y Sebastián El Privilegio agrega que por hacer bien y merced a Antonio de Lebrija, hijo

---

(1) El P. La Chica, trata de los vestigios del Albercón de Nebrija, que tenía 400 pasos en circuito.—«Eran sus paredes o cerca de algamasa, que el tiempo ha convertido en piedra viva. Eran sus murallas de ocho pies de latitud y tenía en cada esquina una torre que el tiempo ha vestido de yedra, no apareciendo lo que antiguamente eran»... «Hoy está este Albercón terraplenado y poblado de árboles de mucho y sazonado fruto. Este sitio sirvió de estudio a el insigne Maestro de la Latinidad, Antonio de Nebrija, y allí mismo dexan mirarse las ruínas de su humilde y honesto albergue»... (PAPEL XL).

Después dice, refiriéndose a la iglesia de la Victoria: «Sepultáronse en esta iglesia algunos sujetos distinguidos... Sancho de Lebrija, Alcalde de corte de esta Real Chancillería, e hijo del famoso Antonio de Lebrija, que floreció en esta Ciudad de Granada, y fué erudito en la inteligencia de la lengua Latina»... (PAPEL LII).

de Sebastián, se hace esta concesión que firma el Príncipe (después Felipe II) por su padre Carlos V.

Otro hijo de Antonio de Nebrija fué Fr. Marcelo, autor de la *Triaca del alma*, continúa Gallardo. Era Comendador de la Puebla de la Orden de Alcántara y de una carta al autor de esa obra, resulta que los hijos del famoso Antonio, eran cinco y Fr. Marcelo el mayor

Créese que el libro es de 1545 Termina con dos octavillas, glosa de lo que sigue:

Por la honra, por la vida:
Y estas dos
Honra y vida por tu Dios.

Con las notas que preceden basta para considerar de cuánta importancia es el estudio de cuanto con Nebrija se relaciona, pues si el famoso gramático falleció en 1522, sus hijos y aún sus nietos continuaron aquí sus estudios y trabajos de imprenta.

Lo menos que en honor de Nebrija debe hacerse, es imitar la conducta de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, y anunciar un Certámen para el próximo año 1923, con un solo lema:

Estudio biográfico crítico de Antonio de Nebrija, en Granada, su vida y sus obras.—Ya se que no se hará, pero que conste la idea.

DISCURSO DE
D. JOSÉ M.ª ORTEGA MOREJÓN

PARA EL PRESIDENTE DEL ILUSTRE AYUNTAMIENTO DE LEBRIJA

Mi distinguido señor Alcalde: Crea que le agradezco mucho la petición que se sirve hacerme—honrándome con ello—de un trabajo, en prosa o verso, para leerlo en la velada que ha de celebrarse en esa ciudad en gloria de su hijo el preclaro Maestro Elio Antonio de Nebrija. La mejor prueba de mi gratitud es olvidarme de mis quehaceres y obedecerle, como ve usted que lo hago. Los pueblos que, como ese tan importante que tiene usted la fortuna de representar, se preocupan de enaltecer a los hijos que ascendieron a la inmortalidad, se inmortalizan con ellos, y en estos días de tragedias universales, de las que, por serlo, no puede quedar inmune nuestra Patria, es consolador que se festejen las grandezas engendradas en el ánimo de un hombre y en el círculo patriarcal de una familia y que, por el propio esfuerzo de la ciencia, de la virtud o del heroismo, se han dilatado en incontrastables oleadas de enseñanza, de entusiasmo y de victoria, hasta los más remotos confines de la tierra, probándonos, una vez más, que el Genio es como el sol, iluminador de todo el planeta, y como la Historia, conciudadano de todas las razas.

Lebrija, la encantadora población que se extiende, enamorada de sus tradiciones, en las llanuras de esa tierra feracísima; que tiene, en la copia de la Giralda, el recuerdo vivo de la antigua mezquita que purificó la conquista de Alfonso, el Sabio, y la permanencia en ella de su hermano, el muy noble y muy cristiano infante Don Enrique; la que en Nuestra Señora de la Oliva, Catedral sin Obispo, atestigua, como aquella torre, el paso por esas regiones de aquellos seguidores de Mohamed Abu-Abdallah y de Abdelmumen, enamorados de las doctrinas de Algazalí, que, arrollando en Africa y en España a los almoravides, colocaron, en lugar de la bandera negra de estos, la blanca, representadora de la unidad de Dios, por lo que se llamaron almohades y por la que combatieron sin desmayos; la ciudad que, hasta en el tiempo que corre, ha sabido y sabe enfrenar las indisculpables pasiones de muchos encauzándolas por las sendas de la virtud y del trabajo, Lebrija, digo, se

honra contribuyendo a celebrar el cuarto centenario del Nebrijense, hijo inmortal suyo, que, después de sus estudios en el Colegio de San Clemente, de Bolonia, trajo a España la restauración de las letras, como dijo Rodrigo Caro, e hizo más por ellas que cualquier otro escritor insigne de su tiempo, no solo al dictar leyes inflexibles a nuestra ortografía, irregular y difusa por los elementos filológicos que la informaban, sino al publicar en 1492, su famoso Diccionario y su gramática latina, que tradujo enseguida al castellano «para uso de las Damas de la Corte», según dijo, o para llevar al Nuevo Mundo, descubierto en aquel mismo año, la más aquilatada pureza de nuestro léxico, desparramando —y valga la palabra— su erudición y su ciencia, pasmosas en uno y en otro hemisferio, siempre bajo la protección de aquella mujer incomparable, que se llamó Doña Isabel, la Católica.

Grandes luchas y no fáciles empeños le asaltaron, pues no era empresa baladí enriquecer y purificar nuestro idioma, en aquella época donde aún se confundían el latín clásico, hablado por sabios y gentes insignes, y el latín bárbaro, patrimonio de la masa común del pueblo, y llegar, como llegó Nebrija, a señalar clara y distintamente los límites de ambos, trayendo, además, y como aditamento a sus innegables servicios a su Patria, la cultura italiana, heredera y complemento de la griega, y que, con aquella protección de que acabo de hablar, se complació la Reina Católica en difundir por sus dominios, ayudada por los Geraldinos, los Pedro Mártir de Angleria, los Lucio Marineo de Sicilia..., y algún otro, no de tan encumbrada sabiduría ni tan claro renombre.

Para complacer a su Soberana y para seguir su ejemplo, los más altos caballeros y las Ricas Hembras más ilustres, se dedicaron a estudiar con provecho, bajo la dirección, directa o indirecta, del Nebrijense; y, sin olvidar el servicio de las armas, Grandes, como los hijos del Duque de Alba, como el Conde de Paredes y como el de Haro, explicaron ciencias y letras en Alcalá y Salamanca, y para que no faltase la representación de la mujer en aquel alborear de nuestra hegemonía, Francisca de Nebrija, daba en la primera de las Universidades que cito, lecciones de Retórica, añadiendo nuevo lustre a un apellido; como enseñaba, en la salmantina, Clásicos latinos aquella doctísima Doña Lucía de Medrano, igual que enaltecían su gloriosa ascendencia con los méritos propios, Doña María Pacheco y la Marquesa de Monteagudo, sobre todas las cuales culminaba aquella insigne mujer que obscureció el fulgor de su apellido con el sobrenombre de *La Latina*, la amiga y consejera y maestra, con la Marquesa de Moya, de la Reina Isabel, madre de naciones y madre amantísima hasta del más humilde de sus vasallos. Pero no eclipsaban tantas y tantas luminarias intelectuales el sol de Nebrija. Lucio Marineo, afirma en sus «Cosas memorables», que aquel Maestro fué el primero que trajo a España las Musas de Italia, y Gómez de Castro, sostiene que todo lo que tenía nuestra Patria en materia de buenas letras, a Nebrija le era debido, y el mismo Erasmo, y Nicolás Antonio, y los ya citados Marineo y Pedro Mártir, sostenían que no era noble el español adversario de la literatura, añadiendo que culminaban tan alto

entre sus contemporáneos los estudios clásicos, a impulso de Elio Antonio y de la Reina, que debía servir su Patria de modelo y de ejemplo a las naciones más cultas de Europa.

Mas, la misma justicia que se hacía al inmortal gramático, compendiando en él todo el progreso y engrandecimiento de las letras, le acarrearon envidias que le mortificaban y lucharon para derribarle de la cumbre a donde le colocaron sus merecimientos. Para citar solo algún enemigo—nunca faltan, y desgraciado el hombre que no los tiene, según dijo Cicerón—de los que se ensañaban en Nebrija, señalando uno de verdadera importancia y de alta posición social, circunstancias que parecen poco propicias para envidiar a nadie—citaré al autor celebérrimo del «Diálogo de las lenguas», la mejor obra didáctica, en su género, y que, según todas las apariencias, se debe a la pluma de Juan Valdés, el primer católico español que se hizo luterano, y que, desde su cargo cerca de Don García de Toledo, Vi-rey de Nápoles, o de Secretario de cartas latinas del Emperador Carlos I, según afirma el insigne Don Luis Pidal, anterior Marqués de este título, no dejó de procurar, con su palabra y con sus obras, la propagación de la herejía por España, sin que aparezca que en ella, ni en Nápoles, donde implantó el Santo oficio el Emperador en 1546, fuese molestado en lo más mínimo, si bien consta que luego fueron prohibidas por el Tribunal referido todas sus obras, prohibición que explica que la famosísima de que he hablado, no se publicara hasta dos siglos después de haber sido escrita. Pues, Valdés, que se vanagloria de «que escribe como habla, teniendo cuidado de usar vocablos que signifiquen bien lo que quiere decir, para decirlo lo más llanamente posible», arremete con toda claridad y crudeza contra el inmortal Nebrija, defendido en su memoria por Don Gregorio Mayans, en su admirable obra «Origen de la lengua española», por Don Eduardo de Mier, que proclama la ciencia y la valía de Nebrija en obras propias y en luminosas notas conque ilustra la de Mayans, y, entre otros, que no cito, por el casi olvidado, bien injustamente, por cierto, Don Juan Eugenio Hartzembusch, que asegura que «Nebrija, no por ser andaluz, dejó de saber admirable y profundamente su lengua, como supo y enseñó otras.» Claro es, que no faltándole a Nebrija émulos y detractores, no le faltó tampoco, cual si en una y en otra se cumpliesen designios providenciales para la inmensa mayoría de los Genios, no le faltó, repito, otra pena que añadir a la anterior: la de aumentar sus amarguras espirituales con las inquietudes pecuniarias que hubo de padecer, indudablemente, en los últimos tiempos de su vida.»

Bien se desprende esto de lo que consignaré inmediatamente, y así se verá que el escritor, faro admirable de las Universidades españolas, el Rector del Colegio de Bolonia, el maestro de maestros, el protegido por la Reina Isabel y los principales de su Corte, el colaborador eminentísimo en la Biblia Políglota de Cisneros, el noble hijo de Lebrija, en fin, murió sin legar a los suyos otro patrimonio que sus obras, pero éste tan maltrecho e inutilizado por estafadores, que le hicieron víctima de sus malas artes, que no podía vender aquí las que esos últimos enviaban de allá. Bien atestigua todo esto el que apesar que D. Marcelo,

hijo, como los demás que enumero, de Elio, escribe para el teatro y tiene la fortuna de culminar en la escena su «Triaca del alma» y «La Encarnación del Verbo», entre otros autos y comedias, y Francisca, como ya anoté, explique en Alcalá una cátedra, y Sebastián trabaje cuanto puede y el Doctor Sancho, como Alcalde del Crimen, en Granada, disfrute de su prebenda y sus haberes, tengan que acudir al Príncipe D. Felipe en súplica lamentable y fervorosa de que les prorrogase el tiempo concedido para la publicación y aprovechamiento de las obras de su padre, «*ya que no tienen que dejar a sus hijos porque... las obras del maestro eran traídas a vender en España de Francia y de otras partes, contra lo contenido en las cédulas de S. M.* y el Príncipe D. Felipe, en nombre del Emperador y Rey, otorgó lo que se le pedía», en Valladolid, a cinco días del mes de Diciembre, de mil y quinientos y quarenta y quatro años», consignando que por «*cuanto se cumplirá presto el término del plazo concedido para que pudiesen vender* las obras de Nebrija los hijos de éste e imprimirlas y *por parte de vos, el Dr. Sancho de Lebrija nos ha sido suplicado que fuésemos servido de prorrogar la dicha licencia por los días de vuestra vida* y por los de Antonio de *Lebrija, ruestro hijo... ya que vos estais viejo y no teneis que dejar a vuestros hijos...; y nos aviendo considerado lo que el dicho Antonio de Lebrija, vuestro padre, trabajó en hazer las dichas obras y vos nos aveys servido y continuamente servis... por la presente prorrogamos y alargamos el término de dicha merced y siendo necessario os la damos de nuevo en toda nuestra vida y despues della al dicho Antonio de Lebrija, vuestro hijo, tambien para toda su vida..* »

Y he aquí como la magnanimidad de los Reyes ha procurado acudir en la inmensa mayoría de los casos, a remediar los despilfarros, las inadvertencias o las desgracias de los que por su ciencia o su valer dieron ocasión a la Fama para fatigar los ecos y enaltecer a los que lo merecían.

Nebrija pudo desbaratar su fortuna y no acordarse del porvenir; sus hijos acudieron al Soberano, a la representación genuína de la Patria y la Patria los ampara y los ayuda en la medida que puede.

Por esto, España, remediando también olvidos inexplicables, va complaciéndose, desde no hace mucho, en dar público y solemne relieve a las grandes figuras que la enaltecen, y al acordarse ahora de Elio Antonio parece que intenta no solo realizar un acto de justicia con aquel insigne Doctor y Maestro, sino hacer unas afirmaciones convenientes y rotundas. Estas son, a mi modo de pensar, la de que ama con amor indestructible a su idioma; la que desea reintegrarlo a la pureza de entonces, mancillada ahora por hijos ignorantes o espúreos que le prostituyen con giros y palabras extranjeras, y para reverdecer los laureles que supieron conquistar los que gritaron «¡Tierra!...» en el lenguaje de Castilla, le dejaron como exteriorización del alma castellana en veinte naciones que dicen ¡Patria! como lo decimos nosotros, invocan a Dios como nosotros le invocamos, y, cuando dicen ¡Madre! saben que se refieren lo mismo a la que les dió el ser que a este pedazo de tierra donde hubo necesidad de duplicar el mundo para que cupiesen en él

sus glorias y sus hazañas. No acabarán, aunque lo intenten por todos los medios, que ya ponen en práctica, los interesados en destruir a España o en evitar que resurja a sus antiguos esplendores. El castellano —y digo castellano para encerrar en esa palabra todas las modalidades del habla española - quedó perfectamente definido, a mi entender, en un párrafo de la carta qne Felipe IV dirigió a Alejandro VII para darle la enhorabuena por su elevación al Pontificado: «Os la ofrecería, Santísimo Padre—le dice en lengua latina si, en medio de ser la española hija suya, no excediese a su misma madre en la gravedad de su carácter, en la posesión de su lacónica frase, en la majestad de sus palabras y en lo peregrino de sus exquisitos y vivaces conceptos». Así es verdad; la lengua española reune esas y aún otras maravillas, y cuando escucho a los que tienden a corromperla y a dividirla, se llena mi espíritu de indignación y me pregunto si los que tal intentan merecen el nombre de españoles. Reino que se divide, es reino que muere; idioma que se moleculiza o se mezcla, es idioma que desaparece... La prueba más evidente de lo que supone la unidad en todo, en las regiones y en las voluntades para el orden, la libertad y el bien, está en la Iglesia Católica, ejemplo sublime y eterno de grandezas y de disciplina insuperadas. Su jerarquía indestructible, su respeto a los que la constituyen, su magnificencia en la caridad, en el amor y en la virtud, todo, absolutamente todo, tiene un enlace poderoso, un nudo irrompible, un aliento vivificador y supremo: su idioma único. La barca de Pedro va salvando por siglos y siglos los revueltos oleajes de todos los tiempos y las feroces y constantes acometidas de todas las sectas, y aunque lleva en su augusta frente el luminar de la asistencia divina, en su corazón la seguridad de que las puertas del infierno no han de prevalecer contra ella y en sus manos ungidas el depósito de la Verdad, aunque cambie las disciplinas para armonizarlas con la marcha de los tiempos o las características de las razas, se opone a la soberbia de los desdichados confundidos al pie de la Torre de Babel y para dirigirse al orbe entero, para sostener la comunicación de sus hijos, tanto en las ciudades populosas como en las aldeas miserables, en los vergeles risueños y en las llanuras heladas, para proclamar las revelaciones infalibles, para aconsejar a los que lo necesitan, para seguir desempeñando su misión de Paz y de Virtud y de triunfo definitivo en la eternidad de la vida, no habla más que un lenguaje único: el latín, ese latín que, como acabo de consignar, ha quedado vencido por la grandeza del español, por ese verbo fecundo tan relevante y sabiamente estudiado y difundido por tantos genios, entre los que descuella, con luz propia, aquél a quien hoy se reverencia y se aclama en la Patria grande, que dilató su nombre y sus obras por el Universo, para encumbrar así mismo a la Patria chica, que se agiganta y ennoblece al unirse a aquella y al rendirle, en la patriarcal y bendita sencillez de sus lares hidalgos, el homenaje de su recuerdo, de su admiración y de su orgullo por llamarle hijo.

José M.ª de ORTEGA MOREJÓN.

17 Agosto 1922.

ARTICULO

PUBLICADO POR EL PERIÓDICO

"INFORMACIONES"

DEL DIA 7 DE SEPTIEMBRE DE 1922

POR

M. MURO DE ZARO

LA VIDA ESPAÑOLA

«Sabe más que Nebrija.»

DESPUÉS de cuatrocientos años, y a través de ocho generaciones, se conserva como adagio ponderativo la comparación del saber con el sabio Nebrija. Ahora la histórica villa que entre el mar y el Guadalquivir se aposenta atalayada por la sierra de Gibeldin se prepara a honrar la memoria del hijo que le dió honor al cambiar su patronímico nombre por el de la urbe en que nació.

En la «Nebris», Piel de Ciervo, de los turdetanos, y «Lebri sahs», de los mahometanos, que tanto la encumbraron durante el Califato, se prepara solemne homenaje. Se trata de conmemorar el cuarto centenario de la muerte de su hijo ilustre, don Antonio Martínez de Jarabo, que al firmar sus notables estudios lo hizo con el nombre de «Aelius Antonius Nebrissensis», recogiendo según mucha costumbre de la época, el primer nombre de la antigüedad y añadiendo al suyo el de «Nebrija».

El hijo de los nebrijenses Juan Martínez de Cala y Catalina de Jarabo, nació en 1444 y abandonó la casa materna para hacer sus estudios en Salamanca, dasde donde marchó a Italia, regresando al cabo de diez años.

A su regreso y después de permanecer algún tiempo en Sevilla al lado del Arzobispo, se exteriorizó la predilección justificada que por él tenía el gran fraile cardenal Ximénez de Cisneros, eligiéndole para explicar Humanidades en la Universidad de Alcalá, y todavía más tomándole como colaborador para redactar la obra imperecedera de la «Biblia Políglota».

Pocos son los elegidos que gozan del privilegio de sobrevivirse; y en sus obras, especialmente en su «Gramática latina», ha llegado el nombre de Nebrija hasta la época presente, ya que se considera como obra de estudio, y aun en algunos establecimientos de enseñanza como obra de texto, y esto después de cuatro siglos.

Latinista, filólogo, astrónomo, poeta, jurista, médico, historiador, puede considerarse al cronista de los Reyes Católicos como el fundador de la Lengua Española, por ser quien primero publicó una Gramática exponiendo las reglas para hablar y escribir en romance o lengua neolatina, habiendo sido respetado su método de estudio del habla castellana durante tres siglos

Este fué el sabio humanista al que en el cuarto centenario de su muerte, pues falleció en 1522, quiere honrar la histórica villa de la fértil vega sevillana.

En este homenaje estará bien que tomen parte esos ex-alumnos de la Universidad de Bolonia que todos los años se reunen en un ágape, porque Nebrija también fué alumno de ese colegio.

De su matrimonio con doña Isabel de Solís hubo siete hijos: seis varones y una hembra. Esta fué poetisa y notable latinista como su padre; por eso el adagio es más largo que el que sirve de titular a estas líneas, pues es frecuente decir: «Sabe más que Nebrija y que su hija.»

SALUTACIÓN

dirigida a las autoridades y pueblo de Lebrija e individuos del Comité Ejecutivo, por Don Mariano Gallo Alcántara y Casas, Juez de primera Instancia e Instrucción, de Utrera, como representante de Alcalá de Henares, en la velada literaria celebrada en el referido pueblo, el día diez y siete de Septiembre del año actual, con motivo del cuarto centenario de la muerte del gran humanista, y su preclaro hijo Elio Antonio de Nebrija.

SEÑORAS, SEÑORES:

SERÍA imperdonable en mí, y no cumpliría con el honroso encargo que tengo, si en estos solemnes momentos no os dirigiera la palabra, para felicitaros muy mucho y con todo mi corazón, por el grandioso homenaje que dedicais con estos actos al eximio humanista Elio Antonio de Nebrija, vuestro ilustre paisano, en el cuarto centenario de su muerte,

A la vez que este acto de justicia, que realizo, debo significaros, en nombre del Excmo. Ayuntamiento de Alcalá de Henares, mi pueblo natal, con cuya representación me honro, que toma una parte muy intensa en los actos, que en esta villa se realizan, porque si vosotros conmemorais a vuestro Nebrija, porque aquí nació, en Alcalá y en su gloriosa Universidad y bajo la protección de su fundador, el gran Cisneros, Nebrija puso de manifiesto ante la patria y el mundo entero sus

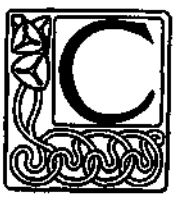
grandes y vastos conocimientos y por ello vuestras glorias son las suyas, y en el día de hoy aquel pueblo os dirige un recuerdo cariñoso, entendiendo que, al hacerlo así, honra como se merece la memoria de aquel insigne hombre

Y por último, sólo me resta, y por lo que a mi humilde persona toca, agradeceros las esquisitas deferencias de que he sido objeto y que transmito a mis representados, y en su nombre doy las gracias a vuestro dignísimo Alcalde, como genuino representante del pueblo, y al Comité ejecutivo del Centenario, y he de deciros, que ha sido tan grata mi estancia entre vosotros, que siempre y en todos momentos lo recordaré, como los mejores días de mi vida.

HE DICHO.

MARIANO GALLO ALCÁNTARA.

ELOGIO DEL NEBRISSENSE



ID Campeador de la cultura hispana,
Con su numen gigante por tizona,
Por divisa el trabajo, y por corona
De amor gentil el habla castellana.

Batalla presentole al Barbarismo,
Y al golpe rudo de su brazo fuerte
Huyó el Monstruo seguido de la Muerte,
A hundirse en las negruras del Abismo...

¡E Ibérica fué un Pindo...! que el guerrero,
Por la Lira trocando el limpio acero,
Con las Musas trabó mágico idilio.

Y en un lecho de suaves rosas blancas
Volvieron a nacer, en Salamanca,
Homero, Horacio, Píndaro y Virgilio.

M. VILLAR SÁNCHEZ.

Lebrija, Septiembre 1922.

DISCURSO

DE

D. CRISTÓBAL RODRÍGUEZ DE HINOJOSA

Aspecto de las Casas Consistoriales en el momento de descubrirse la lápida.

INCYTO SAPIENTISSIMOQUE VIRO

ELIO ANTONIO NEBRISSENSI

Es Lebrija pueblo natal del célebre Humanista Antonio de Nebrija, de fundación tan remota, que su origen se pierde en las nebulosidades de los tiempos. Su nombre del griego Nebridis, piel de gamo, de que se vestían los sacerdotes de Baco para sus ceremonias, demuestra su remota antigüedad, no faltando quienes aseguren que no sólo es uno de los más antiguos de España, sino de los más antiguos del mundo Mas como mi propósito en esta ocasión no es de hacer la historia del pueblo, me he de concretar sólo a hacer de aquella ligerísimas indicaciones, sin más objeto que el de darla a conocer a quienes la ignoren y despertar en algunos el deseo de hacer sobre ella estudios más serios y mejor meditados, en la seguridad de que ni habrían de perder el tiempo, ni habían de dejar de hacer obra meritoria.

A mi objeto hoy basta con indicar que existen vestigios bastantes para asegurar que la habitaron los fenicios y los cartagineses; pruebas evidentisimas de su existencia en tiempo de los romanos, que en ella vivieron nobles patricios, que levantaron templos a sus dioses y la cognominaron llamándola Nebrissa Veneria.

«Ac inter æstuaria Betis, oppidum Nebrissa cognomina Veneria.» Entre los esteros del Guadalquivir está Lebrija Veneria, nos dice Plinio

Está fuera de duda que fué ocupada y poblada por los romanos, como lo está que fué habitada por los godos y sojuzgada por los árabes que la tuvieron en gran predicamento y estima, como lo atestiguan restos de monumentos que aún pueden comprobarlo.

En la gran epopeya de nuestra reconquista, que comenzó con Pelayo en Covadonga y terminó con Fernando e Isabel en Granada, reconquista que engendró en los árabes un odio tan grande, tan pertinaz y tan sangriento hacia los españoles, que aún perdura y perdurará siempre, en esa gran epopeya cupo al Rey San Fernando la gloria de conquistar a Lebrija, y a Lebrija el altísimo honor de ser conquistada por un Rey santo y reconquistada por otro Rey sabio que, de una vez y para siempre, la ganó para la corona de Castilla.

Entre los caballeros que componían el ejército de D. Alfonso X, y como uno de los más distinguidos, figuraba Joan Martínez de Cala a quien con Lorenzo de Xarana y otros, no menos nobles y famosos, encomendó el Rey la custodia y guarda de Lebrija, quedándose en ella como primeros pobladores, dueños de las mercedes que por sus heróicos hechos les fueron concedidas.

Casó Joan Martínez de Cala con Catalina Xarana, hija de Lorenzo, naciendo de este matrimonio Pedro Martínez de Cala, padre a su vez de Juan Martínez de Cala casado con Leonor Rodríguez Hinojosa, quienes procrearon a Juan Martínez de Cala e Hinojosa que con Catalina Xarana Ojo fueron padres de Antonio Martínez de Cala y Xarana, conocido por Elio Antonio Nebrisense.

Nació, pues, nuestro gran Humanista en Lebrija, de padres de reconocida nobleza, como descendiente en cuarto grado del conquistador y primer poblador de aquella villa y según constante tradición originada de documentos públicos, en la casa de sus padres situada en la calle Mesones junto al Castillo, entre las calles de Zambrano y Sanlúcar.

No hay quien haya dudado de que fué Lebrija lugar donde naciera el gran maestro, ni era posible la duda cuando él mismo nos lo dice repetidísimas veces en sus obras, lo confirma su cognombre y la enaltece en composiciones a aquella consagradas.

En el prefacio de su obra de Historia y hablando de la fundación de Lebrija nos dice, con la elegancia propia de todos sus trabajos: «Dionysius, qui Liber pater est cognominatus, cum exercitu in Hispaniam venit, non tam tum dominationis cupiditate, ut param gloriam reportaret, quam ex superata India retulerat, apud nos vestigium reliquit, quam quod in Betica inter æstuaria Betis Nebrissam patriam meam condidit.» Dionisio conocido por padre Libero, cuando vino a España con su ejército, no con ánimo de conquista, sino para mayor esplendor suyo, antes de volver a la India, nos dejó vestigios de su paso, entre ellos y junto a los esteros del Guadalquivir fundó a Lebrija mi patria.

Estas palabras demuestran no sólo que fué Lebrija el pueblo donde nació el gran polígrafo, sino que, como antes apuntamos, es de antiquísima fundación, pues ya en el siglo quince corría y se daba como muy cierto, que fué fundado por Baco, conocido por padre Libero.

No ha sido posible señalar de modo seguro, cual fué el día y año de su nacimiento, pues mientras unos, fundados en lo que el mismo Antonio dice en el prólogo de su obra Interpretación de las palabras

castellanas, aseguran que tuvo lugar en el año 1444; otros, ateniéndose a otras de ese mismo prólogo, entienden que debió ser el 1441. Ni a unos ni a otros falta razón. Dice el Nebrisense en la obra citada: «Mas aunque se me allega ya el año cincuenta de mi edad, porque nací un año antes que en tiempo del rey Don Juan II fué la próspera batalla de Olmedo, etc.», despréndese de estas palabras, si los historiadores no se han equivocado, que nació en el 1444, ya que fué aquella en 1445; pero si se tiene en cuenta que él mismo y en el mismo prólogo dice que fué a Italia a los 19 años de edad, que en ella permaneció 10 y que al volver estuvo en Sevilla al lado del Arzobispo señor Fonseca, habiendo fallecido éste en el año 1473, el Nebrisense tendría entonces 32 años y por tanto su nacimiento tuvo que ser en 1441.

Mas sea esto lo que sea, es lo cierto que el Nebrisense nació en Lebrija en el año 1444 o 1441; que en su pueblo y al lado de sus padres pasó sus primeros años, demostrando especiales condiciones para el estudio.

Y no me parece que está fuera de lugar el referir una conseja, que desde tiempos antiguos corrió de unos en otros y que yo llegué a escuchar. Decíase entre la gente indocta, que eran los más, que Antonio de Lebrija había sido de familia humilde y tan pobre que su padre lo tenía dedicado a guardar ganado; que cuando iba por el campo se ocupaba constantemente en trazar sobre la arena con la varilla rayas y signos en los que se leía «Antonio de Lebrija ciencia perdida», y que habiéndolo observado, no faltó quien, viendo en ello algo providencial, lo protegió y costeó sus estudios. Nada menos cierto: pero revela desde luego el alto concepto y gran estima en que los lebrijanos tuvieron siempre a su compatriota.

Nadie mejor que el mismo Antonio nos ha de decir su vida; oigámoslo:

«Y dejando agora los años de mi niñez pasados en mi tierra debajo de bachilleres maestros de gramática y lógica; dejando aquellos cinco años que en Salamanca oí en las Matemáticas a Apolonio, en Filosofía a Pascual de Aranda y a Pedro de Osma, maestros, cada uno en su arte, muy señalados; en edad de diez y nueve años yo fuí a Italia, no por causa que otros van para ganar bienes de Iglesia, o para traer fórmulas de derecho civil o canónico, o para traer mercaderías, más que por la Ley de la tornada después de luengo tiempo restituyese en la posición de su tierra perdida, los autores del Latín, que estaban, ya muchos siglos había, desterrados de España; mas después que allí gasté diez años, pensando ya en la tornada, fuí convidado por letras del muy reverendo y sabio varón Don Alfonso de Fonseca, Arzobispo de Sevilla, donde en tres años no hice otra cosa que reconocer toda mi gente y por ejercicio apercibirme para enseñar la lengua latina, como si adivinara que con todos los bárbaros se me aparejaba alguna grande contención. Así que, después que falleció, nunca dejé de pensar por donde pudiera desbaratar la barbarie por todas las partes de España tan ancha y luengamente desparramada».

Resulta, pues, evidente que en Lebrija, no guardando ganado, sino estudiando gramática y filosofía, pasó Antonio los primeros años de su niñez, que a virtud y en mérito de sus especiales disposiciones para el estudio, sus padres, que a no dudar tendrían medios para ello, le enviaron a Salamanca para que ampliara sus conocimientos; que en aquella célebre escuela escuchó las lecciones de los más renombrados maestros, y comprendiendo que había más que aprender marchó a Italia, centro y emporio del saber, donde adquirió tal renombre de sabio, que fué llamado por el Arzobispo de Sevilla don Alfonso Fonseca, a cuyas espensas vivió tres años sin otro ejercicio que prepararse para la lucha que suponía había de sostener para regenerar el idioma grandemente corrompido y desterrar la barbarie tan ancha y luengamente extendida.

¡Qué lástima que no surja hoy otro Antonio de tanto saber y patriotismo como aquél! Nuestro idioma tan rico, como noble y armonioso, atraviesa espantosa crisis; la moda por un lado, la cursilería por otro y la más supina ignorancia han dado entrada a tanto nombre exótico, a tanta palabra rara, a tanto giro estúpido, que apenas hay quien del castellano se acuerde, ni de su armónica lengua se valga, no ya para el trato social, sino hasta para las producciones que, porque sí, llamamos literarias. Somos tan... especiales, que nos reimos y burlamos de todo aquel que ya en su familiar conversación, ya en sus escritos más o menos serios, ya en sus discursos más o menos académicos, no mezcla, sea como sea, y venga o no a cuento, frases y hasta oraciones completas en extraño idioma, castellanizándolas unas veces y disparatando las más; pero la moda, que hasta en esto ejerce su imperio, lo impone, la ignorancia lo acepta, la cursilería lo sostiene y he aquí como en pleno siglo veinte, que llamamos ilustrado, el idioma, como en el quince, está grandemente corrompido y la estulticia ancha y luengamente extendida por todas las partes de España. ¡Cuanta falta nos hace otro apóstol que, como Nebrija, tome sobre sí el trabajo de limpiar el lenguaje de tanta basura como lo afea y desnaturaliza!

Animado por tan nobles propósitos y decidido a ponerlos en práctica marchó el Nebrisense a Salamanca, entendiendo que su misión debía comenzar en el Centro de donde partían los errores, y como ya por este tiempo era universal su fama, pronto encontró cabida entre los maestros, consiguiendo explicar dos cátedras. Desde el primer momento sintió la necesidad de dar nuevas normas que encauzaran la enseñanza del Latín y el Castellano y, acudiendo a remediarla, escribió y publicó su Gramática Latina, sus Diccionarios Latino Español y Español-Latino y otras encaminadas a sembrar la buena doctrina, fijando desde las reglas de pronunciación y clasificación de las palabras, hasta las de construcción lógica y gramatical y dando en sus Diccionarios a cada palabra su significación propia y su verdadero valor y sentido.

Trabajos tales, le acarrearon graves disgustos y quebrantos, porque los profesores o maestros no podían avenirse a variar en absoluto y por completo sus antiguas prácticas, ni les venía bien el confesar la ignorancia en que estaban y habían trasmitido a sus discípulos. La envidia, esa ruín pasión, que lleva al hombre a cometer las más bajas ac-

ciones, se apoderó de todos o la mayor parte de ellos y, valiéndose de toda clase de medios, y utilizando toda clase de armas, trataron de hacer ineficaces los trabajos del que ya bajo el nombre de Antonio de Nebrija, había inmortalizado con sus obras, su personalidad. Mas, no importaba, Antonio se imponía, sus producciones eran por todos gratamente aceptadas, las buenas reglas eran universalmente seguidas y con ellas, y por ellas. quedaran abiertas de par en par las puertas del renacimiento de nuestras patrias letras.

En su difamación llegaron hasta la injuria y la burla asquerosa, a las que el Maestro contestaba con el desdén magestuoso conque mira el sabio consciente al presuntuoso ignorante.

Solent multi a me querere cur Elii proenomen mihi adoptaverim, cum proe nomina gentilitia esse debent, hoc est, familiae cujusque propria. Sum Elius Antonius Nebrissensis Grammaticus, ut sit, proenomen Elius, nomen Antonius, cognomen Nebrissensis, grammaticus vero agnomen ex professione sumptum.

«Pregúntanme muchos por qué he adoptado el prenombre de Elio, cuando el prenombre es esencialmente familiar y sólo deben usarlo los que a la propia familia pertenezcan. Soy—contéstase el Maestro—, Elio Antonio de Nebrija Gramático, o sea: Elio, mi antenombre; mi nombre Antonio; mis sobrenombres Nebrisence Gramático

»Elio, porque entiendo que procedo de los nobles Romanos Elios, que habitaron en la Bética, donde mi patria está enclavada; Antonio, nombre que responde a mi familiar historia; Nebrisense, porque mi patria es Nebrija, y Gramático, porque lo tomé de la profesión que ejerzo. Y si alguno creyera que me he apropiado un antenombre que no me pertenece, sepa que en los fértiles campos de Lebrija, he hallado sepulcros de gran antigüedad, en cuyos mármoles o losas demostraban bastantemente y se leía ser de la noble y antigua familia de los Elios y de los Elianos, por lo que me había agradado apropiarme el antenombre de Elio, como cosa propia heredada de mis mayores; y que de la propia manera que Aníbal se estimaba haber nacido de los huesos de Dido, llamada Elise, bien podía él estimarse descendiente de los Elios, que en su patria vivieron.» *Ratione possum ego dicere, me unum ex posteritate Romanorum; non minus sum ortus quam Annibal fuit ex ossibus Elisae.*

Impertérrito continuó Antonio su misión regeneradora y son innumerables las obras que salieron de su sabia pluma. Con sin igual maestría dominaba todas las Ciencias y ni aún las Musas le fueron ingratas. Gramática, Retórica, Filosofía, Derecho, Cosmografía, Medicina, Moral y Teología eran por él perfectamente conocidas. El Latín, el Griego y el Hebreo le eran familiares y de todas ellas dejó en multitud de obras pruebas de sus generales conocimientos.

A ellos debió el que la gran Reina Isabel le nombrara su Cronista y a instancias de aquella, que aún llena de gloria la historia de España, escribió y publicó su Gramática Castellana.

A ellos debió que el más habil de los políticos, el más sabio de todos los prelados de aquel tiempo, el más recto y justo de todos los go-

bernantes, el Cardenal Fray Francisco Jiménez de Cisneros, le profesara tanto cariño, como respeto, y le asociara con otros, no menos ilustres maestros, a la gran obra Políglota, encomendándole la revisión de los textos Hebreos, Griegos y Latinos; y cuando el gran Cardenal fundó la celebérrima Universidad de Alcalá de Henares, allí fué nuestro Antonio a regentear sus clases, allí continuó difundiendo sus conocimientos y allí murió a los setenta años de edad, dejando implantado el renacimiento de nuestras patrias letras, que fructificó de modo portentoso en la forma y de la manera que demuestra el tesoro que encierra nuestra gran Biblioteca Nacional.

Con gran acuerdo y recibiendo debido tributo, está su estatua colosal en la puerta de ese gran Centro de enseñanza e ilustración, porque él fué sin duda el que con llave maestra abrió las puertas a las Letras y las Ciencias, él que enseñó las sendas a los sabios; él, en fin, el que consiguió que nuestra cultura alcanzara el mayor grado y causara la admiración y hasta la envidia de las demás Naciones.

¿Cómo no conmemorar su nombre? El hacerlo es honrar a la patria es satisfacer una deuda sagrada, es agradecer un beneficio recibido.

El día 2 de Julio de 1522, murió en Alcalá de Henares Antonio de Nebrija; sus cenizas reposan junto a las del gran Cardenal Cisneros; la gloria de su nombre perdurará siempre.

Casó Antonio en primeras y únicas nupcias con Doña Isabel de Solís y Montesino, dama de noble estirpe de Salamanca y tuvo de su matrimonio seis hijos varones y una hembra, los que en honra de su padre ocuparon en la sociedad elevadísimos puestos

Don Marcelo, fué Visitador general de la Orden de Alcántara, Comendador de la Puebla y autor de varios libros, entre ellos el titulado: «Triaca del ánima», que dedicó a Doña Leonor Pimentel, Condesa de Alba de Lister.

Don Alfonso, caballero del hábito de Santiago.

Don Fabián, como su padre, fué maestro en la Universidad de Alcalá, Vice rector, primero, y Consiliario, después, de aquel gran Centro de Enseñanza.

Gemelo de éste, Don Sebastián, fué Gobernador de las Islas Canarias y recogió de la Universidad los papeles y obras inéditas, que su padre había dejado, cuyos títulos constan de la escritura de entrega, que hizo la Complutense a dicho Don Sebastián por ante escribano público, cuya relación puede conocerse por la que obra en el archivo Histórico Nacional, legajo de escrituras de los años 1521 a 1527. Entre aquellas obras inéditas se encuentran las siguientes: Ciertas anotaciones del Derecho, Anotaciones de la Sagrada Escritura, De potestate literarum, De scriptoribus Hispaniæ, Vocabulario de Cosmografía, Vocabulario de Medicina y otros muchos, que el dicho Don Sebastián recibió obligándose a imprimirlos en la villa de Alcalá. Don Antonio, de quien no se tiene más noticias que la de que tuvo su residencia en Antequera. El doctor Sancho, Colegial como su padre en Bolonia, Alcalde del Crimen en la Real Chancillería de Granada, donde murió; tuvo en ella suntuoso palacio, implantó sobre el Darro los jardines, que hasta ha

poco tiempo se llamaron Cármenes de Nebrija y fué estimadísimo del gran Felipe II, y Doña Francisca, Catalina o Sabina, que con estos tres nombres es conocida, que tuvo fama de gran latina y hasta se asegura que en muchas ocasiones sustituyó a su padre en las explicaciones de su Cátedra. Casó en Sevilla con Don Juan Romero Caballero, Asistente de Sevilla y créese que está enterrada en la Colegial del Salvador.

He dado término a estos ligerísimos apuntes que no tienen más objeto, ni alcanzan otro fin que el de llevar a la tumba del inmortal Antonio de Nebrija, en el IV Centenario de su muerte el modestísimo recuerdo de quien se vanagloria de haber nacido en su mismo pueblo, lo admira como sabio, lo considera como salvador del hermoso idioma castellano, lo respeta como gran patriota y se envanece de tener con él apellido común.

Bien hubiera querido hacer un trabajo, que mereciera el nombre de tal por su importancia y magnitud; pero aunque tuviera condiciones de intelectualidad, conocimientos adecuados y galanuras de exposición, de que en absoluto carezco, todavía me faltaría una principalísima y nada despreciable: tiempo. Agobiado por continuas luchas de una vida trabajosa, el ánimo se apoca y entristece y no deja lugar a esparcirse y recrearse en las complacencias espirituales.

Sólo un Cervantes pudo concebir en las lobregueces y miserias de una cárcel, la gigantesca obra del Quijote.

No como vana escusa ni disculpa pueril, sino por fiel expresión de la verdad diré que el no haber dado mayor extensión a estos apuntes ha sido, aparte de lo anteriormente dicho, que Lebrija, que los lebrijanos tengan noticia de quien es el busto que orna la plaza de la villa, ya que de propia ciencia me consta que no pasa de una docena de personas las que conocen y saben quién fuera Antonio de Lebrija, por que se le llama sabio y cual sea la relación que existe entre éste y el pueblo Nebrisense.

Llevado de este pensamiento he creído que la pesadez de un verdadero trabajo biográfico cansa a los que no son aficionados a esta clase de estudios y no se leen; que la biografía de Antonio de Nebrija, aunque clara y documentada en sus más importantes detalles, exige la trascripción de documentos y pasajes de las obras que de aquel se conservan, los de algunos de sus coetáneos y de sus discípulos, y estando la mayor parte de aquellos escritos en latín, o se transcriben como están escritos, y entonces son pocos los que lo leen y menos los que lo entienden, o se ponen traducidos, quitándoles la mayor parte de su fuerza y valor, todo aparte de lo difícil que resulta hacer la biografía de un hombre a los cuatrocientos años de su muerte.

Modestísima es mi ofrenda, pero al que da cuanto tiene no puede exigírsele más

¡Honor y gloria al sabio Humanista restaurador de las letras españolas!

Cristóbal RODRIGUEZ DE HINOJOSA.

Sevilla, 7 de agosto de 1922.

DISCURSO

DEL

RVDO. PADRE

JERÓNIMO DE CÓRDOBA

SACERDOTE ESCOLAPIO

IN QUARTO CENTENARIO
MORTIS
ÆLII ANTONII NEBRISSENSIS

ORATIO

SALVE Urbs celeberrima Nebrissensis nulli nobilitate secunda, in qua maris auris, florum suffimine, camporum ubertate, habitantium animi hilares recreantur, in seculorum series virorum excellentium immortalibus gestis illustrata. Salve!.

2. Maximo exultantes gaudio, insueta frementes laetitia invenimus hujus Urbis cives, qui innumeras etiam finitimas gentes gremio suo fovere ea, qua pollent, humanitate singulari hisce diebus videbantur.

3. Quidni faciant?... Ut pondus gloriae Matris, quae suis humeris sola portare recussat, juncti omnes sustineant et totis viribus Parvae Patriae decore perfrui congregentur. Multa ideo instituta sunt et religiosa et civilia festa; ornamenta per vicos, per plateas collocata sunt multa, ut solemnes amoris, reverentiae ac plausus tantae Matri debitae ederentur manifestationes. Et ego quamvis indignus, ignotus etenim sum et ignarus, his me praeclaris civibus adjungere veni.

4. Pulchra continent ac eleganti formositate Urbs Nebrissensis perillustria aedificia, quibus Turris, Hispalensi Giraldae simillima imminet, quasi si a terra in Coelum suos cives conscendere doceat.

Majores etenim praedecessores dum genium premebant stimulis ut ad excelsiora contenderent omnia, quae vulgaritatem redoluerint, contemnentes, Templa, Domos Deo, sibi suisque ad centesimam ac millesimam usque generationem, ne dicam aeternitatem aedificabant. In illis non eximiam modo artem miremini ac revereamini quoque a temporis morsibus prorsus immunem vetustatem.

5. A tantae Matris foedunditate prodierunt filii, quorum memoria in benedictione est *(Ecc. 45·1)*, ac ideo nihil vereor inopiae dicendi laborare, cum suorum praeconia, tam longe lateque pateant, quam ipsa merita, id est, universam impleant Hispaniam et Orben A quibus discimus quantum in Urbe Nebrissia in ipso mortis pulvere floruerint olim disciplinae; quot ignotos igitur aetas nostra in ipsa scriptores, quot rara insolitaque scripta, quot incredibiles sapientiae gazas, ut innumeros Poëseos veneres, ut multiplicem modum et splendidum luxum suspiciet Quam ignota sive Physicae sive Matheseos inventa, quam praegrandia Geographiae spectacula; quam peregrinae hispanorum praesertim rerum historiae; uno verbo, quanta certamina et Fidei praecipue triumphi Catholicae mirabuntur.

6. Hanc Urbem a priscis temporibus omnes conclamant una voce: *Matrem filiorum laetantem*, ut Davidis Regis utar verbis affectus. Laetatur revera, praeclarissimis nominibus.

Francisci Diaz de Solis	Navigatorum magistri et fluminis argentei inventoris
Marchisi Generalis Villarrubia. .	cujus facta ad sidera attulit fama.
Aloysii Collado.	Artis ingenii praefecti olim Philippi 2.i ac praecipui tormentariae. Artis Directoris tunc temporis.
Fr. Antonii Navarro.	*Americae Episcopi* et apostoli earum Regionum celeberrimi.
Antonii Cala de Vargas.	A quo consilia gubernationis Reges assidue petebant.
Didacii Meneses Portales.	Regionis Caracas Gubernatoris integerrimi.
Josephi del Castillo Ayensa. . . .	ministri &ª et aliorum plurimorum quorum nomina memoriae meae continere limites queunt.

7. Sub Maurorum jugo et Arabum a Catholicae veritatis doctrina minime recessit. En gloria tantae Matris major et unica, ut ita dicam, quam suorum absque numero Martyrum generoso cruore purpuravit.

8. Tantorum filiorum summopere celebrare laetatur memoriam occasione centenarii quarti mortis omnium celeberrimi, qui Matris Nomen portat coram gentibus et populis.

Quis populorum est sub coelo hujus Nominis ignarus? Quis sophorum, tanto nomine dignus, qui nec suis labiis saepe quotidie pronuntiaverit et suis scriptis centies milliesque laudaverit. Intuenti mihi cum animo meo singularia et perplurima vestrae Civitatis ornamenta unum illud videri solet in prima memorandum gloria scilicet.

"ÆLIUS ANTONIUS NEBRISSENSIS."

Quis hujus viri excellentiam laudaturum invenisse potest? Ille qui Linguam Latinam a barbarie infectam in pristinam puritatem reduxit, qui Christianae Doctrinae Dogmata immaculata veste exornavit; qui venustatis amorem in corde litteratorum penetrare fecit; qui Sacram Bibliam a verborum corruptorum foeditate purgavit; qui antiquorum Idiomatum Hebraeorum, Chaldeorum Sirorumque, latebras perlustravit, in quibus nemini cedit locum primum, ut Nicolaus Antonius, cum de Poliglottae Complutensis merito agit, de ipso ponit testimonium. *(Biblioc. Nov. Hisp. tom. 1., pag. 106).*

9. Antonius vester, carissimi Nebrissenses, in permultis suis scriptis ac praecipue in opere, cui nomen: *Lexicum Latinum,* satis abundeque videtur exornasse quidquid videlicet in humanis omnibus atque divinis disciplinis didici potest. Si dii ipsi graece atque latinè herois velint cantare numeris, non alia, nec voce, nec cantu, nec suavitate quam quibus ille modulatus est, canerent. Qui tamquam apis singulos auctorum flores lustravit indeque suavissimum mei confecit, dubitari minime potest.

10. Nunc vester celeberrimus frater vivit, nam pretiosa justorum morte functus est, et justi semper vivunt et epulantur in conspectu Dei *(Psal. 67 4)* et, quasi si a sepulcro surgere optaret, per verba oris mei omnes,

Lectionem Grammaticae

versibus heroicis docere decrevit. Audite a tanto Magistro Lectionem quam a cathedra sepulcri Urbi et Orbi tradit nam defunctus adhuc loquitur *(ad Hebreos 11-4).*

ULTIMA LECTIO ANTONII NEBRISSENSIS

Omnia vanitas præter «Crux stans, dum Volvitur Orbis.»

Humana haec quid sunt? .. quid mundi cuncta creata?
Quaeque diu maneant?... Imperia summa, venustas,
Magnifici Reges, mundi monumenta, trophaea...
Immensus velocis Famae plausus inanis...
Atque Duces metuendi... exitialis certamina Martis...
Leges innumerae Regum bellique faventum. .
Oppida, Templa superba, et vana oracula Delphi...

Filius et Martis validus Macedo ipsemet Heros...
Pyramida et Memphis... quid?... quae miracula terrae
Sunt? . «*cinerum coni*»... regum angusta sepulcra!!...
.....
Romani Populi Moles... quid?... belliger ipse ..
Circus et ille superbus.. Fanaque, Templa deorum?...
.....
Haec, veluti pulvis terrarum umbraeque fugaces
Cum populis perierunt instar fulminis ictu...
Quo attonitos.. heus!!... Orbis visus torqueo cumque
Clivosae veterum feriunt monumenta ruinae.
.....
Tempus edax labitur taciteque senescitur omne,
Ultima terrarum Orbi Universo imminet hora,...
In *Crucis infracto Vexillo:* Aeterna juventus;
Dumque manet semper, fugit irrevocabile tempus,
Et tumulum nostrum illius pia protegit umbra.
Stat Crux atque stetit, stabit, spes *unica dumque*
Volvitur Orbis.
In Cruce Christus.
Vita perennis
Fons et amoris.
Ad quem confugimus affectibus hujus.

SONETI

Ad Vos ipse feror, cursu festinus anhelo,
Brachia en alma!... Crucis detecta in Stipite semper,
Perfruar ut dulci plexu aeternè estis aporta,
Ne arcear a Vobis clavis jure fixa manetis.
Ad Vos heus!, oculi divini, lumine et orbi
Tot lacrymis atque cruoris tanto flumine operti,
Parcerer ut mortis somnum vos pellitis ambo,
Ne timeam clausi estis, ne aut confusus abirem,
Fixi, ad vosque, pedes ne me fugiatis amantem,
Oh pronumque caput, peccator quo vocer ipse,
Ad Te, sanguis, ut ipsemet, cujus ungar honore.
Ad Te, latus apertum, ipse ut sorberer hiatu
Ad nihilum ut possim totum me in Corde rediri
Ejus et ardoris sacri fornacibus uri.

Hanc Lectionem Nebrissensis corde recogitemus velut thesaurum in pignus ipsius quarti Centenarii.

HIERONYIMUS CORDOBA.
SCHOL. PIAR.

TRADUCCIÓN DEL DISCURSO

1. Salve! Celebérrima Ciudad de Lebrija, que en nobleza a ninguna otra cedes el primer puesto por la hermosura de tu cielo, el aroma de tus flores, la fecundidad de tus campos y bondad de tus habitantes; ilustrada en la serie de los siglos por los gloriosos hechos de tus hijos. Salve!
2. Reboso de alegría al observar a estos nobles ciudadanos, que en los mayores transportes de júbilo, parece, quieren albergar en su seno a todos los pueblos limítrofes y agasajarlos con la urbanidad y singular hospitalidad que les distingue.
3. Con qué fin lo hacen? .. Para que todos participen de su gozo y les ayuden a llevar sobre sí el peso de la gloria que su Madre no puede llevar sola y con todas sus fuerzas coadyuven al engrandecimiento de la *Patria Chica*. Por esta causa se han organizado fiestas religiosas y civiles, se adornan con colgaduras las calles y plazas y por todas partes se hacen manifestaciones dignas de una Madre tan grande.
4. La Ciudad está embellecida por edificios duraderos, de mérito extraordinario, entre la que sobresale la esbelta torre, semejante a la Giralda de Sevilla, como enseñando a sus habitantes a subir de la bajeza de la tierra a las alturas del Cielo. Lo que prueba que vuestros ilustres progenitores aguzaron sobremanera su ingenio como para aspirar a lo más grande, despreciando las vulgaridades y queriendo edificar Templos, Casas a Dios, a sí mismos y a sus hijos, hasta la millonésima generación, por no decir hasta la eternidad. Y en todo se admira a la antigüedad, adornada de Arte, libre en absoluto de las mordeduras implacables del tiempo voraz.
5. De tan gran Madre han nacido innumerables hijos, cuya memoria será siempre bendecida (*Ecc.* 45-1), y no me avergüerza el decir que soy impotente de alabarla, puesto que sus méritos llenan, no sólo España, sino el mundo todo. Los cuales nos enseñan, entre el mismo polvo de la muerte, las ciencias que ellos hicieron florecer; escritos admirables y escritores con que ahora nuestra época actual se ilustra y enriquece comó con un tesoro inapreciable y veneros inagotables de poesía, esplendor de las Bellas Artes. Ellos descubrieron las fuentes de la Física y de las Matemáticas, dieron a conocer espectáculos sorprendentes de Geografía, peregrinas historias del mundo todo y en especial de nuestra España, y en una palabra: los ejemplos de fe viva y triunfos del Catolicismo llevados a cabo por tantos hijos.
6. Esta Ciudad fué llamada, por voz unánime, «Madre que se alegra en sus hijos», por hablar el lenguaje del Rey Profeta.
   Y se alegra, en verdad, con los nombres:

Francisco Díaz de Solís. . . . . Navegante intrépido y descubridor del Río de la Plata.

El General Marqués de Villarrubia. Cuya fama no conoce límite.

Luis Collado. . . . . Insigne ingeniero de Felipe II y el mejor artillero de su tiempo.

Fr. Antonio Navarro. . . . . Obispo Santo y misionero incansable de las vastas regiones del Nuevo-Mundo.

Antonio Cala de Vargas. . . . . Consultor de Reyes.

Diego Meneses Portales. . . . . Integérrimo Gobernador de Caracas.

José del Castillo Ayensa. . . . . Ministro de la Corona, y muchos más, cuyos nombres no puede contar los límites de mi memoria.

7. Bajo el yugo de los árabes conservó la Fe Católica, y esta es su gloria mayor, por no decir única, de esta Madre. Gloria inmensa, pues abonada está con la sangre generosa de sus muchos mártires.

8. Mucho mayor es el gozo de esta Madre en estos momentos en que se celebra el Cuarto Centenario del más célebre de sus hijos, que llevó su nombre, dándole a conocer a todos los pueblos.
Qué pueblo hay en el mundo que ignore que exista Lebrija? Qué verdadero sabio, que no le cite continuamente en sus escritos?
Por tanto, el considerar yo todas las grandezas de vuestra Ciudad, creo reunirlas todas nombrando a

ELIO ANTONIO DE NEBRIJA.

9. Quien puede alabar dignamente a ese genio que devolvió al Latín toda su antigua pureza, librándole de la barbarie; que adornó con veste inmaculada los dogmas de la Doctrina de Cristo; que hizo gustar a los literatos todos el néctar literario; que libró a los Sagrados Libros de las palabras infectas y malsonantes; y, en fin, que purificó las lenguas sabias, trabajando como ninguno otro en la edición caldea, hebrea y siriaca, mereciendo ser citado con elogio por Nicolás Antonio, hablando de la políglota complutense.
Vuestro conciudadano, en sus múltiples escritos y en especial en el «Lexicum Latinum», enseñó cuanto puede contribuir al adorno y esplendor en todas las enseñanzas humanas y divinas.
Podemos decir de él lo que se dijo del divino Platón: Si los dioses mismos quisieran hablar y cantar en griego y en latín no lo harían con tanta propiedad, ni tanta suavidad y armonía tanta como Antonio de Nebrija que, como abeja laboriosa, supo formar el panal más dulce, extraído a todas las flores varias de todos los clásicos.

10. Ahora os digo para terminar que vuestro hermano vive, pues terminó su vida mortal con la muerte de los justos y los justos no mueren, viven siempre en aquel Dios que es el Dios de los que viven y quisiera ahora levantarse del sepulcro y darnos una «*Lección de Gramática*» en verso heroico. Oid esta lección, pues aunque muerto habla y enseña:

Sólo la Cruz permanece, mientras
todo se desquicia y muere.

(Stat-Crux, dum volvitur Orbis.)

"LECCION"

Y que es lo humano todo?... qué lo creado?
Qué permanece fijo?... los imperios
Los magníficos Reyes... la hermosura
del mundo, los Palacios... los trofeos
De la fama veloz, el vano aplauso...
Los Príncipes temidos... las victorias;
Qué las profanas leyes ya ignoradas?
Las soberbias ciudades... y los templos
De los paganos dioses... y de Delfos
Los falaces oráculos... y qué Alejandro
El Héroe Macedón hijo de Marte
Y rayo de la guerra... y de Menfís
Las Pirámides... qué?... que son tenidas
Del Orbe cual portentos más gloriosos...?
Montones de ceniza!... de otros tiempos
De reyes ignorados los sepulcros!...
Y qué la mole del Romano Pueblo
Tan temido en la guerra?.. qué las Aras
Y su Circo y sus Dioses inmortales?...
Todo polvo!... y aun menos; *Sombra vana*.
Todo despareció, como de un rayo
Herido por el golpe!... A donde vuelvo
Atónito los ojos,... sólo veo:
Destrozadas ruinas, que amenazaran
A cuanto existe de la Tierra toda...
La hora de la muerte tan temida
A todos amenaza... El mundo todo
Envejece al trascurso de los siglos
La Eterna Juventud la Cruz ostenta!...
Y en tanto el tiempo irrevocable avanza
Cubrirá nuestra tumba con su sombra.
Es, fué, y será siempre: Lo inmutable,
Unica salvación del hombre... mientras
El Orbe es: lo mudable.

Meditemos esta última lección de Elio Antonio de Nebrija y conservémosla como recuerdo de su

CUARTO CENTENARIO

En la Cruz está Jesucristo, que es la vida eterna y la fuente del amor, vayamos a él con los afectos que expresa este *SONETO:*

A Vos corriendo voy, Brazos Sagrados
En la Cruz Sacrosanta descubiertos,
Que para recibirme estais abiertos
Y por no castigarme estais clavados.
A Vos, Ojos Divinos, eclipsados
De tanta sangre y lágrimas cubiertos
Que para perdonarme estais despiertos
Y por no avergonzarme, estais cerrados
A Vos, clavados Pies, para no huirme
A Vos Cabeza baja por llamarme
A Vos Sangre vertida por unjirme.
En Vos, Costado abierto quiero hundirme
Y en ese Corazón anonadarme
Y en su Volcán de Amores consumirme.

JERÓNIMO DE CÓRDOBA.
ESCOLAPIO.

ANTONIO DE LEBRIJA

CAUSA legítima de orgullo, y no excusable deber es, en los pueblos y naciones, honrar la memoria de sus hijos preclaros; pero aún se intensifica más esta obligación, si ellos dan a la patria nativa tal relieve y esmalte, que involuntariamente la asocian a su nombre. Así España es conocida en la humanidad por la patria de Cervantes y de Calderón; Inglaterra, por la de Milton y Shakespeare; Portugal, por la de Camoens; Italia, por la del Dante; Francia, por la de Boileau ..

Singularizado a la localidad del nacimiento el nombre del excelso artífice, fama universal adquieren lugares y villas de segundo orden, gracias a la virtud o el saber del que en ellas vió la luz.

Alguna institución religiosa, al obligar a sus hijos a prescindir del apellido familiar, sustituyéndolo por el del natal pueblo, ha contribuído no poco a que salve a éstos el eco de la fama de la vulgar y monótona enumeración Así Tomás de Aquino, los Francisco de Paula y de Asís, Fr. Diego de Cádiz, Teresa de Avila, los Luises de León y Granada, Isidoro de Sevilla, Ignacio de Loyola, dieron brillante ejecutoria a lugares que, desde ellos, viven con imperecedero renombre.

Más digno de loa es, no obstante, el que voluntariamente sella toda obra de su esfuerzo personal, asociándola al lugar de su infancia y de sus progenitores; y a este alarde, a este culto de filialidad localista, debe Lebrija, villa célebre por más de un concepto, la prez que le donó con su nombre su más predilecto hijo.

Preguntad a gentes de mediana y aun escogida cultura por Antonio Martínez y aún por Antonio Martínez de Cala, y muchos se encogerán de hombros; preguntadles por Antonio Lebrija o, más arcaicamente conservado, Nebrija, y todos recordarán en seguida al humanista,

al polígrafo, al enciclopedista, al sabio, al cronista de los Reyes Católicos, al que mereció yacer en la inmortalidad, al lado del gran Cardenal Ximenez de Cisneros, en la ciudad complutense.

Y este amor, esta gala de fundir en uno el nombre de pila y el nombre de la villa madre, de tal sustancialidad fué que, sus descendientes, tuvieron a honor llamarse también Marcelo de Lebrija y Antonio de Lebrija, en memoria de antecesor tan ilustre.

Investiguen, pues, los historiadores, trabajos del insigne maestro, en Salamanca y San Clemente de Bolonia, en Sevilla o en Alcalá de Henares; llámenle sus panegeristas—el Padre Sigüenza, el Arcediano Alonso Fernández de Madrid, Lucio Marineo Sículo, el Padre Mariana, el abate Lampiñas, Nicolás Antonio - desterrador de la barbarie, facilitador del estudio de las ciencias y autor de métodos extendidos en toda España y Portugal; recuerden que fué el primero en nuestra patria que midió un grado del meridiano terrestre para deducir la periferia del globo; consignen que fué el autor de la popular empresa de los Reyes Católicos simbolizada en las saetas, coyunda y yugo y el famoso lema de *Tanto monta*; encomien sus excepcionales conocimientos en gramática, literatura, poesía, historia, jurisprudencia y cosmografía; clasifique Bartolomé José Gallardo sus incunables y manuscritos; apologice Fernández de Navarrete su labor en las ciencias físicas y naturales; critique si quiere aquel poetastro decadente de mediados del siglo XVIII, Benegasi y Luján, digno émulo del carmelita Fr. Juan de la Concepción y diga en un rapto de pedantería ingénua:

No quiero a Nebrija
ni jamás le quise:
¡ De ingenios por arte
Apolo me libre!

para nosotros y para todo buen hijo de Lebrija, solo toca decir: Fuiste muy grande, pero hiciste aún más grande al pueblo en que naciste.

Recuerden los lebrijanos con orgullo, que cuentan, entre sus hijos escogidos, a un Juan Díaz de Solís, ensanchador del planeta y a un Luis Collado, uno de los patriarcas de la ciencia artillera; recuerden con fruición que algunos autores de pasados siglos ponían, en la portada de sus obras, como Cristóbal de Cala en su *Desengaño de la espada y norte de diestros*, que eran naturales de la villa de Lebrija; pero no olviden nunca que el nombre de su pueblo figura en todas las bibliotecas del mundo, gracias a Elio Antonio Martínez de Cala y Harana.

PEDRO RIAÑO DE LA IGLESIA.

Madrid, 14 Septiembre de 1922.

EN HONOR DE

ELIO ANTONIO DE NEBRIJA

TIENEN los Centenarios, entre otras, esta significación, y es que muestran y ponen de relieve esa hermosa solidaridad cristiana, que es perfeccionamiento de la otra solidaridad humana y natural. Porque con todo acontecimiento centenario, no sólo manifestamos ese carácter exclusivo de la fe que profesamos, ajenas a las tiranías del espacio, sino que, franqueando también las fronteras naturales del tiempo, modélase en esa otra solidaridad, aún más universal, que se constituye por el flujo y reflujo natural, moral e intelectual, de las generaciones anteriores sobre las generaciones posteriores, de los beneficios legados con los beneficios presentes y los beneficios por venir, y que unen a cada generación con todas las que le precedieron, cuya herencia moral y material recibe, tanto para gozar de sus beneficios como para fecundarlos y acrecerlos con su propia actividad. Robustecen, por eso, los centenarios, el principio de tradición; porque cada centenario es una regresión de la mirada y del pensamiento a principios asentados a doctrinas contrastadas y establecidas, y en la vertiginosa actuación de la febril vida moderna hay que mirar siempre adelante, pero sin olvidar lo que dejamos atrás, porque esa herencia recibida, esas tradiciones contrastadas vienen a ser como el lastre, sin el cual la nave social, empujada por el espíritu desenfrenado de innovación, vendría a estrellarse contra las rocas que Dios ha colocado en el mar del mundo para abatir el orgullo de los hombres.

Bajo este aspecto, pocos centenarios habrá más justificados que el dedicado a conmemorar el recuerdo de aquel *gran humanista* y gloria de las letras patrias que se llamó en vida Elio Antonio de Nebrija; de aquel hombre que fué el tipo más perfecto y acabado de lo que en otros siglos se llamaba un *humanista*, es decir: un hombre que tomó las letras clásicas como educación humana, como base y fundamento de cultura, como luz y deleite del espíritu, poniendo el elemento estético muy por cima del elemento histórico y arqueológico y relegando a la categoría de andamiaje indispensable el material lingüístico; pero de tal modo, que aun en aquellos casos en que para iluminar la génesis de las lenguas vulgares se veía precisado al estudio de su arquitectura y organización, lo hacía, como hombre cultísimo que era, poniendo el corazón más en el espíritu que en la forma, como quien cogía la flor después de haber cavado y cultivado la raíz y el árbol, como un enamorado que era, en fin, de la cultura de la Roma imperial, del helenismo puro que la precedió, de la primavera gentil del Renacimiento, en que tuvo la suerte de nacer y de inmortalizarse.

Justísima es hay que repetirlo, la conmemoración de este grande hombre por esa cultura clásica que representa; justísima siempre, pero más justísima y justificada hoy que asistimos a un cotidiano y escandaloso menosprecio de ese género de formación espiritual, tan conforme con nuestras tradiciones históricas y nuestros atavismos de raza. Por esta cultura clásica y general fuimos lo que fuimos y tornaremos a serlo cuando nos decidamos a implantarla. Es esa cultura la nuestra, la latina, la española y como tal nos corresponde fomentarla por derecho de nacimiento. Ella procura al espíritu claridades sobre todas las cosas, le imprime el tono de la universalidad y de la distinción poniendo a disposición del espíritu los tesoros de aquellas inmortales e imperecederas literaturas, que han realizado la perfección más absoluta de la forma sobre un fondo de inagotable humanidad, nos ha tenido y nos tiene en exposición perenne el ejemplo de las acciones humanas más viriles y más grandes que ha conocido la historia de los hombres, tan plenas de virilidad y de magnificencia que ha sido precisa toda la sobrenaturalidad del Cristianismo, encarnado en los ejemplos de sus Santos, para poder contrarrestarse y ser superadas.

Ella prepara a los jóvenes para la vida, les modela el espíritu, les imprime variedad y flexibilidad, somete a un justo equilibrio la voluntad, la imaginación y la inteligencia, les infunde ingeniosidad, iniciativa, espíritu de invención y de creación personal, que han sido siempre nuestras cualidades históricas y distintiva. Esa cultura general y clásica se ha refugiado en nuestros Seminarios eclesiásticos y es menester que salga de ellos para que, sin dejar de calentar dentro, irradie su luz y sus fulgores al exterior. Que el Centenario del inmortal Nebrija sirva para estimular nuestro celo por el fomento de esa clásica, sempiterna y humana literatura.

Con este nobilísimo fin se escriben estas líneas.

Y como un medio de que esos deseos y ese celo cristalicen en propósitos y en hechos prácticos el autor de estas modestas líneas se

atreve a proponer que la Junta organizadora de este acontecimiento centenario se dirija a todos los Institutos Generales y Técnicos de España solicitando que, en un lugar visible de cada uno de ellos, se coloque una lápida, una inscripción, un signo cualquiera, que sirva para mostrar a los escolares la figura del gran humanista y la importancia de los estudios clásicos que él cultivó, con una maestría insuperable; y, asimismo, se dirija también al Gobierno, si es que esa Junta tiene fe en sus gestiones, de la que, desgraciadamente, el que esto escribe no participa, demandando que los planes futuros de la enseñanza secundaria se señalen y especifiquen por una mayor extensión e intensificación de los estudios clásicos, a fin de hacer porque luzca de nuevo el sol de las humanidades españolas, que tanta fama y tanto lustre dieron a nuestro espíritu y a nuestra histórica cultura.

FRANCISCO PEIRÓ,

DEÁN DEL CABILDO CATEDRAL DE CÁDIZ.

ANTONIO MARTINEZ DE JARANA

Con el advenimiento de la prosperidad española, potencia de riqueza intelectual en todos sus órdenes, viene al grupo de grandes e ilustres del siglo XV, el admirado y muy honroso nombre de Antonio de Nebrija, hijo ilustre de Lebrija, tierra andaluza que enorgullece a España con sus gracias y hermosuras; sí, hermosuras de encanto y de ciencia.

Su pueblo celebra el IV Centenario de Antonio de Nebrija, con la mayor solemnidad de los actos que dicen cultura; admiración a los suyos ya notables; cariño, a los naturales que parecen enviados del Cielo hartos de dones y para encanto del pueblo que será su pueblo español.

En época de reinado próspero y glorioso, aparece una intelectualidad que reina y reinará en el mundo de la ciencia perpetuamente; en época de descubrimientos y paz, se nos presenta Nebrija como una gloria de las letras sanas y puras, dejando para suerte y satisfacción de sus lectores, huella perpetua.

El Ayuntamiento de Lebrija, sabiamente, conmemora este Centenario, haciendo que en letras, también perpétuas, aparezca más y más propalado sus hijos ilustres, no sólo para recuerdo de tal acto memorable, sino para alegría de los que lo admiramos en sus obras y en su labor pedagógica, simpática y admirable, ya que su lema fué perfección en su lengua sabia y hermosa.

Bástenos recordar a Nebrija en su colaboración con el Cardenal Cisneros, en su empresa de impresión de la famosa Biblia Políglota.

Recordemos su alta misión de cronista de Fernando el Católico. Veámoslo en su cátedra de Salamanca, joven y estudioso. Leamos sus obras, de estimadísima ciencia y letra. ¿Qué más decir del insigne políglota y humanista para mayor fama en la pedagogía y en la ciencia española?

Nebrija, el talento enciclopédico, el poseedor del latín, griego, hebreo, teólogo, matemático, médico, merece muy bien todo lo más grande en homenajes que perpetúen la verdadera sabiduría del hombre trabajador, laborioso y honrado.

Su pueblo, que le quiere, le reconoce y le admira, sabe muy bien elevarlo a la cumbre de la perpetuidad.

JOSÉ MONJE OTERO.

Cambados (Galicia), Agosto 1922.

DISCURSO

DE

DON ANDRÉS GAVALA

A LA MEMORIA

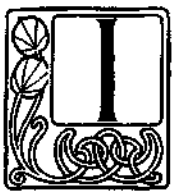
DEL INSIGNE HUMANISTA

ANTONIO DE NEBRIJA

EN SU

CUARTO CENTENARIO

RESPETABLE AUDITORIO:



NVITADO por la muy digna representación de esta villa a tomar parte en este memorable certamen, no sé cómo corresponder a tan inmerecida como honrosa distinción, cuando es esta la primera vez que me veo precisado a poner de manifiesto la carencia de dotes para salvar compromiso de tal índole; pero es tan profunda la admiración que siento por la inextinguible estela que dejó tras sí el ya inmortal maestro de la Reina Católica, Antonio de Nebrija, que me fuerza a intentar rendirle el tributo proporcionado a mis escasos recursos; pues mi falta de cooperación en acto tan singular como este, que no volverá a repetirse para ninguno de los presentes, me dicta la conciencia sería un verdadero menosprecio a la memoria del festejado, no ésta necesite, bajo ningún concepto, de mi pobre concurso, ni por el valor que tenga lo que pueda exponer, sino por los vínculos contraídos al tener la honra de haber nacido en esta ya distinguida población, que me proporciona la no despreciable ventaja de considerarme para este efecto como en casa propia y frente

a personas para mí tan queridas, como una buena parte de vosotros, con quienes he compartido desde la niñez los azares de tantos años, que creo me da algún derecho para defraudar vuestra esperanza, permitiéndome que esta breve disertación no sea en forma de serio discurso, que nunca estuvo en mis aficiones, como sabéis, sino expresión franca y sencilla, como hecha en el seno de la verdadera familia.

Amparado, pues, por esta muestra de confianza, que no vacilo en apropiarme, ni dudo me otorgaréis, y contando, además, con vuestra benevolencia, se fortalece mi ánimo y puedo empezar creyendo que es y ha sido siempre tan grande y tan verdadera la fama a que se hizo acreedor, entre propios y extraños, el insigne «Elio Antonio Nebrisense», por su originalísima y sorprendente labor científico literaria, que, lejos de oscurecerse o aniquilarse con la acción demoledora del tiempo, a medida que éste transcurre se encumbra y brilla con mayor esplendor; y prueba de ello es la celebración de este homenaje que perdurará en las generaciones futuras como testimonio irrecusable del reconocimiento, que no sólo Lebrija, sino España entera, tributa al que tanto colaboró y se distinguió en el progreso de la cultura universal.

No me detendré a enumerar y ponderar las inestimables obras que componen la labor que ha inmortalizado a nuestro más excelso compatriota, en la muy fundada confianza de que no faltarán ilustrados y competentísimos disertantes que, con verdadera autoridad y con más franco éxito para el acto, llenarán cumplidamente este principalísimo deber, evidenciando, no sólo el indiscutible mérito de tan original colaboración, sino el verdadero influjo que las tales obras ejercieron en todos los ramos del saber para bien de la humanidad y honra de la patria.

Salvado éste para mi primer inconveniente, se presenta otro, no menos grave, con la elección de tema apropiado para el acto que se conmemora; y, en este nuevo trance, estimo acercarme a cumplir la obligación impuesta por mi atrevimiento al aceptar el puesto de honor con que me habéis distinguido, llamándoos la atención sobre una idea y su razón de ser, que se me ha ofrecido muchas veces en la imaginación, sin sospechar nunca fuera capaz de alguna trascendencia, y que ahora me subyuga la oportunidad de exponerla a vuestra consideración, tomándola por base o tema de esta modesta memoria, y es la siguiente.

¿Por qué cuando se hizo visible el genio de nuestro inmortal Antonio se levanta otro, también colosal, nacido en esta villa, que, explorando mares desconocidos, ensancha la patria con los inmensos territorios, de que se adueña, en el entonces ignorado hemisferio Sur, haciendo famoso en todo el orbe su nombre Juan Díaz de Solís, y a quien la República Argentina, en certamen análogo al presente, celebrado en Buenos Aires en 1910, le aclama y reconoce por su verdadero padre?

¿Por qué vé pasar esta población tantos siglos anteriores y posteriores al que vinieron dichas dos celebridades, sin ofrecer personalidades de tan alta estimación, y en el corto intérvalo de pocos años se vé favorecida con la aparición de esas dos incomparables figuras?

¿Sería debido, acaso, a un alarde de la fortuna, en justa correspondencia a la importancia que había ganado ya esta población?

En efecto, la celebridad de Nebrija, como entonces se llamaba, era en aquella época un hecho reconocido y consumado, no sólo por poder ostentar, con Cádiz y Jerez, el envidiable título de ser las poblaciones más antiguas de España que debieron su fundación a aquellos intrépidos navegantes del Oriente que, desembarcando en Gades, la convirtieron en colonia fenicia, sino por su continuo engrandecimiento posterior, como se advirtió al ser reconquistada a los árabes por San Fernando en 1249, atestiguándolo los monumentos que la distinguían, siendo uno de ellos la célebre antiquísima Mezquita, prototipo de una original y singular escuela arquitectónica, de la que no existe otro ejemplar, convertida después en templo católico, cuya suntuosidad y raras prendas de ornamentación todavía admiramos; y siendo otro de los dichos monumentos el, desde hace ya tantos años, desaparecido castillo que la defendía, haciéndola plaza inexpugnable, como lo demostró en el reinado de Alfonso XI, cuando, queriendo reconquistarla los sarracenos, la pusieron estrechísimo cerco, que proporcionó a las armas cristianas una señalada victoria, precursora del gran triunfo, al que coadyuvaron sus habitantes, no lejos de esta comarca, en las márgenes del Río Salado.

¿Sería, pues, fruto expontáneo de tan gloriosos títulos?

Ciertamente, no.

La fama aquí alcanzada por este pueblo, fué sólo causa para que, apenas nuestro Antonio fué admirado como asombrosa estrella, sus contemporáneos, para hacer resaltar en la justa medida su valía, no le distinguieron por sus ilustres apellidos familiares de Martínez de Cala Xinojosa y Martínez de Xarana, sino por el nombre ya arrogante del pueblo que tuvo la fortuna de recibirlo al nacer, uniendo así ambos timbres en honor de la madre patria y de su preclaro hijo, pues convendréis conmigo en que no puede admitirse, por no consentirlo la modestia con que siempre se distinguió, fuera el mismo Antonio quien abandonara sus apellidos para hacer por sí mismo la apología de sus propios méritos, titulándose Antonio de Nebrija

Y que el rango, que ya disfrutaba esta población, fué digno de tan honroso consorcio también está fuera de duda, y si no decidme: ¿qué otra población de España en aquella época podía vanagloriarse de tener una hija tan soberana y augusta, como la que vemos convertida hoy en la gran República Argentina?

La afortunada fusión de los dos célebres nombres se logró fácilmente a impulso de la atracción, que mutuamente se ejercian, y fué tan bien acogida, porque solo ella daba la idea más exacta de la supremacía del Humanista y de sus obras al ser reputado, como efectivamente lo fué, el más completo y admirado sabio de su época.

Aficionado como el que más a buscar y alcanzar alguna que otra vez la razón de las cosas, creo ponerme en camino de conseguir la fundamental de mi extraño tema, observando en la Historia que los hechos más culminantes, lo mismo gloriosos y prósperos que los tristes y ad-

versos, no suelen presentarse aislados, sino de dos en dos, tal vez por ser el dualismo la nota característica de nuestro propio ser, ya que cuerpo y alma son los componentes de la admirable personalidad humana, dualismo que se refleja en casi todas las manifestaciones de la vida, lo mismo en lo individual, por razón del sexo y lugar, que cada cual ocupa a la vez en la familia y el Estado, que en la colectiva; y, por eso, al mismo tiempo que en las épocas prehistóricas, florecía la civilización indo-china con su asombrosa moral de Confucio y su célebre código de Mami, brillaba también la egipcia, que nos ha legado esos maravillosos monumentos de las Pirámides.

Surgen después otras dos preciadas civilizaciones: la persa y la griega, célebres por sus guerreros, matemáticos, filósofos y legisladores, para dar paso más tarde a otras dos grandes nacionalidades: Cartago y Roma, que ejercieron ambas su predominio en España.

Los infortunados cartagineses en el transcurso de pocos años pasaron por el doble amargo trance de llorar la destrucción de su Metrópoli y la muerte de Aníbal, de este poderoso y temible caudillo, que elevó a tan alto grado el arte de la guerra y cuya aureola fué tan grande, que ante su presencia temblaba Roma después de haberle vencido.

Desaparecido Aníbal y libre Roma ya de su fundado temor de sufrir otro desastre, como el de Cannas, el florecimiento de su República se ve amenguado por las interminables y frecuentes luchas sociales y políticas, primero con Mario y Sila, después con Julio César y Pompeyo, hasta que, perdida con la derrota de Pompeyo la causa de la verdadera libertad, que, según el sentir de Lucano en su inspiradísima Pharsalia, va a refugiarse a la Germania, para dar paso a la tiranía en las personas de los Césares, que subyugaron al mundo entero, como si fuera un solo cuerpo, notándose entonces que este nuevo cuerpo necesitaba también una nueva alma y se la dió el Cristianismo.

La emancipación de España de este colosal imperio, fué a costa de dos grandes invasiones: la de los Bárbaros y la de los Arabes, cuyo exterminio para lograr su reconstitución después de épica lucha de varios siglos, lleva certero golpe de muerte con las inesperadas y gloriosas conquistas de San Fernando y Alfonso el Sabio, cuya generación disfruta, al par que del engrandecimiento del suelo patrio, de la imponderable obra de la perfección del Derecho con el inmortal Código de las Siete Partidas.

Y se corona al fin la magna empresa con el triunfo de la Santa Cruz en manos de los Reyes Católicos, que no sólo liberta a España de la vergüenza sarracena y arroja la media luna al otro lado del estrecho de Gibraltar, sino que ilumina con un relámpago de gloria el inmenso contorno de un nuevo mundo, que la Providencia les depara en justa recompensa a tan meritoria acción.

Hasta este mismo prodigioso descubrimiento del nuevo mundo, llamado también Indias Occidentales, no queda como hecho aislado en la historia, sino que corre pareja con aquel otro fausto suceso que lleva a cabo el inmortal Vasco de Gama, atravesando por vez primera la tenebrosa región del cabo de las Tormentas para arribar a las playas

Escenario donde se celebraron las veladas literario-musicales.

del olvidado extremo Oriente, devolviendo a la civilización las ricas Indias Orientales, y con lo que quedó comprobada la forma global de la Tierra.

Y como consecuencia práctica de estos dos tan famosos descubrimientos, no debemos prescindir de recordar en este momento por la coincidencia de haberse logrado su feliz y gloriosa terminación en los mismos días del año 1522, que ahora conmemoramos, y porque en cierto sentido viene a confirmar también la ley del dualismo, que venimos demostrando, la atrevidísima y arriesgada empresa de la primera vuelta dada al mundo, acontecimiento de tal magnitud, que no quiso el destino fuera patrimonio de un solo héroe, sino que compartieran su gloria las dos naciones hermanas, que tuvieron la fortuna de sentar las inconcebibles premisas para poderlo realizar, si bien con el manifiesto significativo contraste de que fuera el portugués Magallanes quien resolviera la casi insuperable dificultad de tan peregrino viaje en el, a la sazón, extremo Occidente, descubierto por los españoles, y que hiciera otro tanto el español Elcano en el extremo Oriente, rehabilitado por los portugueses, para que quedara así indeleblemente grabada la comunidad de sentimientos de ambos pueblos en sus generosos estímulos y aspiraciones y como síntoma elocuente también del fraternal abrazo que, indudablemente, habrán de darse, si han de cumplir algún día el destino que les tiene reservado la Providencia, cuando en su infalible sabiduría los colocó para que fueran una sola y ejemplar familia en morada tan privilegiada y encantadora como la península ibérica, sin señales notorias que hagan ni aun sospechar siquiera la necesidad o conveniencia de que deban vivir separados.

Muchísimos hechos más, gloriosos y adversos, nos presenta la historia a nuestra contemplación, pareados en análoga forma, y en este frecuente dualismo encuentro la única de la coexistencia de Nebrija y Solís, pues así como durante el imperio del César romano, de nefasta memoria, que se llamó Nerón, para gloria de Córdoba brillaron juntamente Séneca y Lucano, que con sus sabios preceptos y sublimes bellezas literarias endulzaron los sinsabores padecidos entonces por las innumerables crueldades de aquel monstruo, asimismo plugo a Dios premiar el noble estímulo, que fué la característica prenda del más grande de los humanistas, haciéndole ver que obra tan portentosa como la suya, que traspasó velozmente la frontera de España, no era merecedora de permanecer encerrada en los confines de la vieja Europa, y le deparó la dicha inefable de que fuera su entrañable amigo y compatriota Juan Díaz de Solís quien enseñara el camino para que pudiera ser conocida y transportada, como inapreciable tesoro, a las más apartadas regiones de la ya reconocida redondez de la Tierra.

Descubrámonos, pues, con respeto, ante esas dos inconmesurables figuras que, para orgullo nuestro, supieron poner tan alto el nombre de España, su querida patria, y el desde entonces nuestra inmortal Lebrija.

ANDRÉS GAVALA.

CONTRIBUCIÓN AL HOMENAJE

A

ANTONIO DE LEBRIJA

ESTE lazo de unión, este atavismo
que acercó mi interior a tu ejercicio
es hoy luz en la sombra del oficio
de que eres luminar: el humanismo.

En la maleza del escepticismo
tu proyección es grande beneficio;
¡ Cómo pagar el ideal servicio
de sentirse nimbados en tí mismo....!

Así, el paso cansado se reanima
gozoso de llegar hasta la cima
de tu gloria, de un halo inmarcesible,

y, ufano de su estirpe, en tu presencia,
mi nombre obscuro rinde reverencia
a tu perenne austeridad sensible.

M. GIL DE CALA.

Madrid, Septiembre 1922.

DISCURSO

DE

DON JOSÉ IGNACIO VALENTÍ

AL M. ITRE. AYUNTAMIENTO

DE LA VILLA DE LEBRIJA

GLORIA mil veces a tí, Corporación municipal de tan feraz y pintoresca villa! ¡Gloria, mil veces, que, con plausible acuerdo has querido solemnizar la fecha, cuatro veces centenaria, del insigne humanista español, el maestro ELIO ANTONIO DE NEBRIJA! Plausible acuerdo, repito, digno de perenne loa, que contribuirá, sin duda, a hacer tu nombre grato y altamente simpático, no sólo a la intelectualidad española de la presente generación, sino de cuantas pisen el suelo hispano en las edades futuras.

Sí, pobre es mi ingenio, pero nunca como hoy deseo agotar toda su virtualidad para tejer el elogio de tan incomparable varón, que honra y enaltece por singular manera la provincia de Sevilla, y, de un modo particular, la afortunada villa de *Lebrija*, que meció la cuna del gran *Restaurador de las letras españolas*.

I

Sobre un lecho de verdura nunca marchita se halla muellemente recostada esa ilustre villa que, aun con ser tan antigua, como fundada en siglos remotos por los fenicios, mantiénese joven y floreciente, so-

bresaliendo siempre por la hermosura y feracidad de su suelo. Allí nació aquel hombre de gran corazón y levantados pensamientos que se llama *Elio Antonio de Nebrija.*

¿Y por qué Nebrija y no Lebrija, como parece debiera ser llamado? La intención del célebre maestro fué añadir al nombre de pila el de la antigua *Nebrissa,* lo cual se infiere de sus palabras en el prólogo de las *Introducciones latinas,* y así fué constantemente apellidado, si bien en las portadas de dos obras suyas se le llama *Antonio de Lebrija.* Son estas obras *La prefación a la ortografía del castellano* (impresa por Arnaldo Guillén de Brocar, Alcalá, 1537) y la *Gramática castellana* (impresa en Salamanca, 1492).

Un año antes de darse la próspera batalla de de Olmedo, en tiempo del Rey Don Juan II de Castilla, nació Don Antonio de Nebrija, y, de consiguiente, en el año 1444. Así lo dice él mismo en uno de los prólogos a su Diccionario: *Nahes sum anno antequam a Joanne II est feliciter dimicatum.*

Varón dotado de perspicaz y bizarro ingenio y de constante y amorosa afición a las letras, pronto hubo de hacer notables progresos en ellas; así que, cursados en Lebrija los estudios de latinidad y dialéctica, pasó a la Universidad de Salamanca, ese emporio del saber y cultura nacional, y durante los cinco años que frecuentó aquellas aulas, que eran, como digo, el principal foco de luz científico y literario de la península, oyó, entre otros célebres maestros, en Matemáticas, a Apolonio; en Física, a Pascual Aranda, y en Filosofía moral, a Pedro de Osuna, el más fecundo y sabio escritor de su tiempo, después del Tostado.

Ya entonces se le despertó una grande afición a los estudios clásicos, que por cierto andaban harto decaídos en España, y deseando cultivarlos más y más, aprovechando la ocasión de haber ganado por oposición una de las dos becas que podía conferir la Universidad de Salamanca para estudiar en el colegio de San Clemente, de Bolonia, fundado por el Cardenal Gil de Albornoz, contemporáneo del Petrarca y gloria de nuestra España, voló presuroso a Italia, donde, merced a la llegada de algunos sabios griegos fugitivos de la ciudad de Constantinopla, apuntaban los albores del renacimiento de la literatura clásica. ¡Qué grandes conocimientos humanísticos atesoró nuestro Nebrija recorriendo las principales ciudades de Italia, y muy especialmente durante los cinco años que pasó en Bolonia, donde uno de sus maestros fué el renombrado Galeoto Marciol

Es indudable que Nebrija se creyó llamado desde el alborear de su edad juvenil a ejercer una alta misión providencial; la de restaurar los estudios clásicos en España. A su regreso de Italia, invitado por el arzobispo de Sevilla, Don Alfonso Fonseca, a ocupar el puesto honrosísimo de ayo y preceptor de su sobrino Don Juan Rodríguez de Fonseca, todo el afán de Nebrija fué, durante los tres años que permaneció en su palacio, «en pasar revista—como él mismo dice—a las fuerzas y recursos con que contaba y en prepararse para la enseñanza de la latinidad, ejercitándose ya en esta enseñanza, como si adivinase que estaba a

punto de empeñar un combate descomunal con los bárbaros de todas partes.»

Comprendió, sin embargo, Nebrija, que no era Sevilla el lugar apropiado para sus empresas humanísticas, ya que tanto lo era para las de navegación y comercio; así que, después de tres años de residir en la ciudad del Guadalquivir, donde hizo sus primeros ensayos en la enseñanza, volvió a su amada Salamanca, y en la Universidad, cuyo nombre huele a hispana ciencia, ejerció su magisterio por espacio de doce años, siendo numerosa y brillante la pléyade de doctos humanistas que estuvieron colgados de su labio de oro.

En 1481 publicó la primera edición de su precioso método para la enseñanza del latín, con el título de *Introductiones latina*, dedicándolo al célebre cardenal Don Pedro González de Mendoza. Mil ejemplares se despacharon en breve tiempo, no obstante su excesivo precio. En 1486 dió a luz la segunda, notablemente mejorada, que dedicó a Don Gutiérrez de Toledo, hijo del duque de Alba y primo del Rey Católico. Otra tercera publicó en 1496, dedicada a la reina Doña Isabel la Católica, y se sucedieron una en pos de otra, siempre con nuevos aumentos e ilustraciones, y huelga decir las que en gran número hicieron sudar los tórculos después de la muerte del autor.

Como era el intento de Nebrija publicar otras obras y, absorbiéndole el tiempo sus tareas profesionales, al cabo de doce años abandona su cátedra y admite la generosa hospitalidad con que le brinda en su mismo palacio el Gran Maestre de la Orden de Alcántara Don Juan de Zúñiga, y allí se dedica de lleno a la composición de sus obras: da cima al vocabulario compendiado, que no tardó en publicar; mejora la Gramática, merced a eruditísimos comentarios y deja muy adelantada la composición de un Diccionario, proponiéndose encerrar en él toda la riqueza de la lengua latina, con las etimologías de sus voces, sus definiciones y explicaciones, sus significaciones varias, fundadas en numerosas citas de los autores; pero hubo de lamentarse la pérdida de este Diccionario, como de otras notables obras que escribió bajo los auspicios de tan ilustre Mecenas, Don Juan de Zúñiga, que fué después nombrado cardenal arzobispo de Sevilla.

No obstante, numeroso es el catálogo de obras que nos ha legado el gran Nebrija. Basta hojear la famosa *Biblioteca* del insigne bibliógrafo Nicolás Antonio para cerciorarse de ello. Pueden clasificarse estas obras en gramaticales y filológicas, históricas, jurídicas, médicas, sagradas, y aún se podría añadir, matemáticas y de cosmografía. Asombra tan vasto saber. Era Nebrija una enciclopedia viviente

Gozaba Nebrija de la íntima familiaridad y privanza del gran Cisneros, quien no vaciló en aprovechar los vastos conocimientos gramaticales del ilustre hijo de Lebrija, en la magna edición de la *Biblia políglota*; de lo cual discurriré levemente más abajo.

Nebrija—hay que confesarlo paladinamente—fué un gran gramático, luz y norma de los estudios gramaticales; de ahí que nunca ha de cesar su loa y prestigio en todos los centros escolares. Es Nebrija el

restaurador nato de esos estudios. el padre de la filología castellana, una de las principales lumbreras del Renacimiento español.

Con sumo placer me detendría yo ahora en poner de relieve el mérito de los trabajos gramaticales del maestro Nebrija y hacer minucioso recuento de las reglas, datos y observaciones que contienen, derivándose de ahí un prodigioso avance en esos estudios, harto decaídos y postergados en nuestro suelo; trabajos gramaticales que debieron haber sido siempre la base, en España, de los ulteriores de esta clase, en vez de haber sido condenados al olvido, al igual de tantos otros monumentos de la literatura patria. Para aquilatar su mérito, necesitamos hacernos cargo de la época en que se publicaron, cuando aún no habían salido a luz más que vocabularios harto incompletos y plagados de voces bárbaras, sobre los cuales lleva tanta ventaja el de Nebrija, *quantum lenta soleut inter viburna cupressi*, «cual suelen descollar los cipreses entre las flexibles mimbreras »

Es grandísima la transcendencia de las reformas introducidas en la enseñanza del latín por Nebrija. Nadie antes de él formó un concepto racional y filosófico de las condiciones de los idiomas español y latino y aún del lenguaje como expresión del pensamiento.

Nebrija fué también el primero que sujetó a arte racional las condiciones esenciales de la lengua castellana, de suerte que hoy no se ha innovado casi nada respecto del fundamento de tales estudios; y no son de maravillar tales aciertos en quien tan a fondo penetraba en las entrañas de la lengua latina, madre de la castellana. Cierto, repito, que Nebrija escribió sobre muchas materias y en todas ellas lució su maravilloso ingenio; pero, forzoso es decirlo, ante todo fué *gramático*, y en tales estudios obtiene la primacía.

Escritores nacionales y extranjeros encarecieron el valor de los trabajos de Nebrija y le prodigaron los más entusiastas elogios Ahí está *Nicolás Antonio*, el príncipe de nuestros bibliógrafos, que los recogió puntual y diligente, en su afán de enaltecer la memoria del gran restaurador de nuestras letras. Y cita a *Luis Vives*, *Pedro Medina*, *Florián de Ocampo* y *Alfonso García Matamoros*, y entre los extranjeros, a *Erasmo*, *Marineo Siculo*, *Paulo Jovio*, *Juan Vases* y *Andrés Escoto*. Valgan también los testimonios más expresivos aún—y que no reproduzco por no ser prolijo—de *Alvar Gómez*, que llega a decir que «España debe a Nebrija cuanto posee en tesoros literarios;» del milanés *Pedro Mártir de Anglería*, que celebra en magníficos versos la expulsión del monstruo de la barbarie, llevada a cabo en España por Nebrija; del gran humanista *Pedro Simón Abril*, quien reconoce en la Gramática de Nebrija, que «en tiempos tan ciegos e ignorantes de buenas letras, abrió camino para ellas en España»; y *Don Gregorio Mayans y Ciscar*, el celebérrimo erudito del siglo XVIII, quien, deseoso de levantar las letras de la postración en que de nuevo habían caído en su época, quiso reimprimir «las obras raras y mejores de los más sabios españoles en todo género de artes y ciencias, habiendo dado principio a este pensamiento con la reimpresión de la obra de Nebrija, *Reglas de*

ortografía en la lengua castellana», y llama a Nebrija el restaurador de las letras en España.

Y viniendo a época más reciente, un testimonio que vale por todos es *Don Martín Fernández de Navarrete*, el cual, en su obra póstuma *Disertación sobre la Historia de la Náutica y de las ciencias matemáticas*, mandada publicar en 1846 por la Real Academia de la Historia, elogia a Nebrija, como «restaurador de la lengua latina, de las humanidades y de las ciencias», y llega a poner a Nebrija, en parangón con el inmortal descubridor del nuevo Mundo, diciendo que «coincidieron, Nebrija, desterrando la barbarie y restaurando los buenos estudios que abrían nuevo y más dilatado campo a la erudición y a las ciencias, y Colón, descubriendo con asombro universal continentes y países enteramente desconocidos de los antiguos pueblos »

II

A los títulos de Restaurador de las letras y de sabio y polígrafo eminente, junta Nebrija los de consejero de los Reyes católicos y de amigo entrañable de Cisneros y colaborador en una de sus memorables empresas.

Escasean mucho los datos biográficos, pero se puede fijar el año 1492, en que Cisneros empezó a cultivar la amistad de Nebrija; año cabalmente en que el humilde religioso fué nombrado confesor de la virtuosa y magnánima reina Isabel la Católica. Aquel mismo año publicó Nebrija su *gramática castellana*, que dedica a la Reina, por cuyo mandato—nótese bien—la había escrito, y estaba destinada—como advierte el sabio Clemencín—para uso e instrucción de las damas de la corte. Deferente también a los deseos de la Reina, publicó las *Introducciones latinas* bilingües, dedicadas también a ella, y según todas las probabilidades, ésta es la Gramática que usó Doña Beatriz de Galindo, para enseñar el latín a la reina, su amiga, la cual tomaba el trabajo de aprender el latín como descanso de las penalidades y desvelos que le había costado la conquista de Granada.

No hay duda que Isabel la Católica fué el alma de la restauración literaria de su tiempo, y que atrajo a su palacio a los varones más sabios de su época. Pero Nebrija—atiéndase bien—ya antes de terminarse la guerra, había hecho dos ediciones de su Gramática latina, y estaba en vísperas de publicar otra nueva. La misma Reina no se desdeñaba de dar consejos a Nebrija para perfeccionar su método; con ella tenía Nebrija frecuentes entrevistas, y él mismo recuerda en el prólogo de la Gramática castellana unas notabilísimas palabras que, en contestación a una pregunta hecha por su Alteza, cuando «él dió la primera muestra de su obra», respondió por él el Obispo de Avila; y consta ciertamente que le eran muy familiares a Nebrija los altos designios, las más secretas aspiraciones de la gran Reina; y lo mismo que Cisneros, como confesor, era llamado con frecuencia Nebrija, como el más insigne de los

gramáticos, a los consejos de aquella Reina sin par, la cual—como dice Clemencín «entendía en los medios de alentar y fomentar las letras, cual si esto hubiera sido el único asunto de su reinado».

El que es mirado—y con razón—como el Mecenas de aquel siglo y como favorecedor general de las letras y literatos, hubo de trabar lazos—y estrechísimos—de amistad con el maestro Nebrija. Sí, es evidente—aunque se ha pretendido lo contrario—que mucho antes que llamara Cisneros a Nebrija, asociándole en Alcalá—donde activaba las obras de la Universidad—a la grandiosa empresa de la *Biblia Políglota*, ya se habían conocido estos dos célebres personajes y trabado lazos de amistad que duraron toda la vida.

En el año 1502 dió principio Cisneros a aquella publicación famosísima—en la infancia del arte tipográfico—la monumental *Políglota Complutense*, milagro del arte, de la constancia y de la sabiduría; la primera políglota que hubo en el mundo impresa, y, en este género de obras, la primera también que disfrutó la Iglesia después de las *Hexaplas* de Orígenes, de las cuales sobrevivían apenas cortos fragmentos. Pues entre los peritos artífices que eligió Cisneros para colaboradores de tan monumental empresa, tales como Diego López de Zúñiga, Demetrio de Creta, Juan de Vergara, Fernán Núñez de Guzmán, *el Pinciano*, profesores de letras griegas y latinas, y Alfonso de Alcalá, Pablo Coronel y Alfonso de Zamora, eruditísimos en las lenguas hebrea y caldea; entre tan peritos artífices, digo, nombró Cisneros a Nebrija, figurando el *segundo* en tan gloriosa lista. ¡Qué gloria para Nebrija!

Una injusta persecución de que fué víctima—y cuyo relato omito en gracia de la brevedad, que ya se impone—le obligó a interrumpir sus trabajos de interpretación y corrección de la Biblia, y en 1505 volvió a desempeñar sus cátedras en la Universidad de Salamanca, donde pronunció dos años más tarde una de sus doctas disertaciones: *Repetitio seu praelectio deri et potestate litterarum.*

En 1508 coincidió su nombramiento de cronista con la fundación de la Universidad de Alcalá, a donde se vino desde Salamanca, rehuyendo la penosa tarea de dos cátedras que juntamente leía; pero al siguiente año volvió a desempeñarlas, que no dejó hasta que, más tarde, con motivo de cierto desaire recibido en Salamanca, se marchó definitivamente a ejercer su magisterio doctísimo en la Universidad de Alcalá. Conviene hacer notar que, en 13 de Abril de 1509, escribía al Rey Don Fernando el Católico, dedicándole la *Historia* que había escrito de su reinado y el de su difunta esposa Doña Isabel. Tal era la estima en que aquel monarca le tenía, que le confió tan honrosa empresa, como a uno de sus más adictos y leales servidores. Desde entonces añade Nebrija al de *Gramático* el dictado de *Real historiógrafo* o *cronista* en el título de sus obras.

Y aquí hemos llegado al último período de la vida de Nebrija, en que, con más vivos resplandores, ilumina el mundo literario, ejerciendo de un modo definitivo su magisterio en la Universidad de Alcalá

III

Ahí, en esa escuela celebérrima le recibe con los brazos abiertos su gran protector y amigo el gran *Jiménez de Cisneros*: *excepit illum perhumaniter*, dice Alvar Gómez, biógrafo del Cardenal y éste le asignó por su cátedra sesenta mil maravedís (cantidad muy crecida para entonces) y cien fanegas de pan y la cátedra de Retórica, para la cual fué nombrado, era una de las más importantes en aquel emporio de la civilización española. No obstante, Cisneros quería excusarle de todo trabajo, encargándole que mirara por sí y se entregara al descanso «después de tan malos ratos como se había dado con sus viajes y estudios literarios» como afirma Alvar Gómez y añade Hernández de Balbás, que era entonces Rector, a continuación del texto citado: «que leyese (Nebrija) lo que él quisiese, y si no quisiese leer, que no leyese, y que esto no le mandaba dar porque trabajase, sino por pagar lo que debía España.

Huelga decir que ejerció Nebrija con toda brillantez su magisterio. Pensó luego en componer una obra de texto, calcada sobre las enseñanzas de Aristóteles, Cicerón y Quintiliano; no formando retazos sueltos, sino un conjunto ordenado, como dice él mismo al principio de la obra, la cual—sea dicho a la ligera—le ha valido muchos elogios y uno es muy expresivo del sabio Mayans y Ciscar.

Se dedicó Nebrija a interpretar con gran asiduidad los autores antiguos, e innumerables son las ediciones que, bajo su inspección, se publicaron, y enriquecidas por él con doctos comentarios. Tales fueron las ediciones de las obras de Virgilio; de las *Sátiras* de Aulo Persio y los trataditos *(libri minores)*, corregidos y anotados por Nebrija, para que los jóvenes empezaran a traducir. Entre estos trataditos se encuentran los *Dísticos morales* de Catón, el *Vergel* y otros. Son también en gran número los textos de escritores sagrados, por él corregidos y enriquecidos con notas aclaratorias y gramaticales, tales como: *Trozos de las Epístolas de San Pedro, de San Pablo, Santiago y San Juan y de los Profetas, que se leen por todo el año en los oficios divinos;* la exposición *áurea* de los himnos eclesiásticos, con el texto revisado por él mismo; la colección de las preces, que se cantan en la Iglesia, corregidas con esmero; la paráfrasis del *Carmen Paschale,* de Cayo Celio Sedulio; los himnos de Prudencio, con comentarios; algunas actas o vidas de santos con notas puestas al margen; varias homilías de diferentes autores a los Evangelios, que se leen en las Dominicas, con una exposición de las mismas; las ediciones—además de las de Sedulio y Prudencio—de otros dos poetas cristianos, Arator y Juvenco y la exposición de cincuenta lugares de la Biblia, que ha llegado hasta nosotros.

En los ocho años que ejerció Nebrija su magisterio en la Universidad de Alcalá, colocado, como catedrático de Retórica, al frente de las letras humanas, logró dar a estos estudios inusitado impulso, haciendo que se acercara para la Universidad, a pasos agigantados, la época de su mayor auge y engrandecimiento.

Floreció Nebrija en ella hasta el año de 1522, en que durmiose en el Señor, no hallándose día vacío en toda su vida, siendo modelo de virtudes domésticas y sociales, después de haber adoctrinado a dos generaciones e impuesto sus enseñanzas a toda la España culta y dado brillante testimonio del amor —rayano en veneración —, que profesaba a sus Reyes y a su Patria.

* * *

Enorgullécete santamente —*¡oh ilustre villa de Lebrija!* —por haber mecido la cuna de tan privilegiado ingenio. Envanécete, harto motivo tienes. Amante yo de la cultura y de las letras españolas, he querido rendir ese humilde tributo de admiración y estima a una de tus mayores glorias, por la cual se ha hecho célebre tu nombre en todo el ámbito de la Patria

Acoge benévola ese tributo; acéptalo con cariño. No mires la pequeñez del don, sino la voluntad grande y entusiasta del que te lo ofrece, amante, como el que más, de los estudios humanísticos, de los cuales es portaestandarte y faro luminosísimo tu esclarecido Hijo, el inmortal Maestro,

ELIO ANTONIO DE NEBRIJA

Dr. JOSÉ IGNACIO VALENTÍ.

Palma (Baleares), 9 Septiembre 1922.

ARTICULO

SOBRE

ANTONIO DE NEBRIJA

PUBLICADO POR "LA UNIÓN", DE SEVILLA

DE 4 DE OCTUBRE DE 1922

DESDE LEBRIJA

EN MEMORIA DE SU HIJO MÁS PRECLARO

ATENTAMENTE invitado por nuestro compañero el corresponsal en esta señor Cordero, acudimos a la visita que le teníamos prometida, con el fin de aclarar algunos puntos sobre la veracidad de hechos referentes a Elio Antonio de Nebrija, hijo de esta población y cuyo centenario se conmemoró el 17 del actual.

De la biografía del gran humanista nos place recoger los datos más verídicos, tomados al pie de la letra por nuestro corresponsal:

ELIO ANTONIO DE NEBRIJA

¿Quién no ha oido repetir con aplauso y entusiasmo el nombre de este célebre humanista, gloria y delicia de las letras en nuestro suelo español, ornamento de las universidades de Salamanca y Alcalá de Henares, digno émulo de su coetáneo Juan Leyes, admiración de los inteligentes y prez de España.

Nebrija fué uno de aquellos genios eminentes que rara vez produce la naturaleza, no menos de la inmortalidad que los Cervantes, los Calderones y los Herreras; Lebrija ha dado a la Iglesia, a la Historia de las

letras, a la navegación y a los descubrimientos, nombres ilustres que tienen pocos rivales y a quienes difícilmente exceden, en justa nombradía, otros talentos de primer orden.

El beato fray Antonio, también de Lebrija, para cuya canonización se formó juicio contradictorio por el Obispo de Algarbe; el caritativo doctor fray Antonio Navarro, Obispo de Santa María, en América; Don Bartolomé García del Ojo, visitador general del Arzobispado de Sevilla; el singular Juan Leyes; el sabio Nebrija; el valeroso Juan Díaz de Solís, que en 1516 corrió, con tres navíos, desde el Cabo de San Agustín hacia las costas australes, pobladas de gente cruel y feroz, habiendo llegado a los treinta grados más allá de la Equinocial, y desembarcó con sus compañeros, convidados con engaño por los bárbaros que allí habitaban, los cuales, luego que los nuestros saltaron en tierra, los mataron con sus saetas, y los asaron y se los comieron con gran inhumanidad.

Luis Gallardo, célebre ingeniero de Felipe II y autor de la táctica de Artillería; el general Márquez de Villadarias, memorable por sus grandes servicios a la nación; Don Antonio de Cala de Vargas, consejero de Castilla; Don Diego Meneses y Portales, gobernador de Caracas, y, en más cercanos tiempos, Alonso Vidal Trujillos y otros, que vieron la primera luz en esta villa, cuna de tantos varones.

Nació Antonio de Nebrija en la villa del mismo nombre, hoy Lebrija, en el año 1444, de familia noble y rica.

Fueron sus padres Juan Martínez de Cala y Catalina Martínez de Jarana, ambos igualmente lebrijanos. Fué bautizado en la parroquia de Santa María, y le pusieron por nombre Elio Antonio; pero él, siguiendo la costumbre de aquel tiempo, adoptó por apellido el nombre del pueblo de su naturaleza, y firmó siempre Antonio de Nebrija, o acaso, según dicen otros, por un exceso de amor patrio.

Desde sus primeros años dió Nebrija indicio del vuelo extraordinario que, con la madurez, tomaría su ingenio, y en los primeros rudimentos de la enseñanza admiraron sus maestros una inteligencia sobresaliente, como si la naturaleza lo hubiese dotado de esa aptitud general, don que otorga a muy pocos.

Alboreó en Nebrija una disposición extraordinaria para los estudios, y sus padres, lejos de contrariar los impulsos de afición, dejáronle que se desarrollase, colocando al joven de alumno en la Universidad de Salamanca, en la que recibió su educación literaria.

A los veinticinco años el escolar se había transformado en catedrático de Filosofía y Teología de aquella misma Universidad, a la que desde entonces acudían a estudiar desde todas las del reino; pero su fama, no pudiendo contenerse en el espacio de aquel centro docente, se esparció por la Italia, cuyas Universidades, con laudable emulación, lo pretendieron para sus cátedras.

La primera que tuvo la suerte de escuchar sus explicaciones fué la Universidad de Bolonia, en la que en el año 1478 y en el siguiente enseñó Logística y Lógica.

Un talento tan universal, profundo y sazonado, halló un digno protector en el gran Cardenal de España fray Francisco Ximenes de Cisneros.

Esta amistad, a que fué constante Nebrija toda su vida, influyó poderosamente en las glorias y en todos los trabajos que lisonjearon después su borrascosa existencia.

Acompañando a Cisneros en todos los más importantes períodos de su vida, debióle buenas embajadas, espinosos cargos y delicadas comisiones.

Justificó lo atinado de la elección y dió motivo al que le designó para que experimentase los halagos del amor propio satisfecho, y pudo esto ser sin ofensa del buen juicio, por ser en los que mandan el principal acierto la elección de las personas que han de ser instrumentos de sus designios.

Con esta pretensión, que es el móvil para que a Nebrija se le abriesen las puertas del templo de la inmortalidad, le presentó Cisneros a los Reyes Católicos, que deseaban dar a sus hijos una esmerada educación, y, conociendo las altas prendas que adornaban a Nebrija, pasó a ser maestro del príncipe Don Juan, hijo de aquellos Reyes, saliendo airoso siempre de su cometido.

Casóse Nebrija, en edad florida, con Doña Isabel de Solís, señora de distinguida familia y de conveniencias, en la ciudad de Salamanca, donde residía.

De este matrimonio tuvieron ocho hijos: Marcelo de Lebrija, caballero comendador de la Orden de Alcántara; Antonio de Lebrija, alcalde del Crimen de las Cancillerías de Granada; Alonso de Lebrija, caballero de la Orden de Santiago; Sancho de Lebrija, alcalde Mayor de Granada por el estado noble, que hizo embellecer aquella ciudad con buenos edificios, entre ellos, los célebres jardines llamados Cármenes; Santiago de Lebrija y Sebastián de Lebrija, que fueron gobernadores de las Islas Canarias; Francisca de Lebrija, sabia retórica de Alcalá, como suplente de aquel, e Isabel de Lebrija, que casó con un caballero de la Corte, de quien descienden algunos títulos de Castilla, entroncados con la primera nobleza de España.

Algunos, sin motivos, han dicho que el sabio Nebrija fué de oficio porquero, lo que desmentimos, teniendo a la vista los comprobantes que justifican la propiedad de fincas que pertenecieron a sus padres y abuelos, entre ellas el cortijo de Merlina, perteneciente éste en los tiempos antiguos a una princesa mora que tenía el señorío de Lebrija.

El Rey Don Alfonso lo donó a los de esta familia como conquistadores y principales pobladores de cristianos viejos de la dicha villa. Además, probado está que dos de los hijos de Nebrija pertecieron a las órdenes de Santiago y Alcántara, de las que no pueden ser caballeros sino los que hayan practicado pruebas rigurosas de esclarecida nobleza.

Deseoso el ilustre sabio de conocer la capital del orbe cristiano, pasó a Roma, y con la noble ambición que allí le llevaba, ávido de conocimientos, recorrió la Italia durante una larga peregrinación de diez

años, visitó casi todas las Universidades de aquel reino, perfeccionándose en los estudios del griego, del hebreo y en todos los ramos del saber.

A su regreso a España regenteó las cátedras de Salamanca y Alcalá de Henares, fundación la última del Cardenal Cisneros, y restauró el estudio de las letras humanas, que se hallaban sepultadas en las tinieblas de la ignorancia.

Siendo desde entonces considerado como padre de la lengua latina y el primer humanista de Europa, las sabias innovaciones que introdujo, la celebridad y el aplauso de que gozaba despertaron la emulación y la rastrera envidia, siendo algunas de sus obras censuradas por la Inquisición. No desalentó por eso; antes bien, prosiguiendo en su laudable propósito de enseñar, de difundir las luces y desterrar la barbarie.

En la dedicatoria de su Diccionario decía: «Todo el aliento y vida que me resta lo emplearé en obsequio del bien público.» Así era la verdad.

A su erudición y talento se debe, en gran parte, el haber llevado a feliz término la famosa *Biblia Poliglota*.

Suya es la Gramática latina, siglos enteros adoptada de texto.

Fué cronista de los Reyes Católicos, los que, con motivo de su casamiento, mandaron a Nebrija componer el jeroglífico del «monta tanto, tanto monta Isabel como Fernando».

El que mandaron grabar en sus monedas y bordar en sus tapices de la Catedral de Toledo, que donaron estos Reyes y todavía se conservan.

Publicó infinitas obras de Filosofía, Gramática, Poesía, Matemáticas, Teología, Jurisprudencia, Historia y hasta Medicina.

Con la venida de los Reyes Católicos a Sevilla quiso Nebrija, de paso, visitar el pueblo en que había nacido, y así lo hizo, dedicándole una bellísima oda y dejándole escritos unos apuntes, en cuyos títulos son antigüedades de la villa de Lebrija, lo que omitimos, por no ser de este lugar.

Pasando después a Alcalá de Henares continuó regenteando las dos citadas Universidades, de donde no se apartó ya más.

Por último, a principio del mes de Julio se sintió gravemente indispuesto de una grave apoplegía, que le quitó las fuerzas, pero no las energías ni la razón, que conservó hasta el último momento.

Conociendo que su fin se acercaba, dictó sus disposiciones testamentarias, pidió los Sacramentos, y, después de hablar de la inestabilidad de las cosas humanas, expiró en el Señor el domingo 6 de Julio de 1522, a los setenta y siete años de edad.

Embalsamado su cuerpo y después de habérsele tributado los honores funerales debidos a su clase, fué conducido a la iglesia de San Ildefonso y aquella Universidad honró sus cenizas, colocándolas al lado del las del inmortal Cisneros.

Completaremos estas breves noticias con un ligero bosquejo de este gran hombre.

Según Francos, amigo del famoso Nebrija, fué alto, nervioso y fuerte de cuerpo como de alma, más larga la parte superior de su cuerpo que la inferior, y su cráneo levantado por detrás, sus cabellos tiraban a castaño claro, su frente espaciosa, sus ojos tiernos, pero penetrantes, su nariz larga y aguileña que formando una ligera curva caía graciosamente sobre su bien perfilada boca; sus dientes iguales y unidos.

Mesurado en el andar, parco en las palabras, y más aún en la sonrisa, era muy frugal en la comida, muy severo en sus costumbres, muy amante de la sociedad y del estudio.

En el tiempo que fué cronista, jamás entre las pompas de la Corte vistió con lujo, muy al contrario, con gran modestia, dirigió con fortuna el timón de las cátedras que regenteó en tiempo de tempestades y borrascas capaces de hacer zozobrar al más hábil piloto: severo, rígido y firme por su naturaleza; a su firmeza y a su virtud debió su elevación que él no buscó, sino por el contrario, huyó constantemente, aceptándola solo cuando no le fué posible rehusarla.

De su integridad basta decir que nadie le ha puesto en duda, a pesar del ansia de atesorar que mostró durante su regencia.

Las rentas que le producían las gastó en obras de pública utilidad. Su amor a las letras le movió a fundar la primera imprenta que se conociera en España y un hijo suyo la continuó.

España le cuenta en el número de sus muy eminentes sabios y hoy Madrid le ha erigido una estatua; Lebrija un busto con un lujoso pedestal, hallándose sus retratos, en la propia villa natal, en Madrid, Sevilla, Salamanca y Alcalá.

• • •

Referente a los festejos que se celebraron con motivo del IV Centenario de su nacimiento conocidos ya por la prensa, sólo nos resta decir que el digno alcalde de esta hermosa población, don Miguel Gutiérrez Varela, estuvo deferentísimo para con todos, pudiendo admirar cuantos hemos visitado la villa, la labor fructífera de buena administración que se lleva a cabo, con la cooperación de la Comisión organizadora de estas fiestas, en la que figuraba nuestro querido corresponsal y colega don Antonio Cordero.

LOOR A NEBRIJA

En el merecido homenaje de admiración y gratitud que los buenos lebrijanos proyectan tributar al insigne maestro Antonio de Nebrija en el cuarto centenario de su fallecimiento, séale permitido a un profesor barcelonés ofrecer una modesta florecilla a la buena memoria de aquel eximio ingenio, de tanta amplitud como energía, que logró el primero sujetar a cánones científicos a la rica y armoniosa habla castellana, hasta entonces libre de toda ligadura que se opusiera a la fantasía o inspiración de sus cultivadores.

Esta empresa, felizmente alcanzada al salir a luz, en 1473, el *Arte de la lengua Castellana*, es digna de la admiración de todos los españoles, y merecedor su autor de la gratitud de la Patria.

Pero Don Antonio Martínez de Cala y Harana del Ojo no se limitó a cultivar el campo de la gramática, en aquellas calendas poco conocido, pues su clara inteligencia y enérgica voluntad, impulsadas por el ansia de saber, propia de Renacimiento, recorrieron, alcanzando óptimos frutos, la Geografía y la Retórica, las Matemáticas y Humanidades; la lengua santa para interpretar las sublimes verdades y las pesas y medidas para favorecer al comercio; y estos varios y muy distintos estudios los consideraba el insigne Nebrija, no como la meta de sus tareas, sino instrumentos para alcanzar otros fines más amplios y transcendentales: la cultura de sus conciudadanos; el progreso de su amantísima España.

Por ello no es de extrañar los elogios que el primer gramático español ha merecido de propios como extraños escritores.

Que en España, y más en el extranjero, se haya estudiado, comentado e imitado los escritos de Nebrija; que ahora mismo los eruditos y

los simplemente aficionados a las obras de ese gran polígrafo contesten complacidos a la amable invitación de la digna Junta organizadora del cuarto Centenario de Don Antonio Nebrija, y que al aplaudir las gestiones de esa Junta ofrezcan una corona de laurel o de siemprevivas al maestro de los maestros españoles.

El que traza estas líneas, el más modesto de los admiradores del gran lebrijano, recordando las palabras de otro eximio polígrafo español, Menéndez y Pelayo: *A los genios se les honra, no sólo con simulacros que eternicen su memoria, sino estudiando sus obras, propagando sus nobles ideales, siguiendo la senda marcada por ellos, en provecho de la cultura popular;* el que esto escribe—repetimos – se atreve a proponer a los admiradores del gran Nebrija que sigamos el consejo de Don Marcelino con las obras del ilustre gramático que pretendemos honrar. Estudio de sus obras, persecución de sus fines, amando al trabajo y al orden, en beneficio de España, cada uno de nosotros, según los medios intelectuales que estemos dotados por el cielo.

No intentaremos—pues escasos son los nuestros—juzgar los escritos del catedrático de Salamanca y Alcalá: sólo el águila puede conocer el mérito del vuelo de otras águilas; quédese esta tarea para los preferidos por Minerva. Sólo inquirimos el *ideario*, como hoy se dice, de Nebrija, indicando brevemente, como en cifra, el pensamiento general de Martínez de Cala al escribir sus obras: los medios escogidos para darle forma y el resultado de su ímproba tarea.

Ante todo, Nebrija fué un buen español. El amor patrio diole a conocer el defecto de sus paisanos; defecto capital; originario de la raza; causante de nuestras miserias modernas y de las desdichas antiguas; cual es la falta de orden en todas nuestras determinaciones. El gran polígrafo, disciplinó su espíritu con los estudios clásicos y se apasionó por el método y el orden. Las circunstancias históricas confirmaron su pensamiento y su cariño a la disciplina. El vió que su Patria mísera y anárquica bajo Enripue IV, por la mano *dulcemente fuerte* de Isabel la Católica, que impuso a todas las clases sociales el imperio de la ley, se convirtió España en gran Nación; en una nación rica, respetable y respetada. Nebrija, verificada la veracidad de su pensamiento, procura imponer la disciplina en los estudios; Cisneros, que había impuesto la obediencia de los cánones, al clero le entusiasma y colabora en la redacción de la Biblia complutense y en la fundación de la Universidad de Alcalá. Expurga de errores la geografía; procura unificar las pesas y medidas; hacer práctico el estudio de las Matemáticas; y, conociendo que *sin idioma no hay patria, y sin gramática corre riesgos el idioma*, va a Italia, donde la ciencia gramatical era de antiguo cultivada; se hace discípulo del célebre profesor romano Lorenzo Valla, y por sus lecciones concibe el modo de disciplinar el lenguaje más rico de los romances, pero también el más ajeno de toda norma que lo sujete. Y el orden,

el método, la subordinación, es impuesta a la lengua castellana por virtud de la inteligencia de Nebrija. La cátedra, el libro, las conversaciones familiares, son los medios que dispone para consecución de estos fines; y que consiguió realizarlos lo demuestran esa legión de gramáticos, filósofos, geógrafos, latinistas, etc., etc., que fueron y son la admiración de Europa. Lo demuestra, también, la cultura general del pueblo español de su época, debida en gran parte a Nebrija; lo demuestra, la organización de un feminismo sano, eminentemente español, por el cual las mujeres cultivan su inteligencia, como los hombres, sin abandonar ni un ápice los caracteres que plugo Dios distribuir a la bella mitad del género humano. Doña Antonia de Nebrija, su hija, fué catedrática de Retórica en Alcalá. No amaba, el gran gramático, la ciencia por la ciencia, ni la disciplina por la disciplina, sino a ésta para adquirir aquella, propagarla entre las gentes *Sin orden, sin ley nada puede existir* (pensaba Nebrija), *y sin cultura no pueden ser grandes las Naciones.*

¿No es un deber—simpáticos hijos de Lebrija- proseguir la obra de vuestro paisano Don Antonio, en estos tiempos en que vivimos, cuando la ciencia adquirida sin método ni orden por los obreros, antes daña que aprovecha?, ¿cuándo grandes y chicos, desatentados, procuran traernos los años anárquicos en que transcurrió la juventud del gran Nebrija? ¿No sería modo digno de honrar su buena memoria, hacernos sus discípulos para conseguir los deseos y amar lo que amaba; es decir, el método, el orden, la disciplina en todos los momentos de la vida; para popularizar la ciencia entre los españoles, hasta que nuestra idolatrada Patria fuese grande, rica, culta y feliz como lo fué con los Reyes Católicos?... Los manes de Nebrija se alegrarían infinito, si tal hiciéramos.

JOSÉ TANGIS ORRIT.

Profesor del Instituto General y Técnico.

Barcelona, Septiembre de 1922.

ELIO ANTONIO DE LEBRIXA

ANES de Cavia en nuestro periodismo hodierno! En los días de las grandes y gloriosas conmemoraciones de la Patria y de la cultura no podéis estar ausentes. La indiferencia ambiente y la omniscencia que no vuelve la vista atrás no han logrado extrañar del léxico del sentimiento público los vocablos *exaltar* y *admirar*. De vez en cuando, los pueblos humildes que se inmortalizaron por sus hijos recuerdan, tremolando su grandeza, y despiertan a las gentes en el aplauso. Y su voz inicia el tributo de todos.

Ayer, Guetaria; hoy, Lebrija.

El príncipe de los latinistas españoles, el polígrafo excelso que a fines del siglo XV fué maestro de los maestros del Renacimiento y el padre indiscutible de la Gramática y léxico de nuestra lengua, llama, en vísperas de su centenario, con fuerte aldabonazo en su villa natal a los desmemoriados o nescientes. Y es la resurrección del Nebrisense, en la pleitesía que de toda España requiere, justificada actualidad.

Sabio propulsor del humanismo, del cual Menéndez Pelayo lo proclama el representante más completo y popular, en las aulas de Salamanca como en las cátedras también famosas de nuestra Universidad complutense, ensanchó los espacios de la cultura y se cubrió de gloria interpretando los autores clásicos, enseñando magistralmente exégesis bíblica, arqueología antigua, crítica de la historia latina, etc., y uniendo su esfuerzo y sus talentos al maravilloso monumento que el gran Cisneros plasmó en la *Biblia Políglota*. Sus discípulos fueron legión eminente; en las linfas de su erudición y de su escuela bebieron y saciaron su ansia de saber los más célebres gramáticos y literatos de los cuatro últimos siglos, y sus virtudes y sus obras engarzáronlas en diademas

biográficas Mayans y Nicolás Antonio, en lo antiguo, y el inolvidable Don Marcelino, en nuestro tiempo.

Sólo su nombre lo dice todo. Aunque, al igual que en nuestros Centros oficiales, como en casi todas las bibliotecas del país, no se hallase apenas rastro de sus obras inmortales, bastaríale al maestro Antonio de Lebrixa para poder decir con el clásico: «*¿Non ommis moriar?*» con levantar y mostrar a la admiración y gratitud de las gentes de estirpe hispana aquella su *Gramática castellana* que imprimió en 1492, y de la cual Walberg ha hecho una preciosa reproducción fotográfica, salida de las prensas de Halle S. A., en 1909. En la cual el maestro Nebrisense confiesa: «Io quise echar la primera piedra e hazer en nuestra lengua lo que Zenodoto en la griega e Crates en la latina. Los cuales, aunque fueron vencidos de los que después dellos escriuieron, a lo menos fué aquella su gloria e será la nuestra: que fuemos los primeros inuentores de obra tan necessaria.» Tal fué el espíritu de su obra. ¿Cómo olvidarle?

Ved su figura. En el retrato, que apareció en la edición de Antequera de sus *Elegancias romançadas* en 1576 y que más fielmente responde a la propiedad de su fisonomía, destaca el gran maestro su cabeza venerable: se hunden ya los grandes ojos en sus cóncavos y de entre ellos surge vigorosamente la nariz, mientras sobre su frente caen mechones de cabellos rebeldes y, abundantísimos, a pesar de la edad, saltan sobre el cuello, escapándose de la amplia gorra negra que cubre su testa. En su rostro, largo y arrugado, más grave que adusto, se marcan la energía y la reflexión. Y en las arrugas profundas se ven los surcos abiertos por el torrente de las ideas.

¡Altísimo maestro! En nuestra edad, los humanistas son para las letras y las ciencias no más que *umbrae silentes*. Tú supiste llenar de luz los horizontes de la ciencia española en los días históricos en que la augusta Isabel coronaba la unidad de la Monarquía con la toma de Granada y Colón le traía a remolque de sus carabelas un mundo nuevo.

RODOLFO GIL.

Artículo publicado en «Blanco y Negro».

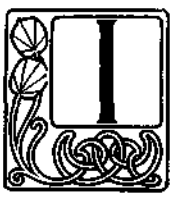
TRABAJO

DE

DON MÁXIMO MESA BARRERA

OFICIAL DEL CUERPO ESPECIAL DE ESTABLECIMIENTOS PENALES

ANTONIO DE NEBRIJA



NVITADO cortésmente por el dignísimo Alcalde Presidente de esa invicta villa, el señor don Miguel Gutiérrez, por mediación de la prensa periódica, para que todos los amantes de la cultura y a las letras patrias, enviasen unas cuartillas alusivas al solemnísimo acto que se ha de celebrar en las Casas consistoriales de la misma, el día 17 del actual, como conmemoración del cuarto centenario del eminente erudito, prez y honra de la literatura española, Don Antonio Martínez de Cala y Xarana, conocido en el mundo científico de las letras, con el sobrenombre de Antonio de Nebrija, yo, como fiel amante de las Glorias Españolas, y con el fin de inmortalizarlas, me permito tomar mi modesta pluma para pergeñar un humilde escrito, conque rendir un modestísimo homenaje al inmortal Lebrijano.

Antes de entrar de lleno en la materia que nos ocupa, y con la venia del señor Alcalde Presidente, me permito dirigirles un respetuoso saludo a las dignas e ilustres Autoridades de Lebrija, y a todo cuanto signifique nobleza, cultura y adelanto en esa laboriosa e incansable villa, a todas cuantas personas que, por su posición social, por el cargo que ejercen y por el lugar que ocupan, por el floreciente comercio y la desenvuelta industria, y a todos cuantos han contribuído con su óbolo a engrandecer tan solemne acto.

También le dedico un respetuoso y cariñoso saludo a las nobles y simpáticas señoritas y señoras lebrijanas, cuyo atractivo por su simpatía, su cultura y laboriosidad no tiene límites, pues, como andaluzas netas, llevan en sí la gracia sin igual, por sus rasgos de caridad, su esbelta y bella figura y dechados de virtudes, trabajadoras y fieles cumplidoras de sus sagrados deberes maternales y fieles a las tradiciones

de su noble estirpe, rancia nobleza e ilustres apellidos, entre las cuales descuella o sobresale la señora de León y Manjón, o sea la Excma. señora Condesa de Lebrija, caudal inagotable de caridad cristiana, a cuya loable iniciativa se debe el funcionamiento del dispensario anti-tuberculoso, el cual se sostiene con los abundantes ingresos de la simpática y típica Fiesta de la Flor.

Para describir a grandes rasgos la memoria del inmortal Lebrijano, era necesario poseer la sátira de Juvenal, las ideas de Platón, la sabia elocuencia de Maura, los actos puros de Santo Tomás, el producto mental de Lulio, etc; pero mi ronca inteligencia no me permite profundizar el campo de las letras, ni mi instrucción rudimentaria.

Lebrija, como todos los pueblos, tiene su historia, sus antigüedades, sus archivos y sus hombres grandes; tan grandes y esbeltos, que su cima se eleva centenares de codos sobre la movible figura que corona la Giralda.

Y cuando los pueblos producen hombres grandes, hombres inmortales, hombres que ennoblecen las letras patrias, cuyos conocimientos científicos y literarios traspasan las fronteras iluminando el ancho mundo que se presenta ante su vista, trasportando allende los mares la ciencia y la sabiduría española, estos hombres son dignos de toda alabanza, de todo homenaje, de miles de agasajos, y que sus nombres gloriosos queden esculpidos en blancos mármoles con letras de oro, para qué sus nombres sean imperecederos y los descendientes y admiradores se descubran con respeto y admiración, bendiciendo sus nombres cual un ídolo, un ser superior en ciencias y en conocimientos; entre estos hemos de mencionar al inmortal e inolvidable Antonio de Nebrija.

Desde pequeño mostró gran afición al estudio descollando entre sus compañeros, y aquella inteligencia privilegiada, el cual fué después un célebre humanista, sienta sus reales después de haber irradiado sus rayos de luz por los ámbitos más recónditos de la Nación en Alcalá de Henares, en cuya Universidad explicó su ciencia, divulgó su sabiduría, extendió sus vastos conocimientos, y en donde vivió murió.

Dice un principio de Cosmografía: «Los cuerpos se atraen en razón directa de sus masas, e inversa del cuadrado de sus distancias»; y Cervantes, el inmortal Cervantes, el Manco de Lepanto, el autor del famoso «Quijote», el precursor del clásico lenguaje castellano, cuyas cenizas reposan en Alcalá de Henares, atrajo hacia sí con su potente radio de sabiduría, al eminentísimo Antonio de Nebrija, para tenerle más cerca y confortarse con su sabia elocuencia, la cual le servía de consuelo al pie de su fría tumba.

A los pueblos, no hay que buscarles sus grandezas por el perímetro que ocupan sus paredes, ni por lo poco airoso de sus edificios; a los pueblos se les busca su grandeza por los seres que cobija en su seno, por la ciencia que en ellos germina, por los seres que en ellos ven por vez primera la luz del Sol. Por eso Lebrija es grande, es esbelta, es bella, es inmortal, por el ser que abrigó en su seno, por ser el solar patrio sobre cuyo pavimento dió los primeros vaivenes la noble cuna que me-

Vista panorámica de Lebrija.

ció a quien en su día la había de inmortalizar y darle nombre imperecedero en el mundo científico y literario.

¿Acaso los grandes genios, valientes guerreros, inmortales conquistadores y sabios químicos y arqueólogos no saben, o no ven la primera luz del sol en los pueblos pequeños? El Gran Capitán nació en Montilla; Moyano, en Bóveda del Toro; Amador de los Ríos, nació en Baine; Alonso de Tovar, célebre pintor, nació en la Higuera; Luis Molina nació en Osuna; Narváez nació en Loja; O'Donnell nació en Santa Cruz de Tenerife; Juan Ferrera, fundador de la Academia Española, nació en la Bañeza; Cristóbal de Mesa, que tradujo la *Eneida* y la *Iliada*, nació en Zafra, etc., etc. Por este motivo todos los pueblos son grandes, todos tienen sus archivos y su historia.

Coincidiendo con la celebración del cuarto centenario de Antonio de Nebrija se celebra también el cuarto centenario de Sebastián Elcano. Uno, en la nao *Victoria*, le dió la vuelta al mundo; el otro, estampando sobre el papel el fiel reflejo de su esclarecida inteligencia, le da la vuelta a la sabiduría humana; y así como aquél trae mapas de tierras desconocidas, éste presenta trozos literarios, los cuales, hasta entonces, eran desconocidos aquellos fragmentos, que no ha habido quien los iguale.

Así como el intrépido Colón, tripulando tres insignificantes carabelas, tuvo el arrojo de surcar los embravecidos mares sin más ruta que la que le deparó la Divina Providencia ni más datos fidedignos que su fe y esperanza, así Antonio de Nebrija, navegando sobre los libros en blanco y surcando el ancho mar del saber humano con su preclara inteligencia, sacó a la luz pública los secretos de la ciencia, y cual árbol que extiende su frondoso ramaje, exponiendo su sazonado fruto, así Nebrija divulgaba sus vastos conocimientos en la cátedra de Alcalá de Henares, los cuales lo habían de inmortalizar.

Así como Moisés fué legislador del pueblo hebreo; Licurgo, de Esparta; Solón, de Atenas; Augusto conquistó el Egipto; Milciades se inmortalizó en la batalla de Maratón; Temístocles, con su ingenio militar, venció a los persas en Salamina; y Pericles construyó el Partenón, y Justiniano recopiló el Derecho Romano, y Alfonso el Sabio escribió la Ley de las Partidas, y Cánovas, el hombre más grande de Estado de nuestra historia; e Isócrates, el más grande orador político de la historia; y Sócrates, el precursor de las doctrinas de Jesús; y Dante Alighieri, autor de la *Divina Comedia;* y los intrépidos Daóiz y Velarde, muriendo en el Parque de Monteleón en holocausto de la independencia española; y Murillo, Zurbarán, Velázquez, Miguel Angel, Roldán, etc., que supieron con sus ínfimos pinceles llevar al lienzo el asombro y el éxtasis del género humano, así Antonio de Nebrija conquistó, explicó, escribió, descubrió y venció a todo el género humano con su pluma eminente. Así como los inocentes pajarillos saludan a la nueva aurora con sus estridentes trinos cuando el astro rey extiende su rubia cabellera por la faz de la tierra, así Antonio de Nebrija saludaba con sus interesantes escritos al mundo culto, entusiasmando a cuantos admiradores le rodeaban, saboreando su sabia elocuencia. ¡Lebrija!, cuna del hombre inmortal,

macetón florido de cuyos brazos, pendón de aromáticas flores convertidas en trozos literarios del inmortal e imperecedero Nebrija, alrededor del cual saltan sus admiradores, cual sensibles mariposas, saltan acá y acullá aspirando el néctar de su sabiduría, embriagándolas con sus inmortales obras, cuyos perfumes se extienden en Universidades y centros docentes, no abandones al que te dió tanto renombre, al que te hizo inmortal, imperecedera; al que transportó tu nombre, cual correo aéreo, al lado opuesto del Océano, a aquel que se distinguió por su celo, sus virtudes, su amor al trabajo y a la ciencia, compitiendo con los sabios más profundos de la antigüedad, ennoblécelo y erígele un monumento, como memoria de sus grandes sacrificios en pro del saber y del género humano, por los cuales vivió, trabajó y murió, para bien de la literatura y del saber humano.

¡Viva Antonio de Nebrija!

¡Vivan las ilustres autoridades de Lebrija!

¡Viva el invicto pueblo de Lebrija!

MÁXIMO MESA BARRERA,

Oficial del Cuerpo Especial
de Establecimientos Penales.

Sanlúcar la Mayor, 12 de Septiembre de 1922.

DISCURSO

DEL

R. P. ANTONIO GARAY, O. F. M.

CISNEROS Y EL MAESTRO LEBRIJA

EL amor a la patria es natural: es tan sagrado que Dios lo bendice y recompensa con premios eternos. Monstruo de ingratitud es quien no se alegra en los triunfos y glorias de su patria, tanto como el que no la ayuda ni consuela en sus infortunios. Por esto los lebrijanos, que en estos solemnes momentos celebramos el cuarto Centenario de la muerte del hijo más ilustre de nuestro pueblo, levantamos al cielo un grito de entusiasmo y nos inclinamos reverentes ante la colosal figura del insigne Antonio Martínez de Cala y Jarana, conocido en el mundo de los sabios por el nombre de Elio Antonio de Nebrija. Justo es que nuestra voz resuene potente y vigorosa en el recinto del pueblo que lo vió nacer, para que los vientos de la Providencia la esparzan por doquiera y vea el mundo que en nuestro corazón está aún muy vivo el recuerdo del genio ilustre, que tanto honra a los lebrijanos, ya que la fama del Maestro Nebrija llena toda la tierra y sus obras, que perduran a través de las edades, tanto honran a España y especialmente a nuesta villa.

El es sin disputa el más grande de los humanistas españolas y uno de los polígrafos más portentosos que nuestra patria ha producido.

Como historiador, jurista, cosmógrafo y especialmente como conocedor profundo del griego y del hebreo y sobre todo del latín, el Maestro Nebrija no tiene rival. Cicerón y Quintiliano, si volviesen a la vida inclinarían su frente en presencia de nuestro ilustre compatricio. El nació en una época, en que la lengua del Lacio se encontraba lastimosamente estropeada por el ergotismo escolástico; él tomó a su cargo puri-

ficarla, darle nueva vida y presentarla ante el mundo de la ciencia con alegre vestimenta de colores delicados y fascinadores. Las obras de Nebrija contribuyeron en gran manera al renacimiento de la literatura latina en España, y merced a ella se formaron escritores cultos y elegantes, que pudieran dignamente competir con Aneo Séneca, el retórico; con el gaditano Lucio Junio Moderato Columela; con Lucio Aneo Séneca, hijo de Séneca el retórico; con Marco Aneo Lucano; con Cayo Silio Itálico, y con otros insignes literatos que en tierras andaluzas florecieron en la época de Augusto.

Si tiempo y vagar tuviera, yo os presentaría esas bellezas literarias, dulces y emocionantes que encierran las obras del Nebrisense. Labor ardua, sin embargo, y de seguro de poco solaz para la mayoría de vosotros, pues, vuestros oídos no están habituados a apreciar las bellezas y encantos conque nuestro Maestro supo expresarse en latín. Triste es confesarlo, pero es una verdad palmaria de que para la inmensa mayoría de los españoles, aún para los que se llaman cultos, las obras de Nebrija son un misterio, oculto bajo la llave de lenguaje exótico, relegado al ámbito de los templos consagrados al Omnipotente. Pero dejemos las obras del Maestro reposar tranquilas en los anaqueles de las bibliotecas y en el gabinete de estudio de los polígrafos. Corran ellas por el mundo y sean celebradas con aplauso en los centros culturales de las cinco partes de la tierra, pues envuelto entre sus folios irá el nombre de nuestro pueblo; y las bendiciones que se tributen al hijo ¿quién duda que redundan también en gloria de la madre? Nuestra ciudad debe llenarse de orgullo santo, al contar entre sus glorias más legítimas al hijo de Juan Martínez de Cala e Hinojosa y de Catalina de Jarana y Ojo, descendientes ilustres de los conquistadores de Sevilla y Lebrija.

Sin fijar, pues, la atención por ahora en las obras que inmortalizan la fama de Elio Antonio de Nebrija, yo buscaré, para salir del compromiso en que me habéis metido, un rasgo de la vida de nuestro Maestro, que lo eleva y encumbra a un grado eminente. Contemporáneo del humanista era el insigne político gloria de España, el Cardenal Cisneros. Eran dos genios que se completaron en la realización de magnas empresas. El sagaz político dióse cuenta del partido que para sus planes podía sacar del sabio humanista, y lo buscó para llevar a cabo la edición de la *Polyglota Complutense.*

La *Polyglota* de Cisneros es una obra igual a milagro, tenida en el concepto de sabios eminentes como la primera obra científica del mundo moderno. Para realizar este milagro el Cardenal franciscano puso los ojos en el Maestro Nebrija, doctísimo en todos los géneros de doctrina, cuya potente y dulcísima vihuela, según dice su ilustre discípulo el *Pinciano*, más dichosa que la de aquel tracense Orfeo, sacó a la verdadera Eurídice del Infierno. Quiere decir: resucitó entre nosotros la lengua latina y letras de humanidad, que tantos años ha estaban exterminadas de España. El plan del eminente Purpurado era vastísimo y para ponerlo en ejecución era precisa la cooperación de Nebrija, de cuya afición y aptitud para la crítica eran buena prueba las varias ediciones con notas y comentarios que había publicado de antiguos escritores latinos,

entre ellos del gran poeta cristiano Aurelio Prudencio, y el *Paschale Carmen* de Cecilio Sedulio. Nebrija era muy versado en la Sagrada Escritura, a cuyo estudio e interpretación pensaba dedicarse exclusivamente, como lo expresa en varios lugares de sus obras.

Este era el hombre que llenaba las aspiraciones del gran Cisneros, quien lo llamó a Alcalá, para que con otros sabios no menos eminentes, comenzasen los trabajos de depuración y crítica de los textos latino, griego y hebráico de los Libros sagrados. Días amargos esperaban a nuestro Nebrisense. La magna empresa del Cardenal de Toledo, era considerada por muchos, que en el concepto del vulgo pasaban plaza de sabios, como una locura, y mañosamente trabajaban por impedirla No atreviéndose a combatir de frente con Cisneros, dirigieron sus tiros contra los colaboradores de su obra, y principalmente contra Nebrija, por ser éste el más señalado y también el más atrevido e independiente en sus opiniones. Los enemigos de la *Polyglota* acusaron al insigne Maestro a la Santa Inquisición como sacrílego y falsario, porque intentaba corregir temerariamente la Vulgata Latina. Decíase, además, que sus trabajos causaban grande escándalo, principalmente entre los judíos conversos, y hasta se llegó a echarle en cara que estudiase las ciencias naturales para ilustrar la *Biblia*.

El Obispo de Palencia, D. Fr. Diego de Deza, púsose al lado de los enemigos de Nebrija, y mandó recoger algunos comentarios o anotaciones que éste tenía escritos sobre la Sagrada Escritura. Poco faltó para encerrarle en las cárceles de la Inquisición. El maestro, para defenderse de las acusaciones que se le hacían, escribió una brillante *Apología*, quejándose en ella de que se den premios a los que corrompen las Sagradas Escrituras, y, en cambio, a los que trabajan sin descanso por devolverlas a su primitiva pureza, se les persiga e infame y se les amenace con la muerte si se empeñan en seguir defendiendo con tesón sus opiniones. Hace al fin una hermosa protestación de su fe y obediencia a la Iglesia Romana, declarando que, a pesar de todas las contradicciones, seguirá hasta la muerte dedicando su talento al estudio de la *Biblia*, y en último término apela de la justicia de su causa a las personas más esclarecidas del mundo, principalmente a Cisneros, su protector.

La angustiosa apelación de Nebrija no podía menos de encontrar eco en el alma grande de Cisneros, quien distinguía siempre con alto aprecio al insigne humanista, cuya causa indirectamente iba envuelta con la de la *Polyglota*. Gracias a la poderosa intervención de Cisneros, la tempestad levantada contra Nebrija se fué apaciguando poco a poco, hasta desaparecer casi por completo, cuando en el año 1507 fué nombrado el Cardenal franciscano Inquisidor General.

Alvar Gómez, en su obra *De rebus gestis a X. Ximenio*, da cuenta de un episodio acaecido entre un fraile dominico y el maestro Nebrija. Alarmado aquél por los propósitos que, según él, guiaban a los que trabajaban en la *Polyglota*, se dirigió a Nebrija, que a la sazón se encontraba en Burgos con los demás colaboradores de la *Biblia Complutense*, y le increpó, preguntándole quién era el atrevido mortal que in-

tentaba corregir las palabras del Espíritu Santo. *A nadie*—contestó prudentemente el maestro—*ha pasado por las mientes tan insensato propósito; antes al contrario, creyendo nosotros que las Sagradas Escrituras son divinas e infalibles, lo que pretendemos es devolverlas a su primitiva pureza, separando de ella los elementos extraños con que los hombres las han adulterado.* El dominico no se aquietó con esta cuerda respuesta, y siguió vociferando y diciendo que aquella era obra de judíos, herejes y frenéticos, y añadió que estaba dispuesto a no permitir que quedase sin castigo ejemplar tamaño atrevimiento. A estas amenazas contestó Nebrija, con sonrisa irónica, que ciertamente correrían peligro de ser quemados como herejes si, en lugar del Cardenal franciscano Cisneros, fuera inquisidor el dominico Fr. Diego de Deza. Nebrija narró el incidente a Cisneros, y ambos no pudieron menos de celebrar el cómico episodio.

El Cardenal Cisneros defendía con brazo fuerte a los editores de la *Polyglota*, especialmente a Nebrija, de cuya competencia tenía elevado concepto. Entre los dos genios hubo un choque, que provocó la retirada del Nebrisense, por no estar conforme con las normas establecidas por Cisneros en la edición de la *Polyglota*. El mismo Nebrija, con su habitual desenfado nos cuenta, en una carta dirigida al Cardenal, los motivos que le llevaron a tomar tal decisión. «Preguntándome el Cardenal que por qué no quería entender en la *Polyglota*, yo—dice Nebrija—le respondí: que, porque cuando vine de Salamanca, yo dejé allí publicado que venía a Alcalá para entender en la enmendación del latín, que está comúnmente corrompido en todas las Biblias latinas, cotejándolo con el hebraico, caldaico y griego. Y que agora, si alguna cosa falta en ello se hallase, que todos cargarían a mí la culpa, y dirían que aquella era ignorancia mía, pues que daba tan mala cuenta del cargo que me era mandado.

»Entonces V. S. me dijo que hiciese aquello mismo, que a otros había mandado; que no se hiciese mudanza alguna de lo que comúnmente se halla en los libros antiguos; mas que si sobre ello a mí otra cosa pareciese, que debía escribir algo para fundamento y prueba de mi intención. A esto yo dije: que, si algo yo escribiese de mi rebusco, yo hincharía mucho mayor bodega que todos los otros de su bodega principal. De esto V. S. se rió y dijo que pensaría ser así y que todos los otros trabajaban para mí, lo cual todo pasó delante del Señor Obispo de Avila, vuestro compañero, el cual después cada día me preguntaba si sobre aquello escribía alguna cosa, y yo le respondía que sí, como lo hacía. De manera que desde entonces hasta agora yo no curé más de la impresión; ni por mandato de V. S. me fué dicho que entendiese en ella...»

Nebrija salió para Salamanca, donde desempeñó la cátedra de Gramática, y algunos años después, regresando a Alcalá, regentó en su Universidad la de Retórica, poniéndose a las órdenes de Cisneros para trabajar nuevamente en la *Polyglota*, cuyo cuarto volumen se terminó el 10 de Julio de 1517. ¡Fecha memorable y gloriosa en los anales de la ciencia española! Cisneros, al ver terminada la obra por él tan suspira-

da, lloraba de emoción. Y, levantando sus ojos al cielo, exclamó con júbilo santo: ¡Oh, mi Señor y Salvador, gracias os doy porque me habéis concedido terminar lo que tanto he anhelado!» Y dirigiéndose a las personas allí presentes, añadió: «Si hasta aquí he ejecutado muchas obras memorables y provechosas para el bien común, por ninguna, amigos míos, debéis felicitarme tanto como por esta edición de la Biblia, que, en tiempos tan críticos, abre las sagradas fuentes de nuestra religión, prestando con ello a la ciencia teológica un medio poderoso de resurgimiento.»

Este monumento de la ciencia cristiana débese, en gran parte, a los desvelos del maestro Nebrija, cuyo nombre glorioso irá siempre unido al del inmortal Cisneros. Este timbre de gloria conquistado por nuestro compatricio ha de llenar de santo orgullo nuestros corazones, y al recordarlo, con ocasión del cuarto centenario de su muerte, yo quisiera impregnar vuestras almas de ese perfume sagrado de la fe católica, que fué la norma a que se adaptó la conducta de Elio Antonio de Nebrija en todas las fases de su vida científica y literaria. ¡Gloria, pues, al colaborador de la *Biblia Complutense*, al amigo de Cisneros!

HE DICHO.

FR. ANTONIO GARAY.

EN ALABANZA
DE LA VILLA DE LEBRIJA

I

SUS NOMBRES

Patria del Humanista y del Piloto,
Rumbo del mar y norte de la ciencia,
Has logrado el laurel de la elocuencia
Y la victoria del confín remoto.

Elio ganaba el vellocino ignoto
De la Sabiduría; la excelencia
Del pensamiento, triunfadora esencia,
Que defendió como un solemne voto.

Juan Díaz de Solís, aventurero,
Conquistador y nauta infatigable,
Nuevas tierras soñó desde el estero.

Un destino genial movió a estos hombres,
¡Para ceñir tu escudo memorable,
El Castillo, con letras de sus Nombres!

II

TU GLORIA

Cuna feliz de aquel Renacimiento,
Madre inmortal que no celebra el mundo,
Guardaste, para España, el más fecundo
Tesoro, el gérmen que brotó al Seisciento.

Frutos de amor y peregrino aliento,
Diste vida al Gramático profundo
Y al Navegante insigne... ¡Qué jocundo
Brillar de soles por tu firmamento!

Antonio, con sus libros, la cultura
Hispana enciende en bello resplandor,
Y Solís por la América fulgura.

¿Nadie te dijo aún este loor?
¡Tienen, Lebrija, una sublime historia
Las Vidas paralelas de tu Gloria!

F. CORTINES Y MURUBE.

Septiembre, 1922.

DISCURSO

DEL

DR. D. FRANCISCO LABORDE

ANTONIO DE NEBRIJA

SEÑORAS Y SEÑORES:

AL ocupar este puesto, cediendo gustosísimo y agradecido a la galante invitación de vuestra primera autoridad, habéis de permitirme que mis primeras palabras sean para felicitarles, complaciéndome en hacer pública la meritoria obra y gran significación que un acto, al parecer tan sencillo, tiene para los hijos de este pueblo, que, de hoy más, debe figurar por ello, si otros motivos y méritos no tuviera, en el número de los privilegiados por su cultura y como conscientes de sus deberes de ciudadanía. ¡Que el pueblo que sabe honrar la memoria de sus hijos, se enaltece, y se honra a sí propio, engrandeciéndose ante los extraños al mostrar como ejemplo, para las generaciones futuras, cuanto en ciencias y en artes, en virtudes y en heroísmos, supieron hacer sus antepasados en pro de la humanidad, siendo un deber de sus descendientes desenterrar tantas glorias, no dejar en el olvido a aquellos que supieron exponer sus vidas o gastar sus energías en beneficio de sus semejantes, perpetuando su recuerdo, haciendo que se avive el sentimiento de su gratitud, que nazca la emulación y que no se pierda para los hombres del porvenir la semilla de tan honrosa labor y de tan meritorias acciones!

Sólo en este sentido es práctica la enseñanza de nuestra historia; y ya que la Providencia permitió que fuese Lebrija cuna de tantos ilustres hombres, así en las letras como en las artes, sea la presente generación el portavoz ante el mundo de las glorias de este pueblo, que, como dijo Jesucristo, «*Non in solo pane vivit homo.*»

Y no creáis ni por un momento que al hablaros así, al sentirme henchido de la más pura satisfacción al tomar parte en esta fiesta, lo hago a impulso de sugestiones extrañas, no; el que tiene en este momento la honra de dirigiros la palabra no es un advenedizo: es un lebrijano más, que no cede en sus cariños a esta tierra al que más lebrijano se sienta de vosotros. Hablo por derecho propio. Estoy en mi propia casa; pues la cuna del hombre no es el terruño donde, inconscientemente, vió la luz primera: su verdadera patria es aquella que eligió por su libérrima voluntad; aquella donde aprendió a sentir y a gozar; aquella en que concentró sus amores; donde inolvidables amigos supieron endulzar sus penas y compartir sus alegrías; donde reposan las cenizas de sus familiares y donde fundó su hogar, en unión de la santa madre de sus hijos. Esta es, pues, mi verdadera patria, y por esto me considero tan honrado cuando, por sabérseme lebrijano, se pide mi colaboración para este acto.

En efecto: sólo mi amor a esta hermosa tierra, unido al natural deseo de figurar, honrándome, entre los que con sus sapientísimos trabajos abrillantan esta velada, me han hecho desechar pueriles temores y salir del círculo de mis estudios y especiales conocimientos para tratar asuntos tan diferentes, si no opuestos, a aquellos a que consagré toda mi vida.

Cuiden otros, con más erudición y mejor pluma, de hacer resaltar la gran influencia que los perseverantes estudios y trabajos del maestro, del gran humanista, del insigne gramático Elio Antonio de Nebrija, cuyo cuarto centenario celebramos, tuvo, tiene y tendrá siempre en el idioma castellano, reservándome la humilde labor, no por humilde menos necesaria, en mi sentir, de hacer constar que, si grandes y meritísimos fueron sus trabajos para dejar sentadas sobre sólidas bases y reglas, ni discutidas ni modificadas, la estructura de nuestra hermosa lengua, por lo que merece toda nuestra admiración, no es menos necesario en la actualidad reverdecer sus laureles, glorificar al erudito, al sabio políglota que consagró su vida a dar forma artística a la expresión hablada de nuestros pensamientos, de aquellos pensamientos que nos permitieron, por ser bien entendidos, ejercer una verdadera hegemonía en el mundo de las ciencias y de las artes; y si siempre, como queda dicho, es honroso dignificar a nuestros gloriosos antepasados, es ahora, repito, de absoluta necesidad, cuando una mal llamada escuela intenta desvirtuar los trabajos del gran Nebrija.

«El mundo marcha; la humanidad progresa», decía Pelletan en el pasado siglo, sin poder prever que había de llegar un día, el triste día en que vivimos, en que, ahíta la generación presente del progreso mismo que debió enorgullecerla, harta de seguir laborando por las sendas que trazaron los sabios, los prudentes, y—¿por qué no decirlo?—los equilibrados, parece renegar del grado de civilización alcanzado, de los adelantos conseguidos a fuerza de tantos sacrificios, y, en su loco deseo de alcanzar un más allá, intenta romper los antiguos moldes y sustituir la tranquila evolución por la desquiciadora marcha de sistemas verdaderamente revolucionarios. ¡Como si en las ciencias y en las artes pu-

diera el progreso emanar del simple buen deseo, sin atenerse a los moldes consagrados para ello! ¡Qué triste realidad la que nos es dado presenciar en la época que atravesamos, en la que todo hombre se considera un maestro, sin sentir respeto ni mostrar obediencia a los cánones instituídos por las generaciones pasadas!

Asistimos, señores, por desgracia, en nuestros días, a una verdadera hecatombe de ideas y sentimientos, de conceptos y de valores: atraviesa la humanidad una verdadera crisis vesánica que, Dios mediante, resultará impotente para destruir la labor, los beneficios y el progreso alcanzado a través de los siglos; pero, no por inútil y estéril en su empeño, es menos peligrosa la situación, obligándonos a luchar en pro de cuanto consideramos intangible.

La mal llamada escuela modernista que intenta transformarlo todo, no ha podido introducir su cizaña en el campo de las especulaciones científicas. Ante las ciencias que son la obra de la razón, nada pueden las elocubraciones de los desequilibrados, pero es tal, señores, el grado de desorganización a que hemos llegado, es tal el desequilibrio así mental como moral que reina en la actualidad que, contra todo cuanto podía esperarse, hemos presenciado cómo las sociedades más civilizadas, al parecer, han puesto al servicio de la destrucción y del exterminio cuanto las ciencias físico-químicas idearon para servir los más sagrados intereses de la humanidad; pero si en las ciencias, repito, no cabe otro modernismo que el lento y gradual adelanto que los sucesivos descubrimientos y trabajos de investigación imponen, la desdichada escuela modernista ha encontrado en la esfera de las artes su gran campo de desenvolvimiento, pudiendo lucir en ellas sus extravagancias por poderse aceptar en sus creaciones mayor libertad y labor imaginativa, que en relación con el gusto y las imposiciones de la época, les permiten cambiar y transformarse, aun cuando estos cambios han de estar supeditados siempre al fin estético que persiguen. Es indudable que en las artes cabe el progreso que significa su evolución y de aquí que cada siglo, cada época tenga su escuela Pictórica, su arquitectura propia, como cada nación su música, pudiendo sin embargo, observar en las obras artísticas de todos los siglos y como dominador común la aspiración de lograr la suprema belleza, respetando hasta en sus detalles las enseñanzas de los clásicos, siendo necesario llegar a nuestros tristes días para ver cómo en la pintura, por ejemplo, una escuela extravagante intenta imponer sus sistemas cubistas y planistas con total olvido de la perspectiva y de la misma anatomía, sin comprender que en su loco afán de modernizar y de buscar algo nuevo y original, sólo consiguen hacer la caricatura ridícula del verdadero arte.

Y si la pintura y la arquitectura misma nos muestran a diario múltiples ejemplares de su labor vesánica, la que había de influir seguramente en la perversión del gusto de las generaciones futuras, si no se pone coto a tamaños desafueros, no menos peligros corre nuestra literatura. Dicho se está que las obras clásicas aquellas que inmortalizaron a los Murillos y Velázquez, al Greco y Montañés, a Roldán y Rivera, no dejaran nunca de iluminar los senderos del arte. ¡Que las obras grandes

no envejecen ni sus geniales autores descenderán jamás del pedestal glorioso que el buen gusto sancionado por los siglos les erigió, pero es necesario que este no se pervierta ni desaparezca a impulsos de la ola negra que representa la antiestética anarquía del llamado moder nismo!

En la literatura no es menor la irupción de estos detentadores de nuestro idioma, de nuestra gramática, del léxico castellano y de las reglas retóricas. Empezó su obra destructora en la poesía, confundiendo la permitida libertad poética con el libertinaje literario, y al producirse en prosa, ante el necio afán de alcanzar la triste notoriedad de modernista, han llevado en sus obras la confusión, la vaguedad y la indecisión a que necesariamente conduce el vano empeño de modernizar la lengua de Cervantes, y no es el mayor peligro el decidido afán que muestran de alterar nuestra hermosa lengua tan armoniosa y completa cual ninguna en voces para dar forma y giros a nuestros más intrincados pensamientos, admitiendo e intercalando en sus escritos galicismo y verdaderos barbarismos tan innecesarios como disonantes; lo verdaderamente peligroso de las producciones de estos modernistas, estriba en el olvido en que voluntariamente dejan las reglas gramaticales y en el distinto valor que tratan de dar a las más castellanas, cuando no se permiten el lujo como si fueran reconocidos maestros del buen decir, de inventarlas sustantivando verbos, adjetivando nombres y usando hipérbaton y construcciones que ni nuestros clásicos aceptaron, ni nuestra Academia de la lengua puede admitir, y en su loco y tenaz empeño de aparecer originales, tratan de destruir la obra gramatical y filológica del gran Nebrija, llegando hasta el absurdo en la combinación de las palabras. «Hacia la nada azul», escribe uno de estos modernos novelistas, sin caer en la cuenta de que expresarse en forma tan ininteligible sólo es signo de su verdadera decadencia.

Y estos escritos se leen, estas obras corren de mano en mano y yo entiendo, que el verdadero homenaje que podemos y debemos hacer al insigne humanista cuyo Centenario nos reune, es poner un dique a esas demostraciones del mal gusto literario que pueden a la larga contribuir a la perversión de nuestro hermoso idioma, de nuestra sonora sintaxis, de la lengua patria a cuya arquitectura tanto respeto debe otorgar todo buen español, ya que fué y sigue siendo uno de los más hermosos florones de la corona de España.

Honremos a Nebrija, pero honrémosle con hechos. No basta una lápida, ni una estatua, ni roturar una calle con los gloriosos nombres de vuestros hijos, estos son signos pnemotécnicos que harán recordar siempre las glorias de vuestros antepasados, pero yo aspiro a más y creo, como en un principio os decía, que hay que luchar para vencer al enemigo que acecha y velar por la obra de este gran políglota y gramático, impidiendo que pueda ser destruída su obra o caigan en el olvido sus enseñanzas.

Recuerdo que el Gobierno francés, velando por el gusto artístico, prohibió a los pintores modernistas del sistema cubista exponer sus obras en el Salón de Otoño de los Palacios Municipales y del Estado,

de París. No es posible, porque no es conveniente permitir que se extrague el gusto estético, logrado a fuerza de trabajos por los grandes genios del arte, con la contemplación de obras que tanto distan de merecer el nombre de artísticas, y algo igual o parecido pudiera hacerse en España para velar por la pureza de nuestro idioma: bastaría, en mi sentir, que en todas las poblaciones se reuniera un número de personas cultas e inteligentes dispuestas a emprender una activa lucha contra las producciones de esos desequilibrados autores, evitando hasta donde fuera posible, como mal contagioso, la lectura de tan peligrosos escritos.

Y no molesto más vuestra atención, pues creo suficientemente probado que glorificar al paisano, al gran políglota, no es sólo un acto que enaltece y honra al pueblo que lo vió nacer, sino que en nuestros días tiene este acto una más importante significación, siendo la protesta y la voz de alarma que debe dar España en favor de su hermoso idioma contra la loca aspiración de modernizarlo

Seguid, lebrijanos, como hasta aquí, haciendo ostentación ante el mundo de vuestro bien sentido orgullo de ser este vuestro pueblo la cuna de tantos insignes varones: de Elio Antonio de Nebrija, del gran Luis Díaz de Solís, de Cala de Vargas y de tantos otros, con cuyos nombres habéis rotulado vuestras principales vías, como recuerdo imperecedero de vuestra gloria, y sirva esto de ejemplo a la futura generación, que ustedes, madres cariñosas, estáis en el deber de inculcar y enseñar a vuestros hijos, para que podáis tener en su día la gran satisfacción de cooperar con ellos a ilustrar y enaltecer la historia de esta bendita tierra.

HE DICHO.

DR. D. FRANCISCO LABORDE.

LOOR
A ANTONIO DE NEBRIJA

ENTRE los hombres eminentes que más han contribuído a las glorias literarias de España, debe ocupar un lugar de preferencia y distinción el célebre Antonio de Nebrija, portento de sabiduría y laboriosidad, admiración de los sabios nacionales y extranjeros, honor y gloria de su patria.

Para formar una justa idea del mérito de este sabio español y de la gratitud que, con toda justicia, ha merecido a la posteridad, es indispensable trasladar la imaginación a la época de su nacimiento y reflexionar sobre las circunstancias en que se hallaba entonces la literatura.

La ruina del imperio romano, las distintas invasiones de los bárbaros y las continuas guerras que sucedieron a aquella catástrofe, hicieron desaparecer las ciencias de Europa, y con especialidad en el Occidente. Por espacio de siglos, la España no fué más que un pueblo bárbaro, que, confundido enteramente con sus invasores, formó un idioma, también bárbaro, compuesto de distintos dialectos, y, por consiguiente, lleno de mil irregularidades, de las que no fué posible purgar nuestra lengua a pesar del transcurso del tiempo y de los esfuerzos de los sabios.

Llegó, por fin, el siglo XV, que había de disipar la densa niebla que cubría la mayor parte de Europa. El sol de las ciencias, que parecía próximo a eclipsarse, estaba aislado en la capital del imperio de Oriente, sostenido por las reliquias de la antigua Grecia.

Pero aconteció la bárbara conquista de aquella capital por los otomanos; y entonces, aterrados los pocos sabios que pudieron escapar

entre tanta sangre y desolación, buscaron un asilo en el Vaticano, y, extendiéndose por toda Italia, fundaron aquellas doctas Academias, verdadero plantel de sabios, que debían restituir la literatura, la civilización y las artes a toda Europa.

Ya la luz de las ciencias iluminaba nuestro horizonte, y el Gobierno español, fundando a su costa el colegio de San Clemente, de Bolonia, había allanado el camino para que pudieran trasladarse a España las musas, tanto tiempo desterradas de ella.

Pero esto no bastaba; la ignorancia, llena de orgullo, presidía en todas partes, y se necesitaba de un hombre extraordinario, de un genio que, reuniendo el talento y la sabiduría necesarios, a un valor singular, tomase a su cargo la terrible empresa de combatir y extinguir los restos de la barbarie. Esta fué la honorífica y gloriosa misión que tomó a su cargo el esclarecido Antonio de Nebrija, cuyo desempeño le granjeó después una fama inmortal.

Elio Antonio Martínez de Cala y Jarana, que así se llamaba, nació en la villa de Lebrija, a mediados del año 1444, reinando Don Juan II de Castilla. No existe su partida de bautismo por un incidente, digno de referirse, como muestra de la ignorancia y preocupaciones de la época. Por costumbre, o por ley, se anotaban en los libros Sacramentales todos los que penitenciaban la Inquisición. Esta imprudencia ocasionó multitud de rencillas, querellas y aun de pleitos, cuyo germen estaba en el archivo eclesiástico, y, bien fuese por intriga de las familias denigradas, o bien por disposición de algún cura sensato, según dice la tradición, lo cierto es que amaneció incendiado el archivo, y fué un día de júbilo para el pueblo, perdiéndose, por desgracia, entonces, la partida o asiento de nuestro héroe.

Pero, según un documento que obra en mi poder, aparece una copia de la fe de bautismo de Antonio de Nebrija, y que copiado a la letra dice así: «*Un testímonio sacado con toda solemnidad de uno de los libros de baptismo que ygsivieron los Los Licenciados Bartolomé de Çancarrón escribano del Cavildo y Francisco Benitez cura y beneficiado de la parrochia de S.ta Maria de la Villa de Lebrixa, en el cual ay una partida por donde consta que en el año passado de 1444 Lunes 28 dias del mes de Junio, Alonço del Ojo clérigo baptiçó a Elio Antonio hijo legitimo de Joan Martinez de Cala Xinojosa e de Catalina Martinez de Xarana su legitima mujer: padrinos Bartolomé de Xarana su tio e D.ª Catalina Dorantes e Barba su mujer e Bartolomé del Ojo e Francisco de Xinojosa, vessinos de la dicha villa de Lebrija.*»

Por tanto, los ascendientes de Antonio de Nebrija fueron: Juan Martínez de Cala Xinojosa y Catalina Martínez de Xarana, sus padres; Juan Martínez de Cala y Catalina Martínez de Xarana, sus abuelos; Juan Martínez de Cala y Mari de Cala Xinojosa, sus bisabuelos, ganador y principales pobladores de la villa de Lebrija.

Concluídos los primeros estudios de latinidad y dialecta en la cátedra que existía entonces en Lebrija, a la corta edad de doce años, lo enviaron sus padres a la Universidad de Salamanca, donde en el espacio de cinco años hizo rápidos y notables progresos en los estudios

que se daban en aquel famoso centro de enseñanza. Tuvo por maestro en las ciencias Matemáticas a Apolonio; en las Físicas, a Pascual de Aranda, y en las Éticas, a Pedro de Osuna, maestros aventajadísimos, el último de los cuales, por su vasta y casi increíble erudición, obtuvo la primacía después del célebre abulense. Terminados sus estudios a la edad de diez y siete años y descubriendo la brillante antorcha que, como feliz aurora, amanecía en el horizonte europeo, y llevado de su pensamiento constante y de su ardiente deseo (como él mismo dice en la dedicatoria de su Diccionario a Don Juan de Zúñiga, Maestre de Alcántara y Cardenal y Arzobispo de Sevilla: «*No hemos hecho esta peregrinación con el fin que otros, para pretender rentas eclesiásticas o para trocar mercadería*», *sino para restituir a la posesión perdida de la patria los autores de la lengua latina*») de beber y saciarse en la más sublime literatura, pasa a Italia, buscando en ella el esplendor de las ciencias y de las letras que muchos siglos antes había brillado en nuestra España con los Sénecas y Lucanos, con los Columelas, los Quintilianos, los Marciales, los Melas y otros. Discurre por aquellas célebres academias; oye con el mayor entusiasmo a los maestros más acreditados por su erudición y buen gusto; se perfecciona en las humanidades y ciencias que había aprendido en Salamanca; se dedica con particular esmero al estudio de las lenguas orientales, y en un decenio recorre el círculo de las ciencias, siendo en cada una la admiración de todos; empresa concedida a muy pocos en el espacio de una vida prolongada

Consumados sus estudios, a los doce años de haber salido de su patria vuelve a España, cual riquísima nave cargada, no de metales y piedras preciosas, sino de una mercancía mucho más apreciable, las ciencias, publicando entonces aquella composición poética tan celebrada de los sabios, aquella cariñosa salutación a su amada Lebrija, de la que hace una bella descripción.

Llegado a España, su primer cuidado fué venir a abrazar a sus ancianos padres, y recordar, como él decía, los sitios en que había pasado su niñez; y después de haber recibido de todo el vecindario los más extraordinarios obsequios, fijó su mansión en Sevilla, muy protegida del docto Arzobispo Fonseca y hospedado en su palacio, donde vivió tres años, preparando sus trabajos para la gran obra de la restauración de la literatura, como si adivinase con certeza (son sus mismas palabras) que había de entrar en una reñida contienda con los patronos de la barbarie.

En el año de 1473 se decidió ya a presentarse en la lid, y, lleno de un valor singular, se dirige a la Universidad de Salamanca, no dudando que, conquistada esta primera fortaleza, los demás contrarios se someterían fácilmente después.

No se engañó nuestro héroe. En aquella célebre Universidad fué recibido con el mayor aplauso y encargado de dos cátedras, con la renta de ambas, honor que a ningún profesor se había antes concedido.

Meditaba día y noche el Nebrisense sobre el plan que convenía adoptar para llevar a cabo sus deseos, y convencido de la importancia

de restaurar el estudio de la lengua latina, impugnó los bárbaros todos que hasta entonces se usaban en su enseñanza, sustituyó otros nuevos, introdujo el estudio de la lengua griega y de los autores clásicos de la docta antigüedad y publicó una multitud de obras sapientísimas para la más acertada enseñanza de las humanidades. Todas fueron recibidas con el mayor aplauso; y con ellas y el auxilio de una multitud de doctos discípulos, que se diseminaron por toda España, conoció el grande Antonio que había echado ya un cimiento sólido a su gigantesca obra.

Estos trabajos y el desempeño de las dos cátedras, en las que empleaba cada día cinco o seis horas, quebrantaron su salud y le obligaron a retirarse de la Universidad.

Dueño entonces de su tiempo y protegido generosamente por el ilustre Don Juan de Zúñiga, Maestre de Alcántara, se aplicó con heroica constancia al restablecimiento de las ciencias, escribiendo y publicando sin cesar obras llenas de erudición, sobre todas ellas, y ramos de la bella literatura. Parece imposible que un hombre solo pudiera escribir tantas y tan diversas materias: Gramáticas de las lenguas hebrea, griega, latina y española; ortografías de las dos últimas, comentarios, diccionarios; nada omitió este grande hombre de cuanto pudiera contribuir al objeto que se había propuesto, dejando apreciabilísimos escritos sobre jurisprudencia, medicina, teología, historia, y, especialmente, uno sobre la educación, que mereció las mayores alabanzas.

Su universal erudición llenaba de asombro a los sabios naturales y extranjeros y hacía que sus elogios resonaran, no sólo en España, sino por toda Europa.

Por aquel tiempo el Cardenal Jiménez de Cisneros emprendió la famosa *Políglota Complutense*, y conociendo y apreciando la profunda sabiduría de nuestro Antonio, le llamó, y consiguió que fuera uno de los principales colaboradores de ella, así como también fué uno de los que más trabajaron en el establecimiento y arreglo de la Universidad de Alcalá, donde después vivió hasta su fallecimiento, regenteando una de sus cátedras.

Jamás dejará de sorprender y admirar la profunda sabiduría e inmensa erudición de este hombre singular en una época tan escasa de recursos para aprender, cuando la más crasa ignorancia reinaba en todas partes; cuando el prodigioso arte de la imprenta se hallaba en su infancia; cuando no había más libros que los que casual y paulatinamente se iban desenterrando entre el polvo de los estantes de los monasterios y que eran ignorados hasta de los mismos monjes.

Está de más el decir, que un hombre tan grande no podía vivir libre de persecuciones; pues tal ha sido siempre la infausta suerte que en España ha sufrido el verdadero mérito.

La celebridad de su nombre había llenado de emulación henchidos doctores de su tiempo, y especialmente a los teólogos vulgares, quienes llenos de furor le declararon la más cruda guerra y lograron que el Inquisidor general le arrancase de las manos varias obras, entre ellas la ilustración de dos *quincuagenas de lugares escogidos de la Biblia*, por

cuya publicación fué acusado al Obispo de Palencia Inquisidor General, el cual se las mandó recoger. Mas la publicación de la *Apología*, que dirigió al Arzobispo de Toledo y en la cual hizo patentes las preocupaciones del Juez Inquisidor General y la ignorancia y mala fe de los acusadores, enemigos suyos y de las letras le valio salir triunfante de tan injusta acusación.

No es menos digno de admiración y gratitud aquel verdadero patriotismo que alimentaba su noble alma; aquel ardiente deseo de ilustrar a su patria, por la que constantemente sacrificaba su reposo. *Todo el aliento y vida que me resta lo emplearé en obsequio del bien público*, dice en la dedicatoria de su diccionario.

A la verdad toda su preciosa vida la empleó constantemente en la enseñanza, en la extensión y publicación de sus obras, y en sostener con firmeza y energía la lid que había entablado contra la barbarie. Esta última idea tenía ocupada de tal modo su imaginación que, delirando un día por efecto de una fuerte calentura, se le oyó repetir con frecuencia dos versos de la Eneida, variándole dos palabras, para significar «que deseaba renaciese de sus cenizas un fiero vengador, que a sangre y fuego persiguiese y rogase a los dómines ignorantes, que habían usurpado el título de maestros.»

«Exoriare aliquis nostris ex ossibus ultor,
Qui face Barbatos, ferroque segnare Perotos.»

Siendo ya muy anciano fué nombrado cronista real y publicó varios trabajos de esta clase; pero su edad avanzada y las atenciones de su Cátedra, que nunca quiso dejar, no le permitieron concluir y perfeccionar apreciables escritos que había comenzado.

De los últimos documentos relacionados por el inteligente y erudito hijo de esta noble villa de Lebrija, don Luis López Quiroga, que desde su más tierna infancia demostró gran afición a la cultura y especialmente a la antigüedad, de la que poseía vastos conocimientos y que dedicándose a ella con especial interés, llegó a reunir un gran monetario antiguo, de los mejores y más completo de su clase, según han atestiguado los muchos anticuarios que lo han visto, poseyendo además infinidad de objetos curiosos y de importancia por ser de suma antigüedad, se desprende: que al caballero Juan Martínez de Cala, ganador y poblador de la villa de Lebrija, le dieron en propiedad y en feudo la manzana de casas que hoy todavía linda con la Plaza Vieja, mirando al Castillo, con la calle de los Mesones, con la que hoy se llama de la Alcaidía o de la Carcel y que está frente a la Parroquia y con la calle que va al Castillo, la cual antiguamente se llamó calle de la Botica; y que el padre de Antonio de Nebrija, quinto nieto del Juan Martínez de Cala, ganador y poblador de esta Villa, vivió siempre en las mismas casas (y lo mismo sus ascendientes, por ser casas solariegas que no se podían enagenar), pero con la puerta principal en la calle de los Mesones, pues esta calle era entonces la principal de la villa.

Luego... Antonio de Nebrija nació en la calle de los Mesones en la casa señalada con el número 20, la cual pertenece a la citada manzana

y está enfrente del molino de aceite que hace esquina a la calle Céspedes y que perteneció al Marqués de Alcañices. Para acabar de aclarar este dato tan interesante de la casa en que nació el Ilustre Antonio de Nebrija, advertiremos que la casa que está después de la en que hemos dicho que nació (la cual hace esquina a la Plaza Vieja y es la última en la actualidad, de la acera derecha de la calle Mesones marcada con el número 20 2.º, yendo desde el convento de Monjas hacia el Castillo), no existía en tiempo de la reconquista ni en muchísimos años después, y lo mismo se dice de las otras casas que están contiguas a ella y tienen sus fachadas a la verdadera Plaza Vieja. Así se comprende que la isleta o manzana que se repartió al poblador Juan Martínez de Cala, no constara más que de cinco casas, dos medianas y tres pequeñas (Como puede verse en el adjunto gráfico). La Plaza Vieja en aquella época era mayor: formaba un cuadrado que se extendía desde la calle de los Mesones hasta la calle de la Botica y además de estas dos calles desembocaban en ella otras tres, a saber: por el lado de la calle de la Botica, la de Morón, que contiene hoy una sola casa y esta fué propiedad de Leonor Martínez de Cala (hermana del padre de Antonio de Nebrija); dicha calle es tan corta porque está tapiada o cortada desde el año 1834, en que a causa del cólera morbo fueron tapiadas muchas salidas al campo a fin de que los vecinos que formaban el cordón sanitario de vigilancia tuviesen menos puntos a que atender para impedir la entrada de forasteros. En tiempos antiguos esta calle llegaba hasta la muralla del lado de Cantarranas; y por el lado de calle Mesones, desembocaban la de Céspedes, la cual hoy no desemboca a ella por impedírselo la casa que está enfrente, que es la que está después de la en que nació Antonio de Nebrija, y además la calle Alonso Cala, que estaba dos casas más allá de la de Céspedes (pero que hoy está cerrada y forman parte de una casa con horno de cocer pan), y continuaba hasta desembocar por detrás del Molino de Dios, en la calle Aramundo: esta calle es hoy un callejón de Ximas que empieza en el del Rastro y termina encima de una casa mezquina contigua al Molino de Dios en la calle Céspedes y cuya casa no existía antiguamente sino que era la terminación de la calle Aramundo en la de Céspedes.

Antonio de Nebrija, militar e historiador español, sirvió en América a las órdenes de Gonzalo Jiménez de Quesada y concurrió a todas las contiendas de la conquista. Era tesorero del Ejército, y muy apreciado por su valor y prendas morales. Escribió, en unión del capitán San Martín, una relación de la conquista del reino de Nueva Granada, cuya obra dedicó al Emperador Carlos V cuando volvió a España: *Diccionario Hispano-Americano*.

Casó en Salamanca con Doña Isabel de Solís, de quien tuvo seis hijos varones y una hija, distinguiéndose Marcelo de Lebrija, Comendador de la Orden de Alcántara; Alonso, Caballero de Santiago; Sebastián y Fausto, que fueron gobernadores de Canarias y togados en las Audiencias, y Fausto fué Alcalde del Crimen en Granada; y que Marcelo tuvo por hijo al capitán Antonio de Lebrija, el cual fundó un patronato en la villa de Brozas.

Francisca Martínez de Cala y Solís, conocida por el nombre de Francisca de Lebrija, por ser la hija del famoso Antonio de Lebrija, nació a fines del siglo XV; contóse entre las mujeres más doctas de su tiempo. Fué enseñada y educada por su padre; llegó a obtener el título de doctora, y, adquirió tal erudición, que sustituyó muchas veces a aquél en su cátedra de Retórica, de Alcalá, cuando estaba enfermo o era llamado a la Corte.

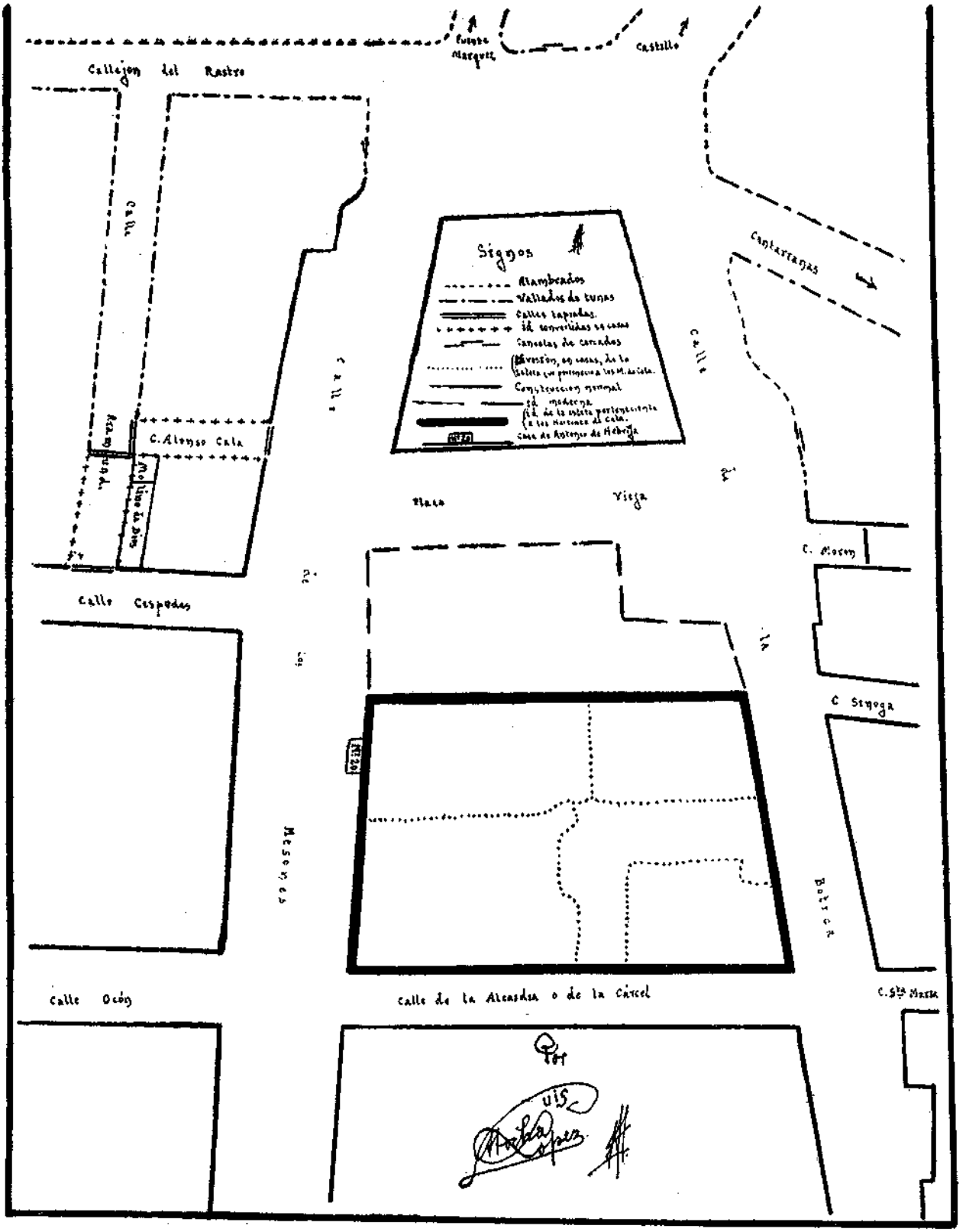
Desempeñados tantos trabajos en todo género de literatura; colmado de los elogios de los sabios; condecorado con las mayores distinciones por los Reyes Católicos; lleno de gloria y de la más completa satisfacción al ver extirpada la barbarie, restaurada la literatura y una multitud de doctos discípulos que por todas partes propagaban las doctrinas de su maestro, falleció a mediados del año 1522, a los setenta y siete años de su edad. Aquella Universidad manifestó su aprecio y gratitud al Nebrisense colocando sus cenizas al lado de las del insigne Prelado, su fundador, y después, anualmente, uno de sus elocuentes oradores se encargaba de honrar su memoria.

Con razón, pues, la posteridad ha reconocido al ilustre Antonio de Nebrija como restaurador de la literatura y padre de los literatos españoles, habiéndosele prodigado los mayores encomios en todas las Corporaciones literarias.

Hable, si no, nuestra sabia Academia de la Lengua, en cuyos respetables atriles han permanecido más de un siglo, y aún subsisten las obras del inmortal Nebrisense, acatándolas como de un consumado maestro en el idioma de Castilla.

LUIS ATOCHA LÓPEZ.

(El Gráfico que menciona este Trabajo véase en la página siguiente).


Fuente Marquez
Castillo
Callejon del Rastro
Calle
Cantarranas
Signos
Alambrados
Vallados de tunas
Calles tapiadas.
id. convertidas en casas
Cancelas de cercados
Construccion normal
id. moderna
Casa de Antonio de Hebrija
C. Alonso Cala
Molino de Dios
Plaza
Vieja
C. Moron
Calle Cespedes
C Sinoga
Mesones
Botica
Calle Ocón
Calle de la Alcaidia o de la Cárcel
C. Sta Maria

DISCURSO

DE

DON M. HERRERO GARCÍA

NOTA DE HOMENAJE A NEBRIJA

HACE ya varios lustros, donde quiera que se vé invocado el nombre de Nebrija, suele ir seguido de una lamentación sobre la decadencia de los estudios gramaticales en España, y, consiguientemente, de entusiastas votos por la regeneración de las Humanidades en nuestro sistema de enseñanza. Nebrija aparece a los ojos de los eruditos y literatos como la personificación de las disciplinas humanísticas, tal como eran concebidas en el siglo XVI. Se admira a Nebrija por sus escritos, no por su carácter; por sus libros, no por su espíritu; por lo que hizo en su época, no por lo que hubiera sido capaz de hacer si hubiera vivido en la nuestra.

Supongo fundadamente que habrá de sobra, en el homenaje que al insigne Humanista dedica su tierra natal, quienes celebren como merece el valor objetivo de las empresas literarias de aquel gran obrero del Renacimiento español, y los muchos títulos por los cuales es acreedor al reconocimiento de la cultura patria. Pero, al exhumar glorias del pasado, máxime cuando estas son tan avasalladoras como la de Nebrija, existe siempre el peligro del arrobamiento enervador, o, a lo sumo, de la sugestión imitativa de lo más externo y material del gran modelo, con lamentable incomprensión de lo que en él hay de más hondo, sustancioso y vital para nuestro aprovechamiento.

Ahora bien, sin pretender agotar el caudal de dinamismo practicista que de la figura de Nebrija podrán siempre extraer los espíritus impulsados hacia adelante, trataré de insinuar algunos de los caracteres

normativos del excelso maestro, y que mejor puedan pautar nuestra acción en pro del engrandecimiento patrio.

Elio Antonio de Nebrija florece en los comienzos de la Edad Moderna, cuando el peso de la tradición medioeval era abrumador en la mentalidad y en los hábitos de todo el mundo. Solamente los que, por nuestra profesión de la cátedra, necesitamos remover alguna vez un prejuicio tradicional relativo a determinada materia o a determinado método de enseñanza, sabemos bien hasta dónde llegan las raíces de la tradición en el alma humana y con qué garras de acero hiende en la psicología colectiva ese monstruo de la rutina, que cree dar solución a todas las dificultades invocando el inapelable «así se ha hecho siempre».

Pues en aquella época y con tal monstruo se apercibe a luchar Nebrija, dando a la lengua de los cancioneros, de los romances y de las crónicas, una legislación sabia, pero no en el lenguaje que desde el preceptista de Calahorra venía moviendo la lengua de Minerva, sino en el idioma popular de Castilla, que Nebrija quiso elevar al rango de los dos idiomas que con más brillo y majestad se presentaban a su mente de hombre renacentista al dotarlo de los mismos preceptos y leyes del griego y del latín.

Sea cual fuere el valor de los estudios humanísticos, y valga poco o mucho el armazón lógico que hasta ahora ha venido sosteniendo el edificio gramatical, la gloria de Nebrija queda fuera de toda discusión porque fué una gloria ganada, no sobre el campo de la ciencia, donde unos sistemas luchan contra otros sistemas, y las ruínas de viejos métodos forman el pedestal de métodos nuevos, sino en el campo del atrevimiento genial y de la voluntad inpertérrita, sacudiendo imposiciones seculares y poniendo formas insólitas en el lugar de las formas consagradas por la tradición.

Este Nebrija renovador y antimedieval; este Nebrija que sabe entrar en la Edad Moderna con paso firme y sin mirar atrás, es de una ejemplaridad en que los españoles tenemos mucho que aprender. Insensato sería creer que los estudios que satisfacían a hombres del siglo XVI pueden satisfacernos hoy. Insensato pretender el anquilosamiento académico de cosas tan vivas y movidas como la lengua patria. La Gramática de Nebrija no debe ser para nosotros una fórmula sacramental e intangible, sino un bando de guerra contra la rutina y el estancamiento, una voz de avance hacia la conquista de los secretos de la evolución histórica del español, único norte de los modernos estudios gramaticales. Haciendo lo que el siglo XX nos pide, honraremos dignamente al egregio maestro que con tantas creces realizó lo que de él exigía el siglo en que le tocó vivir.

Otra de las notas más relevantes de Nebrija es el carácter instrumental y pedagógico de sus principales obras. El que hubiera podido emular al mismo Erasmo en la crítica y exégesis de los monumentos clásicos, está representado en los inventarios bibliográficos de la décimasexta centuria por un *Diccionario Latino* y una *Gramática Castellana*. Con pleno derecho podemos decir que Nebrija es el primer autor de material escolar que existió en España. Hombre de innovación y de

progreso, sintió la enorme transcendencia de metodizar las adquisiciones científicas y darles forma de instrumento de trabajo para utilidad común de los hombres estudiosos. No hay en la ciencia humana nada absoluto y excluído de la ley del perfeccionamiento. Aun la verdad más sólidamente establecida pierde su prestancia y pasa a la categoría de peso muerto si no sirve de precedente y punto de partida para la consecución de nuevas verdades. En la solución de todo problema científico debe haber encarnada una nueva interrogación y planteado un nuevo problema. De aquí el gran valor de las obras instrumentales, en las que los conocimientos adquieren contextura de máquina de perforación en la roca viva de nuevos conocimientos. La más genial lucubración que Nebrija hubiera hecho en su época sobre la lengua del Lacio no hubiera producido en aquel movimiento cultural una décima del fruto que produjo su *Diccionario Latino*.

Es indudable que se puede ser sabio y gran sabio, en medio de un pueblo inculto e incivil, sin ser comprendido ni estimado de sus conciudadanos y sin que a ellos llegue una centella de aquella ciencia hermética e inasequible. Los sabios de esta clase podrán figurar en la galería histórica de la ciencia pura y egoísta, pero no en la historia de la civilización de los pueblos. Solamente aquellos varones como Nebrija, que después de haber adornado su espíritu de todas las preseas del saber, descienden a ras de los demás mortales y les ofrecen, con los tesoros de su ciencia, alas para que se remonten del polvo de la vulgaridad a las regiones de la luz, podrán aspirar al agradecimiento de la sociedad y al áureo título de civilizadores.

En este papel, Nebrija nos invita a todos a la imitación. En la interminable cadena de las jerarquías sociales, todos podemos ser maestros y servir de guías a alguno de nuestros conciudadanos. Si cada español llevara en sus adentros el acicate del progreso cultural y social, es indudable que la ciudad y la campiña, el taller y la oficina, la mansión señorial y la humilde cabaña se convertirían en escuela, y cada ciudadano iría dejando en su vida un reguero de luz, que en pocos años devolverían a nuestro país los envidiados tiempos del siglo de oro, en cuyos umbrales, hace cuatro siglos, resplandeció Nebrija.

Enseñar, civilizar, elevar el nivel moral y el valor profesional de nuestro pueblo, es el mejor homenaje que podemos hacer a los hombres inmortales, que del caótico reinado de los Trastamaras sacaron a la luz de un sol sin ocaso la España del siglo XVI.

M. HERRERO GARCÍA.

San Sebastián, 27-VIII-922.

PALABRAS DE GRATITUD Y ADMIRACIÓN

pronunciadas por el Coronel de Lanceros de Villaviciosa, D. Francisco Merry y Ponce de León, en la noche del homenaje al eximio humanista Don Antonio de Nebrija, en el teatro de este pueblo.

SEÑORAS Y SEÑORES:

GRATITUD, y muy grande, es la que siento hacia este digno Alcalde y querido amigo, que me invitó a este solemne acto.

El insigne hijo de este pueblo Antonio de Nebrija se sentirá orgulloso de haber nacido en él; desde la región de la inmortalidad verá cómo no olvidan sus relevantes méritos y el gran bien que, por la civilización, hizo con su preclaro talento y excelsas virtudes los hijos de Lebrija.

Hermosa velada en su honor; a ella han asistido ministros del Señor y ex ministros de la Corona, abogados de fama en España y elocuentes oradores; el sabio Rector de la Universidad Hispalense; humildes sacerdotes, que visten el mismo hábito que el gran Cardenal Jiménez de Cisneros; elegantes y preciosas muchachas, que han realizado con gran maestría el arte de Mozart y Beethoven; y este conjunto tan selecto ha cautivado, durante seis horas, la atención de un numeroso auditorio, en el que estaba representado todo Lebrija.

El primero que ha sentido una admiración entusiasta he sido yo, que precisamente he venido vestido de uniforme, porque éste está honradísimo cuando se encuentra entre vosotros y contempla este acto de cultura y de virilidad de la raza, que sabe conservar el recuerdo del hijo noble y preclaro que vió aquí la luz primera.

Señores: Admiración, y muy grande, siento en este momento, y sobre todo hacia vosotras, señoras y madres españolas; vosotras que tenéis el heroísmo aún más grande que el de aquellas madres que vieron sucumbir a sus hijos, los conquistadores de las Américas; que aquellas otras, que fueron las madres de nuestros héroes de la Independencia, porque ellas hacían el sacrificio de sus hijos por su Patria, pero lo hicieron con gloria y por ella les compensaba; pero vosotras, en estos días pasados de Anual y Monte Arruit, sólo supísteis, en lacónico telegrama, que el fruto de vuestras entrañas «había desaparecido», y con vuestra fe en Dios, heredada de sus mayores, caísteis de rodillas ante la imagen de la Virgen que tenéis en la mesa de vuestra habitación o colgada de la cabecera de vuestra cama, y les decíais: «Madre mía, mi hijo lo mandé al servicio de mi Patria, y ha desaparecido, ¡qué es esto!» Y esa misma fe y el valor heroico del sacrificio, que es el vuestro, os hacía derramar lágrimas de dolor, pero, como españolas, al mismo tiempo se lo ofrecéis a la Virgen, vuestra Madre, y por España os resignáis.

Termino, y oid este himno a Lebrija, en el cual vibran en sus notas el espíritu de la Patria chica, para decir todos: ¡Viva España!

Francisco Merry y Ponce de León.

DISCURSO

DEL MANTENEDOR

D. JOAQUIN HAZAÑAS Y LA RUA

RECTOR DE LA UNIVERSIDAD DE SEVILLA

EN HONOR
DE ANTONIO DE NEBRIJA

Me habéis invitado a venir a esta hermosa villa, que tantas veces visité en mi juventud y en la que tantos y tan buenos amigos conté, los más de los cuales han rendido ya a la muerte el común tributo. Era para mí muy grato volver a esta bella población que, cual un faro en las orillas del mar inmenso, se asienta majestuosamente en el borde del gran estuario bético; era tentadora, para mí, la idea de admirar de nuevo estos lugares, donde se levanta esa portentosa iglesia de Santa María de la Oliva, cuyas innúmeras bellezas me son familiares, donde se alza esa esbelta y gallarda torre que un galano escritor ha llamado recientemente «notable espejismo de la Giralda, a través de la marisma luminosa», y donde las ruinas de un castillo, por las que tantas veces trepé, pregonan aún su antigua importancia militar; me complacía sobremanera poder evocar antiguos recuerdos de cosas que, unas están en el mismo ser y estado en que yo las conocí, otras se han transformado y alguna ha desaparecido; como aquella deformada y maltrecha estatua que yo alcancé a ver antaño en la esquina de vuestra casa consistorial, y a la que, por análoga razón a la que valió a otra estatua sevillana el dictado de «el Hombre de piedra», llamó aquí el vulgo «María la Marmoleña», y que retirada a instancias de varios amantes de las antigüedades al interior del edificio, volví a encontrar, al cabo de algunos años, en el Museo Arqueológico de una provincia limítrofe, con evidente infracción de las leyes y en perjuicio del Museo de Sevilla, al que correspondía, caso de no conservarse aquí, como era razón.

Me honráis ofreciéndome un puesto en estas fiestas que consagráis a la memoria de quien fué en Bolonia compañero y Rector de Maese Rodrigo, el fundador de la Universidad hispalense, escuela que se honró contando como a su escolar y Doctor de su claustro al agustino Fray Marcelo de Lebrija, hijo del Alcalde de Corte, Sancho, y nieto del gramático Antonio, y para quien, como yo, es hijo de aquella Universidad, y ha llegado, siquiera sea sin méritos para ello, a su rectorado, ya comprenderéis cuán grato ha de ser asociarse en su nombre y con su representación a esta solemnidad. Mas no os habéis contentado con invitarme, aun sabiendo lo grata que había de serme la aceptación, me habéis forzado a aceptar, valiéndoos para ello de mi imposibilidad de negarme al requerimiento que en vuestro nombre me hicieran, quien, habiendo sido mi compañero de estudios, traía a mi memoria los dulces tiempos, ya, por desgracia, harto lejanos, de la adolescencia, y quien, por haber sido mi discípulo, me recordaba tiempos más cercanos y me hablaba en nombre de otras generaciones, a las que debo no poco de cuanto soy, y con las que he estado y estoy íntimamente identificado.

Y he aquí la razón de mi presencia en este lugar y de las pocas palabras que he de deciros en honra del insigne maestro Antonio de Nebrija.

* * *

Venir a Lebrija a daros noticias del más eximio de vuestros paisanos sería como pretender «llevar lechuzas a Atenas», que decían los antiguos; intentarlo siquiera parecería vana y ridícula pretensión, después de los importantes trabajos, más o menos extensos, pero todos ellos interesantísimos, de Don Juan Bautista Muñoz, en el siglo XVIII; de mi sabio maestro don Emeterio Suaña y Castellet, en el XIX, y de mi docto compañero don Pedro Lemus y Rubio y mi querido amigo don Felipe Cortines y Murube, en la presente centuria. Mas, no obstante ello, si del Nebrisense he de hablaros, forzoso me será referirme a algunas circunstancias de la vida del eminente renacentista español, e interesa a mi propósito consignar, como lo hago, que no intento trazar su biografía.

* * *

El esplendoroso renacimiento de las artes y de las ciencias realizado en la décimotercia centuria, el siglo de la propagación del papel, de las Universidades y de las sumas, decaía rápidamente, y cuando parecía que Europa había de volver a la obscuridad intelectual de tiempos anteriores, asoma por Oriente el alborear de un nuevo sol, que había de llevar luz a las inteligencias, claridad a las lenguas, elegancia a la expresión, belleza y gracia a las artes. Los sabios que del caduco y agonizante imperio griego emigraban al Occidente de Europa, aportaron a ella un tesoro de ciencia y de inspiración e iniciaron ese gran movimiento que conocemos con el nombre de renacimiento del siglo XV, que culmina con el descubrimiento de la imprenta, y que no

fué ni mayor ni más importante que el realizado dos siglos antes, aunque a primera vista pueda parecer lo contrario, efecto, acaso, de la menor distancia a que lo consideramos. En este renacimiento, como en el anterior, Italia, por su posición geográfica más cercana que la de pueblo otro alguno al imperio de Oriente, así como por haber sido el centro de la gran civilización romana, caminó a la cabeza del resto de Europa

No sin razón un ilustre prelado español, deseoso del mejoramiento intelectual de su patria, había edificado y dotado espléndidamente allí, en una ciudad de los Estados Pontificios, en Bolonia, Sede del derecho romano, desde la restauración de su estudio, un magnífico Colegio, dedicado exclusivamente a los naturales de nuestra nación, y que aún es conocido con el nombre de Colegio de San Clemente, de los españoles, o Colegio español de Bolonia. Las becas de este Colegio se proveían unas, las menos, por los parientes del fundador D. Gil Carrillo de Albornoz; otras, las más, por los Cabildos de las Catedrales españolas, en que aquel Cardenal había gozado beneficios, que eran muchas, y allí, gracias a la munificencia del egregio dotador, pudo ir a instruirse la flor de la juventud española, merced a lo que, no solo no decayó nuestro prestigio intelectual, sino que, en muchas ramas del saber, nos adelantamos a otras naciones. Allí podían estudiar los pobres, que es el gran resorte para el desenvolvimiento cultural de un pueblo, y acaso alguna culpa tenga el encarecimiento actual de los estudios, de que no estemos en este punto a la altura que debiéramos. A ese Colegio español de Bolonia fué, entre otros, en 1460, un adolescente nacido en esta villa de Lebrija, hijo de Juan Martínez de Cala e Hinojosa y de Catalina de Xarana y Ojo, llamado Antonio, y que había de ser, andando los tiempos, como hemos de ver, el Antonio, por antonomasia, de nuestra patria.

Tuvo allí por compañeros a hombres eminentes, como el Maestro Epila, a quien hoy veneramos en los altares con el nombre de San Pedro de Arbués; a Martín García, Obispo, más tarde de Barcelona; y a un Maestro en Artes y Teología, cuyo nombre no podemos pronunciar sin veneración y respeto los que hemos tenido la dicha de estudiar en su fundación a Rodrigo Fernández de Santaella. Los méritos de Antonio, lo elevaron muy pronto al rectorado de aquella escuela, que proveía sus cargos por elección de los escolares, según la usanza española.

Siguiendo la costumbre de todos los Colegios mayores, nacionales y extranjeros, según la cual los colegiales dejaban sus apellidos familiares para usar el del lugar en que habían nacido, Antonio dejó de llamarse Cala y adoptó el nombre de su villa natal, si bien por algo que en su alma había arraigado muy hondamente desde su niñez, lo latinizó, y en vez de llamarse de Lebrija, se dijo siempre Antonio de Nebrija.

Cumplidos sus ocho años de colegial y dos más que residió en tierras italianas, regresó a la patria y Sevilla fué el primer lugar de su residencia. Tiene el Nebrisense en su vida muchos puntos de contacto, una muy íntima conexión con la gran metrópoli andaluza, no sólo por haber nacido aquí, en pleno reino sevillano, en la región de el que, en su más antigua división territorial después de la reconquista se llamó «la banda morisca», sino por sus varias residencias en aquella ciudad y

por su magisterio, continuado allí por sus discípulos, que hizo de la cátedra de latinidad de la Catedral sevillana un foco brillante, cuya luz irradió por toda Andalucía.

Al regresar Antonio de Italia, provisto ya de las armas con que había de pelear en su proyectada empresa, encontró la protección del prelado hispalense D. Alonso de Fonseca, el tío, o el viejo, como se le llama comunmente para diferenciarlo de otro su homónimo y sobrino, Arzobispos que fueron ambos de Sevilla y de Santiago. Gozando renta eclesiástica, residió Nebrija entonces tres años en la capital de Andalucía, donde logró las primicias de su magisterio un sobrino de su protector, aquel joven D. Juan Rodríguez de Fonseca, que al correr del tiempo había de ser primer Provisor de Granada, al conquistarse la ciudad y erigirse el Arzobispado, Canónigo, Arcediano y Deán de Sevilla; Obispo de Badajoz, Córdoba, Palencia y Burgos; Arzobispo de Rosario, para quien se creó el Patriarcado de las Indias, primer Presidente del Consejo de Indias, en cuyo descubrimiento tanta parte tomó y que sólo dos años había de sobrevivir a su maestro, hombre que, al decir de Fray Antonio de Guevara, era «muy macizo cristiano y prelado muy desabrido», y al que Nebrija dedicó su *«Segmenta ex Epistolio.»*

Fué este primer magisterio sevillano como un ensayo de más altas empresas: fué como una escaramuza previa de más recias batallas, ya que el mismo Antonio nos dice que donde hizo sus primeras armas fué en Salamanca, a donde la muerte de su protector Fonseca le obligó a marchar, ciudad cuya Universidad era la más famosa de las españolas. Allí casó, tuvo hijos y residió doce años, hasta que en el Maestre de Alcántara, Don Juan de Zúñiga, encontró otro protector que mejorara su situación.

Tal vez de paso para esta villa, o de regreso de ella, estuvo nuevamente Nebrija en Sevilla en 1490, quedándonos como testimonio de ello un poema, escrito con ocasión de una boda regia que allí presenciara y que tuvo lugar en esa fecha. Ocho años más tarde, en 1498, encontrándose nuevamente en la capital de Andalucía, solicitó y obtuvo permiso del Cabildo Catedral para explicar públicamente en la desaparecida capilla de la Granada del «corral de los naranjos», del templo metropolitano; pero tampoco su permanencia debió ser muy larga en la ciudad Sospecho que hubo de ir a Sevilla nuevamente, en 1504, con su espléndido Mecenas Don Juan de Zúñiga; pero éste prelado, nombrado Arzobispo de Sevilla en 1503, sólo residió en la capital de la diócesis desde 13 a 17 de Mayo de 1504, es decir, cinco días, falleciendo en Guadalupe el 26 de Julio del mismo año; mas en ese intervalo recibía el Cabildo Catedral carta del Arzobispo, que suscribía Antonio de Nebrija, ostentando el cargo de secretario de aquél.

Aún residió el Nebrisense en Sevilla nueve años más tarde, o sea en 1513, en ocasión en que, por fallecimiento del bachiller Juan de Trespuentes o Tripontano, ocurrido en 20 de Enero, estaba vacante la cátedra de Gramática del colegio catedralicio de San Miguel, la que por breve tiempo hubo de desempeñar nuestro Antonio. Su estancia y su magisterio en esta fecha son innegables, ya que no sólo lo afirma

quien, como Cristóbal Núñez, alcanzó a conocerlo, sino que poseemos un libro de Nebrija, la *Relectio nona de accentu latino*, explicada en Salamanca el 11 de Junio de este año, terminada de imprimir en Sevilla el 23 de Octubre, y en el que se leen estas terminantes palabras: «*Ex impressione hispalense eodem Antonio formas castigante*», es decir, corregida en los moldes por el mismo autor; mas su estancia fué tan corta, que a fines de Noviembre se encontraba ya en Alcalá de Henares, donde regenteaba una cátedra en su naciente Universidad, y en aquella población residió hasta su muerte, ocurrida en 3 de Julio de 1522.

Las obras de Nebrija han ejercido una influencia decisiva en la cultura española, como demuestra el crecido número de sus ediciones, cuya bibliografía es obra difícil de completar, y eso que hoy tenemos la dicha de contar con el magistral trabajo de mi docto amigo, compañero y paisano don Pedro Lemus y Rubio, titulado por él, modestamente, *Notas bibliográficas*. Del estudio de estas obras dedúcese el vasto saber del Nebrisense en las ciencias sagradas y profanas; su conocimiento profundo de las lenguas hebrea, árabe, griega y latina, y de sus respectivas literaturas; la riqueza de su caudal de voces de la lengua castellana, de la que hizo gramática y vocabulario; su competencia pedagógica, que revela el libro *De la educación;* su asombroso conocimiento del Derecho romano y patrio y su admirable disposición para la Historia, desde la genealógica a la general.

Fué un verdadero polígrafo, y sobresalió en todas las disciplinas que cultivó; pero, entre todos sus libros, hay uno en el que se han doctrinado innúmeras generaciones españolas. Es libro pequeño, pero la importancia de los libros no se mide por su magnitud; pequeño, pequeñísimo, es el *Compendio de la Doctrina Cristiana,* y no ha sido superado por ningún otro; la importancia de los libros depende de la transcendencia de su contenido. La obra a que me refiero es el *Arte de la Gramática*, el «Arte de Antonio», o simplemente el «Antonio», como nuestros escolares le llamaban. Berganza, uno de aquellos dos canes inmortalizados por el «manco sano» en el *Coloquio de los perros*, se vanagloriaba diciendo «que más de dos Antonios se empeñaron o vendieron para que yo almorzase», dejándonos elocuente testimonio de que el Antonio por antonomasia fué entre nuestros mayores el Nebrisense y de que con el nombre de Antonio se designaba su *Arte de la Gramática,* atestiguándonos de paso que, ya en las postrimerías del siglo XVI, como hoy, los escolares vendian o empeñaban los libros para dar de comer a su perro, cuando no para menos inocentes pasatiempos.

Cuando Antonio de Nebrija, con sus catorce o quince años, fué a cursar a Salamanca, la enseñanza de la lengua latina y la lengua misma estaban grandemente corrompidas en nuestra patria. El mismo Antonio, haciendo justicia a sus maestros, reconoce que eran hombres de gran saber, pero agrega que «en dezir sabían poco», y esto le hizo emprender su magna obra, que fué, no obstante haber realizado tantas y tan admirables, la de «restituir en la posesión de la tierra perdida los

autores del latín que andaban, muchos siglos había, desterrados de España». Hizo en Italia, durante diez años, caudal de buenas armas para la gran batalla que contra la ignorancia había de librar; después, con ración segura y renta fija, gracias a la munificencia del prelado hispalense, preparóse en Sevilla para el manejo de aquellas armas, ordenando sus conocimientos, como general que sitúa sus soldados, para valerme de su frase, y dirigiendo sus huestes contra el castillo roquero del Estudio Salmantino, «el más lucido de España y por consiguiente de la redondez de todas las tierras», como él mismo dijo, porque pensaba, y pensaba bien, que tomada aquella fortaleza se le rendirían todos los otros pueblos de España, realizó, en doce años que fué allí catedrático, una verdadera revolución en los estudios clásicos de nuestra patria, mediante sus sabias explicaciones y sus dos admirables primeras obras gramaticales, mereciendo que alguno de sus más ilustres discípulos de esa época dijese de él, más tarde, que así como Orfeo sacó, con el sonido de su lira, a Euridice del Infierno, así nuestro Antonio había resucitado en España la lengua latina y letras de humanidades, harto tiempo había desterradas de nuestro país. Pudo, pues, con razón Nebrija, gloriarse de haber sido el primero que abrió tienda de la lengua latina y de haber osado poner pendón para nuevos preceptos.

En eso del destierro de las humanidades y de la corrupción del latín, cupo a Sevilla mejor suerte que a otras poblaciones españolas, y los nombres de Pedro de Valdés, Diego de Lora, Juan del Consistorio, Juan de Trigueros y Juan de Trespuentes, maestros todos de latín en la cátedra catedralicia de aquella ciudad durante la vida de Antonio, y elegantísimos poetas latinos, son de ello buena prueba. Cupo a Sevilla la honra de que en ella se imprimiese, en 1490, dos años antes de publicar Nebrija su Diccionario, el primer libro de esta índole que tuvimos en España, el «Universal vocabulario en latín y en romance», de aquel portentoso cronista Alonso de Palencia, y no es para echado en olvido que en Sevilla vivía, desde 1482, cuando menos, aquel Maese Rodrigo, educado con Antonio en Bolonia, que escribía elegantes odas latinas en laude de la Virgen, que traducía a Marco Polo, Pogio Florentino y San Bernardo, de latín a romance, y al apóstata Juliano y a San Basilio, el Magno, del griego al latín y del latín al castellano y que en 1499, es decir, siete años después de publicado el Diccionario del Nebrisense, imprimía en Sevilla su «*Vocabularium Ecclesiasticum*», no inferior a aquel, y primero que tuvimos en España de ciencias eclesiásticas, cuyo mérito puede resumirse con decir que obtuvo en menos de dos siglos setenta y siete ediciones, éxito superado por muy contados libros españoles. Mas sobre todo ello, tuvo Sevilla la suerte de escuchar en tres ocasiones, de 1570 a 73, en 1498 y en 1513, si es que no fueron más, al insigne Nebrija, insuperable maestro en este linaje de conocimientos.

España, que nunca olvidó al benemérito gramático, no ha olvidado tampoco la fecha del cuarto centenario de su muerte. Alcalá de Henares, la villa universitaria del gran Cisneros, le ha dedicado memorable recuerdo. No sé lo que haya hecho en su honor Salamanca, pero si no ha hecho nada, ha pagado con negra ingratitud a quien escogió a su Uni-

versidad como candelero en que brillase la poderosa luz de su inteligencia. Sevilla, la Atenas andaluza, por medio de su Real Academia de Buenas Letras, ha abierto público certamen para premiar el mejor «Estudio biográfico crítico de Antonio de Nebrija y sus obras.» Lebrija, patria del gran polígrafo, honró de muy antiguo la memoria de su ilustre hijo con la fundación de una cátedra de latín que perpetuase su preclaro nombre, y que por fortuna aún perdura y está en las doctas manos de persona a quien no alabo como merece, por no lastimar su modestia, porque fué mi compañero en las aulas sevillanas, y porque nuestra Universidad le confirió, en honrosa oposición, el cargo, y por todo ello pudiera parecer no desinteresado mi elogio; en la ocasión presente su Ayuntamiento coadyuva al Certamen de la Academia Sevillana, ofrece editar la obra premiada en el mismo, y orna la fachada de la casa consistorial con artística lápida conmemorativa; la villa entera celebra los solemnes actos a que asistimos esta mañana, este en que nos encontramos y los que han de seguirle. Lebrija, como madre amorosa, no se ha olvidado del hijo insigne, que tanta gloria le ha dado.

Hace treinta y cuatro años, en 1888, una benemérita institución sevillana, el Ateneo y Sociedad de Excursiones, anunció el primero de sus certámenes, para mí de muy grata racordación, y en él obtuvo el malogrado escultor sevillano Antonio Susillo, un premio por su proyecto de estatua a Antonio de Nebrija. No se si el boceto, hecho de fragil materia, habrá resistido la acción del tiempo, lo que si sé, con harta pena por cierto, es que el proyectado monumento no se ha alzado ni aquí ni en Sevilla, y el gran polígrafo, debelador de la ignorancia, regenerador de la cultura patria, no solo es digno de él, sino que merece una estatua en cada pecho español, que sienta y admire las glorias de la patria.

HE DICHO.

JOAQUÍN HAZAÑAS Y LA RUA.

SONETOS

LO QUE FIZO EL MAESTRO
ANTONIO DE NEBRIJA

(HOMENAJE EN LA CONMEMORACIÓN DE SU IV CENTENARIO)

I

Era siglo de gesta, de fazañas,
de valor inmortal, de fe sencilla...
Erase el siglo aquel que vió a Castilla
dilatarse y dar vida a dos Españas.

Eran fablas de asombro, por extrañas,
las fablas de portento y maravilla
que sonaban a endechas en Sevilla
y a romances de guerra en las montañas

Era la recia voz de un Arcipreste,
era el *¡Desperta ferro!* de la hueste,
y era dulzor y arrullo de paloma...

Porque el pueblo español, magno guerrero,
por forjar la epopeya con su acero
ni quiso escuela ni labró el idioma

II

Y viene el forjador, el soberano,
el artista que encauza con buen tino
el caudal del romance paladino
y la espuma del verbo mahometano.

Alarife genial, su diestra mano
pule y forma el lenguaje peregrino,
que tiene exaltaciones de divino
con el latir potente de lo humano.

Y ansí nace la fabla de gigantes,
el lenguaje inmortal. Dios lo prohija,
con el genio de bravos navegantes...

Flota sobre dos mundos, los cobija...
¡y allá van, como heraldos de Cervantes,
el Léxico y el Arte de Nebrija!

M. R. BLANCO BELMONTE.

ODA DE
ANTONIO DE NEBRIJA
A LEBRIJA

Salve, parva domus, pariter salvete Penate
Abque Lares ortus conscia turba mei.
Hic primum rosei vitales luminis auras
Carpsimus; hic nutrix ubera prima dedit;
Hic mihi nascenti primum risere parentes,
Vagitusque meos audiit iste locus;
Hic fuerunt cunae quae me mulsere jacentem;
Hic cecinit mater carmina dum vigilo.
Et collo patris onus hic praedulce pependi,
Et matris gremio sarcina grata fui;
Repsimus hic pueri, brevis hoec tulit area primum
Quadrupedem, teneras sustinuitque manus;
Hic primum steteram bipes et, crepitacula quassans,
Blanditias matris blaesaque verba tuli
Hic locus infantem paribus colludere vidit
Consequi et ancipite perdere sorte nuces.
Hic serta ludens equitavi in arundine longa,
Atque troquiscus erat maxima cura mihi.
Accipe me reducem per tanta pericula vectum,
Postque annos multos accipe me reducem;

Accipe me reducem neque dedigneris alumnum
Qui tibi magnus honor, gloria magna fuit.
Nec mihi succense, pietas patriaeque patrisque,
Quod genitale solum visere lentus eram,
Quodque tuo carui tam longo tempore vultu,
Qui mihi debuerat numinis esse loco.
Nam si complexu me detinuiset inertem
Dulcis amor patriae, dic, ¿quid uterque foret?
Illa quidem multos latuisset forte per annos,
Obscurumque esset nomen in orbe meum;
Litterulis vero nostris nunc vivit uterque
Et famam nobis saecula multa dabunt.
Idque peragrato tamtum sumus orbe secuti,
Dum profugi sequimur, quod didicisse juvat.
Si datur emerito Musis tranquilla senectus,
Nec properat Lachesis frangere saeva colos,
Quae genuit tellus, quae me tulit ubere largo,
Componet cineres excipietque meos.
Hic vitae portus, requies hic certa laborum;
Hic mihi defuncto dulce levamen erit
Hic mihi casta jacet mater pariterque sorores,
Quas immaturo funere mors rapuit.
Nam ¿quid ego, fráter, de te, carissime, dicam,
Qui bene pro Christi religione jaces?
Qui bene pro patria cecidisti, informe cadaver
Vulturibus saevis dans animumque Deo.
Hic ubi cum proavis et avis pater ipse jacebit;
Hic ubi permuxto pulvere tota Domus;
Ut quoniam vobis carus dum vita manebat,
Orbatus saltem lumine morte fruar.

NEBRISSA.

Himno a Lebrija

con motivo del cuarto centenario de la muerte de su preclaro hijo

el sabio humanista,

Antonio de Nebrija

Dedicado a su muy ilustre Ayuntamiento por el

Rvdo. P. Eusebio Quejo (O. F. M).

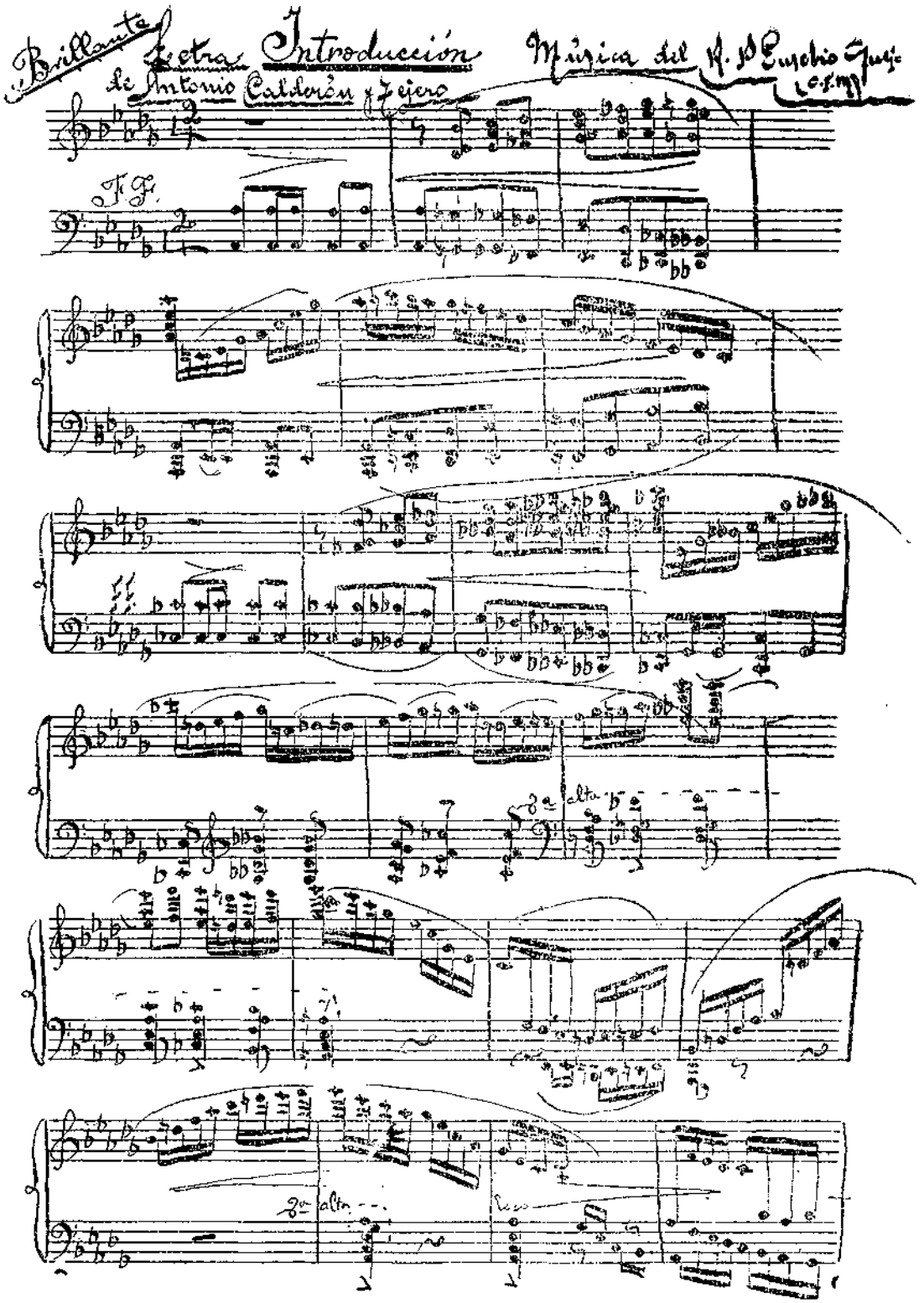
NOTA.—Este himno fué ejecutado a dos Pianos a cuatro manos y armoniums con un nutrido coro de voces.

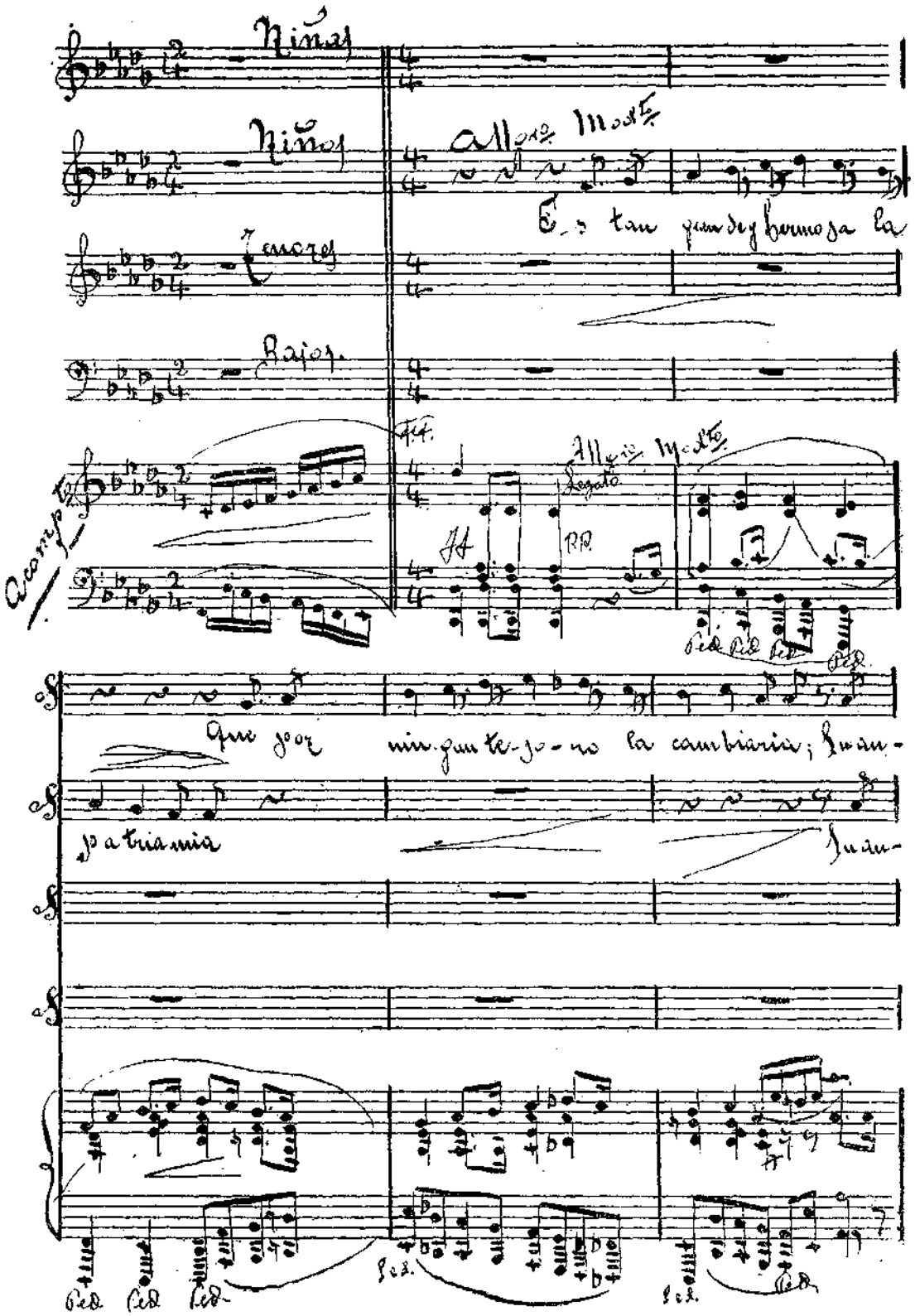
Lebrija, 17 de Septiembre de 1922.

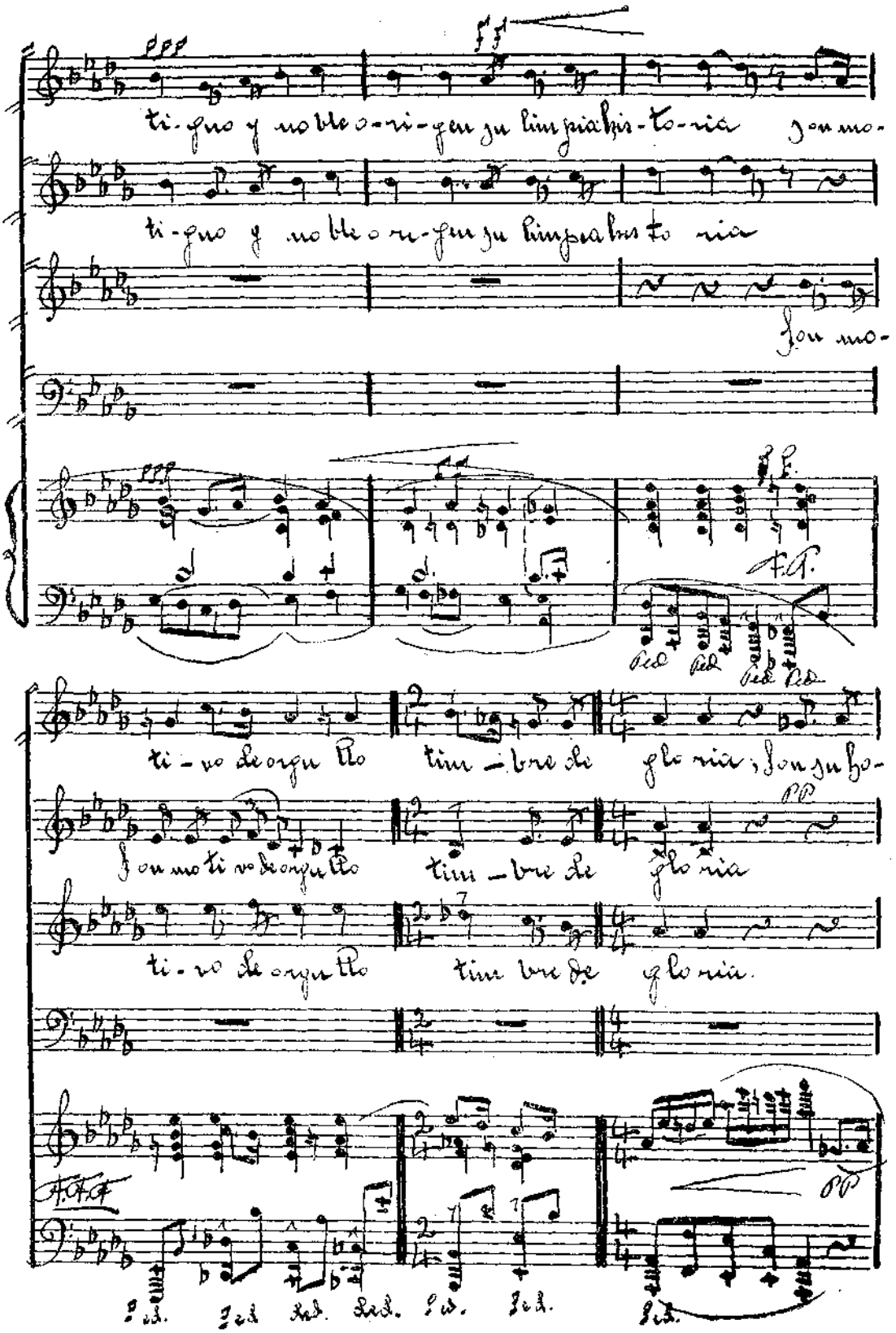
HIMNO

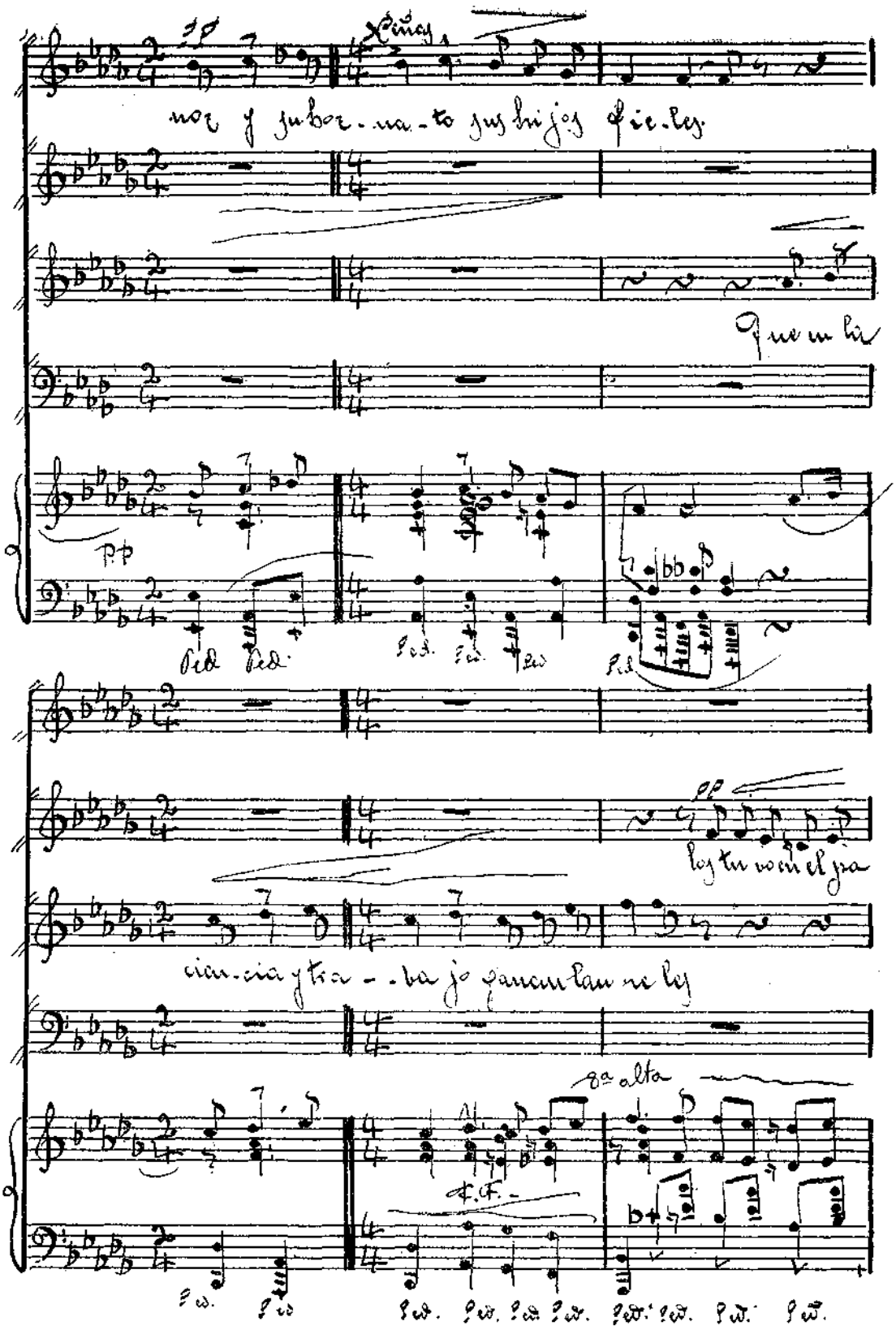
Es tan grande y hermosa la Patria mía
Que por ningún tesoro la cambiaría:
Su antiguo y noble origen, su limpia historia,
Son motivo de orgullo, timbre de gloria.
Son su honor y su ornato sus hijos fieles,
Que en la ciencia y trabajo ganan laureles:
Los tuvo en el pasado tan eminentes,
Que siempre serán guía de los presentes.
Su Parroquia, su Ermita, su Campanario,
De su fe religiosa son relicario;
Su vetusto Castillo, que al cielo alcanza,
Con el recuerdo infunde grata esperanza.
Su caridad nos muestra su Asilo regio;
Da a sus mujeres bellas su amor egregio;
Sus olivos de plata, sus lindas flores
Son las alegorías de sus amores.
Su campiña produce rojos trigales;
Son sus viñas estrofas de madrigales;
Sus inmensas marismas, que el Betis besa,
Son una viva imagen de su grandeza.
¡Que el amor a esta Madre siempre nos rija!
Cantemos entusiastas: ¡Viva Lebrija!

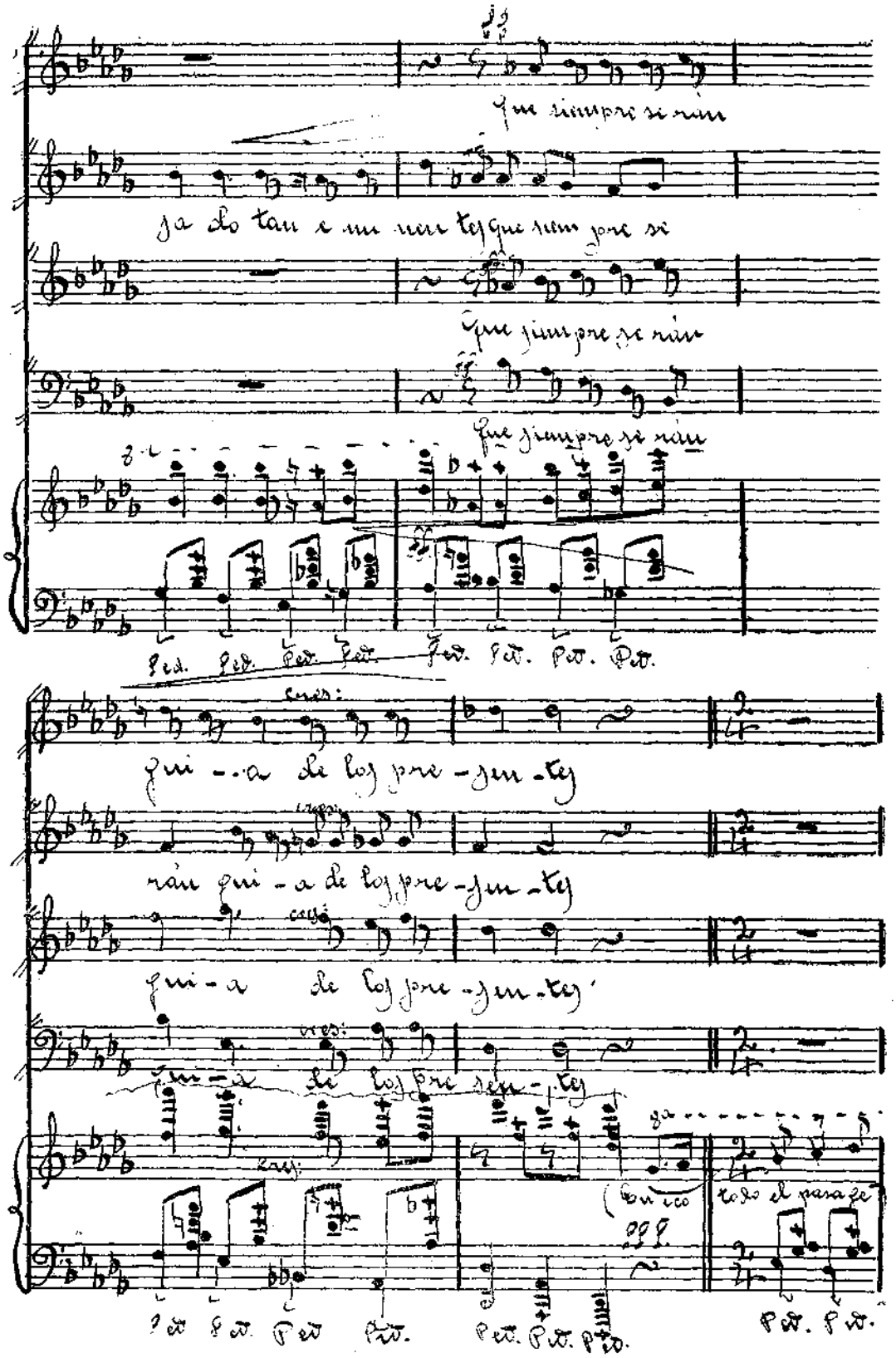
Antonio Calderón y Tejero.

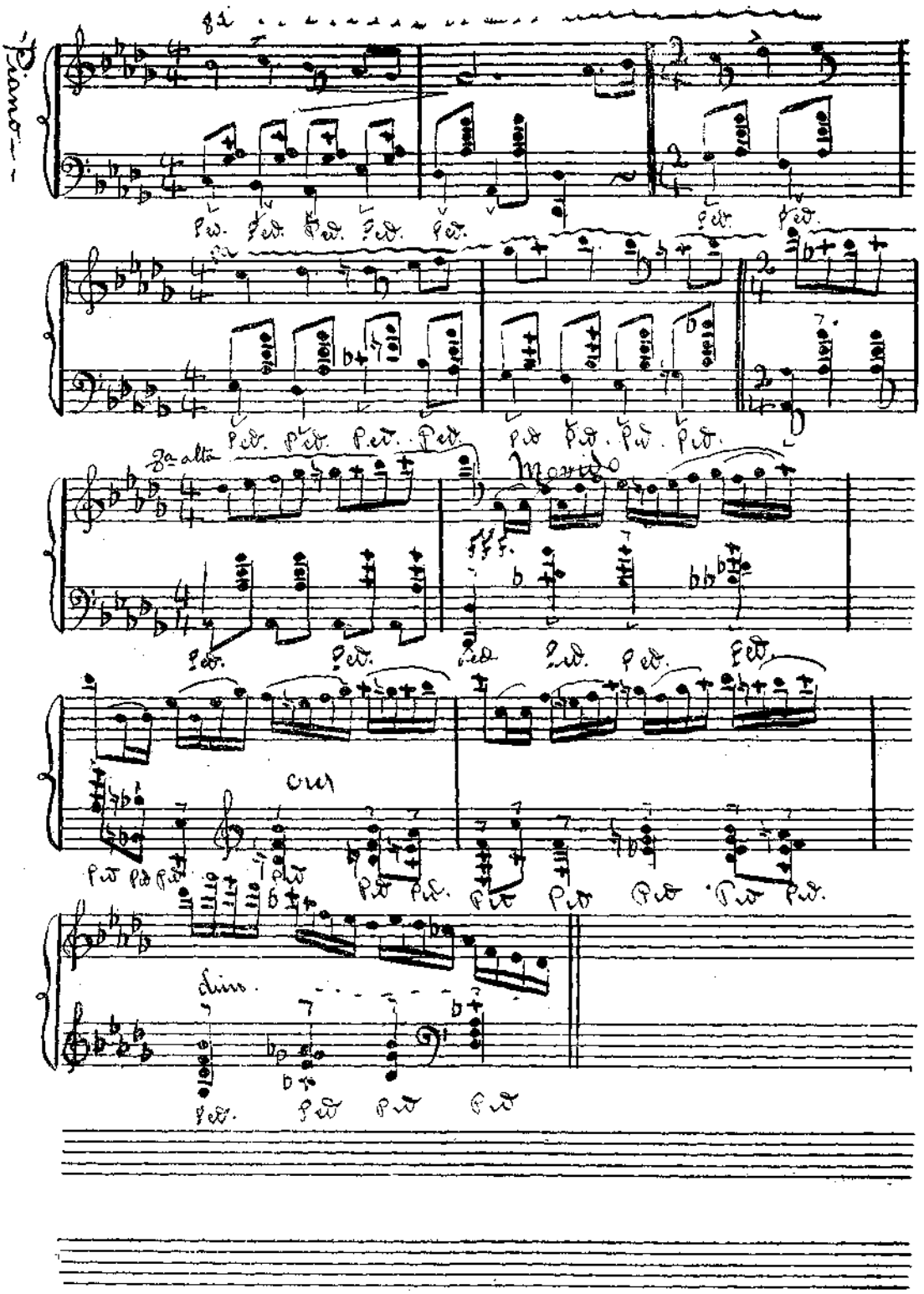

Brillante
Letra Introducción
de Antonio Calderón y Tejero
Música del
F. F.
8a alta
8a alta

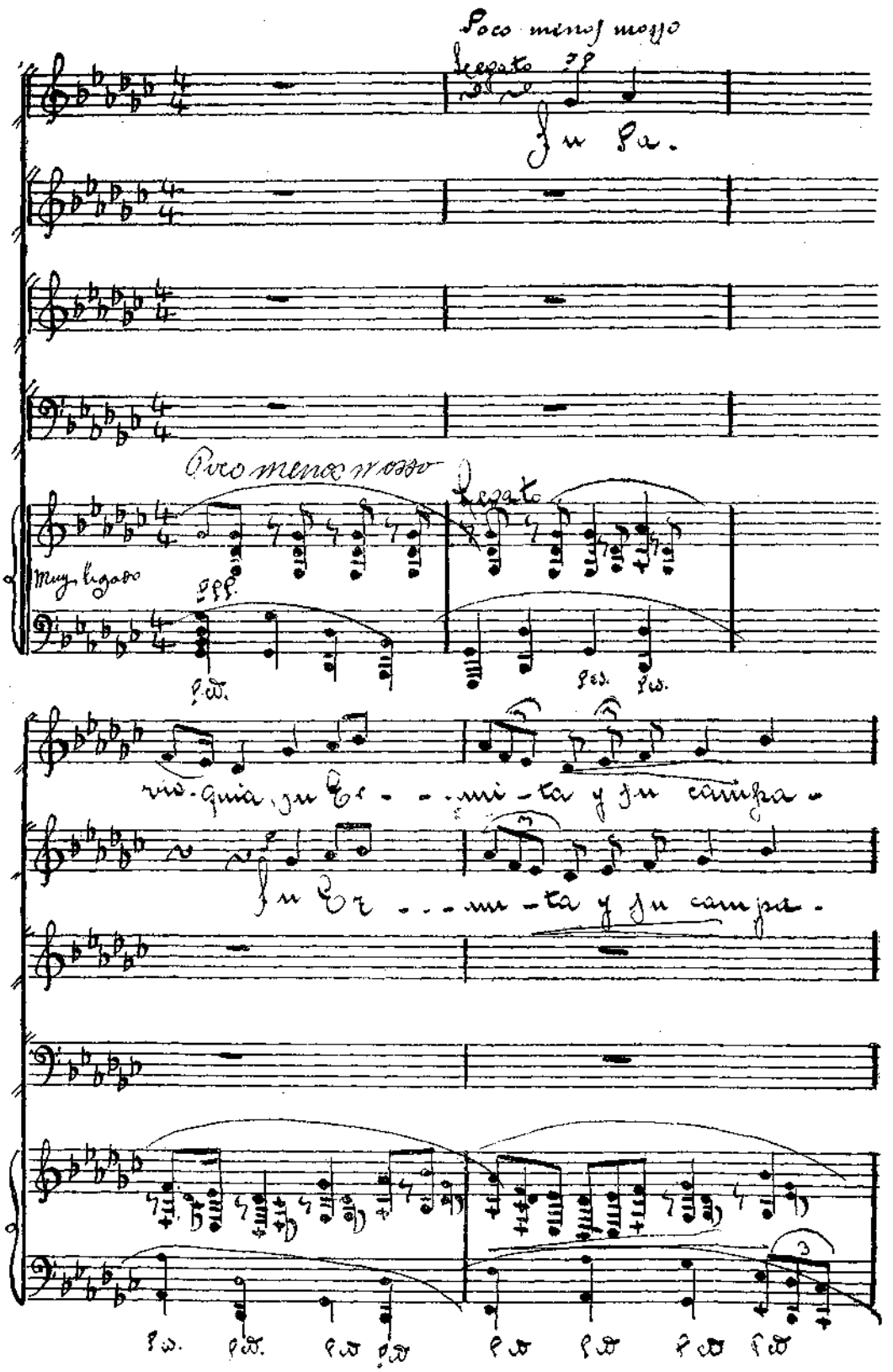

Niñas
Niños
Allegro Modto
Es tan grande y hermosa la
Tenores
Bajos
Acompto
Allegro Modto
Legato
Ped. Ped. Ped. Ped.
Que por ningun te-so-ro la cambiaria; Suan-
patria mia
Suan-
Ped. Ped. Ped.
Ped.
Ped.
Ped.

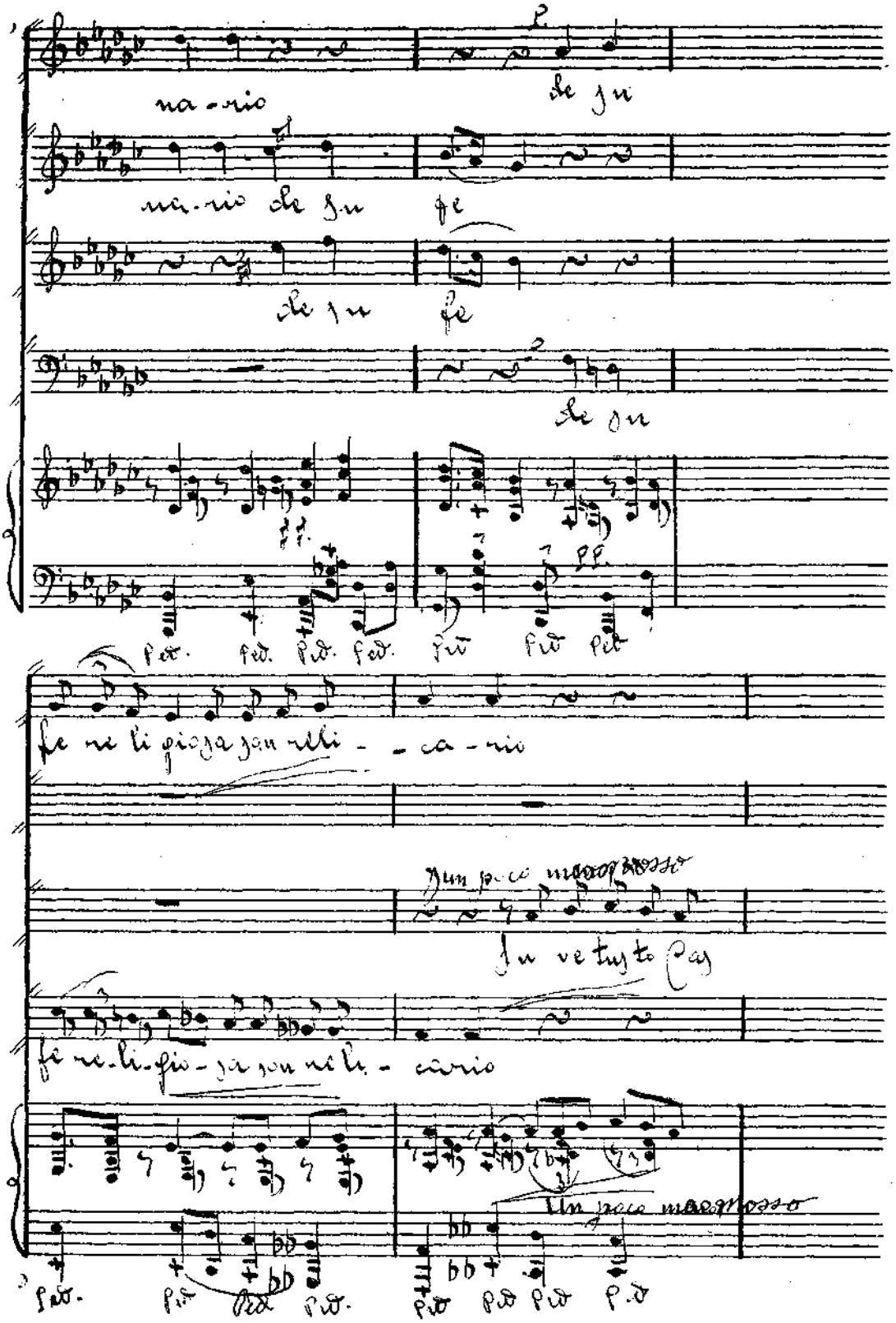

ti-guo y noble o-ri-gen su limpia his-to-ria Jon mo-
ti-guo y noble o-ri-gen su limpia his-to-ria
Jon mo-
ti-vo le orgu llo tim-bre de glo ria, Jon gu ho-
Jon mo ti vo le orgu llo tim-bre de glo ria
ti-vo le orgu llo tim bre de glo ria.

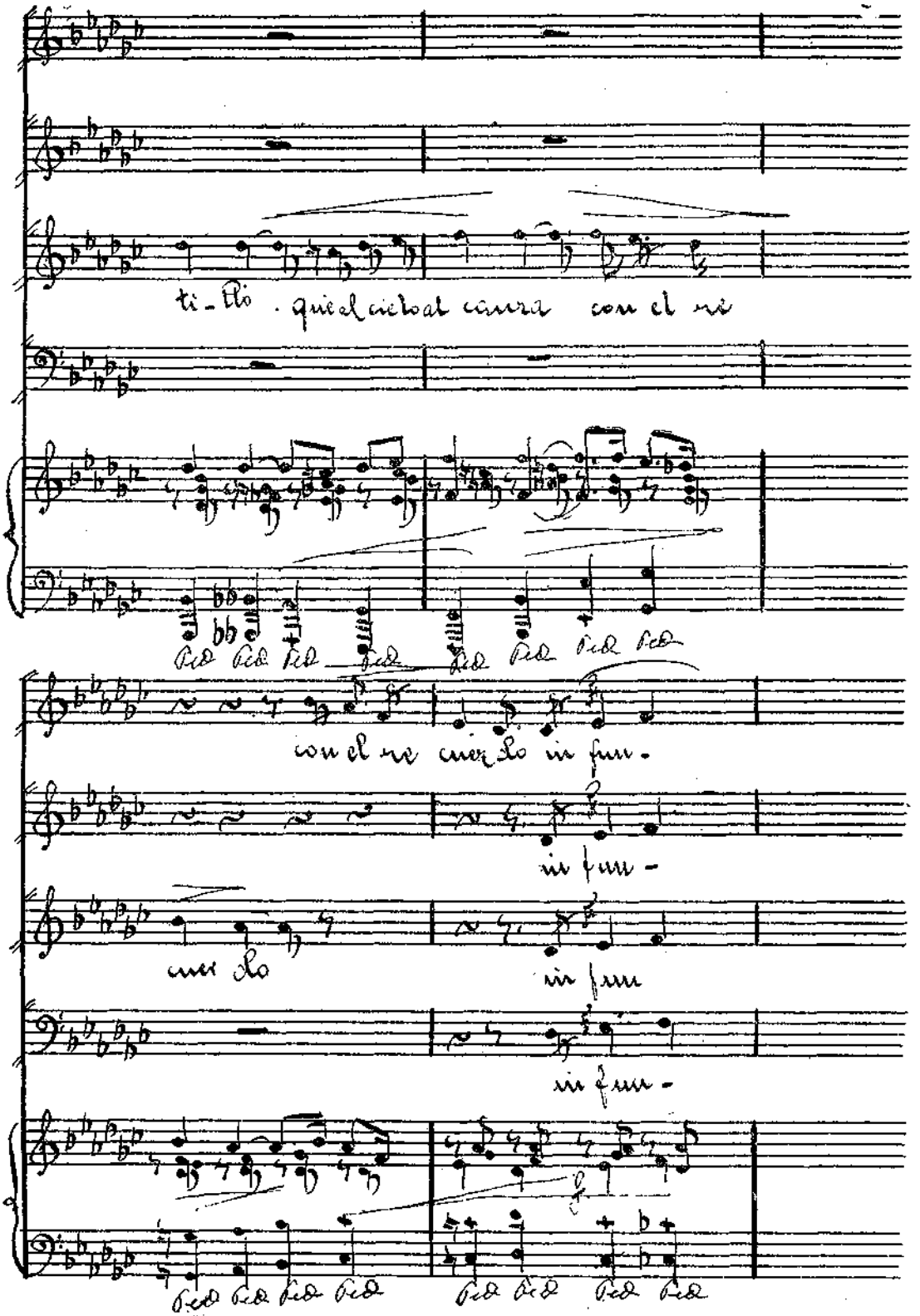

Niños
noz y subor-na-to sus hijos fie-les
Que en la
pp
Ped. Ped.
los tu vo en el pa
cien-cia y tra-ba jo ganan lau re les
8a alta
F.F.

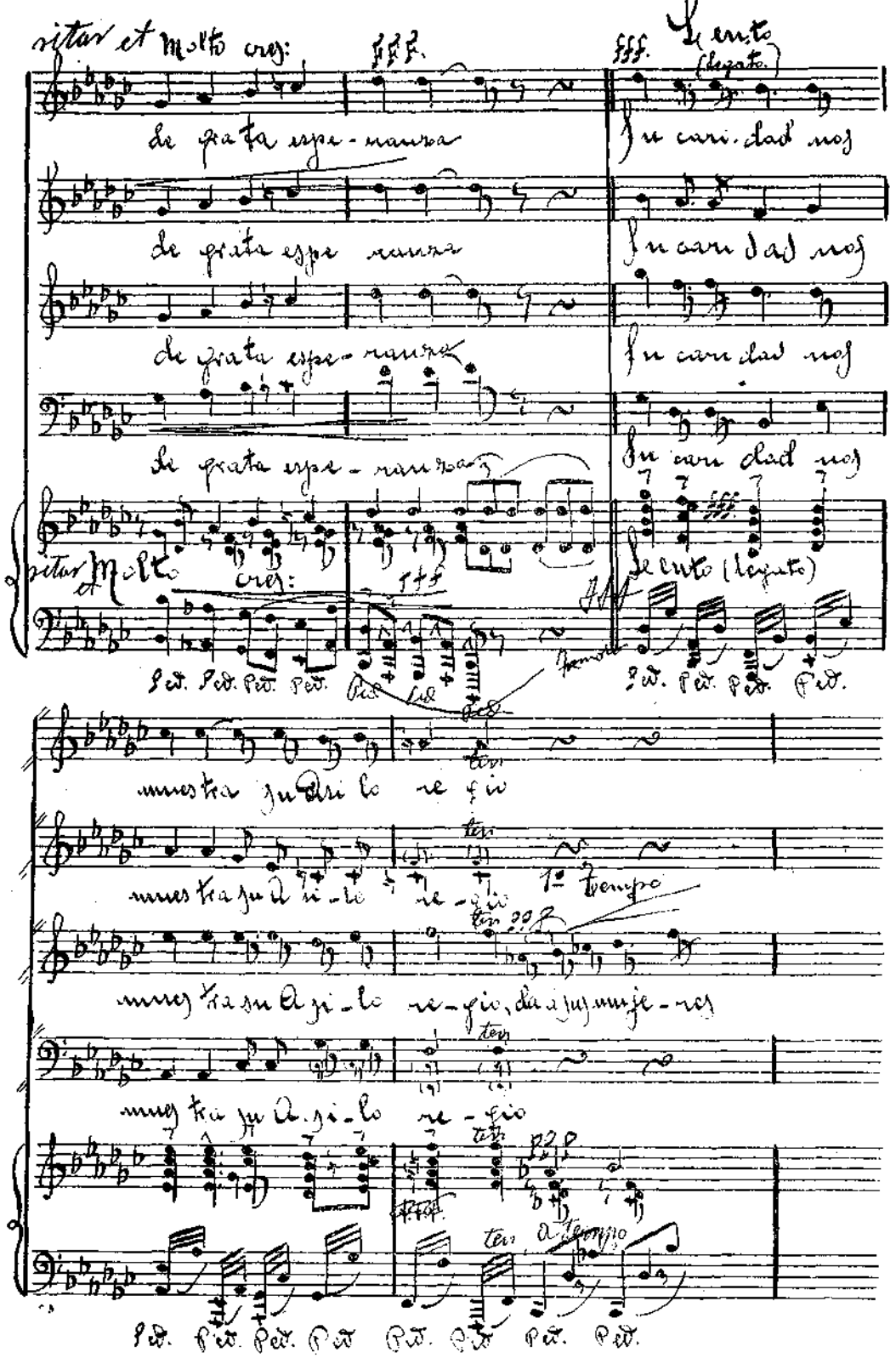

Que siempre se rán
ja do tan e mi nen tes que siem pre se
Que siempre se rán
Que siempre se rán
Ped. Ped. Ped. Ped. Ped. Ped. Ped. Ped.
cres:
qui - a de los pre - sen - tes
cres:
rán qui - a de los pre - sen - tes
cres:
qui - a de los pre - sen - tes
cres:
qui - a de los pre sen - tes
cres:
(En eco todo el pasaje
Ped. Ped. Ped. Ped. Ped. Ped. Ped. Ped. Ped.

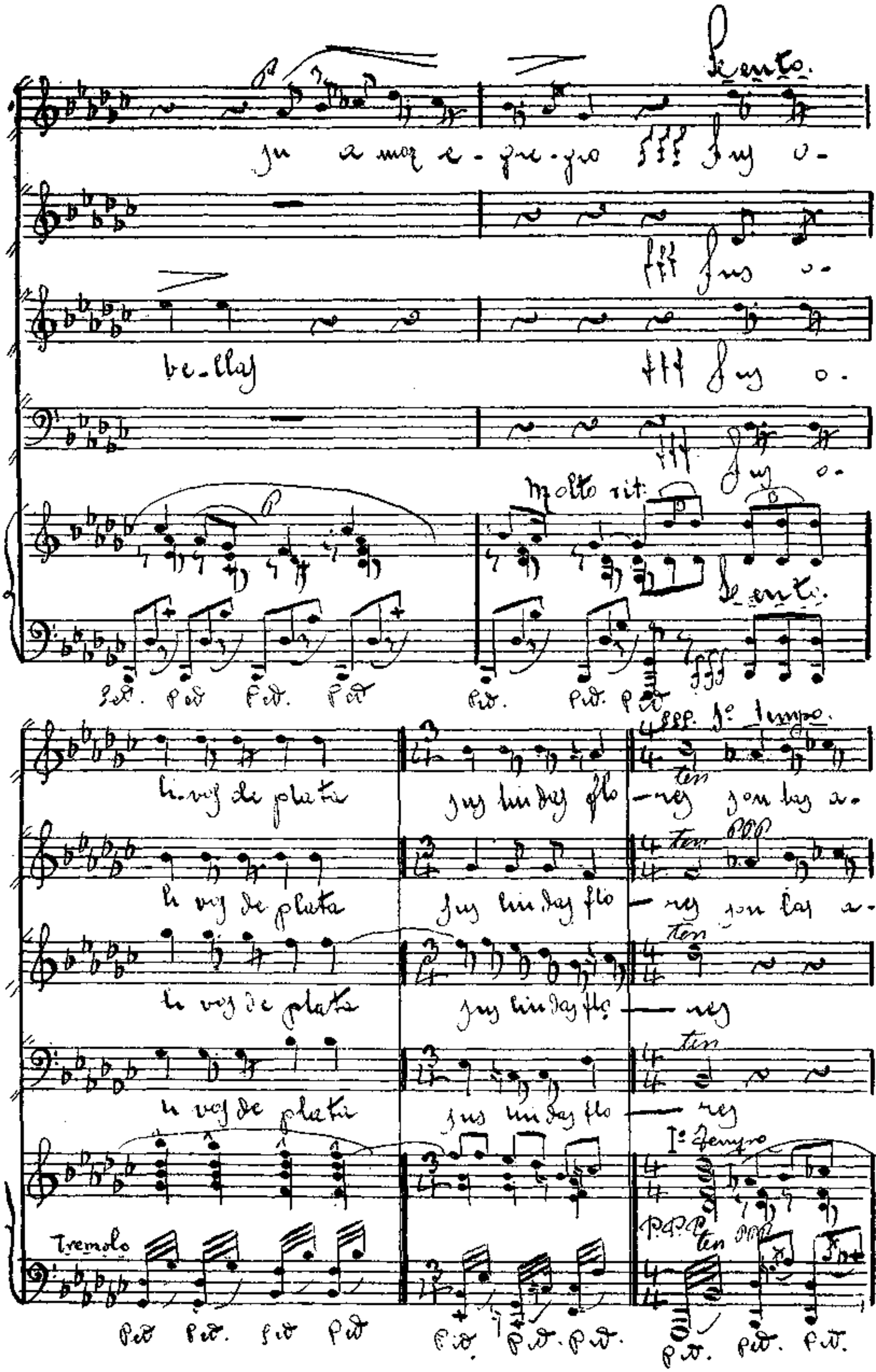

Piano
8a alta
Movido
cres
dim.

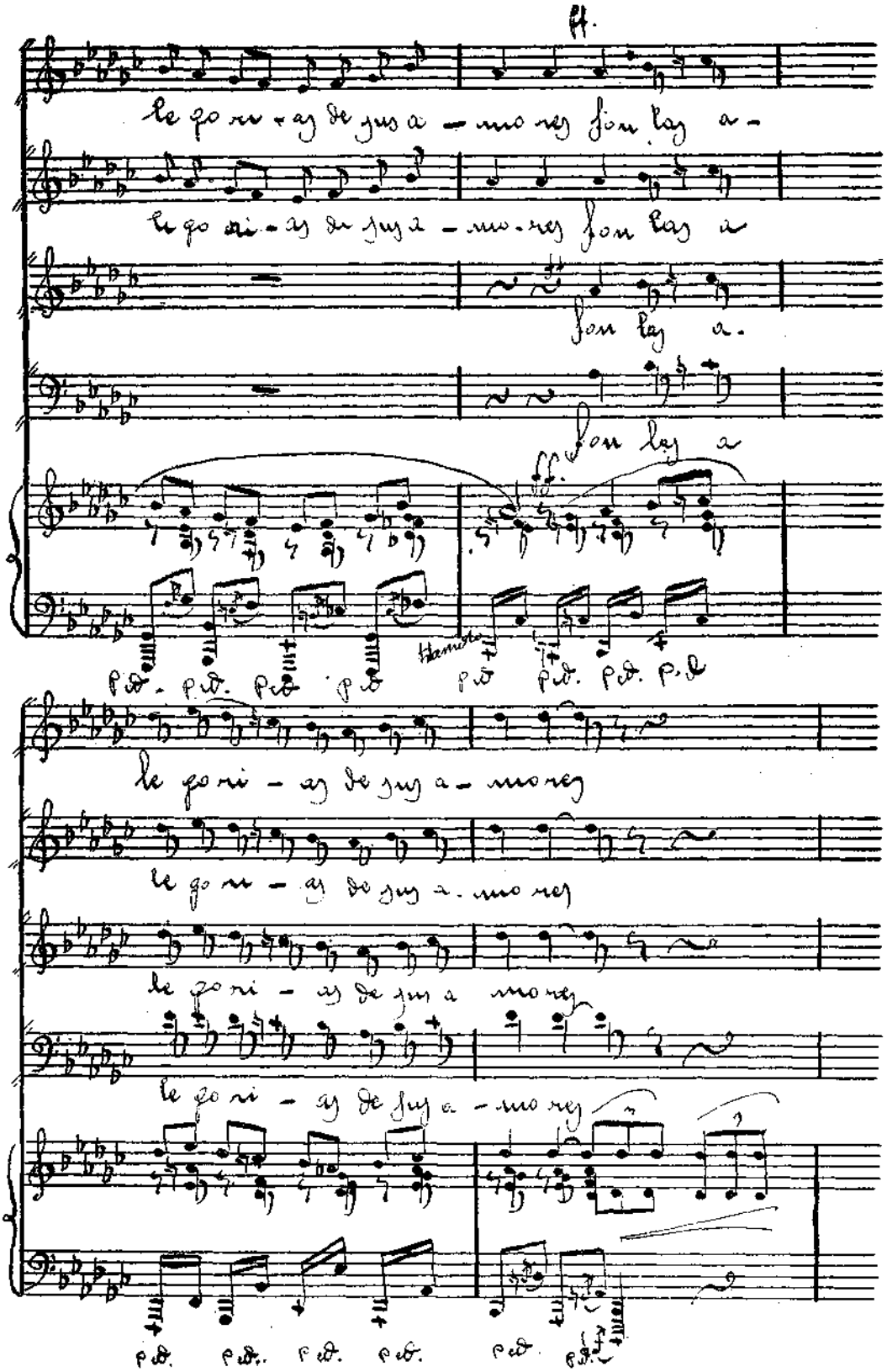

Poco menos mosso
Legato
Su Pa.
Poco menos mosso
Legato
Muy ligado
rio-quia, su Er - - - mi - ta y su campa -
su Er - - - mi - ta y su campa -

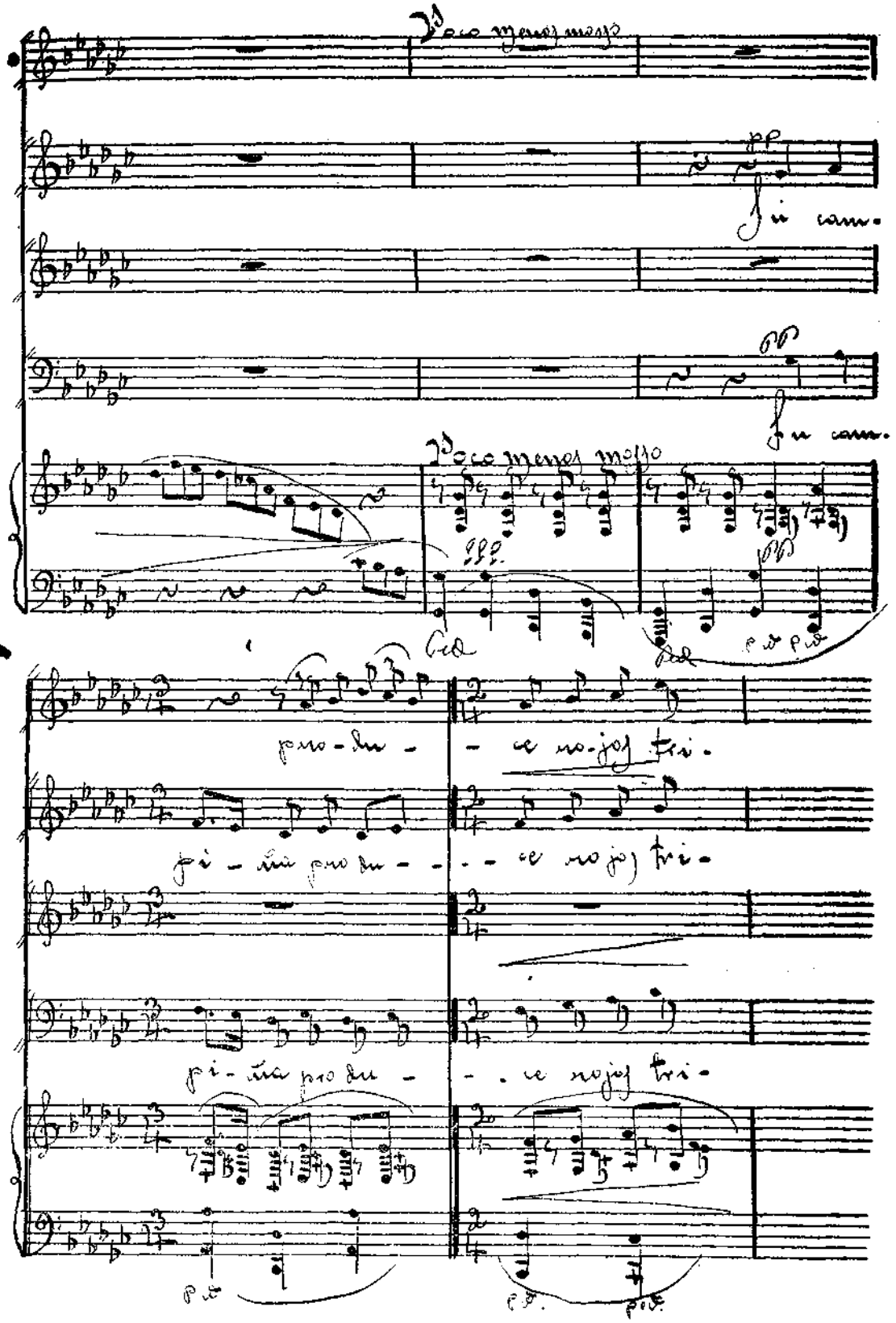

na-rio
de su
na-rio de su fe
de su fe
de su
fe re li gio sa son reli - - ca - rio
Un poco mas mosso
fe re-li-gio-sa son re li - cario
Un poco mas mosso

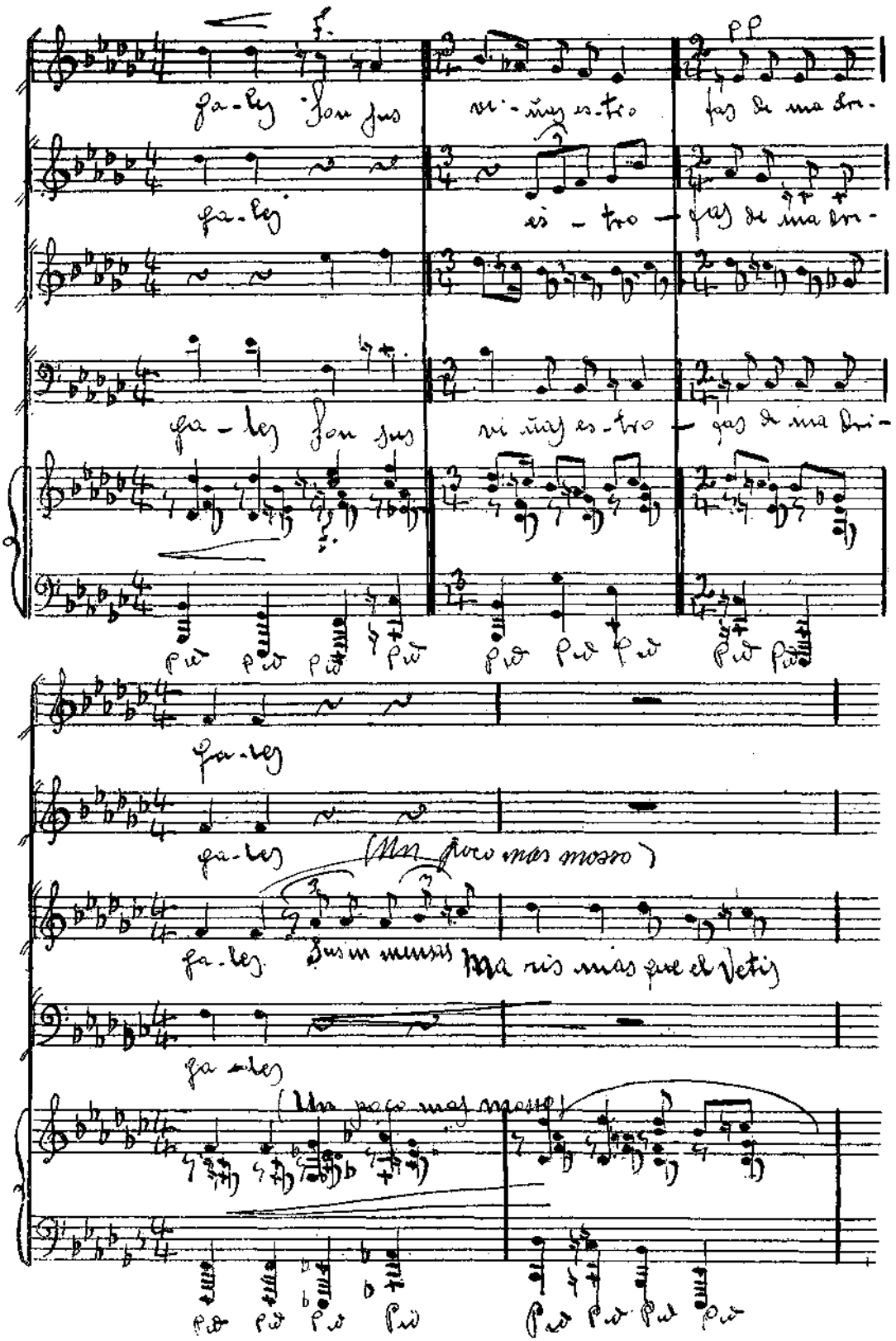

ti-tto . que el cielo al canza con el re
con el re cuer-do in fun-
in fun-
cuer do
in fun
in fun-

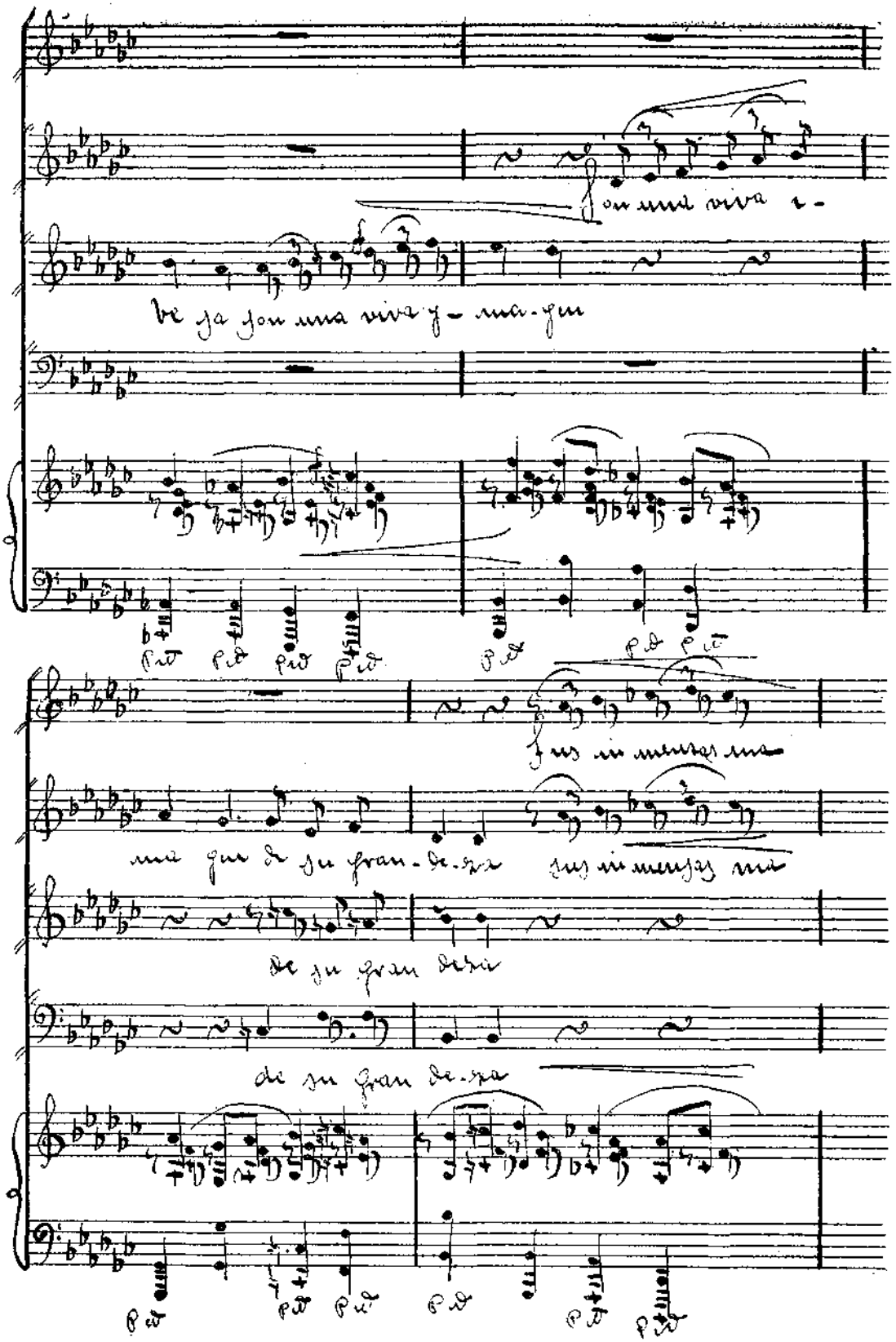

ritar et Molto cres:
fff.
fff.
Lento (legato)
de grata espe-ranza
su cari-dad nos
de grata espe ranza
su cari dad nos
de grata espe-ranza
su cari dad nos
de grata espe-ranza
su cari dad nos
ritar et Molto cres:
fff
Lento (legato)
Ped. Ped. Ped. Ped.
Ped. Ped. Ped. Ped.
muestra su Asi lo re gio
muestra su A si-lo re-gio
1º tempo
muestra su A si-lo re-gio, da a sus muje-res
muestra su A si-lo re-gio
ten
a tempo
Ped. Ped. Ped. Ped. Ped. Ped. Ped. Ped.


Lento.
su amor e-gre-gio fff sus o-
fff sus o-
be-llas
fff sus o-
Molto rit.
Lento.
li voz de plata
sus lindas flo-res son las a-
ten
Tremolo
I° Tempo


le go ri - as de sus a - mo res son las a -
le go ri - as de sus a - mo - res son las a
son las a.
son las a
le go ri - as de sus a - mo res
le go ri - as de sus a - mo res
le go ri - as de sus a mo res
le go ri - as de sus a - mo res


Poco meno mosso
pp
fu cam-
pp
fu cam-
Poco meno mosso
pp
pp
pro-du - - ce no-jos tri-
pi - ña pro du - - - ce no jos tri-
pi - ña pro du - - ce no jos tri-


ga-les son sus vi-ñas es-tro fas de ma dri-
ga-les es-tro-fas de ma dri-
ga-les son sus vi-ñas es-tro-fas de ma dri-
ga-les
ga-les (Un poco mas mosso)
ga-les Sus in mensas Ma ris mas que el Vetis
ga-les
(Un poco mas mosso)



son una viva i-

be ja son una viva y-ma-gen

Pd Pd Pd Pd Pd Pd Pd

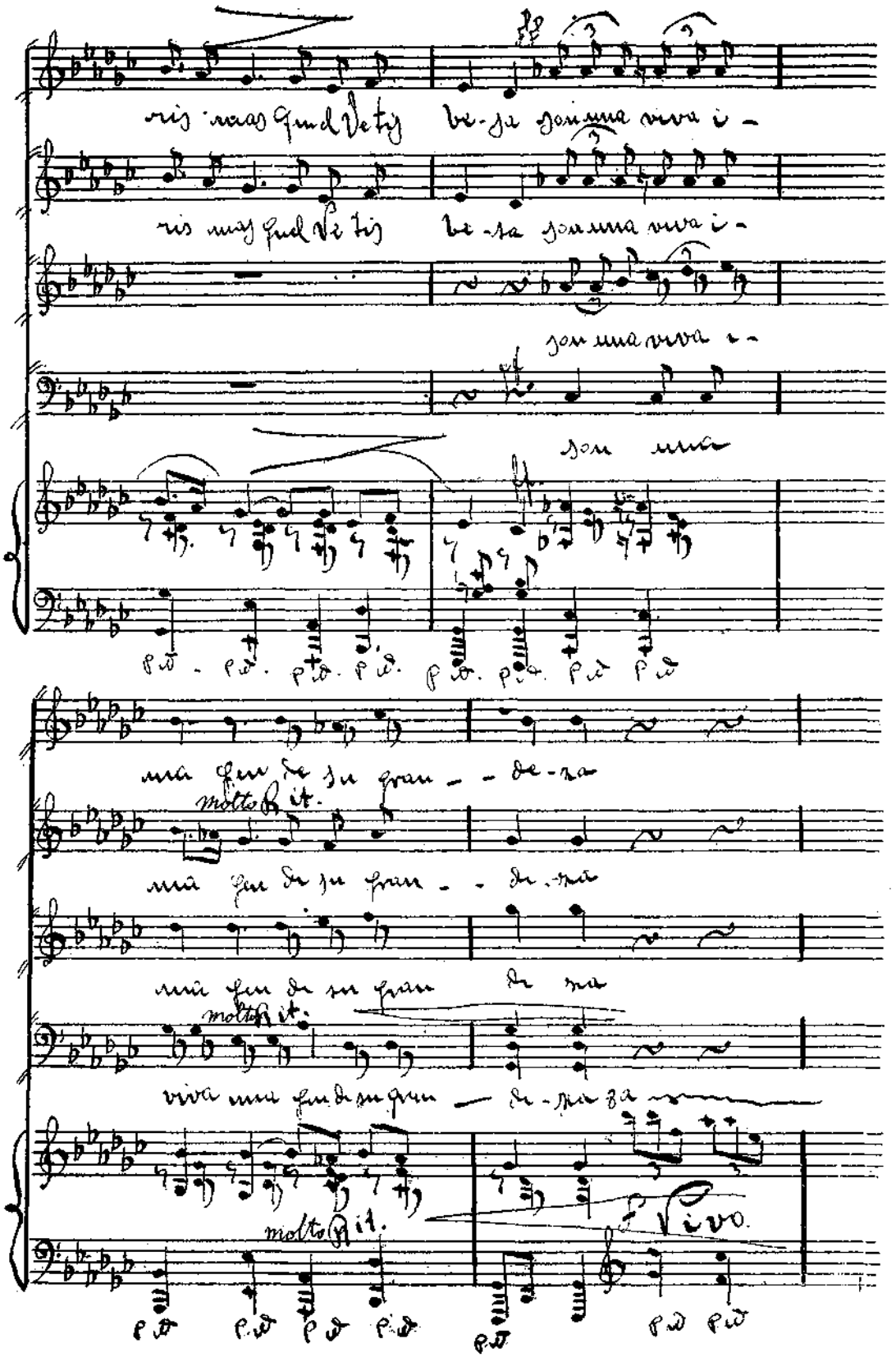
sus in mensas ma

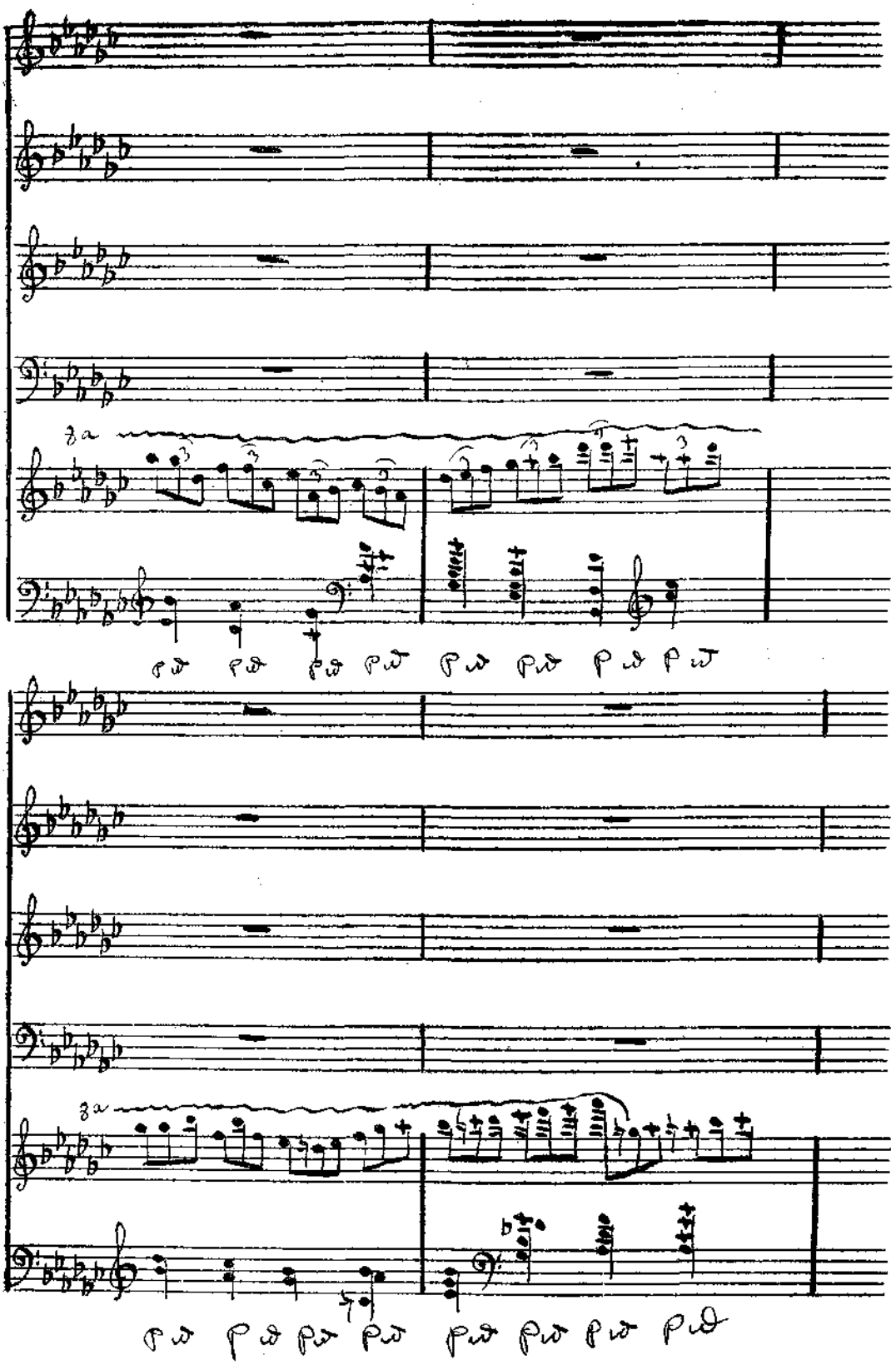
ma gen de su gran-de-za sus in mensas ma

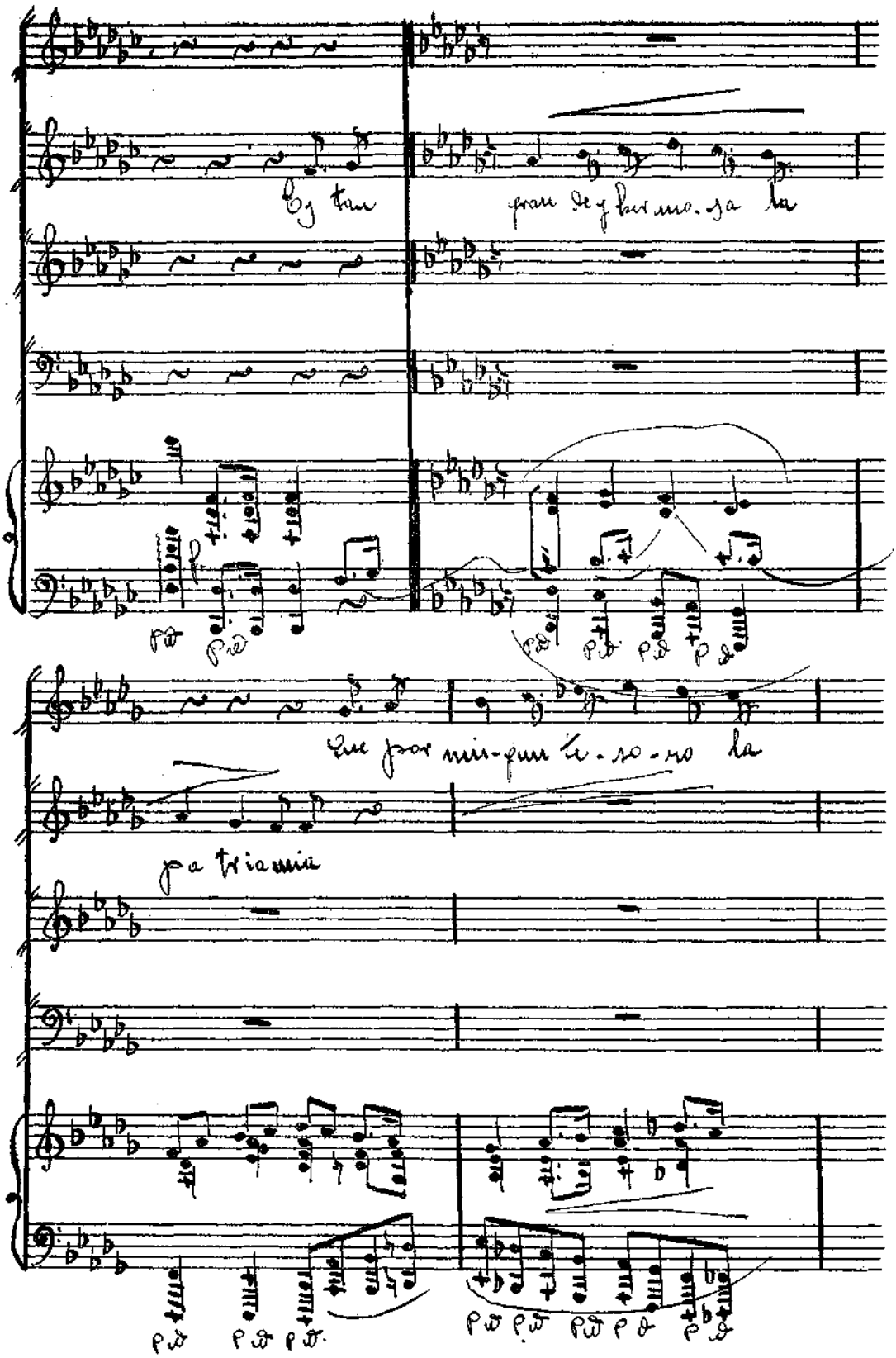
de su gran deza

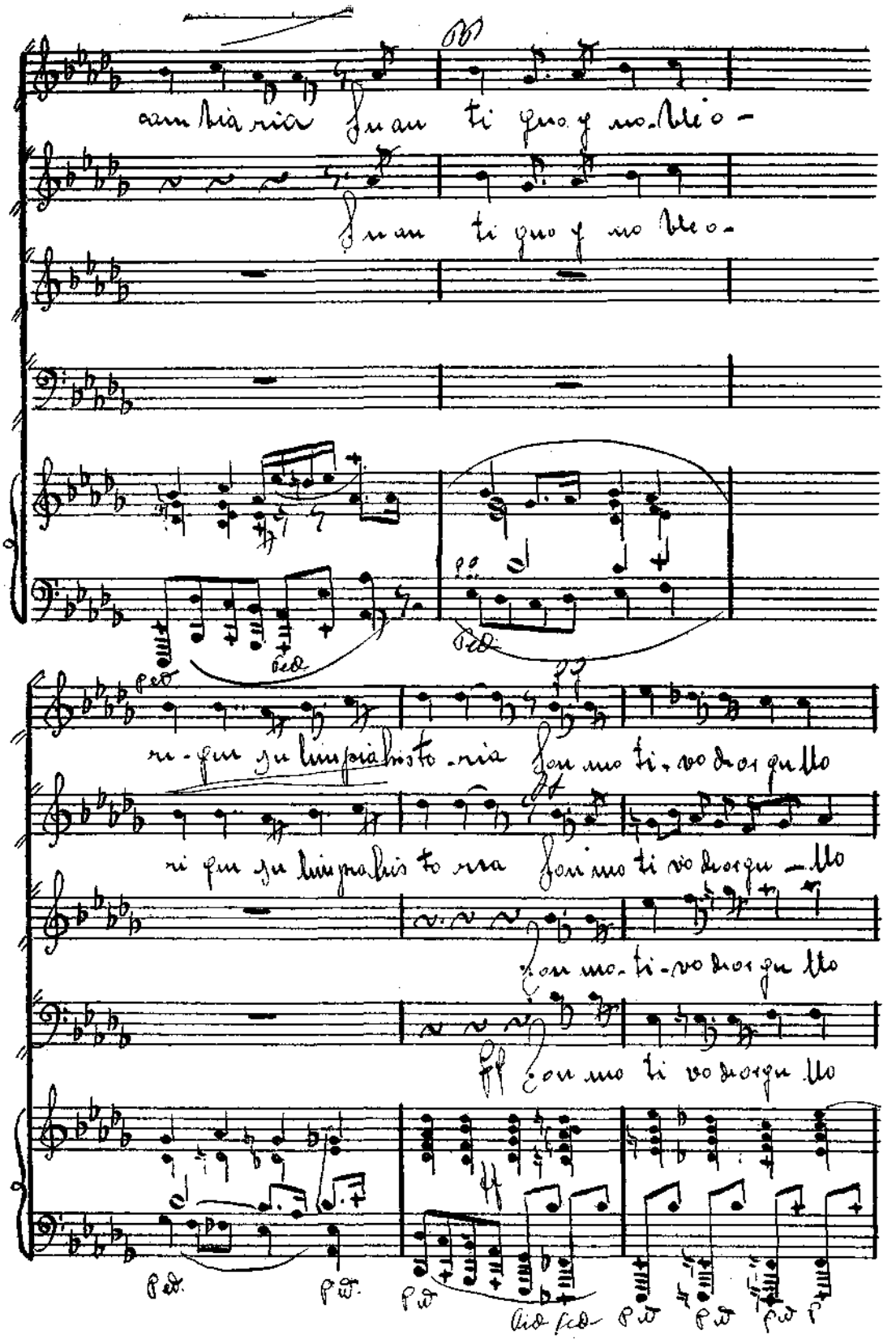
de su gran de-za

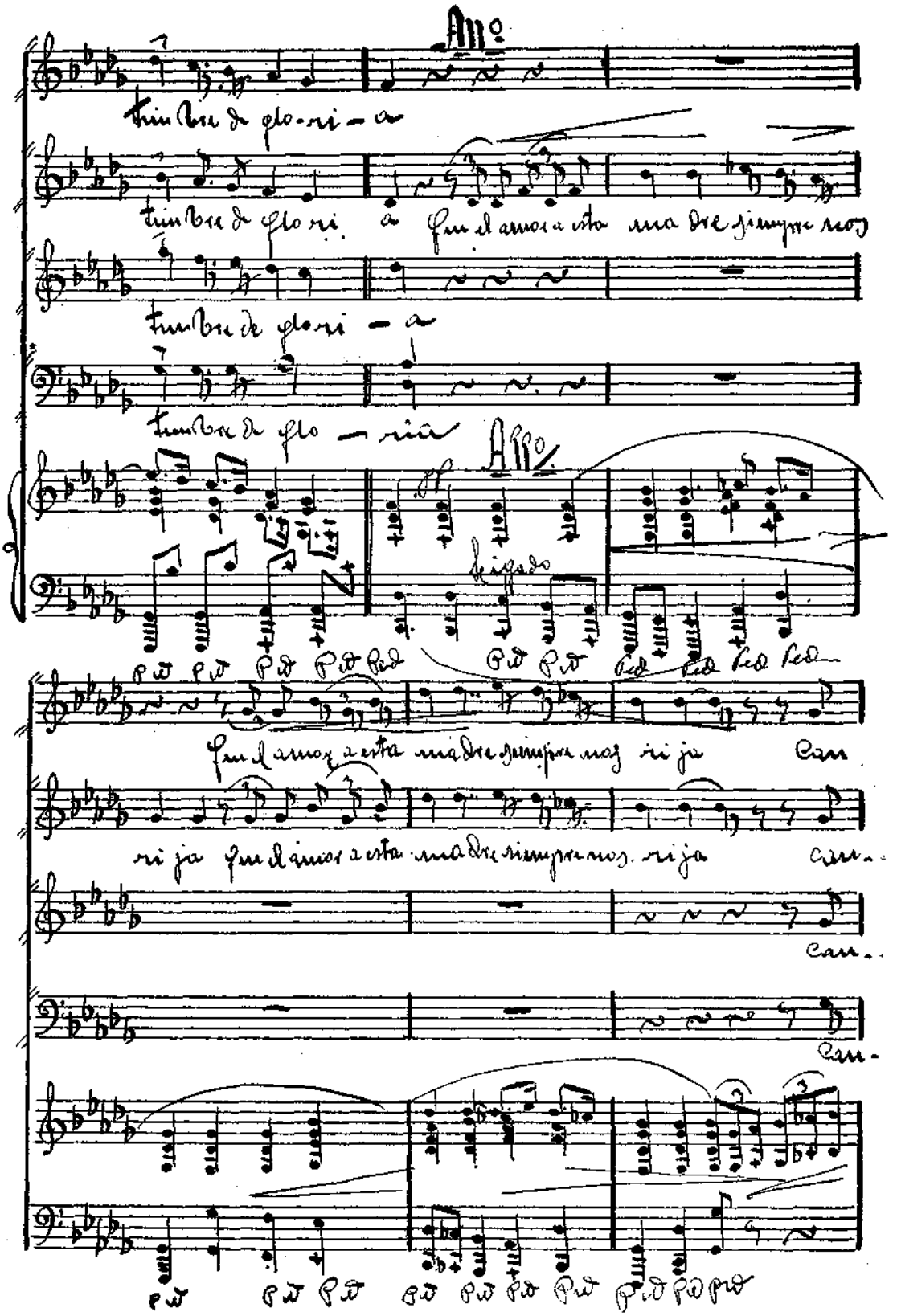
Pd Pd Pd Pd Pd Pd

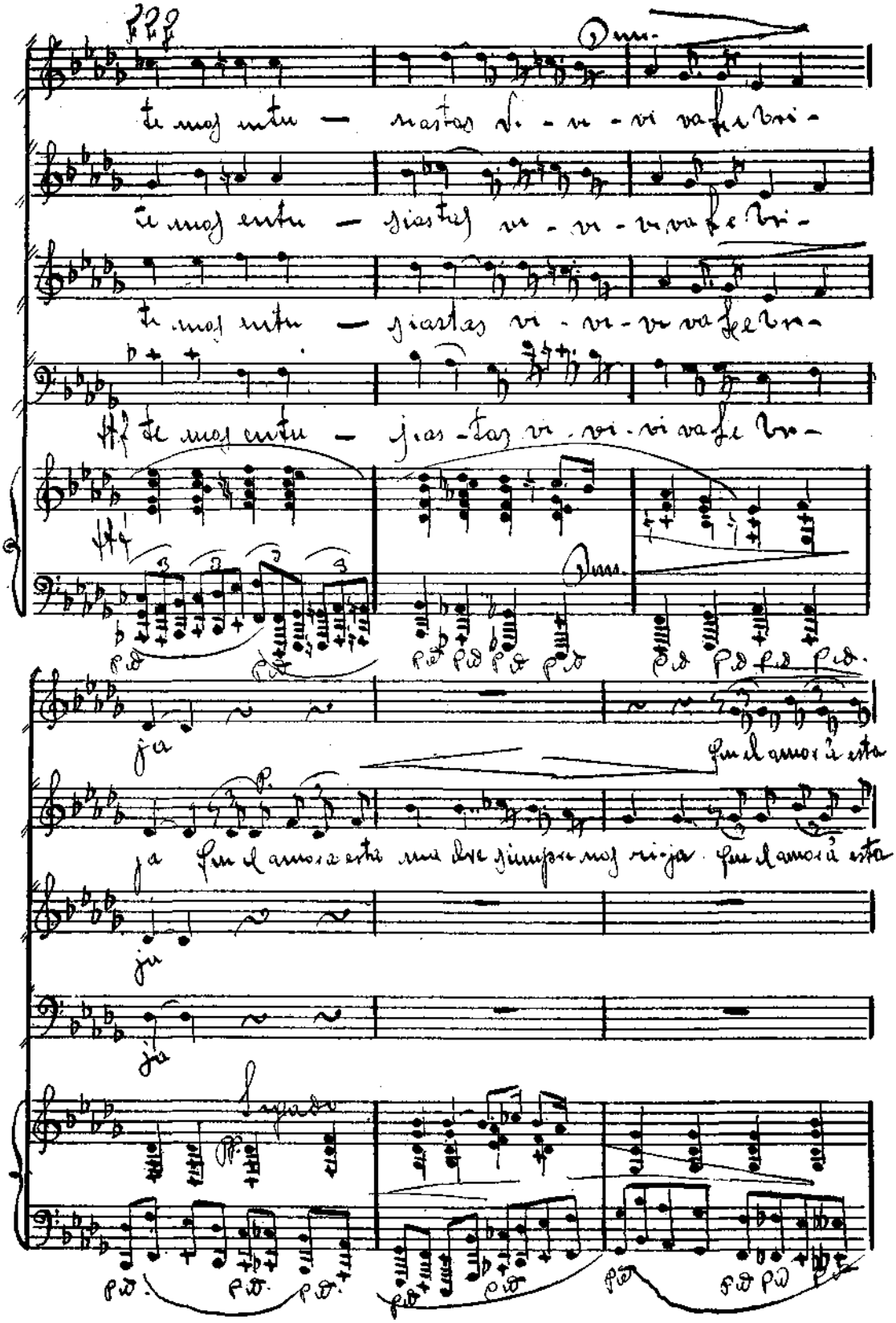

ris mas quel Vetis be-sa son una viva i-
ris mas quel Vetis be-sa son una viva i-
son una viva i-
son una
ma gen de su gran - - de-za
molto Rit.
ma gen de su gran - - de-za
ma gen de su gran de za
molto Rit.
viva una gen de su gran - de-za za
molto Rit.
Vivo.

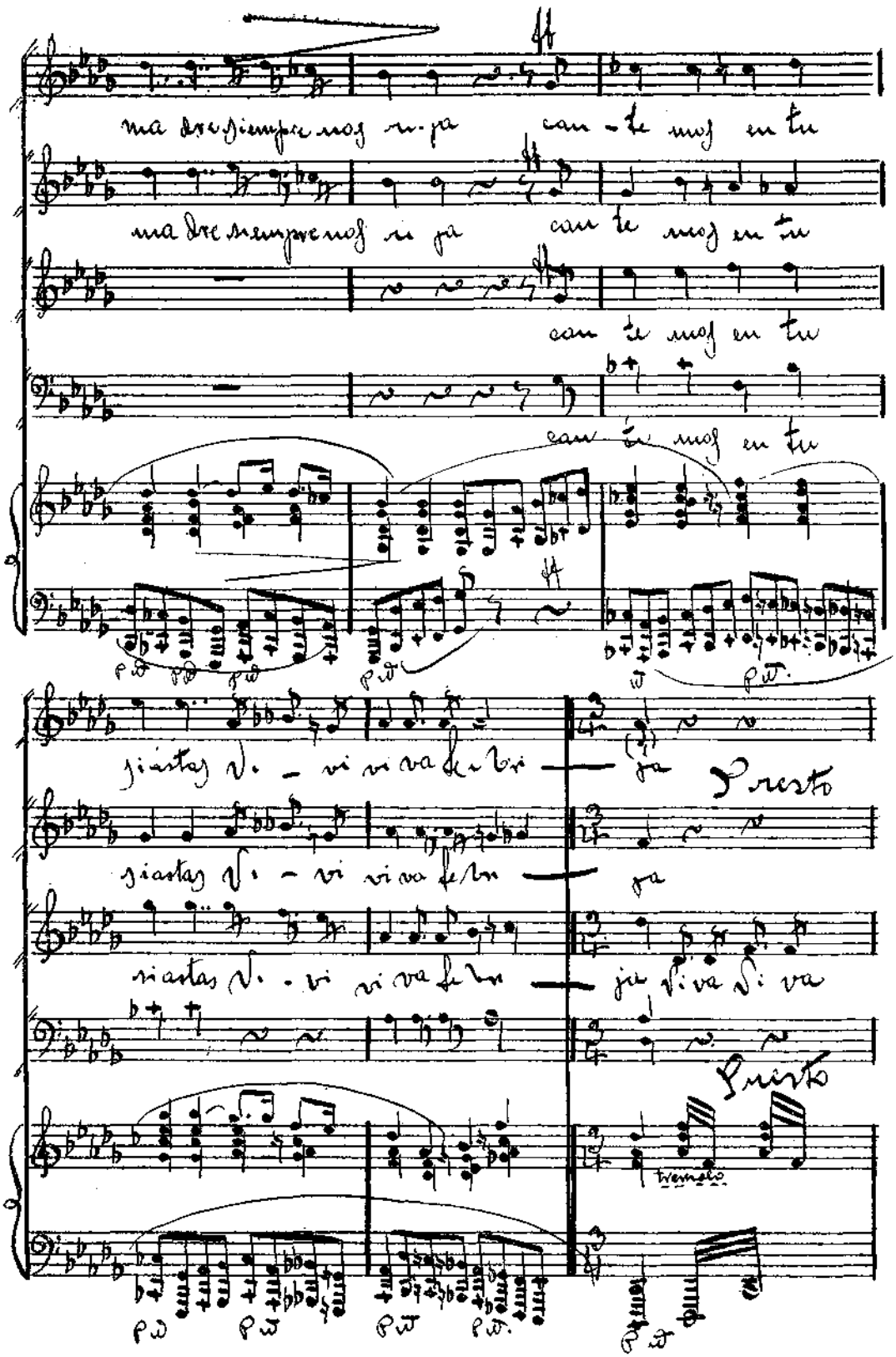

3a
3a

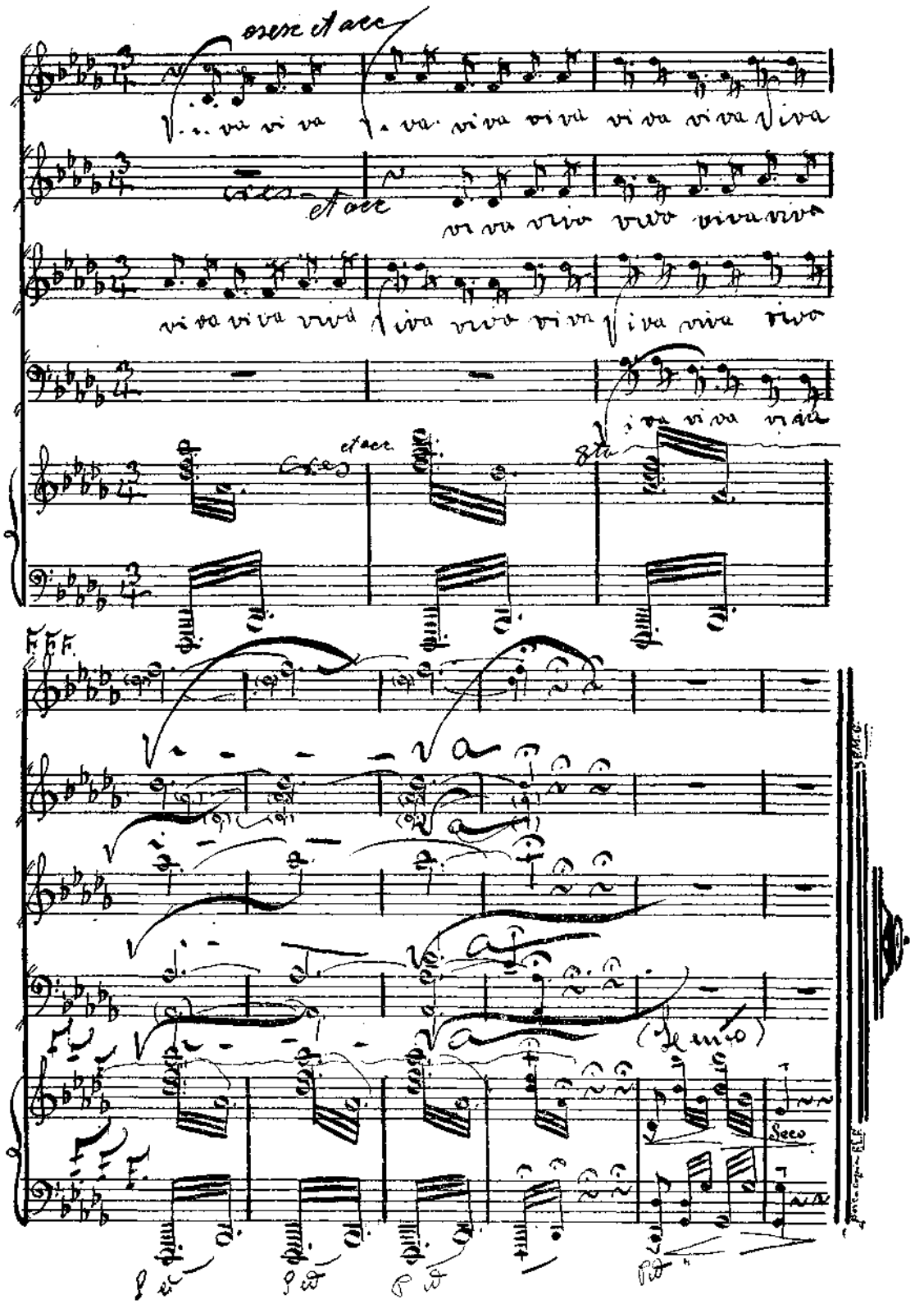

Es tan
gran de y her mo-sa la
Que por nin-gun te-so-ro la
pa tria mia


cambiaria Suan ti guo y no-ble o-
Suan ti guo y no ble o-
ri-gen su limpia histo-ria Son mo ti-vo de orgullo
ri gen su limpia his to ria Son mo ti vo de orgu-llo
Son mo-ti-vo de orgu llo
Son mo ti vo de orgu llo


Allo
tim bre de glo-ri-a
tim bre de glo ri a Que el amor a esta ma dre siempre nos
tim bre de glo ri - a
tim bre de glo - ria
Allo
Ligado
Que el amor a esta madre siempre nos ri ja Can
ri ja Que el amor a esta madre siempre nos. ri ja can-
can-
can-


te mos entu — siastas vi - vi - vi va fe bri -
te mos entu — siastas vi - vi - vi va fe bri -
te mos entu — siastas vi - vi - vi va fe bri -
te mos entu — sias - tas vi - vi - vi va fe bri -
ja
que el amor á esta
ja que el amor á esta ma dre siempre nos ri - ja que el amor á esta
ja
ja
Legado


ma dre siempre nos ri-ja can-te mos en tu
ma dre siempre nos ri ja can te mos en tu
can te mos en tu
can te mos en tu
siastas Vi - vi vi va fe-bri — ja
Presto
siastas Vi - vi vi va fe bri — ja
siastas Vi - vi vi va fe bri — ja Viva Vi va
Presto
tremolo


cres et acc
viva viva viva viva viva viva viva
cres et acc
viva viva viva viva viva
viva viva viva viva viva viva viva
viva viva viva
cres et acc
8va
FFF
Seco

INDICE

Páginas

Retrato de S. M. el Rey Alfonso XIII con dedicatoria autógrafa.
Prólogo 5
Programa 11
Puerta occidental del templo *(Fotografía)*.
Solemnidades religiosas de la mañana: *A*—carta 17
B—sinopsis 18
C—exordio 19
Vistas de la Iglesia parroquial. (Interior). *(Fotografía)*.

VELADAS LITERARIO-MUSICALES

Discurso de D. Fernando Domínguez de Cepeda 25
Estudio sobre Antonio de Nebrija, de D. Juan Cabello y Castilla, Beneficiado de la S. I. C. de Sevilla 35
Discurso del R. P. Luis M.ª Jiménez Font, S. J. 51
Artículo publicado por la Revista «La Alhambra» 59
Discurso de D. José M.ª Ortega Morejón 65
Artículo sobre el refrán «Sabe más que Nebrija» 73
Salutación de D. Mariano Gallo Alcántara 75
Poesía de D. Manuel M.ª del Villar Sánchez 77
Aspecto que presentaban las Casas Consistoriales en el momento de ser descubierta la lápida. *(Fotografía)*.
Discurso de D. Cristóbal Rodríguez de Hinojosa 81
Discurso latino del R. P. Jerónimo de Córdoba 91
Artículo de D. Pedro Riaño de la Iglesia 99
Trabajo del M. I. S. D. Francisco Peyró 101
Artículo de D. José Monje Otero 105
Discurso de D. Andrés Gavala y Sánchez de Alva 109
Soneto de D. M. Gil de Cala 115
Discurso de D. José Ignacio Valentí 119
Artículo de «La Unión», «Elio Antonio de Nebrija» 129
Discurso de D. José Tanguis Orrit 135
«Elio Antonio de Nebrixa», artículo de D. Rodolfo Gil 139
Trabajo de D. Máximo Mesa Barrera 143
Discurso del R. P. Antonio Garay, O. F. M. 149
Poesía de D. Felipe Cortines Muruve 155
Escenario de las veladas literario-musicales. *(Fotografía)*.
Discurso del Dr. D. Francisco Laborde 159
Trabajo de D. Luis García-Atocha López-Quiroga 165
Discurso de D. M. Herrero García 175
Alocución del Sr. Coronel D. Francisco Merry y Ponce de León 179
Discurso del mantenedor D. Joaquín Hazañas y la Rúa 183
Sonetos de D. M. R. Blanco Belmonte 191
Vista panorámica de Lebrija. *(Fotografía)*.
Oda a Lebrija de Antonio de Nebrija 193
Himno a Lebrija: *A*—Letra de D. Antonio Calderón y Tejero 197
B—Música del R. P. Eusebio Quejo, O. F. M. 199

FABRICA DE LIBROS RAYADOS
IMPRENTA
ENCUADERNACION
GIMENEZ Y VACAS
SUCESORES DE
A. GUERRA
FEDERICO DE CASTRO, 16 SEVILLA